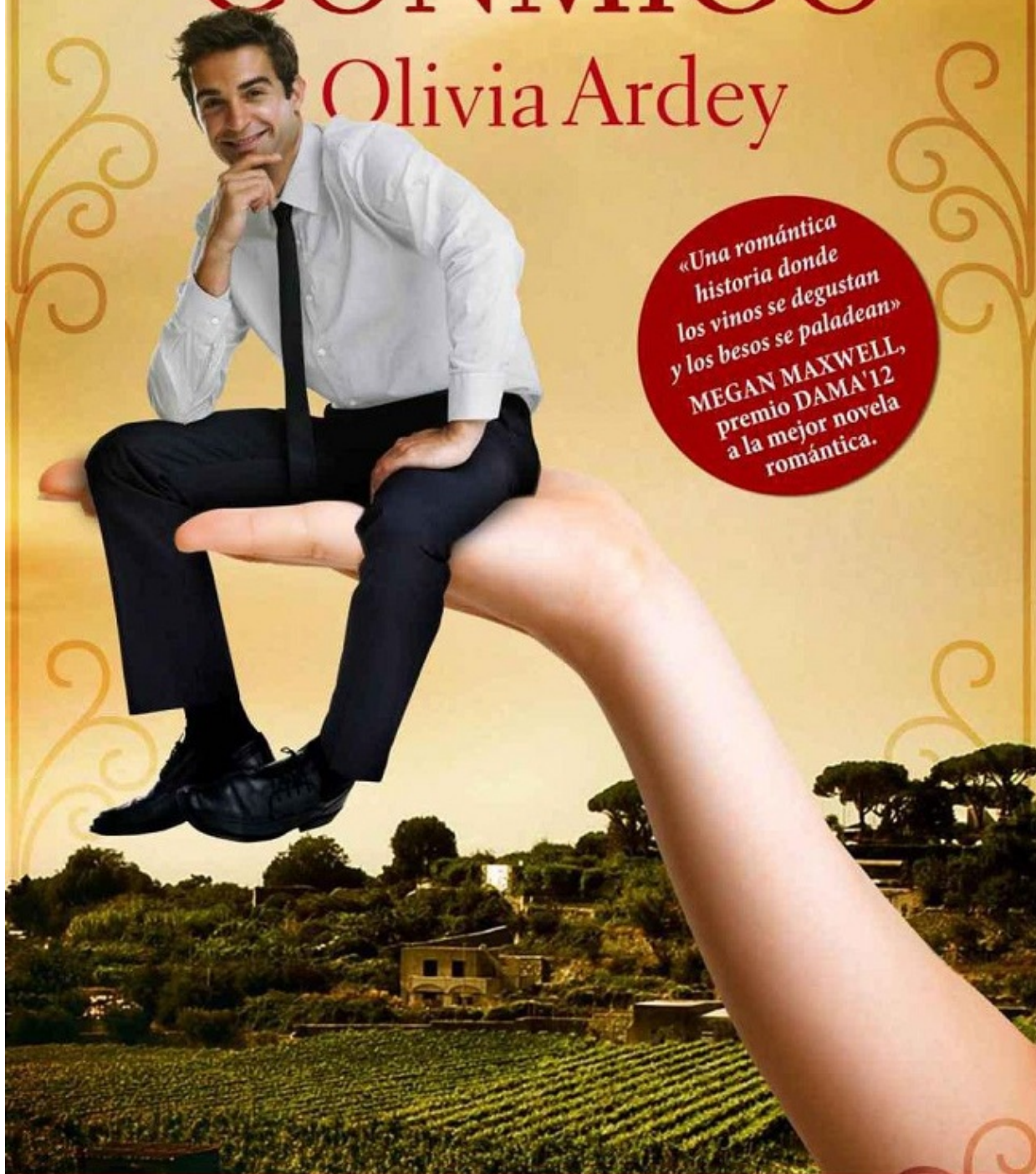


BÉSAME Y VENDE CONMIGO

Olivia Ardey



«Una romántica
historia donde
los vinos se degustan
y los besos se paladean»
MEGAN MAXWELL,
premio DAMA'12
a la mejor novela
romántica.

VERSÁTIL

Romántica

PREMIO DAMA 2012 A LA MEJOR EDITORIAL ROMÁNTICA DEL AÑO.

-
- [Argumento](#)
-
- [Prólogo: La noticia](#)
-
- [CAPÍTULO 1: El testamento](#)
-
- [CAPÍTULO 2: Sorpresa, sorpresa...](#)
-
- [CAPÍTULO 3: Se busca marido](#)
-
- [CAPÍTULO 4: Rivalet, a pesar de todo](#)
-
- [CAPÍTULO 5: El hallazgo](#)
-
- [CAPÍTULO 6: Los hombres de verde](#)
-
- [CAPÍTULO 7: Viva Las Vegas](#)
-
- [CAPÍTULO 8: Teruel existe](#)
-
- [CAPÍTULO 9: Un cambio de aires](#)
-
- [CAPÍTULO 10: Tentación, dulce tentación](#)
-
- [CAPÍTULO 11: El desafío](#)
-
- [CAPÍTULO 12: Aires de cambio](#)
-
- [CAPÍTULO 13: Valor y voluntad](#)
-
- [CAPÍTULO 14: Del cielo al infierno](#)
-
- [CAPÍTULO 15: Sin miedo a nada](#)
-
- [CAPÍTULO 16: Una vida nueva](#)

- - [CAPÍTULO 17: Secretos del pasado](#)
 -
 - [CAPÍTULO 18: No es fácil decir «lo siento»](#)
 -
 - [CAPÍTULO 19: La dichosa herencia](#)
 -
 - [CAPÍTULO 20: El futuro empieza hoy](#)
 -
 - [Con toda mi gratitud...](#)
 - [notes](#)
 -
 -
-

Bésame y vente conmigo

Olivia Ardey

Argumento

Álvaro, Celia y Nico, tres amigos que lo compartieron todo de niños, se reúnen en el funeral de un pariente millonario que, ¡oh, sorpresa!, les ha dejado en herencia su bodega centenaria y sus ricos viñedos. Sin embargo, el testamento contiene una trampa, heredará la fortuna aquel de los tres que primero se case. ¿Quién logrará hacerse con la herencia? Un loco viaje a Las Vegas en busca de una boda a la carrera, secretos, recuerdos del primer amor entre Celia y Álvaro, malentendidos y el hallazgo de un tesoro arqueológico inesperado que hará que cada uno de los protagonistas acabe encontrando lo que más desea... aunque ni ellos mismos lo sepan.

*A Pilar Carbonell, bodeguera de tradición y corazón,
por mantener viva la cultura del vino.*

Prólogo: La noticia

— ¿Heredera?

Celia salió del aula con el teléfono pegado a la oreja. Sus alumnos, veinticinco adolescentes con las hormonas enloquecidas, aprovecharon la ausencia para hacer de las suyas. Desde el pasillo, los oyó gritar y lanzarse bolígrafos. Pero ella estaba tan atónita que no...

Su madre, desde Cartagena, le contaba los rumores que corrían por Tarabán, el pueblo de Teruel del que provenía la familia. Sí, una pena. Su padrino había muerto. Pero de eso hacía semanas. Un tío lejano, solitario y huraño al que incluso los parientes llamaban don José María con respeto y prevención. Lo habían incinerado hacía ya un mes, pero el difunto había dejado instrucciones para que se celebrase un funeral excéntrico a más no poder. Seguro que salían hasta en *El Heraldo de Aragón*.

No. Ella no había recibido aún la notificación notarial. Se despidió de su madre pensando en ello. ¡Pero si el padrino ni le hablaba! Ni a ella ni al resto de la familia. De requerirla el notario, tendría que acudir por fuerza al funeral para aprovechar el viaje. No podía andar yendo y viniendo de Madrid a Teruel.

El escándalo en el aula creció justo cuando pasaba la jefa de estudio, que le lanzó una mirada mortífera. No se podía dejar a los alumnos solos, y menos para llamadas de teléfono en horas lectivas.

Odiaba enseñar dibujo técnico en ese colegio privado. Era desesperante tratar de meter a la fuerza conceptos tan abstractos como alzado y perspectiva en aquellas cabezas. Susana, su hermana pequeña, era la hija brillante. Celia siempre había sido la soñadora. La que estudió Bellas Artes para disgusto de la familia. Porque Arte sonaba a artista, y artista sonaba a miseria. Sus padres, que en sus peores pesadillas la veían pintando *Las meninas* con tiza en las aceras a cambio de unas monedas, respiraron aliviados al saber que tenía un empleo serio, como su hermana. Las niñas colocadas; una profesora y otra enfermera, como tenía que ser.

Pero Celia no era feliz. Sentía pasión por el dibujo artístico y soñaba con dedicarse profesionalmente a la ilustración, tarea en la que ocupaba todas sus horas libres. Pero necesitaba más tiempo para emplearse de lleno. Los años galopaban, y ella ya tenía treinta y tres. Si los rumores eran ciertos, esa

herencia le daría la posibilidad de intentarlo.

Una pelotilla de papel voló hasta el pasillo. Celia entró en el aula con cara de pocos amigos. Su condena era enseñar a aquellas criaturas hostiles. El curso estaba a punto de acabar. Vislumbró en su futuro cercano una pila de exámenes finales para corregir.

Un gracioso se tiró un pedo, y toda la clase aulló de risa. Celia cruzó los dedos con todas sus esperanzas puestas en el testamento del padrino. Con un poco de suerte, pronto escaparía del infierno a velocidad de Ferrari.

CAPÍTULO 1: El testamento

El funeral estaba a punto de empezar, si podía llamársele así.

Don José María, hombre raro y solitario, no tuvo en vida amistades dignas de mención. Pero esa mañana el pueblo de Tarabán al completo, buena parte de la comarca, curiosos y aficionados a eventos mortuorios se habían congregado en la finca para presenciar el extraño sepelio. Porque la última voluntad del finado fue marcharse de este mundo haciendo ruido y dando que hablar.

Celia Vega aguardaba con su hermana en la explanada junto a la Casa Grande, un edificio señorial que, a pesar del paso de los años, conservaba su imagen imponente con su torreón y su fachada emparrada de buganvillas. Los padres de ambas y el abuelo Cele aguantaban también de plantón unos pasos por delante de ellas dos. Celia vio acercarse por el camino que cruzaba entre los viñedos un Mercedes color azul noche, que conocía muy bien. Álvaro iba al volante. Ella observó cómo aparcaba el último en la fila india de vehículos de los familiares lejanos del difunto que habían acudido a Tarabán más por compromiso que por otra cosa.

A Susana no le pasó por alto que su hermana no quitaba ojo a los recién llegados que en ese momento se apeaban del Mercedes. La tomó del brazo y se inclinó hacia ella bajando la voz.

— Conozco esa mirada.

Celia no dijo nada. Se limitó a contemplar cómo Álvaro abría la puerta del coche y ayudaba a bajar a su madre.

— Sigue afectándote —insistió Susana.

— Sí, me afecta. ¿Para qué voy a negarlo? —reconoció—. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero...

— Ay, Celia —se compadeció Susana dándole un cariñoso apretón en el brazo. Ella le cubrió los dedos con los suyos, agradecida.

— A veces me pregunto con cuántas tías se lo habrá montado durante estos años —sugirió sin dejar de mirar a Álvaro, que en ese momento apremiada con la mano a Nicolás, amigo de ellas también, para que dejase de hablar por teléfono.

Se refería a los seis últimos, el tiempo que había transcurrido desde que «se dieron un tiempo», eufemismo que suele utilizarse cuando en realidad se

quiere decir «esto se acaba aquí y hoy».

— Ese es un pensamiento un poco egoísta, ¿no te parece? —le reprochó.

— Y aunque las hubiese contado, nunca me lo diría.

— No tiene por qué, ¿o acaso le harías tú a él un resumen detallado de tu vida sentimental?

— Hay muy poco que contar —murmuró, pensativa.

— Porque después de él solo has tenido lo que una amiga mía llama «historias de amar y olvidar».

— El amor no tiene nada que ver con eso —rebató.

Susana estaba en lo cierto. Pocas muescas tenía en su revólver, aventuras más o menos eróticas pero en absoluto sentimentales. Hombres que habían pasado por la vida de Celia de largo, sin dejar recuerdos dignos de conservar. Porque cuando cualquiera de ellos la abrazaba y ella cerraba los ojos, siempre era el rostro de Álvaro el que veía. A veces se revelaba, furiosa, contra esa imagen permanente que siempre la asaltaba a traición. Pero era un secreto íntimo que nunca confesaría en voz alta.

— Álvaro es muy selectivo, Celia —alegó Susana para disipar aquellos celos teóricos y absurdos—. Tú lo sabes mejor que yo.

— No es cosa mía con quién va o con quién deja de ir —afirmó muy seria.

Susana le tocó suavemente la mejilla para reclamar su atención y que la mirase a los ojos.

— Eso no te lo crees ni tú.

Rindiéndose a la evidencia, Celia esbozó una sonrisa de disculpa.

— Pero ha sonado convincente, ¿a que sí?

— La abuela Pilar decía que una mujer puede tener muchos amoríos, pero que amor verdadero solo hay uno.

— ¿Amoríos... la abuela? —cuestionó alzando las cejas.

La mera asociación de aquella palabra con la imagen de su querida abuelita, con el pelo blanco ondulado, las gafas de hacer ganchillo y su eterna sonrisa bondadosa, les provocó una risa tonta absolutamente inadecuada en un funeral. Su padre debió de oírlas, porque giró la cabeza y les echó una mirada severa por encima del hombro. Ambas se llevaron la mano a la boca para disimular.

Celia respiró hondo, adoptó un aire formal, y de manera inconsciente buscó a Álvaro con la mirada.

— ¿Por qué no os dais otra oportunidad? —la animó Susana, con tono

de confianza—. No importa quién dé el primer paso.

— No se trata de orgullo.

— ¿A qué esperas, pues?

— Álvaro y yo siempre seremos amigos, y eso no hay quien lo rompa — zanjó—. A veces es mejor dejar las cosas tal como están.

Existían motivos que le impedían retornar al pasado como si nada hubiese sucedido. Preguntas sin respuesta que Celia se guardaba para sí y no tenía intención de revelar a nadie, ni siquiera a su hermana.

A unos cien metros de donde ellas se encontraban, Álvaro Siurana tenía en mente otra clase de preocupación.

— Es que no cambiarás nunca —le recriminó a su amigo, con el rostro tenso.

Le exasperaba la impuntualidad de Nicolás, especialista en llegar tarde a todas partes. Este corría dos metros por detrás de él, colocándose las gafas de sol.

Dado que eran los últimos en llegar, se quedaron a una distancia prudencial para no llamar la atención. Julia, la madre de Álvaro, que había viajado con ellos desde Madrid, no tuvo tantos reparos y se acercó a saludar a un grupo de conocidos.

Los funerales dan pie a mucho saludo y más chismorreo. Así, muchas miradas se centraron en los dos hombres solos, elegantes y con tan buena planta. Se notaba que eran de los que cuidaban su apariencia. Ambos tenían los ojos verdosos, como los gatos pardos, herencia de algún antepasado común. Pero el cabello castaño cortado a navaja de Álvaro Siurana contrastaba con el estilo informal del otro. Nicolás Román, rubio oscuro natural, lucía esas greñas descuidadas de diseño que cuestan una fortuna. No fue el físico de ambos el único motivo de tantos ojos curiosos. Tampoco era algo usual que un famoso se dejara caer por el pueblo, y Nicolás Román era un cocinero de prestigio con programa diario en una cadena privada de televisión.

Como el difunto dejó por escrito que nada de discursos, con mucha solemnidad los músicos de una rondalla, ataviados con galas mañas, se fueron colocando en primera fila con la Chata de Calanda a la cabeza. Bandurria y laúd rasgaron el primer acorde, porque don José María quiso volar al más allá al son de una jota baturra.

Mientras el chorro de voz de la Chata ponía los pelos de punta a todos

los presentes, Álvaro buscó con la mirada a Celia Vega. La localizó al lado de su hermana, con ellas estaba el abuelo, y sus padres también.

Nicolás notó que su amigo —primo lejano, en realidad— miraba a Celia muy fijo, sin pestañear siquiera. Los tres tenían mucho en común; entre otras cosas, eran los únicos ahijados del difunto don José María.

— ¿Por qué no ha venido en el coche con nosotros? —preguntó Álvaro, con evidente resquemor, dado que Celia también vivía en Madrid.

— Ha venido desde Cartagena con sus padres —le explicó su amigo—. Recuerda que los colegios llevan casi un mes de vacaciones.

El argumento tenía su lógica, pero solo consiguió aumentar el enojo de Álvaro. Siempre habían sido inseparables los tres, desde niños. Conforme fueron creciendo, Celia y él habían compartido mucho más que amistad. Mucho, muchísimo más. Pero ahora le irritaba comprobar que Nico sabía más de ella que él.

— ¿Habláis a menudo?

— Lo normal entre amigos —alegó—. Tú también hablas con ella, ¿o no?

Álvaro no respondió. Veía a Celia cada vez menos. En los últimos años se habían distanciado, y eso le dolía. Para colmo, saber que la relación entre ella y Nico seguía siendo íntima e igual de estrecha lo reconcomía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

— ¿Por qué no me llama casi nunca? A lo mejor tú lo sabes —replicó a la defensiva.

Nico chasqueó la lengua. Dado que él era gay, celos no podían ser. Intuyó que Álvaro se sentía arrinconado y aquello sonaba a rabieta infantil.

— Agua que no has de beber, déjala correr —aconsejó Nicolás—. Ya oyes la jota.

Eso mismo decía la estrofa que en ese preciso momento cantaba la Chata de Calanda. Álvaro giró el rostro hacia él, muy serio.

— ¿Y eso lo dices tú, que vives encadenado a un recuerdo? —contraatacó.

Nico le aguantó la mirada, pero Álvaro era terco y no solía dejarse vencer. Así que desvió la vista al frente y dio por perdida la lucha visual.

— No estamos hablando de mí —sentenció, y señaló con la barbilla hacia la viña—. Y ahora, silencio.

A unos cien metros, entre las cepas, aguardaba un pirotécnico de renombre al que habían hecho acudir desde Valencia. Era especialista en ese

tipo de funerales insólitos. Las cenizas del muerto se hallaban encerradas en una carcasa del tamaño de un balón. El experto encendió la mecha. Vino el silbido y todos miraron al cielo. El estruendo hizo temblar las hojas de vid y espantó a los pájaros.

Y como era su deseo, la brisa de tramontana se encargó de desintegrar a don José María sobre sus amadas hileras de viñas.

— ¡*Mecagüen...*!

Nico se sacudió con aprensión los restos de cenizas fúnebres de la camisa negra de Armani. Álvaro mascullaba maldiciones a la vez que se golpeaba las mangas para desprender aquella asquerosidad de su traje hecho a medida.

Había llegado el momento de los saludos, y las hermanas Vega se acercaron a ellos, acompañadas de su abuelo.

— ¿Pero a quién se le ocurre ponerse contra el viento? —los sermoneó este con una sonrisa burlona.

Con cara de grima, Nico y Álvaro continuaron sacudiéndose de encima al padrino pulverizado, a manotazo limpio.

El abuelo Cele rondaba los ochenta, pero gracias a una salud de hierro y al buen humor, aparentaba diez años menos de los que tenía. Los dos le estrecharon la mano. Susana y Celia intercambiaron besos con ellos. Después, las chicas se colgaron cada una de un brazo de su abuelo. El viejecillo era feliz presumiendo de nietas.

— ¿Habéis visto qué par de soles?

Susana le besuqueó la mejilla, Celia le dio un achuchón y otro beso, ante la mirada divertida de los otros dos. El abuelo no era muy alto, apenas les llegaba al hombro a las nietas. Lo mismo que a su mujer, fallecida seis años atrás. La abuela Pilar era rubia trigueña y de mocita tenía cuerpo de *vedette*. Según contaban, un empresario que paró en el pueblo por casualidad quiso llevársela a un cabaret del Paralelo de Barcelona para que hiciese carrera en el artistero. Pero el padre de la muchacha, al enterarse de la propuesta, sacó la escopeta de postas de tirar al jabalí y puso al forastero en las lindes del pueblo en un visto y no visto.

Era una mujer de bandera la abuela Pilar. Con zapatos de medio tacón le sacaba a Cele un palmo. De jóvenes, los domingos la llevaba a tomar el aperitivo al bar de la plaza; él siempre un vermut, ella siempre una Mirinda. Y Cele la lucía orgulloso del bracete, como si quisiera decirle al mundo

entero: «Esta es mi señora».

El hijo de Cele, padre de Celia y Susana, sacó la altura materna. Hijo único, al acabar la mili se reenganchó en el cuerpo de Infantería de Marina como cabo especialista y se casó con Rosita, su novia de toda la vida. Ahora era suboficial en la reserva. Desde que el abuelo enviudó vivía con ellos en Cartagena. Las nietas habían salido bien plantadas, como el padre y la abuela. Porque Rosita era guapa de cara, pero más bien bajita y tirando a culona.

Susana alzó la mano e hizo un gesto a sus padres para que se acercaran al corrillo. La pequeña de las hermanas vivía desde hacía casi un año en Tarabán. Trabajaba como enfermera en el centro de salud comarcal. Y eso tranquilizaba bastante a su madre, que se preocupaba por que a su suegro le tiraba mucho la tierra aragonesa y se empeñaba en pasar en el pueblo desde la primavera hasta bien entrado el otoño. Con ochenta años, la nuera no quería que viviese solo. Por suerte, ahora estaba allí Susana para cuidar de él.

Mientras Nico y el abuelo conversaban muy animados, Celia y Álvaro intercambiaron unas cuantas miradas. Él le guiñó un ojo y por fin obtuvo de ella la preciosa sonrisa que tan bien recordaba. Sintió un pellizco de alivio en el estómago, porque echaba de menos la complicidad que siempre tuvo con Celia. Pero con tanta gente alrededor les fue imposible hablar de nada personal.

En un aparte, Rosita, la madre de las chicas, daba instrucciones a Susana para que vigilase las comidas del abuelo.

— Y que no fume —concluyó.

— A mí me quitas el tabaco, el vino con gaseosa y los huevos fritos con pan para mojar, ¡y ya me puedo morir! —protestaba su suegro.

— Mujer —intervino su hijo—, a estas edades ya da igual.

— ¿Ya me estás mandando al cementerio? —replicó mirándolo indignadísimo.

Susana pasó el brazo por los hombros de su abuelo.

— ¡Eso ni en broma! —objetó achuchándolo con unos cuantos besitos—. Tú tranquila, mamá, que yo cuido de él y él cuida de mí, ¿a que sí?

El hombre asintió la mar de contento.

Celia se acercó a él y se colgó de su brazo, con gesto posesivo.

— Ahora déjame a mí —exigió a su hermana—, que tú tienes al abuelo todos los días y yo hace tres meses que no lo veo.

Yendo de mano en mano, el octogenario se sentía feliz en vista de cómo sus nietas se desvivían por él. Celia miró a Álvaro.

— ¿Vienes?

Con una breve sonrisa, Álvaro agradeció el detalle y acompañó al abuelo y la nieta mayor hacia la Casa Grande, donde habían preparado un refrigerio.

Susana los siguió acompañada de sus padres. Desde que vivía en Tarabán, la chica solo los veía cada dos meses, y los echaba de menos.

Nico se quedó algo rezagado porque lo retuvo la tía Reginín. Todos la llamaban tía aunque el grado de parentesco con aquella mujer era bastante incierto. Se trataba de una anciana ricachona de Zaragoza, prima lejana del muerto. Había enterrado ya a dos maridos y solo se juntaba con la familia en bodas y funerales.

Al ver a su televisivo pariente, corrió a colgarse de su brazo.

— ¿Qué me cuentas, Nicolasito?

— Pues ya ve, poca cosa.

— Te veo todos los días en ese programa. Pero qué bien te mueves en tu cocinita.

— ¿Y salgo guapo? —dijo por decir.

Lo ponía nervioso aquella vieja que solo usaba diminutivos al hablar. Y encima, para dárselas de fina, lo hacía con un «ita» que sonaba extrañísimo en boca aragonesa.

— Huy, como si no lo supieras. Bien guapo que sales, ya lo creo. A mi asistente la tienes enamoradita —agregó con una mirada zorruna—. ¿Y qué? ¿Tienes novia?

Nico arrugó el ceño. ¿Pero esa mujer aún no se había enterado de que a él las chicas no le iban en absoluto? Se mordió la lengua y negó con una sonrisa falsísima.

— Mira a la Susana —insistió la mujer, señalando a la pequeña de las hermanas Vega, que iba con sus padres unos metros delante de ellos—. Qué lista, qué buena chiquita y qué trabajadora. ¡Haríais muy buena parejita!

— No es mi tipo.

— ¿Será posible? ¿Y puede saberse por qué?

Nico perdió la paciencia y decidió cortar por lo sano con un lenguaje que entendiese aquella cotilla.

— Pues, principalmente, porque no tiene pollita.

La esquivó y apretó el paso para poner distancia, mientras la mujer cavilaba y cavilaba qué habría querido decir aquel chico tan majo con aquello último.

Como agradecimiento y dado que muchos deudos llegaban desde lejos, tras los entierros era costumbre ofrecer unas pastas y una copa de mistela o anís. Manuela la del mesón se había encargado de todo. Ella fue quien cuidó a don José María durante el último año, más por lástima que otra cosa.

El finado siempre fue hombre de trato difícil. Pero su declive comenzó cuatro años atrás, con la muerte de doña Paquita. No tuvieron hijos, y al enviudar se abandonó. La bodega, que tantos éxitos cosechara en el pasado, dejó de importarle. Despidió a los empleados —decisión que acabó de enemistarlo con medio pueblo—, cerró el lagar y se conformó con vender la uva a intermediarios que se encargaban también de vendimiar. Dejó de tratarse con la familia. A los parientes que iban a verlo no les abría la puerta, cuando no los echaba de la finca con cajas destempladas.

Nunca se supo muy bien de qué vivía. Unos decían que de rentas, otros que le tocó un lingote de oro en el sorteo de la Cruz Roja y que se lo ventiló en cuatro días en el puticlub que había en el cruce de la Venta del Pajarico. Cierto o no, la Wiskería Aladín cambió de nombre y desde aquellos días lucía en el tejado un esplendoroso Chema's Club en letras de neón.

En los últimos meses era Manuela, por compasión, quien le llevaba comida y cena a la casa. Una mañana lo encontró muerto en su cama. Se fue mientras dormía, más solo que la una. No fue un hombre querido. Con sus acciones se ganó a pulso el despego de toda su parentela. Quizá por eso, de entre todos los presentes en la Casa Grande que conversaban y se ponían al día entre bocado y trago, Manuela era la única con los ojos enrojecidos por el llanto. Le había tomado afecto al difunto. Sin ser familia suya, era ella quien más pésames recibía esa mañana.

Mientras los hombres hablaban en un corrillo, Julia, la madre de Álvaro, se acercó a saludar a las hermanas Vega y a la madre de estas. Hubo reparto de besos.

La madre de Álvaro había nacido en Madrid, pero al casarse se enamoró de la tierra del marido. Presumía de ser gata de nacimiento y maña de corazón. Las dos madres se pirolearon entre ellas hasta hartarse y, ya puestas, se compararon con otras féminas de su edad.

— ¿Has visto, Rosi, qué *arguellada* está la hija del cartero? —decía, usando el término típico de la tierra para definir todo lo que luce un aspecto arruinado y pansido.

— ¿Y qué me dices de Nieves? —agregaba la madre de las Vega—.

¡Cuánta arruga! Pues la hermana, peor. Y son más jóvenes que nosotras.

— Tú y yo nos conservamos diez veces más jóvenes y cien veces más guapas que todas estas.

— ¡Dónde va a parar!

La diferencia social entre ambas mujeres era notable y venía de antaño, de los tiempos en los que el suegro de Julia conducía un Dodge importado mientras que el de Rosita, es decir, el abuelo Cele, viajaba a lomos de una Vespa con la familia y las maletas apiñados en el sidecar. Julia era viuda del dueño de una importante fábrica de chocolate, empresa que ahora dirigía su hijo Álvaro. Los Vega eran de la rama pobre de la familia, parientes de doña Paquita, la difunta del difunto. El marido de Rosita era un modesto marino de chusco. Pero el cariño que las dos mujeres se tenían perduraba desde los tiempos en que sus respectivos hijos eran pequeños y veraneaban en Tarabán.

Julia tomó a Celia por los hombros para echarle una regañina cariñosa.

— Me voy a enfadar contigo. Viviendo en Madrid y no vienes nunca a verme.

— Con las clases no tengo tiempo ni de respirar.

— ¿Y qué hay de tus dibujos? Hay que ver qué talento —la alabó con una admiración sincera—. Con ese don se nace.

A Celia se le iluminó el rostro de alegría. Julia era la única persona que siempre le mostró admiración y la animaba a dedicarse a su carrera.

— Acabo de publicar un trabajo. Me pidieron que ilustrara un libro benéfico de cuentos infantiles —explicó—. Y la verdad es que estoy emocionada.

— No nos habías dicho nada —protestó su madre, molesta y algo picada.

Celia no lo diría nunca, pero no le hacía ilusión compartir la noticia con sus padres, que consideraban su pasión un mero pasatiempo que no daba de comer.

— Mamá, ¡si no he tenido tiempo! Además, aún está en la imprenta. Ni siquiera yo lo he visto terminado.

— Tienes que decirme dónde venden ese libro —exigió Julia.

Muy complacida por su interés, Celia aseguró que así lo haría.

El tema pasó a segundo plano, porque se acercaron Nico y Álvaro y la conversación viró por otros derroteros.

— ¿Visteis a mi chico el otro día en las revistas? —preguntó Julia cogiéndose del brazo de su único hijo.

Álvaro hizo una mueca. Su empresa patrocinaba un acto al que él asistió con fines promocionales y en la fiesta fue fotografiado, a su pesar. Cualquier publicidad era poca cuando se trataba de negocios, pero lo de aparecer en las revistas del corazón no iba con él.

— Y esa rubia que salía contigo en la foto, ¿quién es? —insistió su madre.

— Una amiga —atajó incómodo.

Celia decidió que ya había escuchado bastante.

Álvaro vio desaparecer a Celia escaleras arriba, en tanto su madre hacía un repaso medio en broma de sus últimas conquistas.

— ¿Cuándo traerás a alguna novia a comer a casa un domingo? —lo presionó, ansiosa por ver a su hijo con pareja estable y no con una hoy, otra mañana.

— Nunca.

Rosita y su hija Susana se echaron a reír. Álvaro agradeció infinitamente la llegada de Nico porque, como solía pasar, acaparó toda la atención de las mujeres. Su don de gentes era algo portentoso.

— Ahora nos lo explicará Nico, que es un profesional —le decía Julia a Rosita—. Es lo último, mucho más que un robot de cocina. Esa maravilla igual te ralla pan que te hace unas lentejas.

— ¡No me digas!

Álvaro perdió interés cuando la conversación se centró en asuntos culinarios. Y decidió seguir a Celia.

Subió al piso de arriba, recorrió el pasillo y fue abriendo una puerta tras otra. La casa era como un museo deshabitado de otra época.

Celia, entre tanto, se hallaba en el dormitorio principal. Observaba con interés aquella estancia que pisaba por primera vez en su vida. Miró el alto lecho matrimonial de forja, debajo se veía un orinal de porcelana. Le entró risa al imaginar a don José María y doña Paquita dedicados a entretenimientos eróticos. Vaya par.

Rememoró sus correrías infantiles por aquellos pasillos y las reprimendas de doña Paquita, prima segunda de su abuelo, que los echaba de allí para que no marearan en el piso de arriba. Nicolás y Álvaro pertenecían a la rama consorte, por eso Celia no tenía relación de parentesco con ninguno de los dos.

A Paquita, hija de labradores, se le subieron los humos al casarse con

uno que tenía tierras para dar y regalar. Por eso prohibió que a su marido, vinatero con posibles, osase nadie llamarlo tío Pepe como al fino de Jerez. Aunque las malas lenguas decían que en la intimidad marital, o sea, en el catre, la difunta se dejaba de remilgos. Una criada que duró poco corrió el rumor por el pueblo y juraba haberlo escuchado con sus propios oídos. «Ay, Pepitín, sigue, sigue... Ay qué gusto, Pepitín.»

Al acordarse de aquello Celia no pudo evitar echarse a reír. Se quedó mirando la fotografía de la cómoda. Costaba imaginar al matrimonio difunto en pleno desenfreno sexual, a la vista de la cara de vinagre de doña Paquita, allí retratada con teja y mantilla de clavariesa mayor.

La llegada de Álvaro la sacó de aquellos pensamientos.

— Creo que Nico acaba de unir a nuestras respectivas madres a la secta de adoradores de la Thermomix —anunció desde el umbral—. Y tú, ¿qué haces aquí sola?

— ¿Puedes creer que es la primera vez que entro en esta habitación? —dijo acariciando la colcha de ganchillo.

Álvaro se acercó a ella. Le colocó la melena detrás de la oreja demorando la caricia más de la cuenta.

— Yo me acuerdo de otra, dos puertas más allá —dijo con toda la intención.

Se miraron a los ojos y explotaron a reír, con una complicidad que no compartían desde hacía bastante. Celia le pegó un golpecito en el brazo; él le atrapó la mano y le besó los dedos.

— Hay días en que me acuerdo de aquellos veranos —dijo él—. ¿Tú no?

— Muchas veces.

Ninguno de los dos podría olvidar el dormitorio de fondo, porque justo allí perdieron los dos juntos la virginidad. Fue una tarde de agosto, a la hora en que todos dormían la siesta y solo se escuchaba el canto de las chicharras.

— Siempre me he preguntado por qué antiguamente hacían las camas tan altas —comentó curiosa.

Álvaro se acercó más a ella y la abrazó por detrás.

— ¿No lo sabes? La gente de antes era más lista. O más práctica. Estas camas altas facilitaban ciertas variantes amoratorias. Permitía practicar el sexo oral con comodidad o, por ejemplo, que el hombre acometiese a la dama por detrás.

Celia giró la cabeza y lo miró a los ojos.

— ¿Cómo sabes tú tanto?

— El erotismo es un arte. La Imperial se llamaba esa postura —continuó acercando sus labios a los de ella—. Un día tenemos que probar.

Celia se alejó solo un centímetro, siguiendo el juego de seducción.

— ¿Es que a ti y a mí nos queda algo por probar?

Sin necesidad de hablar, recordaron los dos cómo cumplieron juntos sus fantasías más secretas. La de ella, que se empeñó en practicar sexo en un probador de Harrod's. La de él, hacerlo en un lugar público, gracias a la cual compartieron un orgasmo explosivo en pleno Hyde Park. Antes de que sus labios se rozaran, Celia escapó de sus brazos con sutileza. Álvaro la dejó ganar el asalto.

— Hemos compartido muchas cosas, Celia. Muchísimas. Y sé que lo echas de menos tanto como yo.

— Ya no estamos en Brighton.

La alusión, más que un lugar, insinuaba recuerdos que tenían que ver con la mejor época de sus vidas. Recién licenciados Álvaro y Celia, y Nico con flamante título de Técnico Superior en Dirección de Cocina, los tres disfrutaron de un año de postgrado en la universidad de esa ciudad costera de Inglaterra gracias al bolsillo del padrino. Generosidad entre comillas, ya que don José María fue tan espléndido enviándolos a ampliar sus estudios al extranjero porque tenía planes con respecto ellos tres. Como no tuvo hijos, quería convertir a cualquiera de sus ahijados en su sucesor al frente de la bodega. Pero la jugada le salió mal. A Celia dejó de hablarle cuando se enteró de que había vuelto de Inglaterra, no con un título expedido por la Brighton Business School como era su deseo, sino con un diploma relacionado con su carrera de Bellas Artes, puesto que no tenía intención alguna de dedicarse al mundo de la empresa, como Álvaro.

Fue un año de locura, sexo sin freno, pasión salvaje y mucha diversión. Ellos no disfrutaron de una beca Erasmus, ni falta que les hizo. Tampoco el padrino llegó a sospechar que les pagó de su bolsillo un, en palabras de Nico, memorable *año orgasmus*.

La estancia en Inglaterra se vio truncada por un suceso trágico que los hizo madurar de repente. El padre de Álvaro murió de un infarto, y él tuvo que regresar corriendo para dirigir la empresa familiar. Para Celia, Brighton dejó de tener aliciente, y regresó a España también. En lugar de volver a Cartagena, se instaló en Madrid y buscó trabajo como profesora. Pero por culpa de las obligaciones con el negocio, que abrumaban a Álvaro en esa

época, la falta de comunicación y un montón de dudas que le surgieron a ella, la relación se enfrió hasta que, de común acuerdo, decidieron darse un tiempo. Tiempo que duraba ya seis años.

Para don José María, desde el momento en que vio a su posible sucesor al frente de la fábrica de chocolate Siurana, Álvaro dejó de existir también y le soltó sin pensárselo dos veces que para él era como si hubiese muerto con su padre. Julia, enfurecida con el desaire, sacó toda su rabia de madre. Así que mientras el chófer sacaba el coche del garaje, ella se pintó los labios de rojo guerrero y se plantó en Tarabán en menos que canta un gallo. Le espetó al padrino de su hijo cuatro verdades bien dichas, sin olvidar sugerirle como colofón por dónde podía meterse sus millones, su bodega y su viña, y la emprendió de regresó a Madrid sin despedirse siquiera.

Sin Álvaro ni Celia, Nico no quiso quedarse más tiempo solo en Inglaterra. Dejó la Culinary Arts Studio y decidió continuar sus estudios de cocina en la ciudad francesa de Burdeos. Ciudad en la que, curiosamente, vivía Max, un compañero del equipo de futbol en el que Álvaro y él jugaban mientras estuvieron en Brighton, y que ampliaba estudios de Biotecnología de los Alimentos en aquella universidad para completar su formación como enólogo.

Pero sin que nadie supiese el porqué, Nico dejó Francia y regresó a España de la noche a la mañana. Para colmo, sus padres fallecieron ese mismo año con una diferencia de meses. A raíz de ello, Nico sufrió tal conmoción que, para no interferir en el matrimonio de su hermana mayor, decidió instalarse una temporada en Tarabán con el padrino. Sin embargo, no encontró a su lado el cariño que necesitaba. Dos meses duró allí, porque don José María lo echó a patadas de la Casa Grande el mismo día en que se atrevió a confesarle su homosexualidad.

Cuando Julia tuvo noticia de lo ocurrido se puso hecha un basilisco. Y anunció bien alto que aunque Nicolás había perdido a su padre y a su madre, allí estaba su tía Julia María para defenderlo. Por segunda vez se pintó los labios con carmín de entrar a matar, apremió al chofer para que sacara el coche del garaje y recorrió del tirón la montonera de kilómetros que separan Madrid de Tarabán. Esa vez aún fue más fiera, los gritos que le dio al padrino se oyeron desde la plaza Mayor. Cuando le hubo dicho hasta el mal del que se tenía que morir, giró en redondo sin decir ni adiós y regresó a Madrid, indignadísima pero satisfecha.

Fue precisamente Nico quien repiqueteó con los nudillos sobre el quicio

de la puerta abierta y los sacó de aquel paseo por los recuerdos.

— ¿Qué? ¿Comprobando la herencia? —dijo poniendo los brazos en jarras.

— Explicándole a Celia las posibilidades eróticas de una cama tan alta. Está deseando que le toque en el testamento.

Ella afiló la mirada y le dio un manotazo.

— No le hagas ni caso.

— A ver, decidamos —propuso Nico—. ¿Tú vuelves a Madrid con nosotros?

— Ya contaba con eso —agradeció Celia—. Quepo en el coche, ¿no?

— Claro que cabes —dijo Álvaro, pellizcándole la nariz con aire juguetón.

— Bien —convino Nico ojeando su reloj—. Aclarémonos, entonces. El notario viene de camino.

— Pero ¿no teníamos que estar hoy a las tres y media en la notaría de Alcañiz? —se extrañó Álvaro.

— Ha llamado al alcalde. Me ha comentado que el notario es el... —dudó—. Contador-partidor de la herencia, creo que ha dicho, ¿puede ser? —Álvaro se encogió de hombros—. Da igual. Sea como sea, el hombre quiere ver las propiedades. Además, ha supuesto que el alcalde acudiría al funeral y por eso le ha encargado a él que nos reúna, dado que todos los que aparecemos mencionados en el testamento estamos aquí.

— ¿Y somos muchos? —preguntó Celia, algo recelosa.

— ¿Te da miedo salir a menos parte? —la pinchó Álvaro.

Nico chasqueó la lengua.

— ¿Vais a estar toda la vida con ese pique tonto de críos? —los amonestó—. Ya es hora de que nos pongamos serios. Aunque sea solo por curiosidad, imaginaos por un momento que a la mayoría nos deja cuatro euros mal contados, cachivaches viejos y una caja de galletas llena de fotos del año catapum. Supongamos que todo esto —señaló con el dedo a su alrededor, pero se refería a la finca entera—, pasa a manos de un único heredero.

— Abrevia, Nico —pidió Álvaro.

— La pregunta es, ¿qué haréis en caso de heredar una bodega centenaria y todos estos viñedos con tanta solera?

Celia y Álvaro intercambiaron una mirada. Respondieron al unísono y sin necesidad de pensar.

— Venderlos.

Una hora y tres cuartos después, se hallaban reunidos en el comedor de la Casa Grande. El notario fue leyendo las disposiciones del finado. Las primeras en largarse fueron las monjas del asilo, que salieron de allí echando pestes al saber que solo les había dejado un san José de tamaño natural, ya listo y embalado en el taller de un imaginero de Zaragoza, y calderilla para misas.

Manuela lloró a moco tendido cuando supo que heredaba una cantidad de ocho cifras. Y fueron las únicas lágrimas sinceras que se derramaron por don José María, que empezaba a quedar en el olvido, como suele pasar.

Las suyas y las de la muchacha a la que Manuela se encargó de contratar para que tuviera la casa aseada y la ropa limpia. De no ser por ellas dos, aquello habría sido un antro de mugre, y su dueño habría muerto de inanición o comido por las pulgas. Aquella chica, que era de Bolivia, lloró de alegría y gratitud al saberse dueña de una pequeña fortuna; ya podía regresar a su tierra y montar el negocio de comidas preparadas con el que siempre soñó.

Ningún pariente más había sido convocado, salvo los tres ahijados, con lo cual la familia se dio por desheredada. Álvaro, Nico y Celia aguardaban intrigados porque, de momento, no los nombraban ni por error.

Y como el testamento no era otra cosa que el testimonio de la voluntad del muerto, no hacía falta saber de leyes para adivinar las intenciones de este con una lectura somera: don José María quiso convertir su querida viña en un legado indivisible. Una empresa familiar, unida y perdurable, en la cual los hijos sucederían a los padres y los nietos a los hijos por los siglos de los siglos. El problema venía al leer la disposición un tanto expeditiva, por no decir tiránica, con la que quiso asegurar esa descendencia de generaciones futuras que se encargarían de cumplir su última voluntad.

El notario guardó la parte peliaguda para el final y la soltó a bocajarro.

CAPÍTULO 2: Sorpresa, sorpresa...

Álvaro, Nico y Celia escucharon estupefactos la revelación del notario.

— ¿Casarse?

— ¿Quién?

— ¿Nosotros?

— Yo creo que está bien claro —farfulló, sin ganas de perder el tiempo—. Aunque si lo prefieren vuelvo a leer...

— No es necesario —lo interrumpió Álvaro—. Resúmanoslo con un lenguaje que entendamos.

— El finado expresa la voluntad de que esta finca, con una viña de... A ver, ¿dónde ponía las hectáreas?

— Al grano —pidió Nico.

— El heredero legal de todos los bienes que se relacionan será el primero de ustedes que contraiga matrimonio.

— ¿Eso es legal? —preguntó Álvaro.

— La herencia está sometida a una condición suspensiva, expresa en el testamento, que no los obliga. Permanezcan ustedes solteros y no heredarán nada. O renuncien al legado, que también existe esa posibilidad. Así de sencillo.

— ¿Y qué pasará entonces con todo esto?

— Puede que la finca permanezca cerrada a cal y canto, abandonada durante lustros...

Y a partir de ahí los tres posibles herederos escucharon de boca del jurista una caterva de palabrería ininteligible que para Álvaro solo significó «esto es una puta venganza *post mortem*»; para Celia, «el viñedo y la bodega valen una pasta gansa», y para Nico, «hay que ver con qué elegancia mueve las manos este hombre».

Acabada la perorata legal, ni el notario imaginaba que estaba a punto de hacerse escuchar una voz disidente.

— Pero si uno de nosotros contrae matrimonio —intervino Celia—, pongamos por ejemplo que yo me caso. ¿Todo esto sería mío?

Nico y Álvaro la miraron boquiabiertos. Pero ¿qué estaba diciendo? ¿Había perdido la cabeza? Álvaro confió en que la locura momentánea desapareciese por sí sola. Pero la espera fue en vano, porque el gesto rotundo

de Celia evidenciaba que no estaba de broma.

— En efecto —corroboró el notario.

— Escúchame bien —la avisó Álvaro—, no somos títeres. El padrino no va a manipular nuestras vidas también después de muerto.

Celia clavó la vista en el notario.

— ¿No has oído hablar de los divorcios exprés? —dejó caer, esquivando los ojos de Álvaro.

El hombre carraspeó y cerró la carpeta. Optó por marcharse de allí cuanto antes y dejar que se pelearan a placer. Estaba cansado de presenciar rifirrafes entre herederos.

— Miren, vamos a hacer una cosa. Piensen en todo esto, reflexionen, consúltenlo con la almohada. Les emplazo dentro de un mes, aquí mismo si quieren, y me cuentan si han tomado alguna decisión.

Álvaro lo acompañó a la puerta. Cuando regresó al comedor, él y Nico miraron con dureza a Celia.

— Estás loca —le dijo Nico.

— ¿Tanto te interesa el dinero? —le espetó Álvaro—. Empiezo a creer que no te conozco.

Ella se indignó al escucharlo. Tenía al alcance de la mano la posibilidad de cambiar de vida, no iba a desaprovecharla. Y le importaba un cuerno lo que opinaran un empresario forrado de pasta que salía en las revistas y un cocinero forrado de pasta que salía en la tele.

— Qué fácil es decir eso cuando se tiene de sobra —espetó con tono incendiario.

Álvaro le sostuvo la mirada y sonrió con cinismo.

— El dinero nunca sobra, bonita.

Celia sintió que la rabia le arañaba el estómago al oír aquello de «bonita». Álvaro siempre la llamaba por su nombre. Con ella solo usaba apelativos cariñosos con mala intención y sonaban mal, muy mal, peor que una bofetada.

— Pues cástate tú —lo provocó con los ojos echando chispas—. Y que gane el más rápido.

— No me provoques, Celia —avisó con una calma peligrosa—. Tú no me conoces como rival.

— ¡Basta! —los frenó Nico—. ¿No os dais cuenta de que sigue manipulándonos desde la tumba? El viejo ha conseguido sembrar la discordia entre nosotros —asumió asqueado. Respiró hondo y se pasó la mano por la

nuca—. La madre que lo parió... Yo ya no sé si el padrino nació así de diabólico o lo hizo la vida.

El viaje de regreso a Madrid transcurrió sin demasiadas tensiones, gracias a la simpatía de Julia. Porque de no haber sido por ella, que desvió la conversación hacia temas distendidos, en el interior del Mercedes habrían volado cuchillos.

Álvaro dejó adrede a su madre en primer lugar y después a Nico. Necesitaba hablar con Celia. Al llegar frente al edificio donde ella vivía, hizo amago de aparcar en un hueco, pero Celia se lo impidió.

— No es necesario.

— Invítame a una copa.

— No vas a subir, Álvaro —advirtió tajante.

Y dicho aquello, aprovechó para apearse y rodeó el coche.

— Abre —pidió para poder sacar su bolso de fin de semana del maletero.

— Ya voy yo.

Cuando iba a abrir la puerta, Celia insistió en que no necesitaba ayuda.

— No es preciso —dijo con un tono que denotaba impaciencia y cansancio—. Abre el maletero, por favor.

Obedeció de mala gana dando un golpe brusco al botón y terminó de bajar la ventanilla dispuesto a aclarar las cosas entre ellos. Tras el ruido sordo de cierre, la vio acercarse, bolsa en mano.

— ¿Qué es lo que pasa, Celia? —inquirió cuando la tuvo delante.

— La última vez que subiste acabamos en la cama.

— De eso hace siete meses y después no volví a saber de ti —recordó; ella guardó silencio—. ¿Por qué no me llamas nunca?

— ¿Por qué no me llamas tú?

— ¿No te gustó? —insinuó, con la arrogancia de quien sabe que la pregunta sobra.

Celia sacudió la melena con el gesto tenso y se colgó al hombro la bolsa de viaje.

— Sí, Álvaro, sí —dijo elevando el tono—. Fue magnífico, insuperable, lo sabes tan bien como yo. Pero al día siguiente me arrepentí porque no soy de esas que está con un hombre y se mete en la cama con otro. Aquello no debió haber pasado.

— ¿Aún sigues con aquel idiota?

— No.

— ¿Entonces?

— Ya está bien, Álvaro —casi suplicó—. Mira, ahora mismo me encuentro en un momento de mi vida en el que necesito calma para pensar y decidir qué voy a hacer con mi futuro.

— Casarte y pillar tajada, por lo que deduzco —argumentó con desprecio.

— ¿Por qué no? —rebatí ofendida por el tono—. Ya no tengo edad de echarlo todo por la borda y lanzarme a la aventura bohemia. Esas cosas se hacen con veinte años, no con treinta y tres. Tengo la posibilidad de cambiar mi vida e intentar ser más feliz de lo que soy.

— ¿Qué necesitas para eso?

— ¡Tiempo! —casi gritó—. ¿Y sabes cómo se compra el tiempo libre? Con dinero que me permita el lujo de no trabajar.

Álvaro estudió su mirada obstinada durante un largo minuto.

— Estás muy equivocada. El dinero no da la felicidad —dijo, encendiendo el motor—. No la da.

Elevó el cristal y se largó sin despedirse siquiera.

Lo primero que hizo Celia, una vez que dio dos vueltas de cerrojo, fue dejar caer la bolsa en medio del recibidor. Estaba exhausta tras horas de viaje y cansada de pensar por culpa del lío que tenía en la cabeza. Y aún más después de discutir con Álvaro. Nunca dejaría de ser su amigo, pero si algo tenía claro es que él jamás entendería sus razones para desear el dinero de la herencia.

De camino al dormitorio se quitó los pendientes, y con un gesto mecánico los dejó sobre la cómoda. Se descalzó, se desnudó y dejó la ropa sobre la cama, con descuido. Aún no había encendido el aire acondicionado y sintió la casa recalentada, hermética y opresora, como el interior de un horno. Tomó de la mesilla el mando a distancia y pulsó el botón de encendido. Estiró los brazos por encima de la cabeza, cerró los ojos y se expuso al chorro del aparato.

Dio una sacudida de melena y respiró hondo. El frescor repentino sobre su cuerpo desnudo era una bendición. Fue hasta el cuarto de baño, abrió el chorro de la ducha y dejó correr el agua mientras se graduaba el caudal, ya que incluso en verano la prefería algo tibia.

— Celia, guapa, ¿qué estás haciendo? —se preguntó a sí misma

reflejada en el espejo.

Con una mueca asumió que si confiaba en obtener una respuesta, como la de aquel espejo tan listo de la reina malvada del cuento, podía esperar sentada.

Se metió en la ducha, alzó la cara y allí se quedó, quieta bajo el chorro. Apenas había transcurrido un minuto, pero el bienestar que sentía era tal que le parecieron muchos más. Tomó la botella de su mejor gel perfumado, pequeño lujo que constituía uno de sus caprichos secretos. Lo sintió caer sobre la palma de la mano, sedoso como miel fría.

Qué tonta. De haber accedido, en ese momento sería Álvaro quien la estaría enjabonando con el esmero sensual que él sabía dar a cada caricia. Lo imaginó a su espalda, dominando con su cuerpo imponente el estrecho habitáculo de la cabina de ducha. Su sexo duro rozándole las nalgas, su boca besándola en el cuello y sus manos grandes recorriéndola entera. Nadie como él era capaz conseguir que se sintiese tan deseada y única.

Se extendió el gel regodeándose en el tacto de su propia piel, consciente de que empezaba a excitarse. La imagen mental de Álvaro avivaba en ella la llama del deseo. Hacía unos meses se había dejado llevar y, como si los años no hubieran transcurrido, aquella noche cayeron el uno en los brazos del otro y se dejaron arrastrar por una lujuria salvaje que los mantuvo encendidos como ascuas toda la noche.

Celia se sintió ridícula por culpa de aquella excitación solitaria. Giró el grifo de un codazo y se tensó entera al recibir la descarga de agua helada.

Le vino a la memoria aquella última vez que habían estado en la cama. Por la mañana, al despertar junto a Álvaro, la sensatez cayó sobre su conciencia como una niebla incómoda. Le dolía ver que ellos dos podían llegar a convertirse en amigos con sexo esporádico. Desconocía la opinión de él al respecto, porque ni Álvaro se sinceró aquella mañana ni ella quiso preguntar. Pero, para ella, el recuerdo del amor que compartieron en el pasado era demasiado valioso para enturbiarlo con un presente de cama, risas y nada más. Con cualquier otro hombre no le importaba mantener ese tipo de relación sin futuro. Con Álvaro no, porque con él ya había probado el placer de la mano de los sentimientos y no se conformaba con menos.

Se retiró el pelo de la cara y dejó que el agua le resbalase encima como una caricia. Recordó con tristeza el motivo que los alejó; un misterio sobre el que Álvaro no admitía preguntas. No fueron solo las responsabilidades que lo ataban a la fábrica día y noche, ni lo sola que se sintió en Madrid, una ciudad

enorme, nueva y desconocida. Fueron las dudas. Álvaro se cerró en banda, exigió que confiase en él y ella fracasó en el intento. En el fondo no era algo tan extraño, todo el mundo se reservaba una parte de sí. Pero en aquel momento ella no fue capaz de procurarle la confianza ciega que él exigía por una sola razón: el secreto de Álvaro tenía nombre de mujer.

Celia nunca podría olvidar el día en que escucho por primera vez el nombre de Amelia.

Fue seis años atrás. Hacía pocos meses que Álvaro y ella habían regresado de Inglaterra. Ella ya se hallaba oficialmente instalada en Madrid, porque se apresuró en aceptar la primera oferta laboral que le surgió casi de manera inesperada. Tenía intención de seguir buscando y hallar un empleo en el que se encontrase más satisfecha y realizada. Pero, por el momento, le venía a las mil maravillas aquel puesto como profesora de dibujo técnico en un colegio privado bilingüe de los más elitistas de la capital.

Dar clases no le agradaba; quizá por amor propio y para contrarrestar la falta de entusiasmo con la que acudía cada mañana al aula, volcó todo su tiempo y energía en ejercer su labor docente del modo más profesional posible. Esa dedicación excesiva le dejaba poco tiempo libre. A Álvaro, por su parte, la recién asumida responsabilidad de la empresa que en vida dirigió su padre lo absorbía del tal modo que apenas se veían. Y cuando lo hacían, raro era el día en que no tenía la mente inmersa en alguna preocupación referente a la fábrica.

Desde el principio decidieron ir poco a poco, no era lo mismo compartir un piso de estudiantes que iniciar de buenas a primeras una vida en común. Eran muy jóvenes. Antes de tomar decisiones con respecto al futuro, debían asentarse y poner en orden sus vidas tras el repentino regreso de Brighton. Álvaro, que de ningún modo tenía intención de reinstalarse en el hogar familiar y vivir bajo el control de su madre, optó por independizarse. El ático que adquirió con exclusivas vistas al Retiro nada tenía que ver con el piso de dos habitaciones que Celia alquiló por la zona de Bravo Murillo. Pero nunca dieron importancia a esa diferencia, tan a gusto se encontraban en casa de ella como en la de él.

Esa noche habían acudido juntos a una entrega de premios organizada por la Cámara de Comercio. Aunque se trataba de un acto institucional, Álvaro le había pedido que lo acompañara. La quería a su lado porque para él representaba un momento importante, ya que era él el encargado de recoger

un galardón que habían otorgado a su padre a título póstumo. La cena previa a la entrega de premios se celebraba en el Hotel Palace, y allí había sido convocado lo más selecto de la sociedad madrileña en lo tocante al ámbito empresarial.

Guillermo Andrade también se encontraba entre los invitados. Acababa de asociarse con otros dos creativos, y su agencia de publicidad emergía con mucho éxito. Era hijo del contable de la empresa Siurana. Y como se conocían desde hacía años, Álvaro le había encargado la renovación del diseño de los envoltorios de las chocolatinas y las cajas de bombones. Quería actualizar el producto con una imagen moderna sin desmerecer el encanto de la tradición, tarea que a Guillermo le venía como anillo al dedo, puesto que como publicista era todo un genio.

Fue precisamente este quien la abordó durante el cóctel posterior a la entrega de premios que precedió a la cena.

— Estás muy guapa, Celia —le dijo Guillermo aquella noche, aprovechando que la encontró sola.

— Gracias.

Sonrió con cordialidad para devolverle el cumplido, sin imaginar el comentario que vendría después.

— Pero la belleza no basta, no te engañes.

La sonrisa de Celia se esfumó. Guillermo rio entre dientes al verla tan seria y se aprovechó de su repentino mutismo.

— Míralos, nosotros no somos como ellos —indicó señalando con la cabeza a Álvaro, que conversaba en un corrillo alejado—. Ya los ves. Mejor fijate en ellas. Chicas con clase, de buenas familias y, lo más importante, con escandalosas cuentas corrientes.

— No sé adónde quieres ir a parar —lo atajó.

Empezaba a sentirse incómoda ante semejantes confianzas, puesto que solo se conocían de vista. Guillermo dio un trago a su copa mientras estudiaba su gesto de mal disimulada irritación.

— Pues debería importarte. Os habéis divertido mucho en Inglaterra, la aventura bohemia, qué bien sabe la libertad —dijo con tono burlón—. Pero ahora estás en Madrid y esto es la vida real. ¿Crees que a Álvaro le interesa conservarte a su lado? Mírate —añadió sin asomo de clemencia—. No te basta con esa cara bonita, hace falta más que un vestido aparente y unos zapatos de la temporada pasada para estar a la altura de toda esta gente. Acéptalo, a ti y a mí solo nos toleran.

Celia tragó saliva, indignada.

— No he escuchado argumento más clasista en mi vida —replicó con tono colérico—. Aunque no lo creas, la sociedad ha avanzado un poquito desde la Edad Media.

Guillermo rio con sorna.

— No te creía tan ingenua, me decepcionas —Celia hizo amago de dejarlo allí plantado pero él se antepuso en su camino—. Mi padre trabajó para los Siurana, ahora yo trabajo para Álvaro. Los de arriba utilizan a los de abajo en la medida en que les somos útiles. ¿No es esa una nueva forma de vasallaje? —añadió alzando las cejas con cinismo.

— Qué estupidez.

Celia empezaba a entender. La actitud de Guillermo denotaba una sola cosa: envidia.

— No te hagas ilusiones —se apresuró a añadir—. Para Álvaro eres y serás un entretenimiento de usar y olvidar.

— Álvaro y yo somos amigos —aseveró recalcando esa palabra—. No creo que sepas lo que significa eso.

El cabeceó y la miró como quien se enfrenta a la tozudez de una niña obstinada.

— Si tan estrecha es vuestra amistad, pregúntale por Amelia —dijo con falsa inocencia—. ¿O ya te ha hablado de ella?

— ¿Quién es esa Amelia? Dímelo tú —replicó irritada—. Seguro que estás deseándolo.

Con un gesto teatral, Guillermo se llevó el índice a los labios.

— Ni se me ocurriría —alegó—. Eso violaría ciertas reglas que tienen que ver con la confidencialidad. Eres tú quien debe preguntar a Álvaro por qué paga el alquiler de un piso en el que vive... ¿otra amiga?

Celia no quiso seguir escuchando. Le dio la espalda, sin miramientos, y fue hasta donde estaba Álvaro. Él la recibió con una sonrisa radiante y la presentó al grupo de empresarios que lo acompañaban.

Horas después, cuando la llevaba a casa, Celia quiso arrancar la semilla de la duda que Guillermo Andrade había sembrado esa noche.

— ¿Quién es Amelia?

Álvaro no movió ni un músculo y continuó conduciendo como si tal cosa.

— ¿Dónde has escuchado ese nombre?

— No me has contestado —adujo poniendo la mano sobre su pierna.

Álvaro pisó el freno ante un semáforo en rojo. Se ladeó en el asiento y la enfrentó con una mirada taxativa.

— No te incumbe.

— Tratándose de una mujer, yo creo que sí tengo derecho a saber.

— No —atajó con dureza.

Durante un minuto largo permanecieron en silencio, Álvaro con la boca sellada y el gesto tenso. Celia se sintió culpable de la incomodidad opresora que de repente se había instalado entre ellos sin saber por qué.

— Nunca —dijo por fin Álvaro en un tono que sonaba amenazante—. Escúchame bien, nunca me preguntes acerca de ese tema.

Celia le tomó la mano entre las suyas.

— No te enfades —le sonrió para tranquilizarlo—, no tiene importancia.

Álvaro retiró la mano con aspereza.

— Sí la tiene —lo oyó murmurar para sí mismo mientras retomaba el volante.

No hubo respuesta y Celia nunca volvió a preguntar. Pero esa noche algo se rompió entre ellos dos.

CAPÍTULO 3: Se busca marido

Ya hacía una semana que habían regresado del funeral.

Era jueves por la tarde y Álvaro salía de los vestuarios del gimnasio cuando se topó con Nico y con Celia. Ella lo saludó con dos besos y una sonrisa de esas que no significan nada. Tras darle la espalda, fue derecha a la hilera de bicicletas estáticas.

Nico iba a hacer lo mismo, pero Álvaro se lo impidió agarrándolo por el brazo. Quería una explicación. Celia no había pisado un gimnasio en su vida, y con Nico, aunque los dos eran asiduos, no coincidía jamás.

— ¿Esto a qué viene?

— Que yo sepa, esto es un espacio público.

Álvaro empezó a perder la paciencia.

— Puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he visto por la sala de *fitness* —le recordó, dado que Nico solo practicaba natación y la piscina era la única zona del gimnasio que frecuentaba—. Y me sobran dedos.

— No hay nada de malo en traer una amiga a ver si se anima a hacer deporte.

Celia nunca había sido una fanática del ejercicio físico; solo le gustaba andar y patinar. Álvaro entornó los ojos.

— ¿No te quejas de que la ves poco? —alegó Nico para rematar, con la inocencia de una cobra.

Álvaro no tenía ganas de discutir y menos delante de tanta gente. Pero tampoco pensaba dejarlo pasar.

— Basta de juegos, Nico —le advirtió—. Ahora mismo no estoy para aguantar tu agudo sentido del humor.

— Muy bien, nada de ocurrencias inteligentes —aceptó; cogiéndole la mano con que le agarraba el brazo, lo obligó a que lo soltara—. Mira a tu alrededor. ¿Quién no ha venido aquí a pillar cacho alguna vez?

— Así que estáis aquí en busca de candidato a marido.

Nico alzó las palmas de las manos.

— Celia ha tomado una decisión y mi obligación consiste en apoyarla sin condiciones.

— Y dejarle cometer la estupidez más grande de su vida.

— Pues sí —corroboró con tal seriedad que era una advertencia—. Yo no soy quién para juzgarla. Como amigo, la respeto y la apoyo. Y si se equivoca, estaré a su lado para escucharla y aquí tendrá mi hombro para llorar si lo necesita.

Álvaro lo dejó marchar y se quedó mirando cómo iba hacia las bicicletas. Nico tenía razón, aquel gimnasio en concreto estaba frecuentado por muchos que iban a la caza carnal. Para disgusto de Álvaro, Celia despertó un aluvión de miradas entre los exhibidores de músculo que levantaban mancuernas y sacaban pecho palomo frente a los espejos.

Eso le recordó la estúpida idea de la boda falsa que, por lo visto, estaba decidida a poner en práctica. ¿Era tan ilusa que creía que un hombre iba a prestarse a ese juego sin pedir nada a cambio? Todos querrían sacar tajada; económica, sexual o las dos por el mismo precio. Se tranquilizó al recordar lo irritablemente precavida que era. La prudencia de Celia antes de tomar cualquier decisión era casi enfermiza. No, ella jamás se metería a ciegas en la boca del lobo.

Sus preocupaciones casi desaparecieron al comprobar que la suerte no estaba con ella ese día. Álvaro disimuló una sonrisa maligna cuando Nico se puso a pedalear al lado de Celia. Los del gremio del músculo la vieron acompañada de un tío y automáticamente dejaron de prestarle atención. Mejor que no le hicieran ni caso, mucho mejor.

Entre tanto, Celia pedaleaba con la vista fija en uno de los televisores de la pared, que emitía vídeos musicales, y pensaba en la tranquilidad mental que supone quitarse un peso de encima. Esa tarde había hablado con el director del colegio. Y a pesar de lo mal que este recibió la noticia de su marcha, Celia no tenía ningún remordimiento. Poco le faltó para echarla del despacho con malos modos, no sin antes repetirle varias veces que las cosas no se hacían así y menos en vacaciones, con el inicio del curso a un mes vista. Y aún tuvo que escuchar más reproches cuando el director comprobó que no se despedía, sino que solicitaba la excedencia de su puesto de trabajo y que quizá tendría que readmitirla algún día.

Celia no se arrepentía de su decisión, todo lo contrario. También ella había aguantado sin rechistar muchísimas cosas que «no se hacían así» durante el tiempo que cumplió como buena profesional.

Con disimulo observó a Álvaro por el rabillo del ojo. En la zona de aparatos era el rey de la fiesta, rodeado de mujeres que o bien se lo comían

con la mirada o propiciaban el roce casual para darle palique.

— Tú ni caso, princesa —dijo Nico—. Ni lo mires.

Ella suspiró con impotencia, le daba rabia no saber disimular y que su cara fuese tan elocuente. Se acercó a ellos un monitor con cuerpo de vicio y cara de lelo. Celia decidió atacar a ver si conseguía un marido justo como el que andaba buscando: con poquito cerebro.

— ¿Qué tal lo hago? —preguntó con una sonrisa encantadora—. ¿Voy bien así?

— Genial —dijo sin entusiasmo—. Pero a ver si pedaleamos más rápido, que parecéis los dos los de *Verano azul*.

Celia miró a Nico, que acribillaba con ojillos asesinos a aquel listo.

— ¿Tú has oído lo que nos ha dicho? —comentó él bullendo de rencor.

— No sé por qué he dejado que me liaras —se lamentó sin hacerle ni caso—. Lo único que voy a conseguir es unas agujetas que me tendrán baldada durante una semana.

— Llevamos aquí cinco minutos. A ver si te crees que el arte del ligoteo es llegar y triunfar.

Celia rebufó con fastidio. No le quedaba otra que armarse de paciencia, así que centró su atención en Shakira, que movía cadera en la pantalla de la tele. La señora de la limpieza, que había escuchado la conversación mientras abrillantaba el parquet, no pudo resistirse a meter baza.

— Pero hija —le comentó en confidencia, sin dejar de darle a la mopa—. ¿Para qué quieres mortadela con el jamón de pata negra que tienes al lado? Menudo pedazo de hombre, ¡y famoso! —dijo mirando a Nico con codicia—. Contenta tenías que estar.

Celia ni contestó.

Observó de soslayo a Nico, que en ese momento intercambiaba una mirada guarra con el chico de la bicicleta de al lado. ¡Qué suerte! Entero para ella solita. Un pedazo de hombre que solo tenía ojos para otros «pedazo-de-hombres». Contenta tenía que estar. Yupi.

Pasados tres días, el sábado, ya entrada la noche, Álvaro alzó la vista del portátil y, extrañado, se levantó para ver quién tenía la ocurrencia de llamar al timbre a esas horas. Elevó una comisura de la boca al ver a Nico haciéndole señas a través del monitor del videoportero.

Un minuto después abrió la puerta del apartamento. A modo de saludo, Nicolás le espetó el motivo de su visita intempestiva.

— Vengo a ducharme.

Con un gesto de la mano, Álvaro lo invitó a entrar y le dio la espalda encaminándose de nuevo hacia el sofá. La estancia principal era un espacio diáfano cuya fachada de cristal, de suelo a techo, ofrecía una espléndida vista nocturna de la ciudad.

Nico cerró la puerta y lo siguió, observando los pies descalzos de Álvaro y su camiseta desgastada.

— ¿No sales esta noche?

— No.

— ¿Qué te pasa?

— Estoy cansado, eso es todo.

Nico optó por no insistir.

— Ha habido una avería en mi edificio y han cortado el agua —le explicó yendo hacia el cuarto de baño, con la familiaridad de quien se mueve por su propio terreno.

Álvaro se sentó en el sofá, apagó el ordenador y pulsó el mando a distancia del televisor sin intención de hacer otra cosa que saltar de un canal a otro. En ello se entretuvo un buen rato hasta que oyó a Nico regresar de la ducha.

Miró hacia su derecha y alzó las cejas al verlo con el pelo húmedo y acicalado de punta en blanco. Se había vestido con una camisa negra remangada, que era suya, y unos vaqueros oscuros, que también reconoció como suyos. Álvaro dedujo que el resto de las prendas, las que no se veían, también las habría cogido de su armario. Olía muy bien, estaba claro que se había perfumado con su colonia.

— Te he dejado mi ropa sucia en el canasto de la colada —anunció tan tranquilo.

— Claro, hombre, ¡faltaría más! —aceptó Álvaro con amistosa resignación—. Ya que eres el rey de la casa, al menos tráete un par de birras frías de la nevera.

Dicho y hecho. Nico regresó al momento con dos botellines de Alhambra recién destapados. Se repantigó a su lado en el sofá y le tendió una cerveza. Ambos dieron un par de tragos largos con la mirada fija en el televisor. Álvaro fue de canal en canal a golpe de botón. Tertulianos a grito pelado... Españoles por esos mundos... Hasta que apareció un bicho amarillo dando saltos en la tele.

— Él vive en la piña debajo del mar —canturreó Nico la musiquilla que

acompañaba los dibujos animados.

Álvaro giró la cabeza hacia él.

— ¿Te la sabes? —preguntó mirándolo muy sorprendido.

— Todo el mundo se sabe la canción de Bob Esponja —argumentó convencido—. ¿Tú no?

— Yo no.

Álvaro cambió varias veces más, y dejó el dedo quieto cuando los ángeles sensuales del pase de lencería de Victoria's Secret se adueñaron de la pantalla.

— ¿Esas con las piernas tan largas son las que te gustan? —preguntó Nico, señalando con la botella a las chicas aladas que surcaban la pasarela con pasos etéreos.

— A mí me gustan todas —aseguró, e hizo una pausa para dar un trago—. Pero solo existe una a la que habría querido conservar.

Nico arrimó su botella a la que Álvaro sostenía en la mano.

— Por la mujer que no supiste retener —brindó— y por el hombre que no hizo nada por conservarme a su lado.

— Por ellos dos —secundó Álvaro sin alegría—. Y por nosotros.

Suspiraron al mismo tiempo. Eso los hizo reír y de nuevo entrechocaron las botellas.

— Nada como hurgar con el dedo en la herida para que sangre —comentó Nico con oscuro sentido del humor.

— Por los buenos amigos que sangran juntos —añadió Álvaro alzando su cerveza.

— Lo mío no tiene arreglo, pero lo tuyo puede que sí. Estoy pensando...

— No empieces, que cada vez que piensas me echo a temblar.

— Tú déjame.

— No te metas donde no te llaman —ordenó. Lo último que necesitaba era a aquel enredador arreglándole la vida amorosa.

Nico, cabezota incorregible, obró según su costumbre y evitó el conflicto cambiando de tema. Se levantó, fue hasta la cristalera y se regaló la vista contemplando su propia imagen reflejada en ella.

— Mira qué bien me sienta tu camisa. Qué pasada —exclamó orgulloso de sí mismo—. ¡Me la quedo!

El siguiente movimiento de la estrategia de Celia para hallar un posible marido fullero fue intentarlo por chat. Tras descartar a viciosillos y bichos

raros del tipo «¿Crees en los chacras?», «Enséñame una teta», «Solo como carne cruda» o «Me lo monto viendo copular a los animalitos de los documentales de La Dos», Celia hizo una selección de los menos pirados y planeó una tarde de citas a ciegas.

Ni por asomo pensaba abrir la puerta de su casa a cuatro desconocidos. Así que buscó el lugar idóneo con intención de matar dos pájaros de un tiro. Citó a cada uno de los candidatos, con una hora de diferencia, en casa de su último novio. Esa sería su dulce venganza. Si alguno de aquellos tipos quería una segunda oportunidad, volvería a buscarla al apartamento de su ex. Celia se relamía de gusto de pensar en el aristocrático Jacobo recibiendo a un pretendiente despechado detrás de otro sin saber por qué se emperraban aquellos tipos en llamar a su puerta.

Para llevar a cabo tan arriesgada misión necesitaba un aliado. Un hombre fuerte, por si las cosas se ponían difíciles. Ese guardaespaldas no podía ser otro que Nicolás Román.

— ¿El ático del maligno de tu ex? —siseaba este por lo bajo.

— ¡Calla de una vez!

Subían a hurtadillas por las escaleras para no cruzarse con ningún vecino.

— ¿El que te llamaba «cerdita mía»? —siguió Nico—. ¿El que se cepilló a una gogó en los lavabos mientras tú contabas las campanadas de Nochevieja? ¿El que te dejó enviándote un mensaje al móvil?

Celia se puso el índice en los labios para que cerrara el pico. Estaban de suerte. El conserje se había marchado de vacaciones a su pueblo, y Celia sabía que aquella comunidad de rácanos se negaba a contratar un portero suplente. Además, el portal siempre estaba de par en par porque en el entresuelo se ubicaban una clínica dental, la sede de una mensajería y una academia de idiomas.

— Celia, asúmelo, ese cabrón dinamitó tu autoestima.

— No me rompió nada de nada. Te he dicho mil veces que no estaba enamorada de él. Era divertido —aclaró; pensándolo bien, añadió un matiz—. A veces, cuando no tenía el día tonto.

No tenía intención de confesar ni a Nico ni a nadie que se lio con el idiota de Jacobo por quitarse de encima a Guillermo Andrade, que desde que andaba medio separado de su mujer no dejaba de perseguirla. Y para mayor fastidio, ahora que sabía que ella volvía a ser una mujer libre, aún la atosigaba más. Celia estaba aburrida de soportar los requerimientos de un

hombre que no parecía entender el significado de la palabra «no».

— Pues te ablandó el cerebro —insistió Nico—, porque si te quisieses un poco a ti misma no harías este tipo de locuras para encontrar novio.

— Es que no busco eso —replicó, casi sin resuello después de tanto escalón—. Me interesa un socio para una semana o dos. Punto y final.

Al llegar al último rellano, Celia se acercó a una maceta, la levantó un poco y sacó de debajo una llave.

— ¿Ves? Como en las películas —dijo enseñándosela a Nico—. Todo lo que tiene de pijo lo tiene de tonto.

Con una mueca elocuente, Nico dio al espabilado propietario del ático un calificativo bastante más grosero.

Celia abrió la puerta y entró, sin perder ni un segundo en miradas para el recuerdo. En cambio, Nico, con un simple barrido visual se hizo una idea aproximada de la personalidad del dueño de aquella decoración minimalista tirando a hortera.

— Nunca busques amor en un hombre enamorado de sí mismo —la aleccionó señalando la pared principal.

Una imitación de Andy Warhol la cubría prácticamente de suelo a techo, con la cara del tal Jacobo multiplicada por cuatro en una variada gama de colores chillones.

— ¡Es que no lo buscaba! —aclaró ella—. Nuestra relación se basaba en sexo y diversión sin planes de futuro. Duró lo que duró.

— Pero te dejó él.

— Su ego no habría resistido que fuese al contrario.

— Y dudo que resultara tan entretenido en la cama como dices. Un cuadro tan grande... —elucubró entornando los ojos—. No hace falta ser Freud, seguro que la tenía pequeña.

Celia ni asintió ni negó. Nico tradujo aquel silencio a su manera.

— Lo sabía, como un choricillo de aperitivo.

— Qué sabrás tú.

— Si la tuviese como un salchichón me lo habrías dicho corriendo.

— Pero qué bruto eres.

Nico dejó el asunto de lado en cuanto se fijó en las puertas corredizas del fondo.

— ¡Qué maravilla de terraza! —exclamó

Corrió las puertas de cristal y contempló aquel impresionante lujo al aire libre.

— Ahí las tienes —dijo ella señalando dos kentias que hacían sombra sobre una *chaise-longue*—. El amor de su vida. Adora esas plantas más que a sí mismo, que ya es decir.

— ¿A qué hora esperamos al primer pardillo? —preguntó; estudiando las queridas plantas de ese tal Jacobo con una mirada calculadora.

Celia dio un vistazo a su reloj.

— Si es puntual, dentro de diez minutos.

— ¿Me quedo contigo?

— Ni pensarlo. Escóndete en la cocina y no pierdas ojo por si tienes que venir a rescatarme.

Mientras esperaban a que sonara el timbre, Nico se puso a escudriñar entre los libros de la estantería.

— ¿*Quién se ha llevado mi queso?* —leyó perplejo—. ¿Quién ha escrito esto? ¿El ratón Mickey?

— Jacobo es un fanático de la autoayuda.

Nico, escéptico por naturaleza, se rio del ex a mandíbula batiente mientras cotilleaba en su colección de CD de música.

— Il Divo, U2—recitó en voz alta—, chill-out andino... ¿Pimpinela? ¡No me jodas!

— No toques nada y vete para la cocina —lo riñó.

Sonó el timbrazo esperado, Celia se atusó rápidamente la melena para recibir al primer candidato.

Al abrir la puerta se encontró allí plantado al chico de la foto número uno. Pero con acné. O había mentido en la edad o era un eterno adolescente.

— No imaginaba esa faceta tuya *heavy metal* —dijo Celia señalando su camiseta de los Ramones.

El chico se tocó el pecho con el dedo, con aire solemne.

— Me la regaló mi abuelo, para que no me olvide de él.

— ¿Tienes un abuelo rockero?

— No, se llama Ramón.

— Qué cachondo —murmuró pensando a toda velocidad en el modo de quitárselo de encima sin ser brusca.

Él sacó la cartera del bolsillo.

— Mira —señaló enseñándole una foto—. Es el que está entre mi padre y mi madre —y se quedó mirándola veinte segundos que a Celia se le hicieron larguísimos—. Quieren conocerte —soltó de sopetón.

Plaf. Celia cerró de un portazo.

Las siguientes tres citas tampoco es que fueran un éxito.

En segundo lugar se presentó un madurito con mucha gomina en el poco pelo que le quedaba.

— No recuerdo bien cuánto dijiste que pagabas —preguntó tecleando en la calculadora de su móvil.

Celia le cerró la puerta en las narices.

El tercero no se presentó; pausa que Nico y Celia aprovecharon para ponerse al día de sus respectivas vidas.

La llamada a la puerta del cuarto y último los sorprendió con media hora de adelanto.

— Hola. Tú eres Ernesto, ¿verdad?

— El mismo, chochín, y no perdamos el tiempo.

— Oye, oye...

— A la faena, que te tengo preparado un taladro de siete velocidades —dijo palpándose el paquete.

Celia empezaba a asustarse de verdad, cuando una voz llegó para salvarla.

— Huyyyyy... Qué ilusión. ¡Bricolaje para tres!

Nico asomó por encima de su hombro. Llevaba un trapo de cocina en la cabeza como un pirata y las gafas de sol de Celia, que le daban el aspecto de una mosca gigante.

— ¿Esto qué es? ¿Una cámara oculta? —preguntó el otro, espantado.

— ¿Quieres probar mi Black and Decker? —jadeó—. Me llaman Mister Bricomanía —añadió meneando la lengua como una víbora.

No hizo falta decir más. Celia y él lo vieron huir escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

— Un hombre inteligente no necesita recurrir a la violencia —dijo Nico quitándose el camuflaje y volviendo a su voz habitual.

En secreto, estaba contentísimo. El hecho de que aquella chaladura ideada por Celia hubiera resultado un tremendo fracaso le venía muy bien para el plan que venía maquinando desde hacía días. Y en ese plan, aunque no pensaba decírselo a ella todavía, entraba Álvaro también.

Celia le arrebató las gafas de sol y fue hasta el sofá para recoger sus cosas. Las citas a ciegas habían sido un desastre y allí no había más que hacer. Se colgó el bolso al hombro y buscó a Nico. Acababa de oírlo trastear por la cocina, pero allí no había rastro de él.

Regresó al salón y oyó su voz. Celia sonrió, porque el cantante al que

imitaba era su debilidad y Nico lo hacía de maravilla. Se dirigió a la terraza; como él estaba de espaldas, se quedó muy callada para no interrumpir la escena.

— Tiembla, Bublé —proclamó orgulloso.

Y siguió cantando *Crazy love* a la vez que regaba las amadas kientas de Jacobo con una botella de lejía.

Dos días después, Nico citó a sus dos mejores amigos en una terraza del paseo de Recoletos.

— Sí, mamá, sí, sí, sí —decía Álvaro con infinito aguante mientras esta le contaba que acababa de matricularse en un curso de Yoga Dance—. Te dejo, mamá. Vale... Que sí, que sí, que sí. Un beso.

Álvaro se quedó mirando la pantalla con la mezcla de aburrimiento y estoicismo propia de un hijo único, mientras pulsaba el icono de colgar. Se inclinó hacia Celia y la besó en el cuello.

— De parte de mi madre.

— Tu madre nunca me lo daría ahí —alegó castigándolo con un pellizquito en el brazo.

Él se quejó como si le hubiese retorcido la carne con unas tenazas.

— ¿Y a mí qué? —preguntó Nico, celoso.

— A ti también te envía otro, no seas coñazo.

Sonó el teléfono de Celia. Ella miró la pantalla. Al ver que se trataba del pesado de Guillermo, apagó el móvil con fastidio y lo lanzó dentro del bolso de mala manera.

— ¿Quién era? —preguntó Álvaro.

— No te importa —él le echó una mirada inquisitiva que ella sostuvo sin pestañear—. ¿Qué? —lo desafió.

— A mí no me mires así, que tienes todas las de perder.

— Huy, qué miedo.

Álvaro decidió dejarla ganar. Rio con la boca cerrada y, con un gesto indolente y teatral apoyó la cabeza en el hombro de Nico.

— Me iría mejor siendo gay. Seguro que tú me tratarías mejor que esta loba agresiva.

— ¡Aparta, pervertido! —lo rechazó dándole un codazo—. ¿Es que no ves que somos familia?

Álvaro volvió a la carga, entornando los ojos a un centímetro de la cara de Nico.

— Venga... —ronroneó—. Y te imito al rubio de *Coldplay*.

Un camarero con pinta de chico de calendario llegó con tres vasos anchos en una bandeja.

— Si no te quiere, dímelo —se ofreció a Álvaro, depositando sobre la mesa los tres mojitos—. No hay nada que me ponga más que un hetero con ganas de nuevas experiencias.

Él se quedó mirándolo con una expresión entre vergonzosa y halagada. Nico se lo quitó de encima de un empujón y se dirigió al camarero.

— No le hagas caso —rumió—. Nunca debimos sacarlo de la perrera.

Bandeja en mano, este se quedó observando los pectorales de Nico y despacio, muy despacio, alzó la vista hasta sus ojos.

— Si hay algo que me pone más que un hetero con ganas de probar, es un gay orgulloso de sí mismo y con sentido del humor.

Nico entreabrió los labios con una leve sonrisa satisfecha. El otro se despidió con una mirada de fuego puro.

— Que adivine que yo soy hetero y tú gay lo achaco a ese sexto sentido vuestro —alegó Álvaro—. Pero lo de orgulloso es mucho suponer.

— ¿No lo ves? —preguntó Nico. Álvaro alzó las manos para que se explicara mejor—. ¿Tú tampoco? —le preguntó a Celia.

— No tengo ni idea de qué quieres decir.

Él se señaló la camiseta que llevaba puesta.

— ¿Qué? —preguntó Álvaro sin entender a qué se refería.

— Ahí solo pone GAP —leyó Celia, totalmente de despistada.

— *Gay and proud* —pronunció despacio, como si razonara con un par de párvulos—. Gay y orgulloso.

La traducción sobraba, porque los tres hablaban un perfectísimo inglés británico, fruto de su año de estudios en Brighton.

— Gracias por aclararlo. Juro que nunca me pondré ropa GAP —anunció Álvaro.

— Eso es solo una marca —rebatió Celia—. No me vengas ahora con tu teoría del lenguaje de las camisetas.

— Pues no soy el único que lo entiende —dijo mirando con codicia al camarero que se inclinaba para dejar una copa dos mesas más allá—. Qué cuerpo.

— Qué culo —matizó Celia.

Álvaro se sintió bochornosamente arrinconado y dio una palmada para reclamar la atención de los dos.

— Basta de mirar, ya habéis tenido bastante. Nico, dinos de una vez por

qué nos has hecho venir con tanta urgencia.

Este se tomó su tiempo para crear expectación en su dos amigos. Cogió su copa, sorbió de la pajita y la dejó con parsimonia. Después, agarró su chaqueta de lino, que colgaba del brazo de la silla, y sacó del bolsillo un par de sobrecillos alargados que les entregó a uno y a otra.

Celia y Álvaro extrajeron a un tiempo el contenido de sus respectivos sobres y se quedaron mirando a Nico.

— ¿Nos vamos a Las Vegas? —exclamó Álvaro.

— ¿Invitas tú? —preguntó Celia—. ¡Ay, qué ilusión! Nico, te voy a comer a besos. Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —se quedó pensando y ató cabos—. ¡Tú leíste mi diario en Brighton! —adivinó señalándolo con un dedo acusador y una mirada furibunda.

— Pues claro —corroboró sin avergonzarse lo más mínimo.

— Y yo también —afirmó Álvaro tan ancho—. Eso es lo que hacen todos los tíos que comparten piso con tías.

— Y si Álvaro y yo fuésemos un par de bragazas sensibles de los que escriben diarios, tú habrías cotilleado como una loca. Reconócelo —apuntó Nico.

Celia quiso replicar, pero él tenía tanta razón que fue incapaz. De haber sido al contrario, ella no habría dejado ni una sola página sin leer.

— ¿Y tu billete? —le preguntó.

— Yo no voy. Tengo un programa televisivo diario y una estrella Michelin que mantener.

— ¿Por qué no? —preguntó decepcionada.

— No me creo que no puedas tomarte un descanso de seis días —afirmó Álvaro, leyendo las fechas de ida y de vuelta de su billete.

— Esa no es la cuestión —eludió Nico entrelazando las manos—. Este viaje obedece a un motivo y me gustaría que me escucharais sin interrumpir. Tiene que ver con la herencia del padrino.

— Ya estamos otra vez con el testamento envenenado —protestó Álvaro.

— Sin interrupciones, por favor —exigió—. Yo me quedo al margen. En lo que respecta al matrimonio, no juego en esta liga.

— Porque no quieres —rebató Álvaro.

— Porque no quiero, tú lo has dicho —sentenció tajante, con una mirada cargada de significado que solo entendieron ellos dos—. Sois mis mejores amigos. Y me siento culpable porque hasta ahora solo te he ayudado a ti —

dijo dirigiéndose a Celia—. Marchaos a Nevada en igualdad de condiciones. Todo el mundo va allí a casarse, ¿no?

— Todo el mundo, no —objetó Álvaro.

— Muchos lo hacen. Conseguir una licencia de matrimonio en Las Vegas es rápido y sencillo.

— Como comprar un bonometro —apostilló sin humor.

— Tenéis cuatro días. El primero que se case, se convertirá en heredero. No tenéis por qué revalidar el matrimonio, salvo que el notario lo exija, y no creo que sea el caso. Si pusiesen pegas, ya consultaríamos con un abogado.

— ¿Esto es un secreto entre nosotros tres? —aclaró Celia.

— Exacto. Los otros dos aceptaremos el hecho con deportividad y nuestra amistad seguirá intacta. Sin reproches. ¿Aceptáis las condiciones?

— Nico, esto es una locura y lo sabes —refutó Álvaro.

Pero Celia no opinaba lo mismo y no tardó en hacérselo saber a los dos.

— Si Álvaro se echa atrás, me voy yo sola.

Él le echó una mirada muy larga. Un músculo tembló en su mandíbula tensa.

— Deséanos buen viaje, Nico —rectificó con aire agresivo y contenido—. Nos vamos a Las Vegas, y que gane el más rápido.

Celia sintió una punzada en la boca del estómago. Ya estaba dicho y no iba a dar marcha atrás. Pero lamentaba la desagradable sensación que la invadió de repente. Y es que, a pesar de tenerlo tan cerca, sentía a Álvaro más lejano que nunca al verlo por primera vez en su vida en el bando contrario.

CAPÍTULO 4: Rivales, a pesar de todo

Esa tarde Álvaro estaba de mal humor. Acababa de finalizar el partido de fútbol y en ese momento se hallaba sentado en un banco del vestuario, desatándose los cordones de las botas. Hacía ya más de un año que cada dos semanas se reunían algunos conocidos, casi todos antiguos compañeros de la facultad, para jugar un partido de fútbol siete. Por mantener y no oxidarse, más que por la compañía. Porque para Álvaro, desde que Nico decidió retirarse del equipo, aquellos partidillos quincenales habían perdido aliciente.

El vestuario de las pistas deportivas apestaba a calcetín sudado y añejo. El ambiente denso se hacía casi irrespirable. Pensativo, dio un golpe con el pie a las botas, para hacerlas a un lado, y en silencio se dispuso a quitarse las medias y las espinilleras. Algunos compañeros bromeaban y charlaban en voz alta a la vez que se desnudaban para darse una merecida ducha.

Nico nunca le dijo el motivo por el que dejó el fútbol. Estaba muy ocupado, eso Álvaro no lo dudaba, pero conocía demasiado bien a su amigo para no darse cuenta de que aquello era una excusa. Álvaro intuía que el motivo de su abandono tenía que ver con Guillermo Andrade, portero del equipo. Era socio de la agencia que se encargaba de las campañas publicitarias de Chocolates Siurana desde hacía mucho. Álvaro sabía que a Nico nunca le había caído bien Guillermo. Por algún motivo que desconocía nunca hubo buenas vibraciones entre los dos hombres y, puede que por respeto a la relación comercial que Álvaro y Guillermo mantenían, Nico nunca le confesara abiertamente el porqué de su antipatía hacia el publicista.

Quizá fuese una tontería, pero desde que su mejor amigo dejó el equipo, Álvaro tenía un mal presentimiento en relación con Guillermo. Nico era muy intuitivo, jamás se equivocaba al juzgar a otra persona. Desde niño siempre tuvo una especie de don para detectar a aquellos que no eran trigo limpio.

Mientras se quitaba la camiseta, escuchó la charla que Guillermo mantenía con otro compañero.

— Si una tía no la quieres para ti, cualquiera es libre de intentarlo con ella —argumentaba en ese momento—. ¿No os parece?

A Álvaro, que no participaba en la conversación, no le gustó que lo mirara precisamente a él mientras decía aquello.

— Depende —argumentó el otro.

— ¿De qué?

— La mujer de un amigo es sagrada.

— ¿Y la exmujer?

— A mí no me haría ninguna gracia verte por ahí con mi ex.

— ¡Pero si tú odias a tu ex! —gritó otro desde la ducha.

Hubo un coro de carcajadas. Completamente desnudo, Álvaro abrió la taquilla para sacar la toalla y el gel de ducha. De reojo vio que Guillermo agarraba el móvil y marcaba un número, su llamada no obtuvo respuesta. A Álvaro le extrañó que se quedara contemplando la pantallita con la sonrisa burlona de un cazador al acecho. Pero lo que definitivamente logró ponerlo en guardia fue la mirada breve que cruzó con él. Duró una décima de segundo, suficiente para ver en sus ojos un brillo mitad temor, mitad desafío.

Álvaro remoloneó trasteando en el interior de su taquilla hasta que comprobó por el rabillo del ojo que Guillermo iba camino de la ducha. Escuchó el chorro y el grito al caerle encima el agua fría.

Ojeó por encima del hombro la bolsa de deporte de Guillermo, la cual descansaba en un banco. Titubeó, se debatió por dentro entre lo correcto y lo incorrecto, sopesó entre la caballerosidad y el comportamiento rastroso. Por fin ganó el villano que llevaba dentro, se dijo que las buenas intenciones sobran cuando las dudas tienen que ver con las personas que a uno le importan.

Miró a su alrededor, como un furtivo, y sin pensárselo dos veces metió la mano en la bolsa de Guillermo y cogió el teléfono. Pulsó el botón para ver la última llamada.

— ¿Celia? —bisbeó confirmando una íntima sospecha.

Álvaro acabó de encajar todas las piezas. La conversación anterior, la sonrisa de hurón y la mirada esquiva. Momentos antes había tenido el pálpito de que las palabras de Guillermo sobre las mujeres que unos dejaban libres para que otros se lanzaran a la caza era una alusión velada, dirigida exclusivamente a que él la oyese.

Celia era libre, adulta y podía hacer lo que le diese la gana, le gustase a él o no... ¡Y una mierda! Maldijo entre dientes y dejó el móvil donde lo había encontrado a la vez que se preguntaba qué tenía que ver Guillermo Andrade con ella.

Celia abrió la puerta de casa con mucho esfuerzo, cargada como iba con las bolsas del supermercado. Para colmo sonó su teléfono. Cerró con el pie,

corrió hasta la cocina y dejó la compra sobre la mesa para rebuscar aprisa en el bolso. Esperaba una llamada de su madre, y si no contestaba rápido en seguida se preocupaba. Con fastidio comprobó que no era ella. Celia chasqueó la lengua, irritada; no entendía cómo un tipo tan inteligente como Guillermo no era capaz de captar algo tan simple. Cinco mensajes sin respuesta y otras tantas llamadas desatendidas dejaban bien claro que no quería saber nada de él.

Se llevó el teléfono a la oreja con intención de quitárselo de encima de una vez.

— Dime —respondió con sequedad.

— ¿Qué haces, preciosa?

— Mira, Guillermo, estoy ocupada. No me apetece salir, no me apetece tomar nada, no me apetece ir a ningún sitio contigo —recalcó con una aspereza rayana en los malos modos.

Aún la irritó más oír su risa al otro lado de la línea.

— Me han dicho que te vas con Álvaro a Las Vegas.

— No es cosa tuya si voy o vengo, Guillermo.

— No seas tonta y no le sigas el juego.

— Que te vaya bien —concluyó para acabar con aquella conversación carente de sentido.

— Pierdes el tiempo con Álvaro.

— Me encanta perder el tiempo con mis amigos —replicó.

A él no pareció afectarle la acritud con que lo dijo.

— Con él no tienes ninguna posibilidad.

— Pues mucho mejor.

Y así era, porque la verdad es que no le apetecía mezclar sentimientos que más valía dejar tranquilos con el objetivo puramente materialista que tenía aquel viaje a Las Vegas.

— Celia, para él siempre serás una de tantas —añadió con un paternalismo fuera de lugar—. ¿Hace falta que te lo recuerde?

Colgó sin más y dejó el teléfono sobre la mesa. Guillermo era un completo imbécil, ¿a santo de qué le venía ahora con aquella alusión solapada a la misteriosa Amelia? Qué sabía él lo que hubo o había entre ella y Álvaro. Fuesen muchas o pocas las personas que pasasen por sus vidas, la amistad genuina que los unía era una de las cosas más valiosas que tendría jamás.

Y en ese momento recordó algo muy importante que casi se le escapa. Tal como estaban las cosas entre ellos no le apetecía verlo y discutir. Ese día

menos que ninguno. Cogió el teléfono de nuevo, marcó el número de la que era y sería siempre una de las personas más importantes de su vida y esperó a escuchar su voz.

— Hola, Álvaro —y al decirlo sonrió con infinito cariño—. Feliz cumpleaños.

Tan solo una llamada. Una mísera llamada de teléfono.

Álvaro se guardó el móvil en el bolsillo, enfadado por el hecho de que Celia le racanease un rato de su tiempo el día de su cumpleaños. Fue al frigorífico a por una lata bien fría y, Coca Cola en mano, salió a la terraza de su apartamento y se dejó caer en un sillón. Desde allí se oía atenuado el rumor del tránsito en la calle, y en medio de este, el chasquido del refresco al tirar de la anilla y el típico siseo del gas carbónico. Dio un trago largo, dejó la lata en el suelo y se recostó con un brazo bajo la cabeza.

Miró sobre la mesilla de ratán y cogió el cómic que Nicolás le había regalado hacía apenas un rato. Celia, en cambio, se limitó a felicitarlo de palabra y basta. Al menos era un detalle, se dijo respirando hondo. Lo importante era que no se había olvidado de hacerlo.

Tras almorzar con su madre, que se empeñó en que lo celebraran juntos con una comida especial, recibió la llamada de Nico, que le rogaba que acudiese al restaurante, ya que tenían allí tanto trabajo que le era imposible ausentarse ese día. A Álvaro no le importó, ya había asumido las obligaciones de un cocinero mediático. Eso era bueno y se alegraba de que el restaurante le fuese tan bien.

Sentados mano a mano a la mesa de la cocina habían brindado con unos cubatitas de media tarde y, como cada año, Nico bromeó sobre su repentina vejez, ya que, aunque tenían la misma edad, Álvaro era el primero de los tres en cumplir años. Al entregarle el paquete envuelto con tanto esmero, lo hizo con la expresión satisfecha de quien sabe que ha acertado de pleno con el regalo. Y así fue. Cuando llegó la hora de preparar las cenas y Nico dio las dos palmadas al aire rituales que pusieron firme a todo el personal de cocina, Álvaro se marchó del restaurante para no entorpecer.

Acarició la soberbia ilustración de la portada en cartoné del segundo cómic de Long John Silver, una joyita. Nico lo conocía bien y sabía que le fascinaba todo lo relacionado con la náutica, la marinería y los piratas. Quizá porque le tenía al mar un respeto reverencial sentía tanta atracción por todo lo relacionado con ese mundo. Odiaba subirse a un barco, algo muy de moda

entre algunos de sus conocidos. En ciertos ambientes se suponía que no eras nadie si no tenías un barquito, cuanto más ostentoso mejor, amarrado en cualquier club náutico de la costa mediterránea. Álvaro siempre declinaba las invitaciones a navegar con cualquier excusa.

Él había crecido y vivido tierra adentro. Se contentaba con contemplar de vez en cuando la maqueta de la *Bounty*, regalo de su abuelo materno, que el pobre hombre tardó veinte meses en montar con sus propias manos. Por eso Álvaro lo conservaba desde los doce años como un tesoro. Con aquel barco había imaginado miles de aventuras.

Tanteó con la mano en busca de la lata y dio un par de tragos. Aún recordaba como si fuese ayer el día en que su padre lo llevó a ver el mar por primera vez. Fue un verano, en la playa de Oropesa. Agarrado de su mano y desde la orilla, contempló extasiado aquella inmensidad azul sobre la que reverberaba en reflejo del sol.

— ¿Y dónde acaba toda esta agua, papá? —preguntó con el asombro inocente del niño que había aprendido a nadar en una balsa de riego sin conocer otro salvavidas que la cámara hinchada de una rueda de camión.

Álvaro no había olvidado la sonrisa de su padre aquella mañana luminosa.

— El mar no se acaba nunca, hijo. No tiene fin.

Y ya no volvió a pisar la playa durante mucho tiempo. Las vacaciones familiares transcurrían año tras año en Tarabán. Largos veranos de campo, donde los días se dedicaban a jugar en la calle, corretear en bicicleta y darse chapuzones en las balsas hasta que la Diputación Provincial tuvo a bien enviar una subvención para construir la piscina municipal. Y las noches se resumían en contar la lluvia de estrellas cada mes de agosto y en distinguir la Osa Mayor de la Menor o aprenderse de memoria la silueta de Orión. Esas mismas estrellas que las luces de Madrid no le permitían ver y que había contemplado tantas veces en compañía de Nico y de Celia, chupando un Flash Golosina o tumbados uno al lado del otro en un bancal recién segado. Siempre juntos los tres. Porque Carolina, la hermana de Nico, que cuando no estaba pintándose las uñas, iba de paquete en la moto de algún chico, se los sacudía de encima como a las moscas. Y ellos hacían lo mismo con Susana, la hermanita de Celia. «Fuera, enana. Tú no juegas con nosotros.»

Celia, siempre Celia. Eran muchos los recuerdos compartidos con ella. El regalo era lo de menos, pero le habría gustado que hubiese tenido un detalle con motivo de su cumpleaños. Su madre, en cambio, lo había

atiborrado con un disco de bandas sonoras de cine, unos gemelos de plata, dos docenas de calcetines de las rebajas y una espectacular planta tropical que en sus manos tenía la muerte asegurada. Confiaba en su asistente, a Paqui le encantaban y sabría qué hacer con ella.

Y al pensar en ello, la asociación de ideas fue inmediata. Era incapaz de olvidar que Celia le había reprochado una vez, como quien no quiere la cosa, que su madre era una mujer que disponía de chofer. Álvaro encajó muy mal el comentario, como si el estilo de vida de su familia fuese un pecado mortal por el que tuviese que pedir perdón. Una existencia que él no había escogido, porque cuando uno nace no decide en qué casa cae. Además, si Celia sumase dos más dos, llegaría a entender la tranquilidad que le suponía a él que su madre contase con un matrimonio de servicio interno. Así vivía acompañada en el enorme chalet familiar de Somosaguas que, desde la muerte de su padre, ocupaba ella sola. Y además el hecho de que el jardinero ejerciese de chófer lo libraba a él de llevarla de aquí para allá cada vez que decidía salir de casa. ¿O es que Celia había olvidado que su madre no sabía conducir? Su querida madre era una mujer encantadora, pero muy pesada. Y como hijo único que era, la sufría en solitario desde que se quedó viuda.

No entendía qué le había pasado a Celia en los últimos años. A veces le entraban ganas de sacudirla por los hombros para que espabilara de una vez. Tras sus comentarios desagradables siempre planeaba la sombra del dinero. Por culpa de Nico, del padrino y su apestosa herencia estaban a punto de embarcarse los dos en una aventura demencial. Puede que no fuese tan mala idea y aquella escapada a Las Vegas le abriese a Celia los ojos.

No, no lo creía. Tenía el presentimiento de que aquel viaje no iba a acarrearles nada bueno. Ni a él ni a ella.

Pasaron los días, los preparativos, los nervios de última hora, y llegó el momento de subir a un avión. Dos noches antes del viaje, Celia ya estaba en camión cuando llamaron a la puerta. Escudriñó por la mirilla y se inquietó al ver a Álvaro con la mano apoyada en la pared. Abrió la puerta y él se quedó mirándola sin decir nada. Celia se hizo a un lado para que entrara.

— ¿Qué ocurre? Tienes mala cara —dijo preocupada.

Observó sombras de cansancio bajo sus ojos. La fina línea que se le marcaba en el entrecejo cuando ponía ese gesto de obstinación tan propio de él parecía más pronunciada. Lo vio observar la enorme maleta ya preparada en el recibidor y, sobre esta, el bolso de mano permitido en cabina. Celia le

tomó la mano, no le gustaba verlo así. Él la alzó para acariciarle la mejilla.

— Siempre previsora, organizada... —dijo con una sonrisa de añoranza—. Hay cosas que no cambian.

— ¿Tú no has hecho el equipaje?

— No.

— Salimos pasado mañana.

— Ya lo sé —murmuró endureciendo aún más el semblante—. Celia, he estado pensando. No tenemos por qué hacer esto.

La atrajo hacia sí y la abrazó con muchísima fuerza.

Celia no quería remover las cenizas. Pero la calidez de sentir a Álvaro tan cerca derribó todas sus barreras. Cedió a su ruego silencioso y, en respuesta, le acarició la espalda con ambas manos. Alzó el rostro y no necesitaron hablar. Sus bocas se fundieron en una como tantas veces, sus lenguas se enredaron codiciosas, con la intensidad de quien recobra esa pasión buscada durante años sin saber encontrarla en labios ajenos.

Celia le dio acceso para que la besara en el cuello, en la mejilla y las sienes. Y se dejó llevar. Se guardó la razón en lo más escondido de su cerebro. Dejó que el deseo se adueñase del momento. No tenía de qué arrepentirse. No hizo preguntas ni le dio explicaciones. No tenía más que abrirle los brazos. Recibir a Álvaro y entregarse sin reservas. Las diferencias de opinión y los resquemores del pasado quedaron aparcados al otro lado de la puerta porque esa noche el hombre que le devoraba la boca y la garganta era él y sólo él. En aquel recibidor solo había un hombre y una mujer que se arrancaban la ropa a estirones y se acariciaban con ansia, conscientes de las ganas del otro.

Álvaro la cogió en brazos y, sin dejar de besarla, la llevó al dormitorio. La depositó sobre la cama, terminó de desnudarla lamiéndole los pechos, arañándole la piel sensible con los dientes como a ella le gustaba. Y disfrutó de sus besos ardientes, de sus caricias descaradas. Ronroneaba de gusto cada vez que lo atraía más cerca de ella y le arañaba el culo como una gata traviesa. Tanteó en busca del pantalón, palpando, sacó los preservativos del bolsillo y los dejó sobre la cama. Al verla agarrar un envoltorio y rasgarlo con los dientes la acarició entre las piernas y entrecerró los ojos sin dejar de mirar los suyos. Estaba húmeda y cálida, preparada para él.

Antes de colocarle el condón, Celia envolvió su miembro con la mano y lo acarició con un vaivén lento. Se agachó y atrapó la punta entre los labios que culminó con el juego erótico de su lengua. Después hizo resbalar el látex

por toda su longitud mirándolo con una sonrisa sexy como el infierno. Se tumbó de espaldas, Álvaro le levantó las piernas y se colocó una en cada hombro. La penetró rudo y por sorpresa, ella dio un grito de placer. Se agarró a los muslos de él, cerró los ojos y esa vez le otorgó el mando. Álvaro tenía el dominio del momento y de ella. Se acarició los pechos para él y para ella misma mientras Álvaro la embestía más y más. Porque él era el único capaz de hacerla gozar tanto, tanto...

Medio adormilada, miró el despertador de la mesilla. Eran las seis de la madrugada, apenas había dormido una hora. Le costaba moverse como si los brazos le pesaran una tonelada. Remoloneó dando una vuelta en la cama. La había despertado el ruido de la ducha, pero no abrió los ojos. Continuó recordando medio en sueños cómo Álvaro la había poseído esa noche también en el vestidor. Sin palabras, compartiendo la mirada a través del espejo, ella con las manos en el cristal mientras él la embestía por detrás.

Celia lo oyó abrir la nevera y destapar una botella, una tónica debía ser porque no recordó que hubiese otra cosa. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. No había rastro de la ropa de Álvaro sobre la moqueta, donde habían hecho el amor por tercera vez, sentados frente a frente, ella a horcajadas sobre él, saboreándole la boca a la vez que lo hacía gemir antes de caer exhaustos. Debía de haberse vestido ya. A Celia le dolió, habría preferido despertar en sus brazos, aunque no se engañaba, una noche de sexo impetuoso no tenía por qué concluir con abrazos románticos como en las novelas.

Sacó un camisón de tirantes de un cajón y se lo puso de camino a la cocina.

— ¿Desayunando una tónica? —dijo a modo de saludo a la vez que se abrazaba a su costado.

— Tenía sed.

Y le revolvió el pelo con un gesto tan amistoso como exento de pasión. Nada quedaba ya del fuego de la noche.

— ¿Por qué te has levantado tan temprano?

— Tú estás de vacaciones, yo no.

De su expresión dedujo que estaba a punto de irse.

— Tendrás que dejarlo todo atado antes del viaje.

Celia supuso que eso explicaba que no tuviese intención ni siquiera de quedarse a desayunar, y mucho menos de volver a la cama.

Álvaro desvió la mirada, dejó el botellín sobre la encimera y la atrajo para darle un abrazo de despedida. Celia se apretó a él y, a pesar de que solo los separaba un fino camisón de seda, no fue nada sensual.

— Al final no te dije el motivo por el que vine. Esto del viaje... He pensado mucho en ello.

Pero Celia no quería pensar, notó que la envolvía con muchísimo cariño, y sentirlo así era algo maravilloso, tanto como el sexo o más.

— Dime cuánto dinero necesitas —murmuró Álvaro acariciándole la oreja con los labios.

Cuatro palabras como un jarrazo de agua helada que sacaron a Celia del trance sentimental y la devolvieron de golpe a la realidad. Eso era lo último que habría deseado oír. Se echó hacia atrás y le presionó el pecho con las manos abiertas para que la soltara. Álvaro la liberó de la jaula de sus brazos.

— ¿Dinero? Pero ¿qué te has creído? —lo acusó dolida—. Eres como mis padres.

— ¿De qué hablas?

— No crees en mí —añadió tragando saliva—. Pues voy a demostraros a todos que puedo conseguirlo sola. Estoy sin trabajo, ¿vale? Pero no rogaré a mis padres que me acojan otra vez bajo su techo. Puedes guardarte también tu caridad.

Él sacudió la cabeza con una mirada fría y salió de la cocina. Pero Celia no pensaba dejarlo estar y lo siguió hasta el recibidor. Álvaro abrió la puerta del apartamento. Pero antes de marcharse, giró en redondo y se enfrentó a ella.

— Tu idea de la independencia consiste en recorrer Las Vegas a la caza de candidato para tu falsa boda —le reprochó, apoyando todo el peso en una pierna.

— Todos no somos como tú, Álvaro —aclaró mirándolo a la cara—. Yo no cazo, a mí me cazan. Si es que me dejas.

— Aclárame una cosa, ¿eso era un insulto?

— Pierdes el tiempo —dijo colocándose el pelo detrás de las orejas—. Si piensas que tus pullas me hacen efecto, estás muy equivocado. Lo que yo haga con mi vida es cosa mía. Tu opinión me interesa muy poco, así que mejor ahórratela.

A Álvaro le decepcionó escuchar aquel tono cáustico y agresivo. No era propio de ella. El tiempo había cambiado a Celia, y él no se había dado ni cuenta.

— ¿Qué ha sido de nosotros, Celia?

— Que crecimos, así de sencillo.

— Ojalá pudiese hallar en ti algo que me recordase a la chica que quise tanto. ¿Seis años han bastado para convertirte en una pesetera amargada?

Ella reaccionó con rabia. Álvaro nunca supo valorar el esfuerzo que hizo por mantener vivos los sentimientos que había entre ellos instalándose en Madrid, una ciudad donde no conocía a nadie. En cambio, él, ¿qué hizo? Estaba convencida, para Álvaro el amor se desvaneció el día en que dijo adiós a Brighton.

— Si tu defensa es el ataque, me demuestras que sigues siendo un crío caprichoso. Siempre lo has sido.

— Guárdate los calificativos cáusticos —exigió mirándola de arriba abajo—. Qué lástima. La mujer que eres ahora no me gusta nada en absoluto.

¿Y eso se lo decía después de todo lo que habían compartido esa noche? Celia apretó los puños, odiaba que la mirara con tanto desprecio.

— ¡Ya está bien! Lo que te pasa es que no puedes soportar que busque un hombre para casarme y no haya pensado en pedírtelo a ti. Cuánto te habría gustado ver a la pobrecita Celia otra vez babeando como una estúpida detrás de tus pasos.

Álvaro sonrió con cinismo.

— Todo lo contrario, cariño. Me has evitado el mal trago de tener que rechazarte.

Celia bajó la cabeza y se mordió los labios para obligarse a callar los insultos y no contestarle como se merecía.

— Vete, Álvaro. Y olvídate para siempre de la chica de Brighton, porque no volverá. Ahora me tomo la vida en serio.

Él giró en redondo con las manos en los bolsillos y salió del apartamento. Antes de que cerrara la puerta, la observó durante unos segundos.

— Si me conocieras un poco no me querías como rival.

— ¿Eso es una amenaza?

Él esbozó una sonrisa que no tenía nada de alegre.

— No. Como amigo estoy advirtiéndote que yo también sé jugar en serio.

Celia llegó al aeropuerto de Barajas con tiempo suficiente. Dispuesta a esperar lo más cómodamente posible, tiró de su maleta hacia una de las

cafeterías. Y allí fue donde encontró a Álvaro. Estaba desplegando sus armas de seducción con una cajera. Ella se acercó lo bastante para poder escuchar sin interrumpir la conversación. Él se empeñaba en que le sirvieran una chocolatina Álvar's de Siurana y no las que le ofrecía la chica de entre el extenso surtido de barritas de chocolate. Tanto empeño puso, que hasta la encargada se acercó al ser requerida por la cajera. Un segundo después, ambas habían sucumbido hipnotizadas bajo el efecto de su fascinante sonrisa.

Era único para hacer negocios. Celia recordó que él llamaba a esa estrategia «marketing con encanto». La encargada, al fin, acabó obsequiándole con un par de chocolatinas de otra marca.

Cuando se dio la vuelta y vio a Celia, puso cara de circunstancias y se guardó las barritas en el bolsillo.

— Dame una —pidió ella, con una cordialidad que pretendía alejar la discusión de aquella madrugada.

Respiró tranquila al ver que le devolvía la sonrisa. La ausencia de rencor era una de las virtudes que más admiraba en él. Y en ella, reconoció orgullosa de sí misma, porque en eso eran los dos iguales.

— Ni lo sueñes. No voy a permitir que comas chocolate de la competencia.

Ella no pudo evitar echarse a reír.

— ¿Las has convencido?

— Esta semana haré llegar un lote de muestra de nuestros productos.

A Celia le gustaba oírle hablar así de la fábrica. En plural, sin atribuirse el éxito de Chocolates Siurana. Álvaro consideraba la empresa que fundó su padre en un modesto bajo del barrio de Entrevías, y que fuerza de trabajar se había convertido en un referente de calidad, no un mérito suyo sino de todo un conjunto de personas trabajando codo a codo por un mismo objetivo.

Celia estaba segura de que el plan funcionaría. Pronto las chocolatinas Álvar's estarían a la venta en ese mostrador y en el resto de cafeterías que gestionaba aquella empresa.

— ¿Vas a tomar algo? —preguntó él.

— No, da igual. Cuanto antes pasemos la cola de embarque, mejor. No he mirado los asientos. Pero me pido ventanilla.

Álvaro la miró a los ojos con una expresión que no transmitía buenas vibraciones.

— No viajamos juntos —anunció—. He cambiado mi billete a primera hora.

Una rubia teñida se acercó taconeando. Llevaba un vestido exageradamente corto y de una talla inferior a la que debía gastar. Celia se quedó sin palabras cuando la vio colgarse del brazo de Álvaro.

— ¡Tu debes de ser Celia! La amiga esa —a Celia no le sonó nada bien lo de *esa*—. Encantada. Yo soy Mariví, la futura esposa.

Y con una risita tonta le plantó dos besos en la cara. El beso número tres fue a parar a la mejilla de Álvaro.

Celia se sobrepuso al puñetazo anímico que acababa de recibir y lo miró a la cara a la espera de una explicación.

— Yo también sé jugar en serio —le recordó él con las mismas palabras de dos noches atrás—. He venido con los deberes hechos de casa.

CAPÍTULO 5: El hallazgo

En Tarabán, Teruel, el sol caía a plomo y no se veía un alma por las calles. En el reloj de la plaza dieron las tres.

La sobremesa diaria del abuelo Cele consistía en acercarse al mesón para jugar la partida de guiñote. Allí lo encontró Susana, que después de dos intentos fallidos lograba que su hermana respondiese a sus llamadas.

Mientras escuchaba las andanzas de Celia en su aventura americana, se acercó a la mesa de los jubilados.

Celia le explicaba que estaba en Filadelfia esperando el vuelo que los llevaría a Las Vegas, que allí eran las nueve de la mañana, que las saetas del reloj corrían al revés y que estaba desorientada por el desfase horario, como suele suceder a todo aquel que vuela rumbo a Occidente.

Al ver llegar a su nieta con el maletín en la mano, Cele pidió a Tomás que fuera preparándole otra manzanilla con una gotita de Marie Brizard. Como el equipo sanitario cubría varios pueblos, Susana y el médico siempre andaban con prisas cuando hacían la ronda de visitas domiciliarias a los enfermos encamados.

— Que sí, Celia, que sí... —le decía por teléfono a su hermana, que por lo visto tenía muchas cosas que contarle.

Se acercó a su abuelo y, sin perder el hilo de la conversación telefónica, agarró la manzanilla que este removía con la cuchara y se la bebió en un par de sorbos.

Susana era la nieta pequeña y, por eso, la más mimada. De niña, el hombre era incapaz de negarle nada y, a escondidas de la sargenta de su madre, solía darle una cucharadita de manzanilla con anís. Ahora que ya era una mujer seguía consintiéndola, y por eso dejaba que le arrebatara el vaso de las manos, la mar de complacido.

— Celia te envía un millón de besos —transmitió de corrido al anciano; a la vez que miraba la hora en el reloj de la pared.

Agarró el maletín de nuevo, asintiendo a lo que le decía su abuelo. Mensaje que solo entendió a medias por culpa del petardeo de la Mobilette Campera de mosén Silvino, que pasaba en ese momento por la puerta. El cura tenía la feligresía repartida por cinco pueblos de los alrededores, por eso siempre iba como un kamikaze por aquellas carreteras dejadas de la mano de

Dios.

Entre tanto, el abuelo jugaba a las cartas con la oreja puesta en la conversación que mantenían sus nietas, cada una a un lado del océano.

— Celia, tengo que colgar, que ya llego tarde. Llámame cuando llegues a Las Vegas. ¡Da igual la hora que sea!

— Repítele lo que te he dicho —pidió el anciano.

— El abuelo dice que te diga —obedeció con tono impaciente— que mucho cuidado, que aquello es Sodoma y Gomorra...

Susana dejó que Celia se carcajease a gusto.

— ...Y ahora escúchame con atención. Hablo muy en serio: si al final heredas tú el viñedo, prométeme que no lo venderás.

Durante unos segundos escuchó las enérgicas protestas de su hermana.

— Sí, ya te lo expliqué... Se dice por el pueblo que hay un constructor interesado... No, viviendas no, y menos ahora con la crisis —argumentó; y permaneció de nuevo la escucha—. No sabemos si un polígono, he oído que un complejo de ocio, ya ves tú. ¡Ni que esto fuera Tenerife! Vete a saber lo que piensan levantar ahí, todo son rumores.

Al hilo de la conversación en voz alta de Susana, la cháchara de los jubilados se centró en un panorama funesto de grúas gigantes que destrozarían el paisaje, hormigoneras y camiones de aquí para allá. Unos aseguraban que eso traería trabajo y riqueza al pueblo. Otros opinaban que solo traería disgustos y ruido a todas horas.

Rafa, el hijo de Tomás el mesonero, intervenía también mientras secaba vasos al otro tras la barra. Tenía veinticuatro años y había crecido detrás del mostrador. Ya había finalizado sus estudios universitarios, pero durante las vacaciones continuaba echando una mano a sus padres en el bar.

Un coche hizo sonar el claxon. Era el médico, que reclamaba a Susana. Ella se despidió de su abuelo con la mano, sin dejar de hablar por teléfono.

— ¡Prométemelo, Celia! —insistió muy en serio, pese a que su hermana alegaba que mantenerlo sería su ruina porque a ella lo mismo le daba Don Simón que Dom Perignon—. Prométeme que no lo venderás —repitió, saliendo por la puerta.

Al marcharse su nieta, Cele se quedó abstraído, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Él no quería ver su querido pueblo transformado de la noche a la mañana. Su nieta mayor parecía muy dispuesta a convertir la posible herencia en dinero contante y sonante. Y nadie podría evitar que ella, o el heredero que al final se hiciese con la finca, acabase vendiéndola.

Salvo que algo o alguien lo impidiera.

Una conversación antigua, unas palabras sin sentido a las que nunca dio la menor importancia le vinieron a la mente como un destello. Eso sí, para el plan que empezaba a maquinarse necesitaba un ayudante joven y ágil. Sin escuchar al compañero de partida, que lo apremiaba para que cortara la baraja, giró hacia el chico que pasaba la bayeta sobre el mostrador.

— Oye, Rafita, ¿ahora mismo, tienes algo urgente que hacer?

— Venga, hombre, espabila —azuzaba el abuelo Cele a Rafa.

El chico maldecía por lo bajo a la vez que intentaba levantar una trampa del suelo. Habían ido hasta la bodega de la finca del difunto don José María. El edificio se hallaba a doscientos metros de la Casa Grande, flanqueado por cuatro pinos centenarios.

— Esto pesa una tonelada —masculló Rafa, haciendo fuerza con una palanca—. ¿Cómo se les ocurrió poner una trampa de hierro?

— Antes era de madera. La cambiaron porque un subsecretario, que vino invitado desde Zaragoza un año para la fiesta de la vendimia, la pisó. Estaba carcomida y por poco no se descalabra.

— Ahora, ahora, ahora... —barbotó Rafa, con el sudor corriéndole por las sienes del esfuerzo.

La trampa dichosa estaba situada en un lateral de la enorme estancia. Allí todo era polvo y abandono. Las barricas de roble se veían al fondo a través del portalón abierto de la sala de crianza, sin nadie que se ocupara de ellas. Las cubas de acero que aseguraban la fermentación a temperatura controlada se hallaban vacías de mosto. Los toneles dedicados al trasiego en los que el vino adquiriría solera, cualquiera sabía si estaban llenos o vacíos. La embotelladora lucía hasta telarañas.

Hacía mucho que la trampa no se levantaba, por eso no consiguieron abrirla por completo. Rafa la sujetó con ambas manos, para que el abuelo bajase por las escaleras hacia las galerías subterráneas de las que le había hablado, ya que conocía el camino. Después la atrancó con una botella vacía y descendió tras él.

Bajaron tres tramos de escalones hasta llegar a una replaza. Rafa encendió la linterna e iluminó en todas direcciones. Ante ellos se abría una galería de aproximadamente tres metros de altura por tres de ancho. A cada lado, el camino lo flanqueaban hileras de botellas en posición horizontal en las que envejecían los tintos a temperatura constante bajo tierra.

Al fondo, dieron con una puerta de madera, medio abierta, que no les costó vencer. Tan solo bastó un empujón y cedió con un chirrido de bisagras. Pasaron a una segunda galería en desnivel.

— Estos túneles llevan aquí desde hace siglos —le explicó el anciano.

— ¿Y la gente sabe que existen?

— No creo que queden muchos vivos —alegó encogiéndose de hombros—. Durante la guerra se usaron para proteger a la población, de la misma manera que se escondía la gente en las cavas de la parte del Penedés. Yo tenía cuatro años, pero me acuerdo como si fuera hoy. Y después dicen que fueron guarida de los maquis. Son cosas que no se olvidan —reconoció sacudiendo la cabeza.

— ¿Qué son los maquis?

El hombre se quedó mirando al más joven con cara de decepción.

— ¿Pero a vosotros qué os enseñan en la escuela?

— ¿Hay más túneles además de este? —preguntó, como si no le hubiese oído.

— Que yo recuerde, al menos hay dos bifurcaciones más adelante.

— ¿Y adónde van a parar?

— Eso, precisamente, es lo que hemos venido a averiguar. Venga, tira tú delante.

Rafa encabezó la expedición subterránea iluminando el camino. No habían avanzado ni veinte metros cuando ambos dieron un respingo al escuchar un estruendo a sus espaldas.

— ¿Qué ha sido eso? —exclamó Rafa con cara de susto.

Tuvieron que desandar el camino. El siguiente cuarto de hora se lo pasaron entre reproches y excusas.

— ¿A quién se le ocurre atrancar la trampa con una botella de cristal? —protestó el viejo.

No le faltaba razón porque, por culpa del peso, debió de resbalar y rodar. El caso es que se hallaban atrapados y los esfuerzos de Rafa por abrir el pesado postigo estaban resultando baldíos.

— Es que no es lo mismo tirar con los pies anclados en el suelo que intentar levantarla a pulso en esta postura —protestó medio tumbado en las escaleras.

Lo había intentado también poniéndose en cuclillas, sin resultado.

— Pues no nos queda otra que tirar hacia delante —decidió el abuelo

Cele; y retomó las escaleras ayudado por la linterna—, si no queremos que nos encuentren dentro de unos años como dos momias reseca.

Rafa bajó detrás de él, sacudiéndose el polvo de la ropa.

— ¿Pero usted está seguro de que esto nos va a llevar a alguna parte?

— No tengo ni idea —confesó—. Pero por lo que le escuché decir a don José María más de una vez, si tenemos suerte encontraremos luz.

Le entregó la linterna a Rafa y volvieron a adentrarse en el túnel.

— A lo mejor el hombre no sabía qué decía. Mi madre cuenta que, en los últimos meses, la cabeza no le funcionaba del todo.

— Puede. Pero si hay algo de cierto en aquellos desvaríos, además de luz, encontraremos algo más importante, que es lo que en realidad hemos venido a buscar.

A unos cien metros la galería se bifurcaba en dos. Decidieron seguir hacia la izquierda y, para evitar perderse en aquel laberinto bajo tierra, Rafa aconsejó que, si se encontraban con otra bifurcación, debían retroceder hasta la primera y volver a intentar abrir la trampa.

Pero no fue necesario. Un poco más adelante, dieron con el secreto del fallecido dueño de todo aquello. Se toparon con un arco de factura romana de un metro ochenta de altura, cuyo paso había sido cegado con piedras y maderas de tan mala manera que se filtraba la luz del sol a través de las rendijas. Una chapuza que tenía todas las trazas de ser obra de la mano del difunto.

Rafa enfocó con la linterna y le entró risa al leer un letrero escrito en una tabla a brochazos. La advertencia era de una ingenuidad apabullante:

¡OJO! Prohibido el paso. Mucho valor. NO PISAR.

— Querría decir «no pasar».

— El pobre debió de escribirlo cuando ya estaba un poco ido —supuso el abuelo Cele.

Debajo de la tierra parecía una prohibición pensada para los murciélagos o para algún hurón despistado. Porque, a ojos de un posible delincuente, tal advertencia habría actuado como una invitación al saqueo. Por lo visto, don José María chocheaba cuando la escribió.

Picado por la curiosidad, Rafa se puso a quitar pedruscos y troncos. Tan poca consistencia tenía el apaño que en un santiamén había abierto hueco suficiente para atravesar el arco sin dificultad. Y era cierta la suposición, porque la siguiente galería estaba en penumbra.

— Si hay luz, aunque sea tan poca, es porque el exterior está ahí mismo

—dijo Rafa, tanto para tranquilizar al anciano como a sí mismo.

Dio un barrido en redondo con la linterna.

— ¡Para! Más despacio —pidió el abuelo Cele—. ¡La Virgen! Pues no estaba tan chalado don José María; sí decía la verdad, sí...

Rafa paseó despacio el haz de luz y los dos contemplaron admirados una sala de considerables dimensiones repleta de vasijas y ánforas como las que aparecen en los pecios submarinos en magnífico estado de conservación. A través de tres tragaluces llegaba algo de claridad, como si algo en el exterior matizase la luz del día.

El abuelo reparó en un objeto absolutamente anacrónico.

— ¿Eso de ahí no es una escoba?

Lo era. Una escoba de plástico con el cepillo color naranja chillón.

A Rafa le llamó la atención un ligero brillo en la parte central de la estancia. Se acercó enfocando con la linterna y, al iluminarse sus propios pies, reconoció lo que estaba pisando.

— ¡Ondiá! —exclamó dando un salto hacia atrás—. Ahora entiendo lo de «no pisar». ¡Madre mía, Cele, madre míaaaaa!

Intrigado, el anciano se aproximó y casi le dio un pasmo.

— Juraría que ese es Baco —dijo casi sin voz a causa de la impresión.

Ante ellos tenían un mosaico romano que debía de medir alrededor de tres metros de largo por cuatro de ancho. Alguien se había molestado en limpiar el polvo de siglos para descubrir la escena que representaban las teselas: una figura masculina, con una copa en la mano parecida a un cáliz, era agasajada por un cortejo de bailarines y músicos con flautas. El grupo central estaba circundado en todo su perímetro por escenas menores alegóricas a las distintas fases de la elaboración del vino, desde que el racimo cuelga en la vid hasta el momento en que se escancia el preciado líquido en una jarra de barro.

— Esto tiene que ser, por fuerza, una bodega del tiempo de los romanos, que ya había aquí antes de que construyeran la que tenemos justo encima. ¡Qué cosas! Don José María tenía toda la razón cuando afirmaba tan convencido que hace dos mil años ya se elaboraba vino en esta comarca.

— ¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Rafa, consciente de la importancia del hallazgo—. ¿Se da cuenta de lo que puede suceder cuando esto se sepa?

— Pues sintiéndolo mucho por los herederos —anunció, recordando con una pizca de culpabilidad que su nieta Celia estaba entre ellos—, no nos

queda más remedio que ponerlo en conocimiento de las autoridades. Lo que tenga que venir ya se verá.

A Rafa no le costó atar cabos. Teniendo en cuenta que la mayoría de los habitantes de Tarabán se oponían a la construcción de quien sabía qué en aquel viñedo, dedujo sin equivocarse el motivo de Cele para llevar a cabo aquella expedición. En cuanto los arqueólogos del Gobierno de Aragón pusiesen un pie allí, automáticamente se paralizaría cualquier proyecto de construcción por lo menos durante los dos años siguientes. Y aunque no entendía de leyes, estaba seguro de que si el Estado reclamaba la propiedad del hallazgo y trataba de llevárselo por piezas para exhibirlo en algún museo, el alcalde, el pueblo y la provincia entera se pondrían en pie de guerra para impedir que lo sacaran de allí, recurriendo al mismísimo Justicia de Aragón y todas las cortes y tribunales que fuese menester.

— Usted de tonto no tiene ni un pelo, Cele —afirmó.

El hombre rio complacido.

— Y ahora vamos a ver si encontramos una salida a esa madriguera — decidió—. Porque si no, no nos quedará otra que hacer fuerza en la trampilla hasta que consigas levantarla.

Rafa iluminó el camino. Rodearon el mosaico con cuidado de no pisarlo. Al fondo de la sala se abría otro arco idéntico al que habían encontrado cegado. Al atravesarlo descubrieron una especie de bóveda ancha a lo largo de cuya pared derecha se sucedían enormes tinajas de barro, una junto a otra. Se encontraban en el lugar de lo que debió ser la bodega romana. Con gran alegría, descubrieron un chorro de luz diurna al final del recorrido.

— ¡Joer, otro tesoro! —saltó Rafa al ver un montón de monedas esparcidas por el suelo.

— Qué tesoro ni qué tesoro... Esto es calderilla —rebatió el viejo, encorvando la espalda para ver mejor.

— Anda, es verdad. Pesetas, monedas de cinco céntimos... ¡ya no me acordaba de cómo eran los duros!

El abuelo Cele se enderezó de golpe y se dio una palmada en la frente al adivinar el porqué de tanta moneda de escaso valor.

— Ya sé dónde estamos —imaginó, alzando la vista hacia el agujero del techo de donde provenía la luz—. ¡Esto es el Pozo de las Ánimas!

Lo que en el pueblo se conocía con ese nombre era una especie de covacha o pozo seco donde algunos turistas y forasteros de paso tenían la costumbre de lanzar una moneda para que se cumpliesen sus deseos.

— ¡Estamos salvados, Rafita! Date prisa, haz señales con la linterna, que alguien ha de pasar por fuerza y verá que estamos aquí.

— Pero si fuera es de día. No va a servir de nada, a no ser que se asomen.

Se miraron el uno al otro y, sin necesidad de hablar, comprendieron que solo les quedaba una opción. Los dos hicieron bocina con las manos.

— ¡Oooooooooooooo!

— ¿Hay alguien ahíiiiiiiiiiiii?

CAPÍTULO 6: Los hombres de verde

A kilómetro y medio de allí, en la Casa Cuartel de la Guardia Civil, el brigada Javier Parrondo estaba a un paso de perder los nervios. Tenía treinta y cuatro años y era un hombre de gran estatura, corpulento y atlético; había ejercido como instructor de artes marciales en la Academia de Guardias Jóvenes de Valdemoro. El pelo negro y los ojos oscuros aumentaban su aspecto duro. Con aquel cuerpo, todo músculo, se notaba que estaba más preparado para misiones de acción que para un puesto de despacho. Por eso le estaba costando más de la cuenta adaptarse a su nuevo destino como suboficial jefe al mando del acuartelamiento de Tarabán.

Aquel era uno de los llamados puestos ordinarios, con menos atribuciones y competencias que el puesto principal que estaba en Alcañiz. Pero eso era la teoría. En la práctica, el cuartel de Tarabán tenía encomendada la vigilancia de varios términos municipales. Un territorio que abarcaba la linde con un parque natural de la comunidad autónoma vecina, una reserva cinegética, las ruinas de un poblado ibérico, varias construcciones de época romana y un entramado de carreteras comarcales serpenteantes en las que cada curva suponía un peligro.

Tenían también que evitar los incendios, porque siempre estaba el típico tocapelotas que encendía una hoguera para asar chuletas, o los fanáticos de la quema de rastrojos. Además de rescatar a los excursionistas o recolectores de setas que de tanto en tanto se perdían por aquellos montes. Y, por si todo eso fuera poco, de vez en cuando descubrían también a algún chico listo que dedicaba su tiempo libre al cultivo de plantitas ilegales de la risa en el huerto de la abuela.

Para ocuparse de todo ese cúmulo de responsabilidades, el puesto de la Guardia Civil contaba con doce guardias, tres vehículos todoterreno, dos motos y una furgoneta vieja que funcionaba de puro milagro.

El brigada Javier Parrondo llevaba tres meses destinado en Tarabán y esa mañana no estaba de humor para aguantar las exigencias de una chiflada que hablaba con los muertos.

— Que dice la señora Justa, la de la Rambla, que por las noches no paran de oírse ruidos y lamentos en la masía —le contaba un guardia muy joven con el auricular del teléfono en la mano—. Que está segura de que todo

eso lo provoca el fantasma de un bisabuelo suyo al que mataron en la guerra de Cuba. Que dice que hagamos algo y que ordenemos al espíritu que la deje tranquila de una vez, que para eso somos la autoridad. ¿Qué le digo?

El brigada Parrondo se pasó la mano por la cabeza haciendo surcos con los dedos en el pelo, sin dejar de estudiar la planilla de los turnos de guardia. Al otro lado del escritorio se encontraba sentado Gómez, un sargento a punto de cumplir los sesenta, que llevaba toda la vida en el cuerpo. Gómez había nacido en aquellas tierras y era un hombre simpático, de los de barriguilla prominente y que no se alteran por nada. Presenciaba la escena con una sonrisa disimulada y sin decir esta boca es mía.

— Dile que anoche intenté hablar con él mediante la *ouija*, pero que no hubo manera —decidió el brigada.

Para desesperación de este, el guardia novato le repitió la respuesta a la mujer, palabra por palabra.

— Que pregunta la señora Justa si eso de la *ouija* es como el Internet.

— ¿Tú quieres comerte más guardias en un mes...?

El chico se puso al teléfono a toda prisa.

— ¿Oiga? Señora Justa, como el Internet exactamente no. ¿Sabe usted lo que es el *feisbuc*?

Mientras tenía lugar aquella conversación paradigma del absurdo, Gómez aprovechó para poner a su jefe al día de la información que había conseguido sacarle al alcalde sobre el proyecto de construcción en las viñas de don José María del que todos hablaban en los corrillos.

— Y me ha dicho —continuó— que no para de intentar convencerlo para asegurarse de que, una vez adquirida la finca, se le concede la licencia municipal oportuna.

— Pero ¿tú crees que hay para preocuparse? —tanteó el brigada.

En opinión del sargento, suerte tenían, ya que el alcalde era un hombre honrado hasta la médula y jamás se dejaría seducir por incentivos turbios. Eso sí, el presunto constructor le había pintado un futuro color de rosa de prosperidad para Tarabán que no era más que humo al viento. Era otro tipo de preocupación, y gorda, la que había despertado las alarmas del suboficial.

— He visto los planos, el alcalde en persona me los ha enseñado. Un complejo de ocio y diversión, discotecas de distintos ambientes y un edificio como un hotel, con una piscina climatizada tan grande que parece la estancia de Alcañiz, muchas barras, salas temáticas... *Las mil y una noches* lo van a llamar.

— Eso suena a puterío.

— Pues eso mismo pienso yo. Si además construye un par de macrodiscotecas, imagínate todo Dios por esas carreteras pasado de copas y otras sustancias ilegales.

La conversación se vio interrumpida porque el joven guardia colgó el teléfono. El brigada dio instrucciones de que una patrulla se acercase a la masía a tranquilizar a la mujer. Entonces se encontró con que era difícil cumplir la orden.

— Manuel y Vanesa no van a poder acercarse. Están de patrulla por La Codoñera —advirtió el guardia.

— Pues te vas tú con Benítez.

— Está de jurado en el torneo benéfico de parchís de la Asociación de Amas de Casa de Torrelvella.

Parrondo se desesperó.

— Pues coge el Terrano y... —dijo refiriéndose a uno de los vehículos oficiales, a la vez que tachaba en la planilla que tenía delante—. Vete a buscar a Lola, que está de ronda en Castelserás. Pasáis los dos por la masía, habláis con esa mujer para que se quede tranquila y luego te vuelves a Castelserás con ella hasta que acabe el mercado —decidió, haciendo otro par de tachaduras con rabia—. Pero ¿quién ha hecho esta mierda de cuadrante?

El sargento Gómez se repantigó en la silla.

— Pues tú, mi brigada —le recordó. Este lo miró de reojo—. Lo habría hecho yo si no me hubieses mandado a ejercer de «fuerzas vivas» junto al alcalde en la entrega de trofeos de la liguilla de fútbol escolar.

Parrondo resopló con impotencia. Sí, estaba de acuerdo con la política de proximidad al ciudadano y en participar activamente en las actividades de la comunidad. Pero es que a algunos alcaldes, encantados de ver uniformes en sus festejos, les ofrecías la mano y se tomaban el cuerpo entero.

El guardia joven salió a cumplir el servicio encomendado por el brigada. Una vez a solas, el sargento Gómez añadió una información con respecto al mencionado constructor que acabó de inquietar a Javier Parrondo. El tipo, hacía unos dos años, había estado asociado con el dueño de un famoso macroburdel de la zona de La Junquera. Lo único que le faltaba para liar más su enmarañado panorama laboral era que vinieran a montarle una Disneylandia del sexo de pago en sus mismas narices.

Cruzó los dedos en la nuca para aliviar la tensión y se reclinó estirando la espalda.

— Y aún hay quien piensa que estos destinos rurales son un chollo por lo tranquilos —dijo mirando al techo.

El sargento Gómez disimuló la sonrisa al verlo tan agobiado. No sospechaba Parrondo que en esos momentos un problema más fuera a salirle al encuentro.

Un cabo veterano que estaba de guardia en la entrada de la Casa Cuartel entró con el aviso de que una joven, la enfermera, venía muy alterada pidiendo hablar con él.

Javier Parrondo solo la conocía de vista y del típico «hola y adiós»; en un pueblo de trescientos cincuenta habitantes era difícil no acordarse de todas las caras. Pero de esta recordaba mucho más. Era esa rubita de ojos azules y cuerpo de los que provocan ataques cardíacos.

Sin esperar a que le dieran permiso, la chica esquivó al cabo y se plantó en medio del despacho. El brigada se quedó mirándola con expresión imperturbable, aunque hizo un repaso visual desde la coleta hasta las zapatillas Adidas, pasando por las turgencias que sobresalían por el escote y los pantaloncitos vaqueros cortos que dejaban ver el bronceado de unas piernas magníficas.

La miró a los ojos y notó su rostro tenso y sus gestos nerviosos. Javier Parrondo se puso alerta, el problema no debía de ser ninguna tontería.

— Tienen que hacer algo, y rápido —anunció ella retorciéndose los dedos—. Mi abuelo ha desaparecido.

Llevaban las dos patrullas una hora de batida, además del brigada que quiso coordinar en persona la búsqueda por todo el término municipal, cuando recibieron el aviso. Una cuadrilla de jóvenes de camino a la costa paró a hacerse unas fotos de recuerdo en la ermita y escuchó voces que salían del centro de la tierra.

— Parece que los han encontrado —le comunicó el brigada Parrondo a Susana—. Y no está solo.

— ¡Ay, menos mal! —gimió llevándose la mano a la boca—. ¿Y se encuentra bien?

— Eso no lo sabremos seguro hasta que logremos sacarlos de donde han quedado atrapados, pero todo indica que sí.

La chica le dio la espalda. Él la tomó del brazo con delicadeza para que subiera con él y con el sargento al Nissan Patrol de la Guardia Civil. Ella asintió, y Javier se dio cuenta de que se le habían escapado algunas lágrimas,

aún andaba secándose los ojos con disimulo.

Por experiencia sabía que, en situaciones de peligro, un gesto de afecto tiene el poder de infundir ánimos a las personas que sufren. Le acarició la mejilla y le levantó la barbilla para que lo mirara de frente.

— Vamos a sacarlos de allí, ¿de acuerdo? —dijo en voz baja.

Ella se aferró a sus dedos con muchísima fuerza y asintió en silencio. A él le gustó el tacto de aquella mano.

No tardaron ni diez minutos en llegar al Pozo de las Ánimas. Javier redujo la velocidad y adentró las ruedas delanteras en un bancal. Observó que una pareja de guardias hablaba con las dos personas atrapadas a través del agujero. Susana abrió la puerta del vehículo, se lanzó sin esperar a que Javier apagara el motor y salió corriendo hacia el Pozo de las Ánimas.

El mal llamado pozo se hallaba en el hueco de una hornacina de factura romana que siglos atrás debió de albergar una estatua. El conjunto conformaba la parte trasera de un antiguo mausoleo romano reconvertido en capilla cristiana en el siglo xv y que aún mantenía ese uso religioso en honor a san Roque, patrón del pueblo. Javier supuso que ese fue el motivo por el que los excursionistas bajaron de los vehículos, para sacar fotografías de aquella capilla tan peculiar.

El sargento y Javier bajaron del todoterreno y fueron de prisa hasta allí. A Susana se la veía más tranquila después de hablar con su abuelo. Una guardia tenía medio cuerpo metido en el agujero. Al parecer hablaba con los dos hombres atrapados allí abajo, para tranquilizarlos.

Javier le puso la mano en la espalda y la chica se incorporó.

— Déjame a mí, Vanesa.

— Pero mi brigada, usted es demasiado grande —dijo mirando su envergadura de hombros—. El agujero no es muy ancho, yo estoy segura de que quepo mejor.

— No. A saber qué profundidad hay ahí abajo y qué puedes encontrar —rebató.

De todos los guardias del puesto, él era el único experto en rescate de personas atrapadas, ya que su último destino antes de Tarabán fue una misión humanitaria en Haití inmediata al terremoto.

Ordenó al sargento que pidiera por radio cuerda de escalada, un arnés y varios mosquetones. Entre tanto, se quitó la camisa y se quedó solo con la camiseta verde del uniforme para tener agilidad de movimientos. Se arrodilló junto al agujero, sobre las losas de piedra, y pidió a Vanesa y su compañero

de patrulla que lo agarraran fuerte por las botas. Con cuidado se introdujo en el pozo casi hasta la cintura.

Le costó adaptar las pupilas a la semipenumbra de aquel agujero. Alguien desde dentro le enfocó una linterna a la cara que lo deslumbró por completo.

— Baje esa luz —ordenó, irritado.

Inmediatamente el haz de la linterna se desvió hacia su derecha. Poco a poco consiguió distinguir dos rostros, uno joven y otro octogenario, que lo miraban fijamente. El más viejo fue el primero en hablar.

— ¡Ya era hora, *jodío!*

No fue preciso que nadie más que Javier descendiera por la cuerda, ya que el abuelo Cele y Rafa le explicaron que había otra salida menos complicada que trepar por aquel agujero. Antes de bajar, dio orden al resto de los guardias para que fuesen a abrir la trampilla de hierro que encontrarían sin dificultad en el suelo de las bodegas de la finca.

Hasta allí se desplazaron, junto con Susana. Y ella fue la primera en recibir a los rescatados cuando subían el último tramo de las escaleras. Se abrazó a su abuelo y, mientras le daba un beso tras otro, fue echándole una reprimenda memorable. El hombre aguantó el chaparrón mientras la tranquilizaba dándole palmaditas en la espalda, y le prometió que no volvería a darle otro susto como aquel.

Mientras abuelo y nieta salían del edificio, Javier Parrondo pidió a Rafa que lo acompañase porque quería recorrer la galería subterránea y examinar con calma lo que todo parecía indicar que era una bodega del tiempo de los romanos y, en concreto, el mosaico en alegoría a la deidad del vino.

Se quedó impresionado por la magnitud del hallazgo. Las tinajas y ánforas, gracias a haber permanecido allí enterradas durante dos mil años, se hallaban en perfecto estado de conservación. Lo mismo podía decirse del mosaico, al que no le faltaba ni una sola tesela. Y por haber estado protegido de la luz y las inclemencias del tiempo, aún conservaba los colores e incluso el brillo original.

— Oye, Rafa —le dijo al chico cuando emprendieron los escalones de regreso a la superficie—, tengo que pedirte un favor.

— Usted dirá.

— Si no te importa, me gustaría que te instalases en la Casa Grande hasta que se aclare el asunto de la herencia. En ausencia del dueño, y dado

que la seguridad es prioritaria, no creo que el notario, que es quien manda, ponga ninguna pega —convino.

— La verdad es que vengo a veces a echar una mirada. La finca está muy solitaria y mi madre le tiene cariño a todo esto. Le preocupa que alguien entre a robar o a hacer destrozos por gusto. Han sido muchos años — comentó, en alusión al tiempo que Manuela dedicó a cuidar al huraño dueño fallecido.

— Eso mismo es lo que quiero evitar. Y más ahora que sabemos lo que se esconde aquí debajo.

Si la noticia del hallazgo trascendía, lo más seguro era que rondasen por allí los furtivos de la venta de antigüedades. O algún desaprensivo. Un fuego provocado convertía la herencia en cenizas. Quemadas las cepas y devaluada la finca a terreno rústico yermo, sería muy sencillo adquirir la propiedad a precio de ganga. Y aún más fácil obtener una recalificación del terreno.

— Por mí, no hay problema —aceptó Rafa—. Además, y por si sirve de ayuda, mi madre aún viene a la Casa Grande a abrir las ventanas de vez en cuando para que se ventile. Ya sabe, la costumbre.

— Me parece muy bien. Quiero que se vea movimiento en la casa y luz de noche. Hablaré también con el señor Cele, que a fin de cuentas es el pariente más cercano de don José María.

Aquel descubrimiento había llegado como un golpe de suerte. Parrondo pensaba poner el hecho en conocimiento de la jefatura del puesto de Alcañiz y redactar un informe con destino a la Comandancia de Teruel que, de inmediato, sería remitido a las autoridades competentes del gobierno autonómico y a la Dirección General de Patrimonio.

Con ello quedaba paralizado cualquier intento de construcción en aquella finca, por mucho que el yacimiento, si podía llamársele así, se hallase en propiedad privada. Y con ello se quitaba un problema de encima. Por si acaso, hablaría también con el alcalde. Solo tenía que sugerir la mala prensa que le acarrearía conceder una licencia de obras que podría suponer la destrucción de semejante vestigio histórico.

Salieron al interior de la bodega moderna. Juntos volvieron a cerrar la pesada trampilla. Mientras se sacudía el polvo de la ropa, miró a su alrededor. Le sorprendió ver, fijadas al muro más cercano a la sala de crianza, tres peanas con imágenes de santos.

— ¿Y eso? —preguntó a Rafa, señalándolas con la cabeza.

Este miró de reojo hacia la pared y se encogió de hombros.

— Cosa de doña Paquita, que era muy beata. Supongo que las pondrían ahí para proteger la cosecha.

Javier se quedó mirando las imágenes. Le parecieron horrorosas, con aquellas caras de sufrimiento y tanto colorín. Uno iba con un perro, vestía harapos y enseñaba unas rodillas llenas de pupas y llagas. Al otro le habían clavado media docena de flechas por todo el cuerpo. La tercera y última sostenía una bandejita en las manos, con cara de agonía.

— ¿Qué eso que lleva en la bandeja?

Rafa, que, como suele ocurrir en los pueblos pequeños, había sido monaguillo, supo a qué refería.

— Los ojos.

El brigada Parrondo se estremeció con aprensión.

— Vámonos de aquí, que esto parece la cámara de los horrores.

Se encaminaron al portón de salida, pero cuando estaban en el umbral algo llamó la atención del brigada, que giró en redondo.

— ¿Qué son todas esas botellas? —preguntó señalando dos hileras de envases arrimados a la pared, de ginebra, whisky, ron y vodka de las marcas más conocidas.

— Son para reciclar —dijo Rafa de corrido.

Apremió al brigada hacia fuera, como si de repente tuviese una prisa imperiosa por salir de allí.

— ¿Y por qué nadie las lleva al contenedor?

— Un día de estos —farfulló cerrando la puerta.

El enigma de las botellas quedó en el olvido porque fue entonces cuando ambos acusaron la enorme diferencia de temperatura entre el interior de la tierra y el viñedo bajo el sol abrasador de mediados de agosto. Javier empezó a sudar.

Rafa se despidió. Segundos después, su Renault Clío se alejaba en dirección al pueblo. Javier se acercó al Nissan Patrol. Cogió del asiento delantero su camisa reglamentaria, sin ganas de ponérsela con aquel calor, pero bajo la sombra de la fachada de la Casa Grande había observado que aguardaban el abuelo Cele y su nieta.

Notó que Susana no le quitaba ojo. Instintivamente se cruzó de brazos y puso los bíceps tensos mientras la guardia Vanesa le explicaba que abuelo y nieta habían insistido en que querían darle las gracias en persona. Pero al instante se puso la camisa, porque se sintió ridículo luciendo músculos delante de una chica, como un niño de los que salían en *Jersey Shore*.

— Muy bien, ahora hablaré con ellos —le dijo a la guardia—. Vosotros regresad a lo vuestro.

— Oye, mi brigada, que quería pedirte permiso —él la miró con interés; el tuteo significaba que no se trataba de un asunto relacionado con el servicio—. Es el cumpleaños de Lola y ya sabes que anda algo tristonera.

Javier estaba al tanto. Se trataba de una guardia recién salida de la academia de Baeza. Tarabán era su primer destino y echaba de menos a su familia.

— He pensado en organizarle una fiesta sorpresa. ¿Podemos usar el patio de la Casa Cuartel?

— Define *fiesta* —exigió Javier, mientras se abotonaba la camisa.

La chica rio divertida.

— ¿Pues qué va a ser, mi brigada? Algo de picar, unas tortillas de patatas, bebida y un poco de música. ¡A ver si crees que vamos a llenar el cuartel de *boys* y de *streakers*!

— No lo digas muy alto, que nos conocemos —dijo pensando en algún que otro guardia novato—. Ya sabes que el uniforme verde da para mucha fantasía cachonda. No tengo ganas de que acabemos todos con un expediente disciplinario, y yo, por culpa vuestra, chupando garita en la frontera de Melilla.

Miró de reojo hacia la Casa Grande. En ese momento Susana se había agachado para atarse la zapatilla. Tenía un culito increíble y el pantalón vaquero corto dejaba ver un triángulo color rosa fresa. Javier, mentalmente, bendijo al inventor del tanga.

— Pero música para bailar, ¿sí? —preguntó Vanesa, reclamando de nuevo su atención.

— Pues claro, mujer. ¿Dónde se ha visto una fiesta sin baile?

La chica hizo el saludo reglamentario y se alejó hacia el Terrano de patrulla.

— Oye, Vanesa —la llamó; ella giró la cabeza—. Y del regalo, ¿quién se encarga?

— Cada uno el suyo —dijo poniéndose la gorra—. A Lola le hará ilusión abrir un montón de paquetitos.

Javier se encaminó hacia donde aguardaban todavía el abuelo Cele y su nieta. Ambos se deshicieron en agradecimientos con él, que insistía en que no había por qué darlas.

— Me gustaría comentar algo importante con usted, Cele. He pensado

poner vigilancia a la casa pero, lamentablemente, cuento con pocos efectivos. Y quisiera saber qué le parece la solución que he encontrado —explicó mirando el reloj—. Yo podría pasar por su casa esta tarde, a eso de las cinco.

— ¡Ah, no! —se opuso categóricamente—. Imposible, porque a esa hora echan la serie del perrico.

Javier miró a Susana, sin entender.

— *Rex, el perro policía* —le explicó, algo incómoda ante la negativa de su abuelo—. No se la pierde nunca.

— Hay que ver qué animal más listo —comentó el anciano, con verdadera admiración.

— Y cuando acabe la película esa, ¿podría pasar usted por el cuartel? — propuso sacando una cajetilla de tabaco del bolsillo de la camisa.

Intentó prender el mechero, sin resultado. El abuelo Cele sacó uno de gasolina y le dio lumbre. Javier se llevó la mano al bolsillo con intención de ofrecerle un cigarrillo, pero antes de hacerlo miró de reojo a Susana, como pidiéndole permiso. Ella hizo un gesto de resignación.

El abuelo observó divertido el intercambio de miradas; a sus ochenta años, tenía su gracia la cosa. Rehusó el ofrecimiento de Javier, porque no fumaba tabaco rubio. Acto seguido encendió un cigarrillo de su propio paquete de Celtas.

— Este es de los que no fallan —le dijo, mostrándole el mechero.

Javier examinó con curiosidad el viejo Zippo con el escudo de armas de la US Navy.

— Se lo saqué a un marine en el puerto de Algeciras, estando de permiso, cuando hacía la mili en Ceuta —rememoró. Susana le echó una mirada severa para que no empezara a contar batallitas, pero él no le hizo ni caso—. Se lo cambié por una botella de Chinchón y un cacho de grifa. «Achís» que le llaman ahora.

— ¿Hachís? —exclamó Javier, perplejo.

El abuelo exhaló despacio el humo del tabaco y lo desafió con una mirada larga.

— No irá usted a detenerme a estas alturas, ¿verdad?

Y con una risilla guasona lo vieron alejarse paseando en dirección al pueblo. Susana miró Javier con un gesto de disculpa.

— Gracias otra vez —concluyó como despedida—. Y ya sabes, si puedo hacer algo por ti, no tienes más que pedirlo.

Se dio la vuelta y echó a andar por el camino que llevaba su abuelo.

Solo se había alejado unos diez metros cuando Javier la llamó.

— ¡Susana! —ella giró la cabeza—. Sí puedes hacer algo por mí, ayúdame a elegir un regalo para una chica.

Javier se puso la mar de contento al ver su cara de desilusión.

CAPÍTULO 7: Viva Las Vegas

Cruzar el Atlántico supuso un viaje agotador.

Y solitario para Celia. Por fortuna, en el avión que los llevó hasta Filadelfia disfrutó de la compañía de un vecino de asiento discreto y buen conversador. En el segundo vuelo no tuvo tanta suerte. En la butaca contigua a la suya viajaba una mamá con un niño de dos años que no paraba de moverse y protestar. Los lloriqueos y patadas del crío convirtieron las ocho horas de vuelo en una tortura. Y para colmo, estaba preocupada por la conversación telefónica que había mantenido con su hermana. Las presiones de Susana para que no vendiese el viñedo la hacían sentirse culpable y tonta de remate. Porque si dejaba que el cariño a Tarabán le ganase el corazón, ¿qué hacía entonces rumbo a Las Vegas a la caza de un marido de mentira?

Cerca de veinte horas después, contando las que permaneció metida en aviones y la escala en Filadelfia, aterrizaron en el aeropuerto internacional McCarran. Cincuenta minutos más tarde, el taxi los dejaba en la puerta del hotel. Celia a punto estuvo de echarse a llorar como una tonta al verse a los pies del mítico Bellagio. Sus fantasías adolescentes cobraron vida, pero no con la alegría espontánea con la que con apenas veinte años imaginaba esa quimera hecha realidad.

Ese día el sueño cumplido le dejó un regusto agridulce. Tenía a su lado a uno de sus dos mejores amigos, su primer amor de juventud, el hombre con el que descubrió todas las facetas del deseo y cientos de placeres insospechados. Pero el Álvaro que en ese momento formalizaba su registro en la recepción del Bellagio lo hacía agarrado de la mano de otra mujer.

Mariví, la sorpresa, resultó ser una compañía entretenida. Una chica de esas que despiden una alegría infantilona. En el taxi se arrancaba a dar palmitas y reía sin parar, obligando a Álvaro a mirar cada vez que pasaban ante un edificio inverosímil de aquel derroche de luz y color surgido como por arte de magia en pleno desierto. Ni una sola vez los vio besarse. Celia asumió ese desapego como un detalle de Álvaro hacia ella.

Tenía que reconocer que en el avión se comportó como un auténtico caballero. Se acercó varias veces a su butaca para preguntarle si se encontraba a gusto, si necesitaba cualquier cosa. Y durante el transbordo le cedía el paso poniéndole la mano en la parte baja de la espalda. Una cortesía

exenta de calor humano, que Celia agradeció con idéntica frialdad.

Una vez registrados, en el ascensor no pronunciaron palabra. Mariví y Álvaro la despidieron en la decimonovena planta, ya que se alojaban un piso más arriba. Celia siguió al botones y este le franqueó la entrada a la Suite Ciprés. Tras recibir la propina, el empleado la dejó sola y ella se quedó allí quieta, admirando las maravillosas vistas. Destacaba una réplica de la torre Eiffel en medio de aquel parque temático para adultos que era Las Vegas. Y como fondo, la inmensidad del desierto de Nevada.

La decoración de la suite era exquisita. Una relajante gama de azules y blancos que prometían la serenidad que tanta falta le hacía. Celia se lanzó de espaldas sobre la cama y se quedó contemplando al techo. Todo a su alrededor era maravilloso.

Entonces, ¿por qué se sentía tan sola?

Aquel ataquito de melancolía debió de ser cosa del cansancio o de la falta de azúcar, ya que una Coca Cola, un croissant a la plancha y un capuchino bastaron para animar el decaído ánimo de Celia. También contribuyó a subirle la moral el hecho de ser atendida por primera vez en su vida por el servicio de habitaciones. Disfrutó del tentempié contemplando el paisaje. En el exterior caían cuarenta y dos grados inmisericordes.

Una vez saciadas el hambre y la sed, como no tenía intención de pasarse los días allí encerrada, optó por bajar a la piscina del hotel. Con la bolsa al hombro y sus gafas de sol modelo estrella de cine, bajó a darse un baño largo. Después pensaba tumbarse a la sombra con un combinado bien frío al alcance de la mano.

Al llegar a la piscina se hizo una composición de lugar. Aquello parecía California. Todo eran sonrisas blanquísimas, melenas rubias y cuerpos femeninos tan perfectos que parecían irreales. Con la afición que tenían en el hotel de rotular con nombre propio cada sala, suite o galería, Celia pensó que aquella piscina debía llamarse «Silicon Planet», dada la abundancia de pechos operados. No es que ella tuviera nada en contra de los implantes, todo lo contrario; pero aquellos volúmenes no se ajustaban a los cánones de belleza al uso. El gusto americano parecía preferir la exageración para que quedase bien claro que se trataba de belleza artificial.

Miró hacia el agua de un turquesa tan luminoso que dañaba la vista, y allí encontró a Álvaro, sonriendo de oreja a oreja y en medio de un montón de tetas. Cinco chicas estupendas le hacían corro como si fuera el rey de la

fiesta.

Él la saludó agitando el brazo. Celia lo hizo moviendo los dedos discretamente. Dejó sus bártulos en una tumbona, dispuesta a mantener la moral a la altura de las nubes. Era consciente de su atractivo y no iba a permitir que nada ni nadie le pisoteara la autoestima. Se quitó la camisola de gasa y se ajustó la parte superior del bikini con descaro.

— Preciosas, naturales y todas mías —murmuró separando los triángulos de licra para dejar al aire mucha chicha.

Como quien no quiere la cosa, giró en redondo para darle a Álvaro una excelente visión trasera y se ajustó la braguita con esa inocencia perversa que hace babear a los hombres en cualquier playa del mundo. Después se dirigió, sin mirarlo siquiera, al kiosquillo tropical para hacerse con una copa balón. El sabor era lo de menos, quería un combinado de esos espectaculares con muchos adornos y sombrillitas de papel. Se sentó de medio lado en un taburete y, con gran alegría, descubrió que no solo Álvaro era el triunfador de la tarde. Ella también tenía su público. Muchos hombres de todas las edades se la comían con los ojos.

Estaba escuchando las sugerencias del camarero cuando dio un respingo porque un brazo mojado le rodeó la cintura. Conocía ese brazo y conocía también ese agarre posesivo.

— Hola —dijo mirando a Álvaro.

Él la saludó sacudiendo la cabeza como un chucho mojado. Miles de gotitas frías le pusieron la carne de gallina.

— ¿Qué es esto? ¿Una estrategia para espantarme a los posibles candidatos?

— Ya te gustaría —dijo con arrogancia—. Aunque no sé qué decirte, a lo mejor tienes que darme las gracias.

Celia supo a qué venía el comentario. Álvaro tenía los ojos fijos en sus pezones, que despuntaban en el bikini endurecidos como dos reclamos.

— ¿Dónde te has dejado a la rubia de bote? —preguntó levantándole la barbilla para que la mirase a los ojos y dejara de hablar con sus tetas.

— Pues en eso tengo que darte la razón. Ya sabes lo que se dice de las rubias de bote —admitió con una mirada canalla—. Te llevas cada sorpresa...

Celia lo interrumpió, podía imaginar el oscuro felpudo público de Mariví sin que le diera detalles.

— Vuelve a *Globolandia*, que tus chicas te esperan —exigió afilando la

mirada—. Y tranquilo, que no te ahogarás con tanto balón de goma.

¿Pero por qué estoy celosa si no se lo merece?, pensó. Pues porque no puedo evitarlo, así de sencillo, se respondió sin darle más vueltas.

Álvaro emitió una risa grave, le dio un beso en la mejilla, asquerosamente fraternal, y se largó por donde había venido.

Pero el hueco que dejó no tardó ni un minuto en ser ocupado. Celia miró a su derecha al sentir una presencia y, ¡milagro!, tuvo que reprimir unas ganas locas de cantar a voz en grito *Viva Las Vegas*. A su lado tenía, oscureciendo el sol, al típico chico americano: rubio, hombros poderosos de jugador de fútbol y hoyuelo en la barbilla.

—Hola, preciosa. ¿Estás sola?

A Celia le temblaron las rodillas cuando le regaló a ella, y solo a ella, una sonrisa deslumbrante. Se llamaba Jack y estaba en la ciudad de los casinos participando en una convención de empresas de telefonía móvil. Juntos disfrutaron de dos daikiris y charlaron de todo un poco. Celia agradeció que no fuese directo a matar y que se interesase por lo que ella decía. Jack era simpático y demostraba saber escuchar. Después de un par de copas, la conversación se hizo más distendida, vinieron las risas y él empezó a dejar claras sus intenciones deslizándose como quien no quiere la cosa una caricia por su cintura que acabó con la mano abierta abarcando por completo la nalga derecha de Celia.

Ella miró con disimulo hacia la piscina. ¿Te gusta mi culo, Jack? ¿Pues toca, toca!, pensó observando a Álvaro. En medio de su harén, no parecía feliz. Porque estaba más serio que la muerte y la acribillaba con una mirada que daba miedo.

El perfecto chico americano hablaba sin parar de la importancia de las nuevas tecnologías, *rankings* de ventas y demás. Celia lo frenó antes de que le pusiera la cabeza como un bombo y fue directa al grano.

—Oye, Jack —dijo con sonrisa de gatita—. ¿Tú te casarías conmigo?

Durante la cena en el exquisito restaurante de la planta más alta del hotel, Jack continuaba dándole vueltas.

—*Honey*, te juro que sería un honor para mí —repetía abrumado, armado de tenedor y cuchillo—. ¡Pero es que tengo mujer y tres hijos en Indiana!

Celia no quería dejar escapar la oportunidad. Un hombre con compromisos le venía como anillo al dedo. Así se aseguraba que su marido

relámpago no tendría nunca la tentación de validar el matrimonio para hacerle chantaje o complicarle la vida, por miedo a una acusación de delito de bigamia.

— Piénsalo bien —insistió depositando sus cubiertos sobre el plato—. Ya te he explicado que celebraríamos una boda falsa. Yo solo necesito un papel que demuestre que soy una mujer casada. Una vez resuelto el asunto de la herencia, quemaré el certificado y nuestro matrimonio desaparecerá para siempre.

— Si se entera mi Lizzy, me castrará con un cuchillo de cocina.

— Nunca lo sabrá.

— Estas cosas siempre acaban sabiéndose.

— ¿Tú se lo vas a decir?

— ¡No!

— Yo tampoco —aseguró poniéndose la mano en el corazón.

— No sé...

— No tienes nada que perder —alegó, dando un sorbito a su copa de vino.

Jack apoyó los codos en la mesa, entrecruzó los dedos bajo su barbilla y se quedó mirándola como un hombre de negocios.

— ¿Qué gano yo con todo esto?

Celia parpadeó un par de veces. Dio un suspiro e hizo resbalar el dedo índice por su escote pecador.

— Tú ganas la noche de bodas.

La boca de Jack dibujó una sonrisa inmensa. Celia estudió sus facciones atractivas y su cuerpo imponente. Y sonrió también mientras una vocecilla perversa le susurraba al oído tres verdades como templos: que el *quarterback* tenía un polvazo, que era una mujer libre y que a nadie le amarga un dulce.

Álvaro masticaba con desgana, más pendiente de los rostros sonrientes de Jack y Celia, al otro lado del comedor, que del bistec a la pimienta que tenía delante.

— Sonríe, cariño —pidió Mariví, con una carantoña—. Hemos venido a divertirnos. Qué boda más triste vamos a tener si no cambias esa cara de funeral.

— Déjate de tonterías —cortó por lo sano—. Hicimos un pacto y nada más, que te quede claro. Te lo advertí antes de salir de Madrid. Será mejor que tu cabeza deje de imaginar lo que no es.

Ella adoptó una actitud obediente tan seria que parecía una niña de seis años ante una maestra gruñona. Pero Álvaro no se compadeció, todo lo contrario.

— Mmm... —aceptó Mariví con la boca llena.

— Tú dedícate a disfrutar, a reventar la tarjeta de crédito que te he dado y a representar tu papel —la aleccionó con gesto severo—. A no ser que quieras que te cierre el grifo y quedarte sin un dólar para caprichitos.

Mientras apartaba el plato a medio comer, Álvaro vio de soslayo que el hombre que no se despejaba de Celia ni a sol ni a sombra se levantaba para apartarle la silla como un galante caballero.

La siguió con la mirada mientras ella salía del comedor, sin prestar ya atención al otro, que se rezagó, ocupado en firmar el recibo de la cuenta.

— Que apunten eso a la suite —le indicó a Mariví, al tiempo que se levantaba.

Y se largó sin decirle adónde iba.

No le costó dar con Celia. En cuatro zancadas la alcanzó frente al ascensor.

— He quedado con Jack en el vestíbulo, tenemos entradas para un espectáculo —avisó.

Las puertas del ascensor se abrieron. Álvaro enganchó su brazo al de ella y la hizo entrar. Pulsó el botón de la planta baja y no abrió la boca hasta que empezó a descender.

— No puedes cometer esta locura —insistió levantándole la barbilla.

Ella lo apartó de un manotazo y se abrazó a su bolso de mano.

— Explícate mejor. ¿Te refieres a la boda o es otra clase de locura más caliente y menos cerebral la que te molesta?

— Las dos.

— ¿Yo no puedo y tú sí? —se reveló indignada.

Álvaro dio un puñetazo a la botonera. La luz del ascensor titiló un segundo. Celia se agarró a la pared, asustada. Él se dio cuenta y le pasó el brazo por los hombros en un gesto protector.

— Lo siento —murmuró—. ¿Estás bien?

Sabía que desde pequeña Celia tenía un pánico atroz a las alturas. Y por culpa de su mal humor acababa de conseguir que se sintiese insegura a más de veinte pisos del suelo. Ella, en cambio, no se lo tuvo en cuenta, porque esbozó una leve sonrisa y restregó la mejilla contra el dorso de la mano de

Álvaro que descansaba en su hombro, y con una mirada lo tranquilizó para que no se sintiese culpable. Las puertas se abrieron. Fue Celia quien tiró de su mano y lo arrastró fuera como si quisiera salvarlos a ambos de un peligro mortal.

Pero al sentirse segura en tierra firme, lo soltó y aceleró el paso. Álvaro la detuvo en seco, agarrándole la cintura con ambas manos, y la obligó a girar para quedar frente a frente.

— Vamos a aclarar una cosa, por si aún no te has percatado de la situación —exigió—. Lo de Mariví y yo será un matrimonio pactado. El certificado se romperá y luego cada cual a lo suyo.

— Pues Jack y yo haremos lo mismo. Así que haz el favor de dejarme en paz.

La paciencia de Álvaro sobrepasó el límite de la contención. Dio un vistazo rápido a su alrededor y, sin pensárselo dos veces, la arrastró hacia la *toilette* de señoras y entró con ella.

— Fuera. No puedes estar aquí —exigió, mirando a un lado y a otro.

Por suerte, no vio a otras mujeres por allí que pudiesen montar un escándalo y echar al intruso a gritos.

Álvaro avanzó un paso para arrinconarla estratégicamente entre el lavabo y la pared. De un tirón le arrebató el bolso y, para asombro e irritación de Celia, lo abrió sobre la encimera de mármol y se puso a hurgar en su interior. Trató de quitárselo, pero él lo evitó interponiendo un codo para mantenerla a distancia. Cuando encontró lo que buscaba, giró hacia ella. Con una mirada tajante blandió una barra de labios a la altura de sus ojos.

— Píntatelos —ordenó.

— Métete en tus asuntos —rebató indignada.

Trató de arrebatarle el pintalabios, pero él fue más rápido y echó la mano atrás.

— Tú eres «mis asuntos» —sentenció endureciendo el gesto—. O te los pintas o te vienes conmigo ahora mismo.

Celia apretó la mandíbula, furiosa. Ya entendía a qué venía aquel arrebato. Álvaro sabía de sobra que cuando se pintaba los labios significaba que los besos estaban prohibidos. Al parecer aquella exigencia era una especie de derecho de pernada para asegurarse de que no se besaba con Jack.

En un descuido, Celia le agarró la muñeca y recuperó la barra de labios. Álvaro aprovechó que tenía las manos libres para sujetarle la nuca con una y la cintura con la otra.

— Déjame —exigió, pero tampoco hizo nada por zafarse de su agarre.

— No.

Álvaro inclinó la cabeza, sus labios quedaron a menos de un centímetro de los de Celia.

— Pues al menos escúchame.

— Tampoco.

— No seas idiota.

— Apártame tú.

Celia entreabrió los labios para protestar, enfadada con su propia debilidad, porque la proximidad de Álvaro la hacía sentirse mareada y ansiosa. Pero estaba harta de resistirse a lo que el cuerpo le pedía. Mandó al cuerno el orgullo y dejó que ganara el deseo.

— Bésame —susurró.

Álvaro ladeó la cabeza con la satisfacción del triunfo pintada en el rostro.

— Por ahí vas bien.

Ella lo agarró por la nuca y dejó que la lengua de Álvaro entrara en su boca a la primera y se enredara con la suya. Él prolongó el beso de un modo tan intenso que la hizo ronronear de placer.

Una voz chillona los sacó a ambos del trance.

— ¡Suelta a mi prometido, guarra!

Mariví avanzaba hacia ellos con la furia de un huracán.

Álvaro se separó de Celia de mala gana. Ella se limitó a mirar a la recién llegada, alzando las cejas más sorprendida por lo de «prometido» que por lo de «guarra».

— Cuidado con esa boca, Mariví —avisó Álvaro con una mirada tajante.

Ella cambió de actitud y le sonrió con sumisa adoración.

— Antes de ser tu prometido ya era mi amigo —intervino Celia—. Te guste o no.

Mariví la estudió de soslayo con un leve parpadeo y sonrió con trazas de actriz.

— Ya lo entiendo. No hay mujer que se resista a este cuerpazo, ¿verdad? —suspiró; y la miró de arriba abajo con cara de lástima—. Pobre cosita... — Celia le echó una mirada matadora—. ¿Cuánto hace que no follas?

— Pues mira, no sabría decirte. Me parece recordar que la última vez fue con tu «prometido» —recalcó con dulce veneno.

Miró de reojo a Álvaro y se le escapó una risilla cómplice. Él sonrió con

orgullo y le guiñó un ojo.

Mariví, en cambio, sonrió enseñando los dientes como una loba. Su mano se movió como un resorte directa a la bragueta de Álvaro y le agarró el paquete.

— Ahora esto es mío —anunció apretando bien fuerte.

Él dio un respingo, con la cara desencajada.

— ¿Qué tal si me lo devuelves? —farfulló.

Se apresuró a cogerle la mano y librarse del apretón. Con una mirada elocuente le indicó que estaba llevando el teatro demasiado lejos. Pero ella no pareció entender el mensaje, porque lo miraba con unos ojos ilusos que parecían preguntar *¿A que lo he hecho bien?*

— Huy, qué fina —exclamó Celia, divertida, jugueteando con el pintalabios que aún llevaba en la mano—. ¿Eso dónde te lo enseñaron? ¿En un colegio de monjas?

— A callar, putón —saltó la otra como una fiera.

— ¡Eh! —la frenó Álvaro, poniéndole la mano en el hombro.

Celia no estaba dispuesta a dejar pasar el insulto. Avanzó un paso y, como era más alta, bajó la cabeza hasta que su nariz quedó a escasos milímetros de la de Mariví.

— ¿A que te meto dos guantazos? —masticó con un tono bajo y amenazador.

Álvaro se interpuso entre ellas y las separó extendiendo los brazos para poner distancia. Los tres permanecieron en silencio. Solo se escuchó el «Oh, my God!» de un par de yayas que salieron de la zona de inodoros cogidas del brazo, espantadas de ver un hombre en el baño de señoras, y que huyeron de allí a la carrera sin lavarse ni las manos. Mariví les echó una mirada de fastidio.

— Par de cotillas, seguro que estaban escuchando detrás de la puerta.

— Cierra el pico, que van a entenderte —exigió Celia; por lo visto aquella bocazas creía que el resto de la humanidad no sabía idiomas

Justo en ese momento se escucharon otra clase de pasos mucho más firmes. Pisadas de hombre.

— Hey, preciosa —la voz de Jack irrumpió en el baño de señoras—. ¡Pero si estabas aquí! Y yo esperando en recepción. Date prisa, *honey*, que Le Cirque du Soleil está a punto de empezar —no pareció sorprenderle la presencia de Álvaro, porque lo miró de pasada—. ¿No vas a presentarnos?

Nadie respondió. Jack observó la cara amenazadora de una, observó el

gesto tenso de la otra y sonrió de oreja a oreja.

— Wouu... Guerra de damas —siseó, divertido.

Celia no pensaba darle el gusto. Dio un paso atrás y cogió su bolso. A través del espejo, vio que la rubia artificial se pegaba a Álvaro como un animalito doméstico.

— Perdóname, corazón —la oyó que le decía—. Se me olvidaba que los hombres preferís las chicas melositas a las guerreras.

Y lanzó sobre Celia una mirada triunfal.

En cambio, Jack dejó claro con un gemido ronco que no era de la misma opinión.

— Ven aquí, tigresa —dijo tirando de Celia—. Si quieres pelea, arañaame a mí.

Subrayó sus palabras con un gruñido lascivo. Ella le regaló una sonrisa falsa. *Idiota.*

Consciente del brazo de Jack que se enroscaba a su cintura, se encaró con Mariví.

— Me da a mí que te equivocas, guapa. Las chicas melositas aburren.

Miró a Álvaro a los ojos, dejó caer dentro del bolso la barra de carmín sin pintarse los labios y se dio la vuelta con el regusto de haber ganado el asalto al ver que él había captado el mensaje. Su mirada, más sombría que la de un verdugo, no dejaba lugar a dudas.

Álvaro planeó una sutil venganza. Al verla largarse con el yanki, tan contenta, hizo un par de llamadas y consiguió lo imposible: dos entradas para ver a Tom Jones. Sabía que Celia se habría vuelto loca de emoción si la hubiese invitado a acompañarle. Por eso mismo, para fastidiarla, decidió llevar a Mariví.

Sin embargo, no fue una buena idea. Como suele suceder cuando se obra con inquina, el tiro le salió errado y con efecto boomerang, porque el concierto le trajo recuerdos de otra noche parecida, salvo que entonces estaba acompañado por dos personas muy importante para él.

Cuatro años hacía ya de aquello. Fue cuando cruzaron la barrera de los treinta. Aprovecharon que Álvaro cumplía los años en verano para celebrar el de los tres, aunque a Nicolás era de octubre y Celia de primeros de diciembre.

Tom Jones estaba de gira por Europa y Nico se empeñó en acudir al único concierto que daba en el puerto de Gandía. Las entradas les costaron una fortuna, y aunque no le apetecía nada ir a ver a un tipo que tenía más

años que un almanaque, Álvaro se dejó arrastrar. Porque Nico cuando se empeñaba en algo convencía por aburrimiento. Además, a Celia le hacía muchísima ilusión, aunque fuese una vez en la vida, escuchar en directo al Tigre de Gales.

Cogieron el coche con idea de hacer un viaje loco de ochocientos kilómetros sin dormir y tiraron millas por la autovía, como los viejos fiesteros de la ruta bakala. En Gandía cenaron en un chiringuito cerca del Club Náutico. Calamares, mejillones, patatas bravas, sepia a la plancha y sangría. Antes de entrar en el recinto por la zona reservada a los VIP, que por algo habían pagado las entradas más caras, brindaron con unos cuantos gin-tonics por su triple cumpleaños. Con la euforia de la música y la ayuda de la ginebra, bailaron como posesos, corearon las canciones y pidieron a gritos «otra, otra». Compartieron muchas risas esa noche; muchísimas, como en los tiempos de Brighton.

Después de otra ronda de copas, y puesto que ninguno se hallaba en condiciones de tomar el volante, acabaron tirados boca arriba en la arena de la playa. Durmieron como marsopas hasta que los despertó el clarear del día.

Un par de cafés y de vuelta a Madrid. Condujeron por turnos, y en la provincia de Albacete hicieron la parada de costumbre. Bajaron del coche aún con la ropa negra de salir de noche, se calaron las gafas oscuras para protegerse del sol mañanero y, con el crujir de la gravilla bajo sus botas, hicieron su entrada en el restaurante de carretera como tres reyes del infierno.

Nico pidió una ronda de cafés y una bandeja de *Miguelitos* de La Roda, que devoraron con un ansia caníbal. A Celia se le antojó un llavero con una herradura de la suerte. Compró tres y repartió uno para cada uno como recuerdo del concierto más especial de su vida. Álvaro aún lo conservaba en la guantera del coche. Un regalo que en sí simbolizaba el retorno a los días pasados. Un amuleto de amistad recobrada que decía adiós a la tensión que había reinado entre los dos desde que lo dejaron estar.

Salud, dinero y amor...

Bueno, bueno, eso último hasta cierto punto. Le deseaba lo mejor a Celia. Pero con un egoísmo del que no se arrepentía y aunque era una vileza por su parte, cruzaba los dedos para que no tuviera suerte en lo tocante al corazón. Lo tranquilizaba saber que su vida sentimental era un desastre. Desde que ellos dos no estaban juntos, ningún tío le había durado más de seis meses. No quería ni pensar cómo iba a soportar el estatus de «amigo del alma» el día que Celia se enamorase. Tendría que aceptar a la fuerza la

presencia de otro hombre y acostumbrarse a verla a ella de su mano como un hecho serio y oficial, ir a su boda, darle la enhorabuena, «que se besen, que se besen», escuchar sus confidencias ante eventuales peleíllas de matrimonio, ser el padrino de uno de sus hijos...

La idea de aquel futuro asqueroso acabó de agriarle el humor. Miró de reojo a Mariví. Se había puesto de pie y movía el culo con mucho ritmo. *Sex bomb, sex bomb... You're a sex boooooomb...*

Para colmo, Álvaro se moría de hambre porque apenas había cenado dos bocados. Volvió a acordarse de aquellos pastelitos de crema de La Roda, y su estómago rugió como un monstruo hambriento. En ese momento se habría zampado media docena. Maldijo el ruido que le hacían las tripas, maldijo los meneos de Mariví y, ya de paso, maldijo el carácter de Celia. Si no se hubiera puesto tan borde un rato antes, a lo mejor habría cambiado las entradas para ir con ella otro día. Álvaro sabía cuánto habría disfrutado de un concierto del mítico Tom Jones en la no menos mítica ciudad de sus sueños adolescentes. Y él también, de verla feliz a ella.

Pero ya era tarde. En ese momento ella estaba con otro hombre y en otro lugar por decisión propia. Pensar en lo que pudo ser y no fue era una pérdida de tiempo. Alzó la vista hacia su derecha. Mariví seguía a su ritmo sacudiendo melena. Álvaro se repantigó en la butaca y miró hacia el escenario sin ningún interés. Se fijó en Tom Jones, tenía mejor aspecto que en el concierto de Gandia. Cada día parecía más joven. ¿Habría hecho un pacto con el diablo?

He goes by the name of King Creole. You know he's gone, gone, gone...

Al escuchar el estribillo en boca del coro, Celia pensó que eso mismo debía hacer ella: marcharse.

Qué mal estaba pasándolo. Una lástima, porque el homenaje a Elvis del Circo del Sol era un espectáculo maravilloso. Pero los momentos más grandiosos se empequeñecen hasta convertirse en paparruchas cuando no se disfrutan junto a las personas a las que quieres. Si tuviera a Álvaro con ella, le agarraría la mano tan fuerte que... Qué estupidez pensar en ello, cuando en ese momento él estaba con esa Mariví a saber dónde y haciendo qué.

Miró con disimulo a su derecha. Allí tenía su elección, un desconocido simpático y algo caradura, perfecto para pasar el rato y nada más. Pero se obligó a sí misma a no quejarse, ya que acompañar a Jack había sido decisión suya. Así que en ese momento solo quedaba apechugar.

Se removió, incómoda, en la butaca y miró su reloj; demasiadas canciones, demasiadas piruetas, demasiada luz de colores. Le sobraba todo.

We'll drink one more time, with money and wine. Let's drink to the girls we adore. Viva el vino, viva el dinero, viva viva el amoooooor...

Celia cerró los ojos. Todo parecía haberse confabulado para amargarle la noche. La canción le recordó la herradura de la suerte, esa tan querida que guardaba en el joyero desde hacía cuatro años.

Salud, dinero y amor...

Se sintió culpable por el pensamiento que le vino a la cabeza. No es que le diese nada malo a Álvaro. Al contrario, celebraba ilusionada y orgullosa cada éxito suyo. Pero en el fondo de su corazón se alegraba de que en el amor las cosas le fuesen de pena. De momento no le duraba ninguna pareja, sus relaciones no podían calificarse de sentimentales porque se limitaban a rollos de una noche, de semanas como mucho.

No quería ni imaginar qué pasaría el día que él se enamorase. Menudo papelón aceptar eso de ser «la amiga de toda la vida», el hombre siempre dispuesto, ir de tiendas con su mujer, ofrecerse como encantadora canguro de sus retoños... ¡*Socorro!*

La decepción de las ilusiones rotas se había diluido y el lugar que antes ocupaba ese sentimiento negro en su corazón había sido sustituido poco a poco por la sensatez. Ella no era rencorosa. Cinco años después tenía la valentía de reconocer que actuó cegada por una idea egoísta. El tiempo le había demostrado que el amor es un sentimiento generoso y que la felicidad consistía en dar más que en recibir. Pero quería que esa entrega fuese valorada, necesitaba que Álvaro reconociera. *De entre todos los hombres que hay en el mundo, ella me ha elegido a mí. Joder, qué grande es eso.*

A buenas horas acudían las ideas sensatas. Se cruzó de brazos, malhumorada, y maldijo a los saltimbanquis del escenario, maldijo a Jack, que seguía el ritmo con el pie, tan contento, y maldijo también a Álvaro. Si no se hubiese portado en el baño como un machito insufrible, a lo mejor se habría animado a invitarlos para que él y Mariví los acompañaran al espectáculo. Al menos lo tendría a su lado.

Little things I should have said and done I just never took the time. You were always on my mind...

¡Oh, mierda! A Celia se le empañaron los ojos y parpadeó rápido para evitar las lágrimas. ¿Tenía que sonar justo esa canción?

— ¿Estás bien, *honey*? —le preguntó Jack, imaginando que su emoción

era a causa de la balada.

No, no estoy bien. Necesito alguien a quien amar y ese alguien no eres tú, le habría gustado decirle. Pero se lo calló porque Jack no tenía la culpa. Negó con la cabeza y sonrió agradecida, en el fondo era muy tierno que se preocupara por ella.

Su teléfono vibró en el bolso. Como no le interesaba el espectáculo que se desarrollaba en el escenario, decidió ver de quién se trataba. Tenía el aviso de un mensaje de *whatsapp*. Era Nico. Arrastró el dedo por la pantalla y entornó los ojos con la furia creciéndole dentro a toda máquina.

Elvis vive

Muy gracioso. Tecleó la respuesta tan rápido que no acertó ni en la mitad de las letras.

A cinco mil doscientas millas de distancia, al otro lado del Atlántico, la tensión se palpaba en el despacho de un restaurante madrileño de reconocido prestigio.

El chef Nicolás Román escuchaba al teléfono las exigencias de Sisita Verdeque, segunda esposa de un tiburón de las finanzas al que le salían billetes de quinientos euros por las orejas.

— Claro que sí, corazón —afirmaba mientras la otra hablaba sin parar—. Lo que tú digas... ¡Faltaría más! Nada de solomillo... ¡Pues lubina salvaje! Tranquila... Si es preciso, me voy yo a pescarla esta noche con mis propias manos —manifestó con meliflua sumisión a la vez que partía un lápiz con la mano libre—. Je, je, je, je... Tú sí que eres un cielo, guapirrisísima —lanzó con rabia medio lápiz contra la pared—. Un beso amor, adiós. Adiós, otro beso, adiós, adiós... ¡Adiós!

De un manotazo dio por concluida la conversación y se quedó mudo mirando el teléfono con los ojos inyectados en sangre.

— ¡¿Pero cómo se te ocurre cambiarme el menú a tres días del banquete, tía puta?¡ —le gritó al auricular.

Su hermana Carolina, jefa de sala, entreabrió la puerta lo justo para asomar la cabeza.

— Nico, por favor —suplicó—. Que se te oye desde la cocina.

El refinado chef poseedor de una prestigiosa estrella Michelin siguió despotricando como un energúmeno contra la tal Sisita durante un rato largo. De entre todas las cosas que la llamó lo más cariñoso fue «guarra asquerosa».

Aplacada su ira, salió del despacho, se dejó caer en una silla, apoyó los

codos en la mesa de la cocina y le explicó la situación a su hermana, que lo escuchaba de brazos cruzados.

— No hay problema que no podamos solucionar —lo tranquilizó con el tono resolutivo de una jefa de sala experta—. Por los veinte solomillos que hay en la cámara, no te preocupes. Mañana y pasado todo el que entre por la puerta se come una ración de solomillo como que me llamo Carolina.

— Me toca las pelotas con tanto capricho.

— Nico... —lo reprendió.

— ¿Qué?

— Necesitas unas vacaciones —aconsejó con preocupación de hermana mayor—. Tienes programas grabados para dos meses o más.

— No puedo dejar todo esto.

— Nadie es imprescindible.

Él apoyó la mejilla en la mano y sonrió agotado.

— Habla por ti, sabihonda.

Oyeron canturrear a Paco, el marido de Carolina y mano derecha de Nico. Su cuñado era diez años mayor que él, y como chef tenía unas manos de oro.

Nico y Carolina giraron la cabeza hacia su derecha y lo vieron llegar con un par de platos y, sobre ellos, un bocadillo de los largos. El día había sido complicado porque la sala estuvo a reventar, con reservas a montones y clientes sorpresa a los que hubo que aceptar por compromiso. Nico y él no tuvieron ni tiempo de almorzar.

El aroma de la chistorra recién hecha hizo salivar a Nicolás. Carolina se aproximó al aparador en busca de dos copas y una botella empezada de Masía Les Comes, un tinto con cuerpo que maridaba tan bien con el recio sabor del embutido que convertía cada bocado y trago en un goce para los sentidos.

— Trae un cuchillo, cariño, ¿quieres? —le rogó Paco a su mujer.

— ¿No hay por ahí unas aceitunas negras? —pidió Nico.

Ella depositó el cuchillo sobre la mesa, junto con un trozo de papel de cocina que arrancó del rollo industrial, para que lo usaran a modo de servilletas.

Su marido partió en dos el bocadillo y depositó medio en cada plato. Puso uno delante de Nico y le atezó el cuello con el brazo en un gesto afectuoso. Él se dejó acogotar por el que consideraba un hermano mayor.

Cuando su hermana regresó con las aceitunas, los dos masticaban con deleite. Porque en aquellos fogones se experimentaba con sabores y texturas,

cocina fusión y otras sorpresas imaginativas que hacían las delicias de los paladares más exigentes, pero los artífices de tales maravillas eran felices hincándole el diente a un bocadillo de chistorra frita con el pan bien pringado.

— Luego dirás que no cuido de ti —le dijo su cuñado.

— No te quejes, que a ti te cuida mi hermana. Todo queda en casa.

Carolina sirvió dos copas de vino y se sentó en las rodillas de su marido.

— Y lo hace de maravilla —dijo Paco acariciando la mejilla de su mujer, ella le dio un beso en los labios.

Llevaban casados quince años. Al no tener hijos, se amaban con auténtica veneración. Nico masticaba observando cómo se hacían arrumacos.

— No sé cómo no me da un coma diabético con tanto almíbar en el ambiente —farfulló.

— Pues no mires —contraatacó su cuñado entreabriendo la boca para que su mujer depositase una aceituna.

— Me deprimís.

— Vete de vacaciones —insistió su hermana.

Él se pasó un trozo de papel por los labios antes de dar un sorbo de vino.

— Puede que no sea tan mala idea —recapacitó—. El día menos pensado cojo las llaves del coche y me largo donde nadie me encuentre.

— Tenías que haberte marchado a Las Vegas con Álvaro y Celia.

Él desestimó la idea con una sacudida de mano. Justo en ese momento se oyó un pitido y Nico sacó el móvil del bolsillo.

— Hablando de Las Vegas...

— ¿Álvaro o Celia? —preguntó Carolina, bebiendo un sorbito de la copa de su marido.

— Celia.

— ¿Y qué dice?

Nico leyó el texto en la pantalla.

Como vayapallá t parto lakara.

— Que me adora —respondió, bloqueando el teléfono con una pasada de pulgar.

CAPÍTULO 8: Teruel existe

Tal como acordaron, Susana acompañó a Javier a escoger el regalo de cumpleaños para la guardia a la que habían organizado la fiesta sorpresa.

Regresaban en coche de Alcañiz, y Javier, enterado de que ella estaba en el bando de los que consideraban que el viñedo era parte de la historia viva de Tarabán, le explicó que había logrado convencer al alcalde y ponerlo de su parte. De la de ambos, ya que, aunque por distintas razones, a él también le interesaba que se respetase la bodega centenaria de don José María.

— El alcalde es un buen hombre —añadió Javier, a modo de conclusión—. Y no quiere pasar a la historia como el que trajo la discordia al pueblo.

Susana reclinó la cabeza en el asiento, con un suspiro.

— De todos modos, yo no las tengo todas conmigo —confesó—. Me temo que al final cualquiera de los tres —dijo pensando en Nico, Álvaro y Celia— acabará vendiendo la finca.

— Cada cosa a su tiempo.

— Tienes razón —aceptó—. Hay que tomarse los problemas tal como vienen.

Javier centró su atención en la carretera, mientras meditaba sobre cuánta razón había en las palabras de Susana.

— ¿Crees que a Lola le gustará el bikini? —preguntó, para romper el silencio.

— Estoy segura —aseguró Susana, agradeciendo el cambio de tema—. Yo tengo uno igual. A mediados del mes pasado, en la piscina me preguntó dónde lo había comprado porque le encantaba.

La piscina municipal de Taraban, dada la climatología turolense, solo podía usarse durante un par de meses al año, ya que antes del uno de julio y después del veinte de agosto el agua estaba como puro hielo. Por eso durante las seis o siete semanas que permanecía abierta al público la gente aprovechaba para disfrutarla y allí coincidía prácticamente todo el pueblo.

— Sí, yo también me había fijado en ese bikini —confesó Javier sin apartar la vista de la carretera.

Susana disimuló una sonrisa.

— ¿Ah, sí?

— Como para no fijarse —reafirmó, con una mirada breve e intensa.

Durante un minuto Susana guardó un silencio muy estudiado.

— Eso me hace sentir menos culpable —expresó por fin—. Porque en la piscina yo también me fijaba en ti.

— ¿En serio?

— Ahora no te hagas el sorprendido. No creo que haya mujer en el pueblo que no se haya quedado mirando, con ese cuerpo.

— Tengo que estar en forma para perseguir a los malos —bromeó, agarrando el volante con ambas manos para tomar una curva muy cerrada.

— ¿Y a las malas también?

A Javier se le escapó una carcajada. Susana sonrió al oírlo reír por primera vez.

Él la miró de reojo y adivinó el motivo de su sonrisa.

— Hasta ahora tú y yo habíamos hablado muy poco.

— Coincidimos poco por culpa de los turnos —dijo ella, refiriéndose a sus respectivos trabajos.

— Es verdad. Trabajo y más trabajo —reconoció Javier.

Notó que Susana lo observaba con atención y consideró necesario explicarle el tono resignado de sus palabras.

— Estás pensando que esto no me gusta, ¿a que sí? —La cara de Susana le dio a entender que así era—. Mira, Tarabán es una especie de destino trampa. Conlleva muchísima más responsabilidad de la que a simple vista se le supone.

— Tu trabajo antes de llegar aquí no se parecía en nada, ¿verdad? Y este de ahora te parece poco importante.

— Poco importante no, diferente. Muy diferente. Estoy tratando de adaptarme y asumir que no me queda otra que lidiar con expoliadores, furtivos, posibles robos en los almacenes de fruta o en las granjas, impedir contrataciones ilegales de temporeros y pelear a diario por que en estas carreteras desquiciantes se respeten las normas de circulación y otras muchas cosas que no te cuento por no aburrirte —explicó, mirándola brevemente—. Si a todo eso le añades que cuento con muy pocos medios materiales y solo doce efectivos; entre ellos, una que se cree Lara Croft, otra nostálgica porque echa de menos su casa, y otros cuatro novatos que solo tienen en mente confraternizar con las nativas...

— A algunas nativas no les gusta confraternizar con forasteros —lo interrumpió—. Al final, todos acaban marchándose.

— ¿Por eso no tienes pareja? —preguntó sin apartar la atención de la

carretera.

— ¿Y tú qué sabes?

Javier esbozó una sonrisa.

— Los cotilleos llegan hasta la Casa Cuartel.

— Pues sí, ese es el motivo —reconoció Susana—. No llevo bien los amores a distancia.

— Yo tampoco. Mi última relación fracasó precisamente por eso.

— ¿Hace mucho?

Él giró el rostro y la miró a los ojos.

— Una eternidad.

Tanto duró la mirada que Susana tuvo que pedirle que pusiese atención en la carretera. Durante un trecho largo viajaron en silencio. Por fin, fue Susana la que se decidió a hablar.

— Yo tampoco he encontrado al hombre que me haga dejarlo todo.

— ¿Es necesario ser tan drásticos?

Ella suspiró con una sonrisa soñadora.

— No lo sé. La vida real no se parece a las comedias románticas. —Tras una breve duda, decidió confesarle un secreto de su adolescencia—. Hace años, mi hermana y yo decidimos que nuestro hombre perfecto sería el único al que le diríamos sin pensarlo: «Bésame y vente conmigo». Y entonces nos escaparíamos juntos. A Las Vegas, por supuesto.

— ¿Por supuesto?

— Bueno... —vaciló arrepentida de haberlo dicho—. Es que nos llamamos Vega de apellido y siempre hemos dicho que esa ciudad hicieron adrede para nosotras... las «Vegas», ya sabes —cada vez se sentía más ridícula explicándole el doble sentido cuando no hacía falta—. Cosas de chicas.

Él rio suavemente, y Susana se puso colorada de vergüenza porque no era lo mismo compartir esa broma ñoña con su hermana que confesarla delante de un adulto. Y además hombre. Y encima, que le gustaba un montón. Pero ya que había empezado no iba a dejarlo a medias.

— Y nos casaríamos como en las películas, porque solo de la mano de ese chico especial seríamos capaces de cualquier locura. Incluso de dejarlo todo sin mirar atrás.

— Suena a fantasía, pero tiene su lógica.

— Pues no te lo creerás, pero ahora mismo mi hermana está en Las Vegas perdiendo el tiempo y echando a perder su vida —recordó, preocupada

—. La de tonterías que es capaz de cometer el ser humano.

Javier no quiso ahondar en intimidades ajenas. Miró al cielo y, sin pensarlo dos veces, dio un giro rápido y se adentró en un camino vecinal. Susana, alarmada, se incorporó y puso las manos en el salpicadero. Él detuvo el coche y salió a toda prisa.

— Mira —dijo señalando hacia arriba—. ¡Un águila!

Se sentaron en el capó del coche. Javier contemplaba absorto el elegante vuelo del águila. Sacó la cajetilla de tabaco y le ofreció a Susana.

— Casi no fumo —dijo ella, cogiendo un cigarrillo.

— Yo tampoco. ¿A medias? —propuso, dándole fuego.

Ella sonrió encantada. Dio una primera calada y se lo pasó a Javier.

— No hacía esto desde el instituto —confesó divertida; alzó la vista y lo cogió del brazo para que se fijase en la segunda águila que acababa de aparecer—. Mira, ahí está la otra.

— Una pareja.

Susana asintió.

— Llegaron de quién sabe dónde. Unos dicen que del Alto Tajo. El caso es que decidieron quedarse aquí y se han convertido en algo muy importante para todos nosotros —dijo refiriéndose a la gente de la comarca—. Tienen que serlo para ti, a ellas también tienes que protegerlas.

Javier sonrió. Aunque era competencia del SEPRONA, tomó nota mental; en su territorio habitaban dos ejemplares de una especie protegida.

Fumaron el resto del cigarro observando a la pareja de águilas. Javier apagó la colilla en una piedra y se la guardó en el bolsillo. Ese detalle respetuoso con el entorno fue para Susana una sorpresa muy grata.

— ¿Cómo es que vives aquí? —le preguntó Javier, mirándola a los ojos.

— Mi padre es militar. ¿Sabes lo que significa eso?

Él asintió. Entendió adónde quería ir a parar sin necesidad de más explicaciones. Su propia familia se encontraba desperdigada por toda la península.

— Creo que sé a qué te refieres. Yo también soy hijo y hermano de guardias.

— Mi padre es suboficial de la marina. Ahora está en la reserva activa. De pequeña viví en tantos sitios... El Ferrol, San Fernando, Madrid, hasta que lo destinaron a Cartagena —concluyó, temía aburrirlo contándole su vida—. Y tú, ¿de dónde eres?

Suponía que no se había criado muy lejos, en vista de su deje aragonés.

— De Huesca, mis padres viven allí.

Le explicó que su padre, mientras estuvo en activo, formó parte de los Grupos de Rescate de Montaña de la Guardia Civil en los Pirineos.

— Siempre he sentido que no pertenecía a ninguna parte —se sinceró ella—. Salvo cuando veníamos a Tarabán en vacaciones. Cada verano era como volver por fin a casa.

— Así que este es tu sitio para echar raíces.

— Yo no diría tanto —dijo colocándose el pelo detrás de la oreja—. Necesitaba un cambio. Lo de hacerle compañía a mi abuelo solo es una excusa porque, en cuanto llegan los fríos, él regresa a Cartagena.

Javier se quedó mirándola con una duda en mente.

— ¿Puedo preguntarte una cosa? —Con un gesto de la mano, Susana le indicó que continuase—. ¿Qué sentiste al saber que don José María te había excluido del testamento?

Ella no esperaba esa pregunta. Sonriendo, sacudió la cabeza.

— Siempre lo he tenido asumido. Yo no era ahijada suya. A la hermana mayor de Nico tampoco le ha dejado nada, ni un recuerdo sin valor. Si te digo la verdad, nunca nos tuvo aprecio a ninguna de las dos.

Susana aprendió desde muy pequeña que los únicos parientes que existían a ojos del difunto padrino eran sus tres ahijados, y solo porque los consideraba piezas útiles para sus planes.

— Poco o mucho, se trata de dinero. Sé sincera —insistió Javier.

Ella lo miró muy seria.

— No es dinero lo que necesito para ser feliz —aseveró con firmeza—. ¿Tú sí?

— Si me hiciese falta, no habría elegido ser funcionario, ¿no te parece?

Javier se felicitó, porque eso la hizo reír y disipó la tensión que por un segundo se había instalado entre ellos.

Susana respiró hondo para disfrutar del aroma a tomillo y ajedrea que traía la brisa. Se cruzó de brazos antes de explicarle el verdadero motivo que la había llevado a instalarse en Tarabán.

— Hasta que gané esta plaza tenía un trabajo rutinario en el Banco de Sangre. Siempre lo mismo, cada día igual que el anterior —rememoró con hastío—. Aquí cada caso es distinto, cada mañana es un reto porque no sabes lo que vas a encontrarte. Mucha faena y siempre de un lado a otro, por eso nadie quiere un destino en la sanidad rural.

Javier dedujo que aquel trabajo la llenaba y, a pesar de lo que pensarán los demás, ella lo consideraba importante porque aquella gente la necesitaba.

— Nadie importa más que quien cuida de ti.

Ella asintió dichosa, al ver que la comprendía tan bien.

— Hace doce meses yo me consumía de monotonía en Cartagena por culpa de un trabajo que me hacía infeliz. ¿Dónde estabas tú el año pasado por estas fechas?

— En Haití.

Javier le cogió la mano, agradecido. Acababa de entender que él era importante para la gente de aquella comarca agreste y despoblada. Y que los pueblos de Teruel también existen, aunque nadie se acuerde de ellos.

Ella entrelazó los dedos con firmeza.

— Pero ahora estamos aquí —dijo Susana, mirando sus manos unidas.

CAPÍTULO 9: Un cambio de aires

Por fin Nico hizo caso a su hermana. Dejó el restaurante a su cargo y la cocina en manos de su cuñado, y aceptó tomarse unas merecidas vacaciones.

Aunque desde Madrid era el camino más largo, repitió por costumbre el trayecto que su padre tomaba para llegar a Tarabán cuando él y Carolina eran niños. Por la provincia de Cuenca, atravesaba el valenciano Rincón de Ademúz. En Teruel paraban a dar un bocado. Siempre jamón; el pan tostado, con ajo restregado, tomate y aceite de oliva. Luego tomaban la carretera de Utrillas.

Fue un regreso pleno de añoranza al lugar que abandonó años atrás, con lágrimas en los ojos y el alma resentida por culpa de la intolerancia de su padrino. Hacía cuatro años ya del día en que juró que nunca volvería a pisar aquella tierra.

Durante horas condujo en soledad por unas carreteras secundarias rurales de las que conocía cada curva. Algo mágico tenía aquel paisaje agreste, porque poco a poco los hechos amargos fueron sustituidos por el recuerdo de tantos veranos felices.

Ya en Alcorisa, le pareció que el bellissimo campanario de la iglesia le daba la bienvenida. Detuvo el coche para dejar pasar a una mujer mayor cargada con un botijo de barro. Una imagen de las que ya no se veían, pensó Nico. Seguro que iba a llenarlo a la fuente de los Tres Caños.

Aparcó junto a un cajero automático. Les dio los buenos días a dos viejecillos que veían pasar la vida sentados a la sombra en sillas de anea arrimadas a una pared. Eran de los que usaban manga larga y la camisa abotonada hasta el cuello igual en verano que invierno. Los dos con boina de lana. Uno apoyaba las manos en un garrote, el otro llevaba gafas de operado de cataratas.

Con disimulo, Nico los escuchó comentar entre ellos mientras sacaba la tarjeta de crédito.

— Mira que me suena a mí esa cara —dijo el de las gafas—. ¿Ése no es el novio de la Chenoa?

Al oír aquello, Nico se sacudió de risa.

— Que no, hombre —contradijo el otro—. Que es el cocinero de la televisión.

— ¡Anda, la leche!

Cuando terminó la operación, Nico guardó los billetes en la cartera y se dirigió de nuevo al coche.

— Oiga, joven, ¿usted es nieto de Nicolás *el Gatonegro*, de Tarabán? — indagó el del garrote.

— Sí, señor. Y no me llame de usted que me hace mayor.

El hombre asintió con la cabeza.

— Tu abuelo y yo hicimos el servicio juntos, en Paterna; quinta del cuarenta y seis. Por aquí te vemos todos los días en la tele, que lo sepas.

— Que tienes a las mujeres locas con esos guisotes que preparas — añadió el otro anciano.

Él les dio las gracias por los cumplidos y regresó a su coche. Justo detrás, paró un Alfa Romeo del que bajó un tipo con gafas de sol en la cabeza, bermudas de cuadros y calzado náutico de ir en yate para pisar aquella tierra de secano.

— Ya verás como sí —le dijo al otro ocupante del coche—, que estos rústicos entienden de esas cosas.

A Nico le picó la curiosidad y se entretuvo más de la cuenta en abrocharse el cinturón. El urbanita se dirigió al anciano de la garrota.

— Buenos días, abuelo —le espetó con excesiva confianza—. Venimos de fin de semana y se ven unas nubes ahí al norte que dan muy mala espina. ¿Qué me dice? ¿Esta tarde lloverá o no?

El viejecillo le echó una mirada impasible.

— Pues mire usted, igual llueve que igual no. ¿A mí que me cuenta? Pregúntele al hombre del tiempo.

— ¡Que ven una boina y se creen que somos adivinos! —replicó el de las gafas de cristales gordos.

Nico soltó una carcajada que se oyó a cien metros. El de las bermudas lo miró con cara de mala uva.

Puso el motor en marcha, subió el volumen de los *Arctic Monkeys* a todo meter y se despidió de los abuelos sacando el brazo por la ventanilla. Ellos correspondieron con las manos levantadas; los dos vejetes lucían sendas sonrisillas cachondas.

— Esto es el Bajo Aragón —murmuró Nico, sin dejar de reír—. Bienvenido a casa.

A unos cuantos kilómetros al Este, el brigada Javier Parrondo se

enfrentaba a uno de los peores desafíos a la autoridad: convencer a una vecina entrada en años empeñada en salirse con la suya.

— Ya verá, mi brigada, que el asunto tiene tela —le informaba un guardia jovencillo.

Javier Parrondo escuchaba sin disimular su irritación, dado que no era lógico que una trifulca entre vecinos no pudieran solucionarla sus subordinados con un poco de mano izquierda sin que el problema llegase a mayores.

En cuanto el muchacho abrió la portezuela que daba al huertecillo anexo a la casa, el olor a cadáver en descomposición los recibió como una bofetada. El guardia se tapó la nariz, y Javier notó que le subía la bilis a la garganta.

— Nada, que la Encarnita está empeñada en que eso —explicó el chico señalando una garrafa en una esquina— ahuyenta a las avispas y otros bichos.

— Esa peste espanta las avispas, a las visitas... ¡Y al turismo si me apuras! —farfulló el brigada, aguantándose una arcada.

La mujer estaba empeñada en que almacenar las tripas y cabezas de las sardinas en una garrafa plena de agujeros era el mejor remedio para los insectos que atacaban sus verduras, además de ecológico. Aquel recipiente de plástico rebosante de detritus a pleno sol despedía tal hedor que hasta los buitres andaban despistados, sobrevolando Tarabán en círculos a ver si descubrían dónde estaba la carroña que se olía a kilómetros.

Por supuesto, el vecino de al lado no estaba en absoluto de acuerdo con el afán ecologista de la Encarnita que, vete a saber por qué, se negaba a sulfatar las tomateras como llevaba haciendo toda la vida. Fue él quien avisó al cuartelillo porque no estaba dispuesto a pasarse todo el verano con las ventanas cerradas a cal y canto por culpa de aquella pestilencia pútrida.

Javier Parrondo alzó la vista hacia el balcón cerrado, una cabeza asomaba detrás de los visillos. El vecino era precisamente quien más le preocupaba. En concreto, su posible reacción, dado que el hombre no parecía tener la cabeza muy en su sitio. Por lo que le habían contado, se llamaba Anselmo y con dieciocho años se marchó del pueblo a Barcelona para estudiar la carrera de Psicología. El primer mes escribió a sus padres. Nunca más volvieron a tener noticias suyas. Ocho años anduvo desaparecido hasta que lo encontró aquel Lobatón que tenía un programa para buscar parientes huidos. Se contaba por el pueblo que el muchacho, viendo que aquello no era lo suyo, dejó la universidad. Por vergüenza no dijo nada a la familia y prefirió desaparecer del mapa hasta que lo encontraron los de la tele de

taquillero en un circo en las afueras de Salamanca.

A raíz de aquello, volvió a casa como el turrón. Pero sus padres duraron poco, no se sabe si de la alegría o del disgusto. La cosa es que Anselmo ahora subsistía gracias a una modesta granja de pollos. Hombre poco sociable, mataba las horas enganchado a una Play Station y a las páginas de contactos de Internet. En opinión de Parrondo, respondía al perfil del típico sujeto inofensivo que el día menos esperado agarra un cuchillo jamonero y la lía. Por eso decidió ir a hablar con él en primer lugar a fin de apaciguar los ánimos, ya que no le apetecía que le montara en su territorio un festival gore con la Encarnita de protagonista.

Tarabán era todavía un pueblo de esos en que las puertas de las casas permanecen entornadas. Javier Parrondo avisó de su llegada alzando la voz y emprendió las escaleras al trote. Cuando llegó al comedor, en el piso superior, su boca dibujó una amplia sonrisa. No esperaba encontrarse allí con Susana, o lo que era lo mismo, su chica.

Ella giró la cabeza y sonrió apenas un segundo. Javier captó el mensaje; nada de mezclar los asuntos privados con el trabajo. La saludó con formalidad e inmediatamente, sin dejar que Anselmo interviniese, se lanzó al ataque con una perorata florida y sutil sobre lo conveniente de la convivencia en paz y buena vecindad. Escuchó las protestas del hombre que, cargado de razón, se negaba a que su vecina mantuviese aquella garrafa apestosa debajo de su balcón. El brigada le aseguró que en unos minutos ese problema quedaría resuelto sin necesidad de denuncias, que llevaban mucho papeleo. Luego, viendo que el hombre parecía conformado, llevó a Susana aparte.

— ¿Estás segura de que lleva controlada la medicación? —murmuró para que el otro no lo oyese, señalando una caja de fármacos que ella acababa de dejar sobre la mesa.

— Claro que sí —alegó en defensa del paciente, mostrándole las indicaciones escritas en la caja de su puño y letra—. Apenas sufre brotes de ansiedad, pero con esto de la pelea con la vecina está un poco nervioso, eso es todo.

— ¿Seguro?

— Seguro —dijo observando con compasión a Anselmo, que miraba por el balcón de espaldas a ellos—. No hay nada peor que la soledad.

— Sí, supongo —dijo Javier por decir algo, y se inclinó un poco sobre ella—. Dame un beso.

Susana sonrió.

— Aquí no.

Él le devolvió una sonrisa juguetona, al tiempo que se despedía en voz alta de Anselmo y le aseguraba que de inmediato bajaría a ordenarle a la vecina que se deshiciese de la garrafa de la discordia. Luego miró a Susana de nuevo.

— ¿Me darás alguno esta noche? —agregó bajando la voz para que solo lo oyese ella.

— Si me pillas.

— Te pillaré —susurró.

Susana suspiró al verlo salir por la puerta, sacudió la coleta y se puso a cerrar el maletín. Mientras le daba las últimas indicaciones sobre las medicinas a su paciente, sonó su teléfono móvil. Era Celia desde Las Vegas.

— Hola, guapa...

Fue hasta el balcón y escuchó las novedades de su hermana, a la vez que observaba a través del cristal cómo Javier hablaba en el huerto con la Encarnita. La mujer, que al principio se puso flamenca con los brazos en jarras, pasados unos segundos se retorció las manos mirando al brigada con cara de tonta.

Anselmo se acercó a ella con cierta cautela.

— Oiga, doña Susana, pero si se pone cazurra —interrumpió refiriéndose a su vecina—, ¿usted me daría una jeringuilla para inyectarle laxante en los tomates del huerto?

Susana se apartó del teléfono de la oreja.

— ¡No! —lo conminó con una mirada de madrastra mala—. ¡Ni se te ocurra!

— Pero...

— Anselmo, no la lías, que la tendremos —advirtió moviendo el dedo índice levantado.

El otro se achantó y asintió obediente. Susana regresó la mirada al jardín y retomó la conversación con su hermana, que desde Las Vegas le preguntaba si estaba discutiendo con alguien y a qué venía aquel tono de bruja.

A través de los cristales contempló con deleite el cuerpo poderoso de Javier que, de brazos cruzados como Mr. Propper, seguía hablando con la vecina. Susana observó aquella sonrisa ladeada capaz de apaciguar a la Encarnita y al mismísimo lobo feroz si fuese hembra.

— Nada, Celia. Solo que hay días que parece que en este pueblo están todos locos —dijo con un suspiro cansino—. Todos menos uno que me tiene

loca a mí.

En Las Vegas era de noche. Celia no podía dormir. Nada raro después de pasar todo el día sola y de relax, puesto que Jack no podía escaparse de la convención que lo había llevado hasta Nevada. Tras despedirse de su hermana y dar recuerdos y besos para toda la familia, dejó el teléfono sobre la mesilla, con un rebufo de hastío. Susana la había vuelto a obligar a que prometiese que no se desharía del viñedo del padrino.

Prometido.

Esa misma mañana, su madre le había hecho prometer que tendría cuidado de no ir sola a ningún sitio en Las Vegas, no fuera a ser que la raptasen o algo peor, que a las chicas guapas todo el mundo las codicia y hay mucho hombre malo suelto.

Prometido también.

Su padre le había hecho prometer que le traería de recuerdo alguna insignia rara del ejército americano y que no se jugaría el sueldo en los casinos, que costaba mucho de ganar el dinero.

¡Prometido, prometido y prometido!

Estaba harta de promesas. Llevaba la vida entera plegándose a los deseos de los demás. En ese momento vibró el móvil, Celia giró la cabeza y lo observó durante unos segundos. El aparato se movía sobre la mesilla como si tuviese vida propia. Al fin extendió la mano y soltó un bufido desesperado al ver en la pantalla el nombre de Álvaro. Cerró los ojos, pulsó el botón y se lo llevó a la oreja.

— Dime —dijo sin ganas.

— Vamos a dejarnos de juegos estúpidos —le espetó él, en un tono que invitaba a colgarle sin contemplaciones—. Vente a mi cama.

Celia tentada estuvo de apagar el teléfono y lanzarlo bien lejos. Otro con órdenes. ¿Pero qué se había creído? Encima de que llevaba todo el día sin verle el pelo, sin una mísera llamada, cuando por fin daba señales de vida le venía con esas. Sin romanticismo ni una palabra bonita. No es que ella necesitara flores y violines, pero resultaba bastante humillante que la reclamase en su cama como un cavernícola.

Con gran esfuerzo recobró el aplomo antes de contestar, mejor que uno de los dos demostrase algo de sensatez.

— Tres son multitud —respondió en clara referencia a Mariví—. ¿O es que no lo sabes?

— No voy a discutir eso ahora.

Arrastró la última sílaba y Celia chasqueó la lengua. Sospechaba que Álvaro también estaba acompañado por otro Jack que no era de Indiana sino de Tennessee: Jack Daniel's.

— Yo tampoco tengo ganas de discutir —aceptó—. No son horas.

— Ven —insistió bajando la voz.

— ¿Cuántos whiskes te has metido en el cuerpo?

— Tres.

Celia se sintió culpable sin motivo al saber que estaba bebiendo solo. Si la rubia rondase por allí, su voz no sonaría tan triste. De todas formas, ni por asomo pensaba subir a la suite y encontrarse allí con Mariví en camisoncito, por mucho que Álvaro asegurara que era una pareja ficticia. Tampoco era tan tonta como para reprimir toda la vida el deseo que sentía por él. Pero el día en que volvieran a compartir una noche de sexo sin pensar en el mañana, y estaba segura de que volvería a pasar, sería ella quien decidiese cuándo y él se plegaría a sus deseos, no al revés.

— Duérmete —le aconsejó—, será lo mejor.

Álvaro lanzó el teléfono a los pies de la cama. Apuró el vaso que tenía en la mano y se incorporó para añadir otro cubito de hielo. Metió los dedos en la cubitera, pero fueron necesarios tres intentos, porque en el proceso se le cayeron varios al suelo, que rebotaron por aquí y por allá. Al final recogió uno de la moqueta y lo dejó caer en el vaso barbotando una palabrota. Se sirvió un par de dedos de whisky y volvió a repantigarse con la espalda apoyada en los almohadones mal amontonados sobre el cabezal.

— «Duerrrrrmete» —repitió imitando el tono de Celia—. ¿Quién te crees para darme órdenes? —le reprochó al techo.

No tenía por qué darle explicaciones, ni a ella ni a nadie. No tenía que arrepentirse de nada...

Sí, sí tenía. No debió abrir la boca cuando el marrullero de Nico se sacó de la manga los condenados billetes de avión. Por bocazas, ahora se encontraba en el culo del mundo, con más alcohol en el cuerpo del que tenía costumbre y más solo que la una.

Mejor no pensar en Nico, porque se le calentaba la boca. Tenía dos llamadas perdidas suyas que no le había devuelto. No quería hablar con él de momento, porque estaba seguro de que acabaría mandándolo a la mierda o algo más lejos por meterlo en aquel embolado.

A Mariví hacía horas que no la veía. A saber dónde y con quién debía estar. Tampoco es que le importara. La *Barby girl* estaba disfrutando de aquella aventura porque, según decía con una simpleza irritante, le encantaba estar rodeada de guiris. ¿No se daba cuenta de que en Nevada los guiris eran precisamente ellos? Todavía se preguntaba cómo se le ocurrió llevársela de viaje si apenas la conocía. Era amiga de una amiga, la exnovia de no sé quien. Había que reconocer que era mona. Mucho más que eso, tenía su punto de morbo. Sobre todo si no abría la boca. Pero a él no le despertaba ni el instinto más primitivo. Grima le daba imaginarla debajo de él, arañándole la espalda con aquellas uñas postizas.

De un manotazo mental apartó a Mariví de sus pensamientos, porque era otro nombre el que le mariposeaba en la cabeza. El de la única mujer la que le enloquecía la libido. Esa que estaba en el piso de abajo. A saber con quién salía esa noche. ¿Con el yanqui? Distintas imágenes de Celia con otros hombres discurrieron por su imaginación con una velocidad atropellada, producto del exceso de alcohol, hasta detenerse en una cara conocida que aún lo puso de peor humor.

Quiso pronunciarlo, pero el nombre se le atragantó a medio camino. ¿Por qué tenía que acordarse justo en ese momento del malasombra de Guillermo Andrade? Su padre era un buen hombre, leal, una excelente persona. De no haber sido por él y por la estima que su propio padre siempre le tuvo al de Guillermo, jamás le habría confiado la publicidad de la marca. Había algo de siniestro en él, era una de esas personas que transmiten malas vibraciones. Y desde que descubrió el número de Celia en su móvil ya no se fiaba en absoluto de él.

Se negaba a admitir que Celia tuviese que ver algo con ese sujeto. ¡Que estaba casado, coño! O descasado. O malcasado. O recasado, vete a saber. Ya había perdido la cuenta de las veces que Guillermo y su mujer se habían separado y vuelto a juntar. Además, le importaba un carajo el culebrón que se traían aquellos dos... Mientras Celia no estuviese de por medio. No, eso era imposible. Ella tenía demasiados escrúpulos, nunca se involucraría como tercera en discordia.

Claro que era una mujer libre, adulta y sin compromisos. Un bocado muy apetecible, mucho. Los hombres no eran ciegos, y ella estaba muy, muy buena. Se llevó la mano al paquete y se sobó el miembro erecto por encima de los calzoncillos.

— Demasiado whisky —murmuró.

Una excusa que ni el mismo se creyó.

«Demasiado tiempo sin sexo», le recordó la chivata de su conciencia.

Y tenía razón. Llevaba a las espaldas demasiados días de castidad monacal. Sólo de pensar en aquella noche se ponía duro. Y en Las Vegas las cosas habían empeorado. O sea, que la deseaba todavía más. No dejaba de observarla como un puma al acecho. En la piscina, con aquel bikini diminuto que lo ponía más caliente que el infierno. O cuando se ponía esos vaqueros cortos con los que sus piernas parecían no tener fin.

Después del desencuentro de aquella noche memorable en que gozaron sin límite hasta que se saciaron el uno del otro, el amor propio le impedía volver a insistir. Bajó la vista hacia el punto de unión de sus piernas abiertas donde los calzoncillos se erguían como una pirámide. Estaba claro que el orgullo conllevaba dos cosas: un terrible dolor de huevos o satisfacción amanuense. Y en ese momento no le apetecía ni lo uno ni lo otro.

¿Y Celia, qué? La conocía lo suficiente como para percibir su deseo a la legua. Pero tenía más aguante que él, o más escrúpulos, o más orgullo, o... A lo mejor en ese momento estaba arreglándose para salir y por eso acababa de despacharlo de mala manera. La imaginó frente al espejo del cuarto de baño de su suite repasándose los labios, alzada sobre unos tacones imposibles y con un vestido de esos que le marcaban un culo fabuloso.

«El sexo no arregla nada», intervino de nuevo su conciencia.

Pero Álvaro no estaba para consejos mentales. Dejó el vaso en la mesilla y se incorporó para coger el móvil que estaba tirado junto a su pie derecho, con una idea clarísima en mente. Quería sexo con Celia y lo quería ya.

Celia chasqueó la lengua al ver en la pantallita que era él por segunda vez. Se llevó el teléfono a la oreja, pero Álvaro no la dejó ni decir «hola».

— O vienes ahora mismo a mi cama o voy yo a la tuya —insistió con cabezonería.

— No.

— ¿Voy?

— He dicho que no.

El tono de Celia no admitía réplica. Álvaro guardó silencio durante un par de segundos.

— Algún día serás tú quien me lo pida.

Celia ni se molestó en responder.

— Buenas noches, Álvaro —concluyó. Y pulsó el fin de llamada.

Devolvió el móvil a la mesilla y apagó la luz. Por la ventana se veían la irreal silueta de la falsa torre Eiffel iluminada por miles de lucecitas.

Se repitió en silencio las últimas palabras de Álvaro. Mirando con tristeza aquel cielo negro, en el que millones de bombillas eclipsaban las estrellas, pensó en lo bonito que sería escuchar «ven conmigo, vamos a nuestra cama». Eso significaría algo importante, que era única, y su presencia a su lado, algo muy valioso para él.

— Ni a la tuya, ni a la mía —murmuró—. A la de los dos.

Cerró los ojos, con la idea de que Álvaro y ella habían perdido ya todos los trenes posibles. Seguramente ese momento no llegaría nunca.

El teléfono volvió a vibrar. Celia giró la cabeza, molesta, ¿otra vez? Pero no, se trataba de un *whatsapp*. Leyó furiosa la pantalla. ¡Nico! Justo el que faltaba.

¿Te lo estás pasando bien, princesita? Álvaro no contesta. Cuéntame cosas... Me aburrooooo

Apretó los dientes y tecleó con el pulgar a toda máquina.

Tdo ste lio eskulpatuya. Cerdo cerrrdo. T juro k sta mlapagas.

CAPÍTULO 10: Tentación, dulce tentación

Era su segundo día en Las Vegas y Celia decidió aprovechar cada minuto. Estaba tumbada en la zona de las piscinas repitiéndose que tenía suerte de ser la beneficiaria de unas vacaciones pagadas a todo lujo.

No lo vio llegar, lo sintió.

Álvaro se dejó caer en la tumbona de al lado, sacudiéndose como un chucho escapado de un charco, con intención de que las gotas que salpicaron sobre todos los objetos y personas situados a tres metros a la redonda anunciaran su presencia.

Celia, que remoloneaba a la sombra, ladeó la cabeza y lo miró abriendo un solo ojo.

— ¿Cómo estás? —preguntó Álvaro en un tono muy íntimo.

Sabía que la pregunta era su manera de disculparse por su actitud al teléfono la noche anterior.

— Bien, ¿y tú?

— Bien también. Solucionado con una ducha, una aspirina y un par de cafés.

Celia volvió a cerrar los ojos de cara al sol y no dijo nada.

— No quiero hablar de ello —insistió Álvaro.

— Pues no hables.

Pero él sabía que le debía una disculpa. Se comportó como un auténtico imbécil y echarle la culpa al whisky era una cobardía.

— Solo quiero que sepas que te perdiste una noche de sexo alucinante —bromeó, con los dedos cruzados para que lo perdonase.

Sin despegar los párpados, Celia sonrió y dio un manotazo a ciegas que cayó en su antebrazo. Entre ellos el mal humor nunca duraba más de unas horas.

Álvaro acomodó mejor su largo cuerpo, estirando los brazos con las manos bajo la cabeza. Con el codo rozó la oreja de Celia, pero ella se limitó a ladearse un poco y dejarle sitio.

Pero las intenciones de él eran otras, no tenía ningunas ganas de perder el tiempo allí tumbado en silencio. Se puso de lado y se incorporó apoyándose en un codo para verla bien. Celia tenía un cuerpo de los que piden miradas a gritos. Y él lo conocía tan bien como para saberse cada

detalle de memoria; forma, textura, tacto, recordaba hasta el sabor de cada centímetro de su piel. El bikini tapaba lo justo como para poner caliente incluso a un muerto. Tomó aire por la boca sin dejar de deleitarse con el espectáculo privado de sus pechos, que subían y bajaban con indolencia al ritmo de su tranquila respiración. Contemplarla un minuto era una gozada, mirarla dos lo ponía cardiaco. Por impulso, su mano fue directa al estómago moreno y liso con intención de jugar en dirección al borde de la braguita. Pero una orden del cerebro la detuvo a medio camino.

Celia levantó la cabeza, sorprendida, y miró hacia abajo al notar que enredaba el dedo en la fina pulserita de oro de la que pendía un colgante con el símbolo zodiacal de Piscis.

— Tú eres Sagitario —dijo él jugando con el colgante.

— Era de mi abuela Pilar —aclaró ella, acariciando la pulsera con cariño.

Álvaro la miró mientras recordaba a aquella mujer tan querida para Celia. Él no conservaba una imagen tan vívida. Cada vez que pensaba en sus abuelos los veía sonrientes en medio de una nebulosa, quizá porque los perdió demasiado pronto. Pero sabía bien que, tanto para Celia como para Susana, sus abuelos paternos constituían una parte muy importante de sus vidas.

— Tu abuela era una de las personas más buenas que he conocido.

Celia lo miró a los ojos con una sonrisa agradecida. De pronto, rio con suavidad al acordarse de un detalle.

— Siempre decía que le habría encantado ser artista.

— No me la imagino.

— Ni mi bisabuelo lo habría permitido, menudo era. ¿Sabes que su ilusión siempre fue ser una mala de película como Bette Davis o Angela Channing? —dijo divertida por el recuerdo—. No se perdía ni un capítulo de Falcon Crest.

— ¿Tu abuela Pilar de malvada de culebrón? Imposible —aseguró convencido.

— ¿A que sí? No habría dado el pego.

— Hay gente que no puede ser mala ni aunque se empeñe —sentenció Álvaro, agarrándole la mano.

— Tú eres uno de ellos —se le escapó con una sinceridad devastadora.

— En eso me ganas —susurró.

Celia se sintió repentinamente inquieta y vulnerable ante aquella mirada

que conseguía desarmarla y no estaba dispuesta. No después de la jugada sorpresa de plantarse en Las Vegas acompañado de aquella rubia que tenía intención de convertir en su futura esposa. Y mucho menos con lo dolida que estaba aún por la manera en que le exigió que acudiese a su cama sin atisbo de ternura, como si para él solo fuese una mujer de usar y tirar. Dolida en lo más íntimo, contraatacó de la manera más vil. Se soltó de su mano, se sacudió el pelo y sostuvo su mirada con una expresión inquisitiva.

— ¿Dónde has dejado a tu novia?

Tal como esperaba, la pregunta fue un jarrazo de agua fría que apagó la incipiente llamita romántica. Álvaro frunció el ceño. Su cara pasó de la bonanza a la tormenta de manera instantánea. Apoyó la cabeza en la tumbona, cerró los ojos y ni se molestó en responder.

Rato después de dejar a Celia asándose al sol, Álvaro estaba en su suite con el portátil encendido y el teléfono en la mano. Aprovechar el viaje para ultimar algunos negocios en ese continente era una prioridad. En ello estaba cuando recibió la llamada de Nico.

— ¿Cómo lo llevas, Willy Wonka?

— Que te den.

Álvaro contó hasta diez mientras escuchaba las carcajadas de Nico desde el otro lado del océano.

— Yo también te quiero —se cachondeó con todo descaro.

— Pues no me quieras tanto —replicó Álvaro, pensando en la retorcida ocurrencia de facturarlos a él y a Celia en un avión con destino Las Vegas.

— Sabes que lo hice por tu bien —alegó Nico, lo conocía tanto que era capaz de leerle el pensamiento incluso a más de nueve mil kilómetros.

— Prefiero no pensar cómo serán las cosas el día que me odies.

— Hablando en serio, ¿cómo estás?

— Bien. Todo perfecto. El hotel es impresionante, y la ciudad, un auténtico derroche en todos los sentidos que puedas imaginar. A ti te encantaría, estoy seguro.

— ¿Y lo otro?

— Los negocios que acabo de cerrar con los americanos no pueden ir mejor.

— Me alegro, pero no me refería a eso.

— Ya te he dicho que estoy bien.

— Te preguntaba por lo más importante, ya sabes lo que quiero decir.

Por supuesto que lo sabía. Antes de viajar a Estados Unidos, Nico le entregó un juego de alianzas de oro. Sin necesidad de que explicara más, comprendió que la intención oculta de Nico era que él y Celia volviesen juntos para siempre y unidos por un reverendo, pero eso era algo que quedaba entre él y su mejor amigo.

— Vale ya de jugar a Cupido.

— ¿Pero marcha el asunto o no?

— Marcha lento y mal.

— Entonces no estás tan bien como quieres hacerme creer.

Álvaro evadió una respuesta directa asegurándole que no estaba hecho de pasta de boniato y que en guerras peores se había visto. Por prudencia o por darle un respiro, Nico se interesó por los contratos que había cerrado durante esos días con clientes estadounidenses, detalle que él agradeció y que le dio la oportunidad de explayarse relatándole lo exitoso que estaba siendo el viaje para Chocolates Siurana.

No habían pasado ni diez minutos desde que se habían despedido, cuando un pitido le avisó de un nuevo mensaje. Otra vez era Nico. Álvaro soltó los papeles que tenía en la mano y miró con qué se descolgaba. Acababa de enviarle el enlace a un vídeo de Youtube. Con mucha paciencia, dejó sonar la musiquilla que más odiaba.

Willy Wonka, Willy Wonka, el mejor chocolatero...

La gracia duró tres minutos y veinte segundos, tiempo que aprovechó Álvaro para buscar la puñalada traperera perfecta en su portátil. Memorizó el enlace del video que constituía la peor pesadilla infantil de Nicolás Román, buscó en el navegador del iPhone, lo pegó en un *whatsapp* y le dio a enviar.

— Te juro que esta noche no duermes —dijo en voz alta.

Le dio a reproducir y esbozó una sonrisa maligna al ver a Pancho correr por la playa de Nerja gritando «¡Chanquete ha muerto! ¡Chanquete ha muerto!».

Dedicado como estuvo a los negocios, apenas vio a Celia. Solo cuando se cruzaron en el restaurante a la hora del almuerzo. Para su disgusto, estaba acompañada por el americano de la sonrisa deslumbrante. Por ese motivo no tuvo ganas de llamarla por la tarde para ver qué pensaba hacer. Y eso que pretendía mantenerse informado de cada uno de sus movimientos, no fuese a ser que en el momento menos pensado Celia se presentara con un anillo en el dedo para restregarle por las narices un certificado de matrimonio.

Álvaro no actuaba movido por la codicia, ya que el dinero y el viñedo no le interesaban sí a cambio debía pagar el precio dispuesto en el testamento. Pero aunque la boda que Celia tenía tanto empeño en hacer realidad no fuese más que un asunto de negocios y se volatilizara una vez cobrada la herencia, no quería verla casada con otro. No, de ninguna manera. Aunque el matrimonio de coña durase un suspiro.

Hubo de reconocer que ella tampoco se dignó llamarle ni para saber cómo estaba. Ese desapego por parte de ella aún lo irritó más. Y como por experiencia sabía que la estrategia más efectiva en toda lid es la del tira y afloja, decidió claudicar y ser él quien diese el primer paso.

Sobre la mesa auxiliar del saloncito de la suite reposaban los restos de un «burrito» y del melón al oporto que había pedido para cenar al servicio de habitaciones. Teléfono móvil en mano, se dejó caer en un sillón y le envió un *whatsapp*.

Álvaro: ¿Qué haces?

La respuesta se hizo esperar un par de minutos.

Celia: Divertirme

Álvaro: ¿Sola o acompañada?

Celia: Sola

Un sexto sentido le dijo a Álvaro que algo había cambiado. Sospechó que Celia tenía ganas de jugar como en los viejos tiempos, así que se arriesgó y decidió caldear el ambiente.

Álvaro: ¿Tumbada o de pie?

Celia: ¿Importa?

Álvaro se mordió el labio inferior, contento de que Celia le siguiera el juego.

Álvaro: Qué excitante suena eso. Me gustaría espiar por un agujero cómo te diviertes tu sola.

Celia: ¿Ah, sí?

Álvaro: Sí

Celia: Mmmmm...

Álvaro: ¿Te lo montas con algún juguete?

Celia: Ja ja ja ja

Él sonrió como un lobo receloso.

Álvaro: ¿Qué llevas puesto, niña perversa?

Celia: Muy poca cosa

La imaginación de Álvaro se perdió entre encajes, formas y colores.

Álvaro: ¿Bragas?

Celia:

Bien, bien y bien. ¿Sería verdad? La noche prometía sorpresas.

Álvaro: Bajo a tu suite

Celia: No

Por un momento pensó que Celia había reculado o que solo pretendía divertirse con unos pocos mensajes y nada más.

Álvaro: ¿Ya empezamos con las evasivas?

Celia: Allí no me encontrarás

Álvaro:????

Celia: Búscame

Álvaro: No tengo ganas de jugar

Celia: ¿No?

Sí le apetecía. En realidad se moría de ganas de jugar, pero a cualquier cosa menos al ratón y al gato.

Álvaro: Dime dónde estás

No hubo mensaje de retorno.

Pero una llamada telefónica suya le provocó una nueva sonrisa, esa vez de pura anticipación. No escuchó su voz, el altavoz de su iPhone solo reproducía música disco. Álvaro se echó a reír. Conque juguetes eróticos y poca ropa, mentirosa... Celia sabía ser muy mala cuando quería. No identificó la canción, pero sí supo que aquello era la pista número uno y que no necesitaba la dos.

Antes de salir, Celia dejó esa noche la sensatez en un cajón. Quería divertirse sin pensar en el día siguiente, necesitaba sentirse deseada y, más que ninguna cosa, tenía ganas de seducir.

Lo vio entrar en la discoteca del hotel. Álvaro fue directo a la barra, pidió una copa y se sentó en un taburete de cara a ella con las piernas abiertas. Ella no se acercó. Iba a regalarle un espectáculo privado, como a él le gustaba. Y sabía muy bien cómo bailar dedicándole a él y solo a él cada movimiento sinuoso de su cuerpo. Excitarse el uno al otro en público y sin tocarse era una travesura íntima que habían compartido muchas veces. Álvaro conocía también su papel en el juego. Lo vio deslizar la mano desde la camisa hacia la bragueta y sin apartar la mirada de la de ella, comenzó a acariciarse el paquete.

Estaba oscuro y, de no fijarse, nadie tenía por qué advertir lo que

estaban haciendo. Celia ya no tenía la imprudencia de los veinte años, pero con la libertad que le daba saber que en Las Vegas nadie la conocía, imprimió a sus movimientos de cadera una carga erótica de alto voltaje. Miró hacia la barra y se sintió poderosa al comprobar lo mucho que él estaba disfrutando.

Pero el baile erótico no solo atrajo la atención de Álvaro, porque un chico flaco y muy joven se acercó y empezó a insinuarse. Iba de negro riguroso y estaba más pálido que un cadáver.

— Eres muy guapa —babeó acercándose a su cara.

Celia se apartó. Pensó que estaría allí convocado por alguna reunión de fans de Marilyn Manson. Tenía los pelos tiesos, no se sabía bien si gracias a la gomina o a la mugre.

— ¿Sabes que tienes la suerte de bailar con el campeón del mundo de *Monopoly on line*?

Eso lo explicaba todo, un obseso de los videojuegos, de los que nunca ven la luz del sol. Y debía de haber algún concurso internacional o algo parecido. En aquella ciudad podía esperarse cualquier cosa. Celia miró a Álvaro, se le veía divertido observando los insistentes acercamientos de aquella criatura vampírica.

— ¿Te importa bailar un poco más lejos de mí?

El otro no le quitaba ojo del escote.

— ¿Esas peras son tuyas?

Celia sabía que sin sujetador y con el vestido corto de tirantes finos, su pecho era pura codicia para los ojos. Pero no para los suyos.

— Perdona, pero sobras. Esto es una fiesta privada —aclaró, y señaló hacia la barra.

Álvaro dio un trago a su vaso y continuó acariciándose la bragueta con todo descaro.

— ¡Yo también quiero jugar!

— ¡Que te largues!

El grito fue suficiente para que Álvaro se levantara y fuese hacia allí. El chico era insistente pero precavido, porque se escabulló entre la multitud. Cuando Álvaro llegó junto a Celia y la cogió por la cintura, vio desde lejos que ya andaba a la caza de una pelirroja bajita que le reía las gracias.

Bailaron una canción demasiado pegados. Álvaro le acarició los labios, con el pulgar. No los llevaba pintados, toda una declaración de intenciones. Pero dejó que fuese Celia quien decidiera cuándo pasar de los roces a los besos. La dejó que hiciera con él cuanto quisiese. Ella se frotó contra él, le

tentó la boca, le bajó las manos por la espalda y le acarició el culo. Álvaro disfrutó del juego hasta que las cosas se pusieron realmente calientes.

— ¿Vienes? —murmuró, mordisqueándole el labio inferior.

— Sí.

La condujo de la mano para sacarla de allí. Celia recorrió sin rechistar varios pasillos hasta que Álvaro, por fin, miró hacia un lado y otro, abrió de un empujón la puerta de un cuarto lencero, tiró de ella y la arrastró dentro. Un segundo después la tenía acorralada y a oscuras.

A tientas, Celia buscó el interruptor y encendió la luz, porque quería ver y tocar a la vez, nada de sexo a oscuras. Apenas podía moverse, a su espalda tenía un mueble que le llegaba hasta la cintura, y por delante el cuerpo de Álvaro, férreo como una viga. Él apoyó las manos a ambos costados de ella, dejándola completamente encerrada entre sus brazos.

— ¿No vas a apartarme esta vez? —tanteó depositando un reguero de besos por toda la curva del hombro.

Celia negó despacio y cerró los ojos. Echaba tanto de menos esas caricias. Era absolutamente vulnerable. No quería negarse a sí misma el placer que su cuerpo le pedía con tanto anhelo.

— ¿Quieres que siga? —dijo bajándole los tirantes.

— Mi cabeza dice que debemos respetarnos.

— ¿Te he faltado alguna vez al respeto? —murmuró abarcándole los pechos con ambas manos—. Porque no es así como yo lo recuerdo. Yo cierro los ojos y solo veo a una mujer ardiente y entregada.

Deslizó los tirantes del vestido y se deleitó acariciando sus senos perlados de sudor. Bajó la cabeza y atrapó un pezón con la boca, después el otro, que succionó con ganas. Celia le agarró la cabeza y lo apartó con cuidado. Él la miró a los ojos.

— Pero mi cuerpo no dice lo mismo. Siento cosquillas aquí...

Bajó la mano por el vestido, fingiendo un pudor que convertía el recorrido en un espectáculo de alto voltaje. Álvaro la siguió con la mirada hasta que se detuvo entre las piernas. Celia tenía los tobillos cruzados. Se acarició por encima de la tela. Él contempló cómo dibujaba el vértice entre los muslos apretados, como si su sexo fuera una tentación sellada. Le levantó el vestido poco a poco. Detuvo las manos en sus caderas y con un temblor de excitación le mordió el cuello. La broma del *whatsapp* era verdad. No llevaba bragas.

— Chica mala —murmuró con un lametón.

Celia exhaló una risa ahogada. Álvaro no imaginaba que antes de que él se presentase en la discoteca ella había ido al baño a toda prisa, se había quitado la ropa interior y la había tirado a una papelera. Sin olvidarse de eliminar la pintura de labios con una toallita.

— Así te recuerdo siempre —murmuró—. Como una diosa que se crece en mis brazos y me hace morir de deseo.

— Álvaro —gimió acariciándole el pelo.

— Ya sabes lo que me gusta. ¿A qué esperas?

No se hizo de rogar. Bajó las manos, le desbrochó los vaqueros, de un tirón abrió todos los botones de la bragueta y lo acarició como solo ella sabía. Presionó su miembro erecto con la palma, empezó a moverla en un rítmico vaivén y a la vez con los dedos imprimía enloquecedores toques en los testículos. Luego lo envolvió en su mano y la deslizó arriba y abajo, aflojando y aumentando la presión. Cuando sintió que Álvaro exhalaba el aliento en su cuello con un gemido profundo, se detuvo y mimó con la yema del pulgar el glande hinchado y húmedo.

Álvaro la besó en la sien y en la oreja. Acariciándole las caderas subió el vestido hasta la cintura y se presionó contra su pubis. La cogió por el culo, le separó las nalgas y la estimuló con el dedo corazón. La oyó gemir cuando se recreó dibujando círculos en su fruncida zona sensible. Atrapó con la boca el cuello de Celia, justo donde le latía el pulso, y cerró los ojos. Introdujo la yema del dedo recordando cómo la había poseído de ese modo. Él era exigente en la cama y ella se lo había dado absolutamente todo. Infinidad de veces había pegado el pecho a su espalda y, mordiéndole la nuca, había gozado de su grupa sin darle tregua mientras ella gemía pidiéndole más.

Alzó la cabeza y exigió su boca. Celia dominaba como ninguna el arte de besar. Esa vez la quería cara a cara, no quería perderse sus ojos nublados por el deseo, con la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos en el momento del clímax.

La agarró por la cintura y la sentó en el mueble.

— Abre las piernas.

Y ella lo hizo. Se apartó la melena del rostro y dejó que le separara los muslos. Álvaro se agachó y ella se aferró con las manos al borde del tablero. Notó que se abría camino con los dedos y gimió al sentir el calor de su boca. Su lengua era ávida y generosa dándole placer. Cuando la tuvo al borde del clímax, Álvaro se incorporó desoyendo su ronroneo de protesta. Le asió el rostro con ambas manos, enredando los dedos en su pelo, y la besó para que

probara el sabor de su propio deseo insatisfecho.

— ¿Me quieres dentro de ti? —susurró sobre sus labios.

Sus lenguas se enredaron en un juego lento y erótico. Con una mano, Celia le acariciaba el cuello y la nuca, con la otra le desabrochó el cinturón. Álvaro liberó su sexo y ella le abrazó la cintura con las piernas. Ella ahogó un grito al notar la dura embestida y empujó las caderas para acogerlo. Lo deseaba tanto que se quedó sin respiración al sentirlo tan grueso y tan dentro de ella. Álvaro la sujetó con fuerza y acometió una vez tras otra. Celia se abandonó a los espasmos que la sacudían. Él perdió el control con un gruñido grave y prolongado. Los brazos le temblaban cuando se apoyó contra ella. Celia lo abrazó con una fuerza posesiva y le acarició la espalda.

Cuando sosegó la respiración, con las sienes empapadas de sudor, Álvaro le apartó el pelo de la cara y la besó con ternura antes de retirarse de ella.

— No lo estropees con uno de tus comentarios sensatos, te lo suplico —rogó.

No pensaba hacerlo. Celia le dio un último beso muy, pero que muy ardiente. Él le subió con gentileza los tirantes del vestido y dio un paso atrás para abrocharse los pantalones mientras ella bajaba del mueble.

Absorta estaba estirándose el vestido cuando se abrió la puerta por sorpresa. Del susto, Celia bajó del mueble de un salto y se agarró con las uñas al antebrazo de Álvaro. Él la cogió de la mano con afán protector y miró desafiante a la recién llegada. Se trataba de una camarera de piso, una morena de mediana edad que se quedó observándolos con una sonrisa descarada. Álvaro carraspeó y tiró de Celia para sacarla de allí.

— Esto parece una comedia de enredo —murmuró ella en español para que la empleada no la entendiera.

La mujer, que lo oyó mientras abría un armario, no fue capaz de morderse la lengua.

— No pierdes el tiempo, ¿eh, *mijita*? Haces bien, aprovecha antes de que se entere su mujer —comentó, también en español.

Daba a entender que aquello era el típico revolcón entre dos desconocidos cuyas parejas legítimas jugaban a la ruleta o al Black Jack, o quizá aguardaban sin enterarse de nada en sus respectivas habitaciones viendo la televisión por cable. Llevaba años en el hotel y no era la primera vez que se encontraba con escenas furtivas como aquella.

Ya estaban en el pasillo, pero Celia giró en redondo y regresó al cuartito.

— Ese hombre es mi marido, ¿algo que decir? —le soltó a la empleada.

Esta desvió la vista y volvió a sus tareas, ante la expresión furibunda de Celia que, sintiéndose ganadora, se apartó la melena de un manotazo y le dio la espalda.

Álvaro esbozó una sonrisa al verla avanzar pasillo adelante a golpe de tacón y con la cabeza bien alta. Dejó que pasara delante, para poder disfrutar del delicioso contoneo de su culo a cada paso.

Subieron en ascensor. En silencio, Álvaro la acompañó hasta su suite. Antes de que abriera la puerta, se apoyó en la pared y la atrajo por sorpresa para darle un beso de despedida que duró más de la cuenta.

Celia se retiró a su pesar, porque esa vez fue diferente. Acababan de besarse con una ternura muy especial.

— Me ha gustado lo de marido —murmuró Álvaro—. Suena bien.

— Eso una tontería. Los amigos no se casan.

— ¿No?

— No, porque entonces dejan de ser amigos.

— ¿Cómo lo sabes?

Lo único que sabía es que no quería que lo que ellos tenían acabase convirtiéndose en una amistad de esas de hoy te escucho y te aconsejo, y mañana aquí te pillo, aquí te cepillo.

— Hablas bajo los efectos del «momento después».

Y le dio un inofensivo beso en la mejilla para zanjar el asunto. Álvaro enganchó los pulgares en los bolsillos y se marchó sin decir nada más.

Ya en la suite y completamente sola, aún le rondaban por la cabeza aquellas palabras. «Una tontería». Por supuesto que lo era. No entendía entonces por qué tenía tantas ganas de llorar. Todo era culpa suya. Por ser tan débil en cuanto Álvaro la tocaba. Por no haber mandado a paseo el testamento del padrino. Por haberlo embrollado todo con la idea de una boda de mentira. Álvaro también tenía la culpa por avivar la llama. Un fuego latente y antiguo que, tanto ella como él, tenían la certeza de que no se extinguiría por muchos años que pasaran. Dios, qué lío.

A la mente le vino otro culpable: Nico, el maquinador. Estaba jugando con ellos dos como un sádico que se divierte metiendo dos ratoncitos de laboratorio en un laberinto para observar sus desorientados movimientos de brazos cruzados. Vacío el bolso sobre la cama y buscó su móvil en aquel desbarajuste. Mejor enviarle un mensaje, así no tendría oportunidad de colgarle el teléfono. No, de eso nada. Nico iba a escuchar de viva voz lo

estúpida que se sentía gracias a su «Experimento Las Vegas». Pero no en ese momento. Lanzó el móvil sobre la cama, se quitó las sandalias en dos patadas y fue a darse una ducha. ¿No lo decía Escarlata O'Hara? Pues eso mismo, ya pensaría en ello mañana.

CAPÍTULO 11: El desafío

Celia prefirió desayunar en la terraza de la piscina. En ello estaba cuando Álvaro se acercó a su mesa y se sentó sin pedir permiso. Ella se alegró en secreto, porque supuso que había estado buscándola por todo el hotel.

— Me alegro de verte —lo saludó Celia con cara de complicidad.

Pero él notó que miraba por encima de su hombro, como si tratase de averiguar si lo seguía alguien más. Empezaba a cansarse de ese absurdo juego de los celos mitad en broma mitad en serio. Y más después de lo sucedido la noche anterior. Celia era lo bastante lista para entender que no había motivo.

— Te alegras de verme solo.

A pesar de que era cierto, a ella no le gustó la apostilla.

— ¿La bella durmiente aún descansa en sus aposentos? —preguntó con ácida ironía.

Álvaro se encogió de hombros y esquivó ese tema. Lo cierto es que no tenía ni idea de dónde estaba su rubia compañera de viaje y, para ser justo con Celia, tuvo que reconocer que él no habría soportado que ella compartiese suite con otro hombre, por muy inocentes o materialistas que fuesen los motivos.

Mariví debía de poseer cierta capacidad telepática, porque se presentó en ese momento. Mostraba una energía arrolladora ya de buena mañana. Llegó parloteando sola y así estuvo un buen rato.

— Huy, tortitas —dijo señalando el plato de Celia con una mueca de asco—. Con lo que engorda eso. Vigila lo que comes, que a tu edad los kilos se almacenan en el culo y no hay quien los saque de ahí.

«¿A tu edad?» Celia la despedazó con la mirada, e hizo un repaso concienzudo a su rostro de muñeca gracias al bótox. Si no tenía los mismos años que ella, poco le faltaba.

— Cariño, hoy me toca mañana de compras —Álvaro dio su aprobación con un áspero movimiento de cabeza—. Te prometo una sorpresita para esta noche —anunció; y se quedó pensativa con el dedo índice en los labios. Le había cogido gusto al teatro—. Por cierto, Celia, ¿tú sabes cómo se dice aquí en América *sexshop*?

La pregunta no podía ser más estúpida. Celia la miró sin pestañear.

— *I am a big whore*

III —respondió con dulce candidez.

— ¡Gracias! —exclamó con un saltito—. Que no se me olvide: «ayamabijguor», «ayamabijguor»...

Y se marchó hablando sola, tal como había llegado.

— Eres mala —susurró Álvaro.

— No soy mala, es que me han dibujado así —replicó emulando a la pelirroja más explosiva de la historia del cine, después de Rita Hayworth.

Y lo desafió alzando las cejas. Álvaro comprendió al instante, y con expresión traviesa reconoció su pertenencia al Club de los Malvados, puesto que no abrió la boca para desdecir a Celia y sacar a Mariví de su error.

— Ya que hablamos de dibujos —comentó él sin remordimiento alguno—, me gustaría ver en qué trabajas ahora.

— ¿De verdad te gustaría? —dijo antes de meterse un pedazo de tortita en la boca.

— Celia, me duele que preguntes eso a estas alturas.

Como solía pasarle, fue víctima de la falta de fe en sí misma. Odiaba sentirse aplastada bajo el peso de la inseguridad y decidió cambiar de tema.

— Por lo que pasó anoche, no tienes que preocuparte —aseguró casi en un susurro, para que nadie además de Álvaro escuchase lo que iba a decir—. Nunca lo he hecho sin preservativo.

— Yo tampoco, solo contigo.

Con un último sorbo de café, dio por finalizado su desayuno.

— Y tomo anticonceptivos —añadió pasándose la servilleta por los labios; él frunció el ceño—. Tengo un ciclo muy irregular, desde hace un año más o menos.

— Eso es culpa del estrés. Estás nerviosa y crispada. Acuérdate de lo que te pasaba cuando llegaba la época de exámenes.

— Sí, puede que sea por eso —aceptó.

Le incomodaba un poco que Álvaro recordase tantas intimidades suyas. Claro, que ella también podía describir al dedillo el trazado de la cicatriz que decoraba la parte superior de su vello íntimo, recuerdo de la extracción del apéndice. Y el modo en que se le erizaba la piel cuando le mordisqueaba cerca del ombligo...

— Lo importante es que no tienes que preocuparte por un posible embarazo —dijo para alejar esos pensamientos.

— ¿A ti te preocuparía?

— Me daría un poco de miedo —confesó—. ¿Te das cuenta? En todos los años que nos conocemos, es la primera vez que hablamos de hijos. ¿Nunca te has planteado la idea de ser padre?

— Alguna vez. Pero lo veo muy lejano.

— ¿Por qué? Siempre te han gustado los niños.

Álvaro le tomó la mano y se dedicó a acariciarle la palma con el pulgar.

— Tener hijos no es una decisión que pueda tomarse sin más —explicó mirando las líneas de su mano—. Requiere un compromiso serio a largo plazo y para eso hay que encontrar a la mujer que te motive a dar ese paso.

— ¿Qué clase de mujer especial es esa? —preguntó con sincera curiosidad aquello sonaba nuevo teniendo en cuenta los años que hacía que se conocían.

— Una que no le tenga miedo a la vida.

A Celia le dolió escuchar aquello. Era absurdo, pero se sintió humillada. Procuró que él no lo notara, pero Álvaro le apretó los dedos y ella supo que era consciente del bajón que acababa de sufrir su autoestima.

— Ven conmigo —decidió él, poniéndose en pie sin soltarle la mano—. Ya es hora de que empecemos a espantar algunos fantasmas.

Dos horas después, Celia se negaba a despegar los párpados por mucho que Álvaro insistía en que abriera los ojos.

Se encontraban sujetos por los arneses que prácticamente los adherían al asiento. Álvaro fue prudente y, de entre todas las espeluznantes atracciones, escogió la de menos impacto. Tampoco quería que Celia se desmayase en pleno bautismo de fuego. De modo que allí estaban, en la montaña rusa situada en lo alto de la torre *Stratosphere*, a trescientos cincuenta metros de altura.

Celia agitaba el pecho con la respiración superficial de una parturienta.

— Cógete a mi mano —pidió Álvaro; ella le apretó tan fuerte que le hacía daño—. Ahora abre los ojos y mírame solo a mí —Celia entreabrió los párpados poco a poco—. No mires a tu alrededor, solo a mí —exigió de nuevo.

— Cuando bajemos de aquí te mato.

— Muy bien, mátame. Pero gracias a mí serás una asesina sin miedo a las alturas.

— No va a funcionar.

Álvaro le dio una palmadita en la mejilla para que reaccionara.

— Mírame —ordenó—. ¿Confías en mí?

— El vértigo es un miedo irracional —recitó de corrido para autoconvencerse.

— ¿Confías en mí?

— ¡Claro que confío en ti!

— ¿Crees que sería capaz de ponerte en peligro? —ella negó con la cabeza—. Quiero oírlo.

— No.

— Con nadie en el mundo estarás más segura que conmigo —Álvaro levantó sus manos unidas—. Cógeme fuerte —ella lo hizo—. Agarrada a mi mano, no has de temerle a nada.

Sin soltarse, Celia llevó la mano de Álvaro hasta sus labios y le dio un beso en los nudillos. Reclinó la cabeza en el asiento y abrió mucho los ojos para no perderse ni una sola sensación.

Funcionó.

Celia se convenció de lo absurdo de temer una caída al vacío cuando no existe peligro de que eso ocurra. Al menos, le ordenó a su cerebro que se acostumbrase a asumir esa obviedad. Bajó de la montaña rusa exultante y orgullosa. Y sin poder dejar de reír, peinó con los dedos a Álvaro, que tenía los pelos como si acabara de meter los dedos en un enchufe. Ella se rehízo la coleta, que también llevaba medio ladeada. Él la estrechó en sus brazos y premió su valentía con un beso de los que no se olvidan.

Pasaron un día maravilloso. Juntos apostaron al Blak Jack y lo perdieron todo. Probaron con las tragaperras y se dedicaron a aplaudir como locos cuando la máquina escupía un puñado de monedas. Cantidad que volvían a perder en los minutos siguientes.

Descansaron en las tumbonas de la piscina, se hicieron aguadillas, comieron en un mexicano y por la tarde recorrieron a pie el Strip admirando los archiconocidos hoteles —algunos espantosos— que se levantan a ambos lados del mítico bulevar. Cansados de caminar, tomaron un taxi para volver al Bellagio, y durante el camino, Celia permaneció abrazada al costado de Álvaro. Hubo muchos besos y muestras de ternura. Y los dos se aferraron a ese sólido vínculo que por muchos años que pasaran siempre los mantendría unidos.

La presencia de Mariví en la puerta del hotel dinamitó de forma

instantánea el buen humor acumulado durante tantas horas entrañables. La chica empezó a lloriquearle a Álvaro porque le hacían daño los zapatos, porque tenía jaqueca, porque no encontró la tienda de ropa que buscaba y por incontables de nimiedades del mismo estilo. Él sintió lástima de sus pucheros de niña mimada, le cogió la bolsa que llevaba en la mano y se la entregó a Celia sin mirarla siquiera. Tomó a Mariví de las dos manos e intentó consolarla con palabras amables.

Celia se sintió abandonada como un mueble usado que ya no da más de sí. Aún se sintió peor al observar a Mariví monísima como un maniquí de escaparate y ella con sus pantaloncitos multiaventura, zapatillas deportivas y el pelo recogido con un coletero de los chinos. Álvaro seguía dándole coba. Después de una colección de palmaditas en la espalda, Mariví entró en el hotel secándose dos lagrimones.

El teléfono de Álvaro sonó; él atendió la llamada y se despidió de Celia con la mano.

— Eh, pero ¿adónde vas?

— Ahora no puedo —dijo tapando el auricular.

Incrédula, lo vio desaparecer hacia el interior del hotel. Celia sintió cómo crecía la furia en su interior. Y para colmo, aún llevaba en la mano la bolsita de compras de Mariví. ¿Qué se habían creído aquellos dos? ¿Que era su chacha? Escudriñó en el interior de la bolsa y se encontró con un conjunto de lencería sintética de *sexshop* y un bote de pastillas. Leyó el envase, era un tranquilizante y remedio para la jaqueca. Celia tentada estuvo de subir a la suite y lanzarle a Mariví la bolsa de los tesoros, pero lo pensó mejor. Si no se acordaba de las pastillas, no debía de dolerle tanto la cabeza.

Sopesó la bolsa en el aire. Pesaba demasiado, así que continuó hurgando hasta el fondo. Boquiabierta, sacó un dildo verde del tamaño de un pepino. Apretó el botón y el monstruo cobró vida propia.

— ¡Caray con Mariví! —exclamó, contemplando el artefacto con aprensión.

Los ocupantes de un coche que pasaba debieron de escucharla hablar en español, porque un chico con cresta de mohicano sacó medio cuerpo por la ventanilla del copiloto. El coche aminoró la marcha.

— ¡Hey!.... Chicaaa guapa... Espaniaaa fiesssssstaaaaa,... Ole, paeella, Ibisaaa....—gritaba el de la cresta sin quitar ojo al vibrador que Celia llevaba en la mano—. Mi y tú, chicaaaa... Yo quierooooo mojar el churroooo...

Ella lo miró echando fuego por los ojos mientras el coche se alejaba

avenida abajo. Dio una patada en el suelo y maldijo su suerte. Álvaro la dejaba abandonada y como pretendientes primero le salía el casado de Indiana, y después aquel simio parlante. ¿Esos eran los aspirantes a marido que le caían del cielo? Alzó la cara hacia las nubes, enfurecida con toda la corte celestial.

— Pero ¿en qué estáis pensando ahí arriba? —vociferó blandiendo el pene mecánico—. ¿Es que no me merezco algo mejor?

Al subir a la suite las cosas no mejoraron, todo lo contrario. En la misma puerta estaba esperándola Jack. A Celia se le erizó el vello de la nuca cuando lo vio con una maleta y el maletín de un portátil.

— Hola, *honey* —la saludó apoyado en la pared—. Aquí me tienes, soy todo tuyo.

— Oye, oye...

— Necesito ayuda —soltó sin arredrarse—. Y para eso estamos los amigos.

— Jack, no quiero ofenderte, pero tú y yo no somos lo que se dice amigos.

— Nos vamos a casar —le recordó con una mirada penetrante—. Prometidos, pues.

— Socios —matizó Celia sacando la tarjeta electrónica para abrir la puerta.

Él se rascó la nuca.

— Estoy en un apuro, querida —confesó con gesto abatido—. Mi empresa nos asigna un límite para dietas, habitación,... En fin, ya sabes. Y, ¿cómo lo diría? —meditó chasqueando la lengua—. He agotado mi saldo.

— Te has jugado ese dinero en el casino.

— Sí.

— Pues paga la habitación de tu bolsillo o vete a un hotel barato.

— ¡No puedo! ¿Y si llega a oídos de mi esposa? —razonó suplicante—. Hazlo por ella y por mis tres niños.

— Jack, no...

— Yo me caso contigo y tú me dejas ser tu invitado durante dos días — propuso juntando las manos a modo de súplica —. Dos cortos e insignificantes días.

Celia se ablandó, a fin de cuentas él era su pasaporte para hacerse con la herencia. Iba a decirle que sí, cuando el de Indiana remató la jugada del peor

modo posible.

— Además —dejó caer enseñándole su Blackberry—, yo creo que me lo debes. O a lo mejor me da por enseñarle esto a alguien.

Pulsó un botón y Celia se escuchó a sí misma proponerle una boda amañada. Hizo amago de quitársela, pero él fue más rápido y la levantó en el aire.

— Esto invalida un matrimonio, ¿a que sí? Yo creo que hasta lo convierte en una estafa.

Celia abrió la puerta. Estaba asustada. Trató de convencerse de lo absurdo de la situación. Jack no parecía un hombre peligroso. Solo iba a estar dos días más en Las Vegas y no volvería a verlo en la vida. Pero aquella especie de chantaje la inquietó.

Urdió una venganza, si consiguiese arrebatarle la Blackberry podría borrar la grabación y averiguar el número de teléfono de su mujer. Con esa información en su poder, lo tendría comiendo de la mano y callado para siempre por miedo a que su esposa se enterase de sus aventuras durante los viajes de negocios.

Para poder acceder al dichoso teléfono era preciso tenerlo cerca. Lo intentaría cuando él se metiese en la ducha.

Jack aprovechó que estaba distraída para coger sus trastos a todo correr, y entró detrás de ella. Dejó el maletín del portátil en el suelo junto a la maleta. Antes de guardar la Blackberry que aún llevaba en la mano, se la mostró por segunda vez.

— Una maravilla técnica, ¿no te parece? —dijo él, orgullo profesional.

— Yo soy más de Apple.

Con secreta crueldad, lo vio llevarse la mano al pecho como si acabase de recibir un disparo en pleno corazón. Y no estaba bromeando, el muy simple. Dejó el bolso sobre una consola y giró en redondo para quedar cara a cara con Jack.

— Dos días. Y nadie debe saberlo —exigió.

— Nadie, lo juro —dijo tumbándose en la cama con los brazos bajo la cabeza—. Qué espléndido, es todo tan lujoso —afirmó admirando cuanto veía a su alrededor—. ¿Sabes que Paris Hilton dice que el Bellagio es el mejor hotel del mundo?

— Si ella lo dice... —rumió, no le gustaba nada verlo tan cómodo en su cama.

— Llamándose Hilton, algo debe entender de hoteles. ¿No te parece? —

argumentó—. Humm... solo hay una cama. Dormiremos juntos.

— Dormiremos —puntualizó—, tú lo has dicho.

— ¿Y la noche de bodas?

Ella se colocó la melena detrás de las orejas con un carraspeo. Empezaba a sentirse como un conejillo en la boca del lobo.

— Tú tranquilo que todo llega.

— ¿No podemos celebrarla por adelantado?

— Ayayay, eso sí que no —dijo llevándose las manos a la barriga con cara de molestia—. Tengo ese problemilla que nos pasa a las mujeres todos los meses.

La mentiría obró el efecto esperado, porque Jack torció la boca con asco.

— No tengo prisa —se apresuró a decir.

Celia por fin respiró algo más tranquila.

— Tengo una idea, bajemos a recepción y pediré una segunda llave para ti.

Jack saltó de la cama muy contento.

— Estupendo, si te encuentras mal, date un baño y descansa —decidió—. ¿Te importa que salga esta noche a divertirme un rato?

Celia cogió su bolso y abrió la puerta de la suite indicándole a Jack que la siguiera.

— En absoluto —dijo fingiéndose una mujercita comprensiva—. No importa lo tarde que llegues. Tú no me despiertes.

Y se dirigió al ascensor con una idea bailándole en la cabeza. ¡Las pastillas de Mariví! En cuanto pudiese, llamaría a Susana. Ella sabría cuántas píldoras bastan para dormir a un hombre sin matarlo en el intento.

CAPÍTULO 12: Aires de cambio

Nico detuvo el coche en la linde de la finca. Antes de eso, había pasado por casa del abuelo Cele. Este le entregó una antigua llave de cañón que parecía pensada para abrir un castillo y se empeñó en acompañarlo hasta el viñedo. De paso, aprovechó para explicarle el hallazgo del mosaico romano.

Ambos se apearon del coche. Acababa de caer una de esas tormentas de agosto tan intensas como breves, que rompen el cielo unos minutos y dejan la tierra húmeda y fragante.

— No te preocupes por mí —dijo Cele, al tiempo que prendía un pitillo—. Volveré dando un paseo. Me gusta el campo recién llovido.

Nico asintió respirando el olor de la arcilla húmeda. A lo lejos, unas mujeres seguidas de un grupo de niños buscaban caracoles en las matas de hinojo del borde del camino. Sin querer, esbozó una sonrisa de añoranza, al verse a sí mismo durante muchos veranos de su infancia. No había mejor diversión cuando cesaba la lluvia.

— Esta tierra te atrapa —comentó Cele—. Qué pena da verlo todo más yermo cada día que pasa. Pero ya se sabe, la gente joven prefiere un trabajo de ciudad.

— El campo es muy esclavo —alegó Nico.

— A mí me lo vas a contar.

— Pero este paisaje tiene algo mágico —reconoció casi para sí—. No sé, está tan vivo que es imposible borrarlo de la memoria y siempre te obliga a volver.

Durante un rato, contemplaron en silencio las hileras de viñas que parecía extenderse sin fin.

— Ahí la tienes —señaló el anciano, exhalando el humo del tabaco—. La herencia de la discordia —cabeceó decepcionado—. ¿Sabes que hace por lo menos cuatro años que no se produce una gota de vino?

— Sí, eso he oído —afirmó Nico—. Pero ¿qué se hizo con la uva?

— Don José María fue vendiéndola año tras año. A pesar de tener la viña medio abandonada, las cosechas fueron excelentes.

Nico pensó en la vida que ofrecía esa tierra agreste y orgullosa cuyos pobladores mantenían viva desde hacía milenios la cultura del vino. Un día a día sacrificado de recompensas inciertas, siempre con la vista en el cielo y el

temor a la tiranía voluble del clima. Comparada con la suya, aquella era una vida dura y nada glamurosa, pero posiblemente mejor.

— Qué lástima —continuó el anciano—. Ahora, con los del mosaico y las tinajas romanas, esto podría llenarse de turistas. Y para devolverle el lustre a la bodega solo haría falta alguien dispuesto a trabajarla con ganas.

— Y un buen enólogo —añadió Nico en voz baja.

Cele lo miró de reojo y decidió que había llegado el momento de callar. Porque en secreto sabía cosas de Nicolás que él ni sospechaba. Y de su expresión atormentada dedujo que acababa de meter el dedo en la llaga.

Al llegar a la casa, Nico lamentó el estado de abandono que se respiraba allí. Las malas hierbas le llegaban a la altura de la rodilla. El edificio se veía en buen estado, pero su aspecto denotaba que había conocido tiempos mejores. Cualquier paisajista haría maravillas allí. Bastaría una rueda de molino rodeada de flores, macizos de rocalla y un par de tinajones con gitanillas de todos los colores. En cuanto a la casa, solo haría falta enjalbegarla de blanco esplendoroso y podar la buganvilla. El zócalo de piedra le daba un aspecto espléndido, pero saltaba a la vista que nadie se había preocupado de darle lustre en muchos años. Era una lástima que en las ventanas de forja no asomasen macetas con geranios y fucsias, cuando en Tarabán las plantas florecían por castigo.

Nico lamentó que un lugar con tantas posibilidades estuviese tan desaprovechado. No usó la llave grande. La gran entrada en arco solo se abría de par en par para la fiesta de la vendimia y en ocasiones señaladas. Del mismo llavero pendía otra, de las modernas, con la que abrió una de las puertas gemelas practicadas en una y otra hoja del portalón. Esperaba oír un chirrido de goznes como si entrara en el castillo de Drácula, pero no; en medio de tanta desidia alguien se había ocupado de lubricar las bisagras.

Ya en la entrada, escuchó música. Fue directo a la sala, bastante intrigado.

— ¿Y tú quién eres? —le espetó al chico que descansaba repantigado en un sillón con un ordenador portátil en las rodillas.

A este no pareció sorprenderle ni la presencia del recién llegado ni la pregunta.

— Rafael Nuño, el hijo de Tomás el del mesón. No sé si se acuerda de mí —respondió sin dejar de teclear ni apartar la vista de la pantalla.

Nico recordó. Ya era un hombre hecho y derecho, pero el rostro era

mismo que el de aquel chavalín que jugaba al fútbol en la plaza.

— Sepa que estoy aquí porque me lo ha pedido la Guardia Civil — añadió—. El brigada jefe piensa hablar con usted. Él se lo explicará todo.

— ¿Conmigo?

— Digo yo, ¿no es usted uno de los dueños? —inquirió mirándolo de arriba abajo.

— Pues no —contradijo—. Y olvídate del *usted* de una vez, ¿vale?

— Vale.

El chico cerró el portátil y lo dejó sobre una mesilla baja.

— Supongo que tendrás algo fresco de beber, me muero de sed.

— No sé, algo debe de quedar en la nevera.

Nico salió al pasillo y fue hasta la cocina. Abrió el frigorífico. Su interior era pura desolación: cuatro latas de cerveza, una Fanta, dos yogures caducados y medio limón podrido. Se horrorizó al ver encima del banco de mármol una lata de atún vacía que, según todos los indicios, el chico se había comido a cucharadas.

Cogió una cerveza de la nevera y, de regreso al comedor, tomó nota mental de comprar provisiones, dado que su «invitado» no era precisamente un gourmet.

— Pues eso, que estoy aquí en misión de vigilancia —le explicó Rafa.

Evitó mencionar que su estancia en la Casa Grande tenía otra finalidad mucho menos *legal*, pero se dijo: «Ojos que no ven...».

— ¿Y se puede saber qué vigilas? —preguntó Nico señalando en redondo—. ¿Estos cuatro muebles viejos?

— Ah, es que aún no te has enterado del asunto del mosaico.

— Algo me ha contado Cele, pero muy por encima. Mira, como he venido con la idea de comer en el mesón, me acompañas y me lo explicas con calma —decidió—. Así vas poniéndome al día.

— Como quieras, le diré a mi madre que nos haga algo especial. Invito yo.

— Quieres decir que invita tu padre —matizó Nico.

— Más o menos —aceptó estirando los brazos por encima de la cabeza—. Pero que quede claro que yo soy un mandado. El brigada Parrondo me pidió un favor y por eso instalé aquí mi cuartel general.

— Picadero —tradujo Nico.

— Esa es la idea —añadió con una risilla chusca.

Nico paseó la vista a su alrededor familiarizándose de nuevo con aquella

decoración tan rancia. Luego miró directamente a Rafa.

— En pocas palabras, que tengo un *okupa*.

El chico sonrió de oreja a oreja.

— Técnicamente, sí.

Llevaban ya cinco días compartiendo casa y tanto Rafa como Nico se habían acostumbrado a la presencia del otro. Lo cierto es que, pese a la diferencia casi generacional que había entre ambos, se llevaban de maravilla.

Era la fiesta de san Roque y había verbena. Rafa se preparaba para triunfar esa noche. Entre tanto, iba contándole a Nico su desventurada vida como becario. Hacía un año que se había licenciado en Ingeniería Agrícola y desde entonces trabajaba en Zaragoza, en condiciones vergonzantes, para una asociación agraria de ámbito provincial.

— Así que cuando el tío me dijo lo que iba a cobrar, yo le dije: «Oiga, la beca me da para el alquiler y poco más. En mi casa llevan toda la vida apretándose el cinturón para costearme los estudios. ¿Usted cree que a estas alturas puedo seguir pidiendo dinero a mi padre para salir de fiesta?» — recordó mientras rebuscaba en el armario—. Y, ¿a qué no sabes qué me contestó?

— Que no salgas de fiesta —adivinó Nico, que lo escuchaba apoyado en el quicio de la puerta.

— No, peor —le contradijo Rafa—. Me soltó un discurso diciéndome que ya podía estar agradecido de tener trabajo, ya ves tú, *trabajo* —remarcó indignado—; y que gracias a él iba a adquirir una experiencia y un currículum que ya quisieran otros...

Hizo una pausa y miró fijamente a Nico.

— Oye, ¿se gana mucho en la tele?

— Y dale con la tele.

— Es igual —aceptó—. Estoy condenado a hacer más horas que un reloj, encargarme de un proyecto tras otro y firmarlos que para eso estoy colegiado... ¡Ojo! Sin olvidarme de medir todos los campos de la provincia por cuatrocientos treinta euros al mes. Y aún tendré que besar el suelo que pisa ese latiguero cabrón —rumió con rabia—. Con lo que me habría gustado a mí trabajar en esta bodega, menudo reto. El que herede todo esto se lleva una joya.

— ¿Lo dices por el mosaico? —preguntó Nico, intrigado.

Rafa lo miró muy serio.

— No. Bueno, también. Pero el valor de la finca reside en la viña. La calidad de la tierra y las cepas son un tesoro.

Y continuó glosando las bondades de la uva garnacha y tempranillo, pero hizo hincapié en la excelencia de la *Chardonnay*, la *Sauvignon blanc* y otras variedades oriundas de los pagos bordeleses y que Nico conocía de oídas, dado que la bodega del restaurante la dejaba a cargo de su segundo de sala, que ejercía también de *sumiller*.

— ¿Tú crees?

A Nico le sorprendió el convencimiento con el que relataba sus ideas acerca de aquella finca, que ni era suya ni lo sería. En las palabras de Rafa había pasión, algo que él solo concebía en oficios creativos como el suyo. Entendió entonces la grandeza de la labor agrícola, tan esclava y desagradecida, porque el fin último de un viticultor era el mismo que el de todo músico, chef o escultor. Crear algo genuino, capaz de provocar sensaciones; en tal caso esa obra consistía en un vino de calidad.

Lo escuchó con interés mientras le explicaba un proyecto de aumentar el número de cepas de *Pinot noir*, además de la sustitución paulatina de las más viejas, unas cuantas hileras cada año, por cepas de *Syrah*, variedad preciada y resistente que combinada con la garnacha aportaría frescura a los tintos. Aunque insistió en que la singularidad de un vino estaba íntimamente ligada al territorio en que crecía la vid. Era la tierra la que confería a los caldos un paladar característico y único, ayudada del sol y de la lluvia e incluso del viento que sacudía los pámpanos.

— Lo que llaman *le terroir* —comentó Nico, con un deje amargo al recordar al hombre de cuya boca lo había escuchado.

— Exacto. Ni un enólogo lo habría dicho mejor —lo alabó con cierta sorpresa.

Nico desvió la mirada y guardó silencio. Mejor no remover los recuerdos que todavía le hacían daño.

Rafa continuó, con la seguridad de quien cree en lo que dice, explicándole un futuro imaginario pero posible cuyo objetivo sería una producción limitada y exquisita de Vinos de Pago, singular denominación de origen que hasta la fecha no poseía ninguna bodega aragonesa.

— Me dejas impresionado, la verdad.

— «No conozco nada más serio en la tierra que el cultivo de la vid» —sentenció—. No lo digo yo, lo dijo Voltaire.

— Sí que da de sí la Wikipedia.

— Lo aprendí de un gran profesor, en la facultad —aclaró para zanjar la broma.

— Ah.

Nico comprendió lo inoportuno de su salida chistosa.

— Sé de qué hablo —reiteró Rafa con la fe de un profesional—. Pero ¿qué más da ya? El dueño, por desgracia, está muerto, y el que venga no sabrá apreciarlo —reconoció con impotencia—. Bueno, vamos a dejarlo, que a fin de cuentas esta viña no es cosa mía y, además, hoy toca fiesta.

— Te refieres a la del baile y a la de después, supongo —añadió Nico; el chico rio como un depredador—. Cuidado con lo que te pones. Si quieres marcarte un tanto, la ropa es un arma importante.

— ¿Ah, sí? Pues no había caído.

— Usa el lenguaje de las camisetas como reclamo. Que sepan de ti por lo que llevas puesto. Mírame a mí.

El chico se quedó observando la camiseta azul marino de Nico. Luego alzó la vista y lo miró con cara de no entender absolutamente nada.

— ¿SUGUS PIÑA?

— Pues claro. El único diferente, el que esconde una sorpresa que dice «cómeme» en ese envoltorio azul marino tan serio —le explicó.

— ¿Como un jeroglífico? —aventuró Rafa, empezando a entender el juego de significados ocultos.

— Más o menos.

Rafa escogió una prenda de un cajón abierto.

— ¿Qué te parece esta? —tanteó, enseñándole una camiseta extendida en la que se veía un muñeco con gorro azul y, sobre este, I LOVE POCOYO.

— ¿No tienes nada más *friki*? —preguntó Nico, frunciendo el ceño.

— ¿Pero qué dices? —exclamó sorprendidísimo—. Si a las tías les va el rollo maternal. Se ponen como locas. ¿No conoces el truco de añadir a la colonia un chorro de esa para bebés? Yo mezclo Brumel con Nenuco, mitad y mitad.

— Con esa peste fijo que las espantas. ¿Y quién te ha dicho esa tontería?

Rafa señaló de nuevo la camiseta y preguntó con un gesto. Nico negó tajante con la cabeza.

— Lo leí en *Cosmopolitan* —dijo, lanzando la prenda al fondo del armario.

— Eso es muy gay.

— ¿El truco del Nenuco?

— Creerse lo que dice *Cosmo* —aclaró, dándole un golpecillo en el hombro—. Venga, saca otra.

Rafa así lo hizo y le mostró otra camiseta. NO TE ASUSTES KE TE KABE. Y debajo del letrero, un pene sonriente.

Nico puso los ojos en blanco.

— Te van a partir la cara, chaval —vaticinó.

— ¿Tampoco? —preguntó, contrariado, como si aquel fuese el mensaje más ingenioso de la historia.

— Tampoco —corroboró—. Pero bueno, ¿tú quieres hacer ruido esta noche o qué?

Rafa lanzó la segunda camiseta sobre la cama y volvió a rebuscar en los cajones.

— ¡Los tambores de Calanda van a sonar cuando me vean con esta!

Y se colocó por encima una tercera camiseta. TRIATLON BENIDORM: EATING, DRINKING, FUCKING.

— En inglés tiene más clase —explicó muy convencido—. Y la mitad no se enterará de lo que pone.

Nico se quedó mirando la camiseta, no hacía falta saber idiomas. Muñequito comiendo... Muñequito bebiendo... Muñequitos fornicando...

— Ésa misma —claudicó, sin ganas de ver más vestuario patético—. ¿Qué tal vamos de ropa interior?

— ¿Me tengo que cambiar también los calzoncillos?

— Por supuesto —aseguró Nico—. Que huela a limpio. A ver, ¿tienes algo original? Unos que las sorprendan y les hagan reír —Rafa negó encogiéndose de hombros—. Espera aquí.

Nico fue a su dormitorio. Un minuto después, volvió y le lanzó a Rafa unos calzoncillos con un dibujo de cómic en la parte delantera.

— Con estos seguro que rompes —concluyó—. No hay nada como el sexo divertido.

Rafa observó el *Mazinger Z* estampado en los calzoncillos.

— ¿Y este quién es?

Nico abrió la boca... Y volvió a cerrarla sin decir nada. De repente se sentía pasado de moda, decrepito y asquerosamente viejo.

No es que Javier Parrondo tuviese ganas de fiesta esa noche. Estaba ansioso como un gato enjaulado. La cosa empezó con un beso de despedida y luego otro y otro y otro hasta que perdieron la cuenta. Después vinieron los

apretujones, las manos por debajo de la ropa... Susana lo hacía arder y, cuando no era él, era ella la que encendía la mecha. Pero ya no tenían edad de jugar al ratón y al gato ni de perderse en callejones oscuros. La cuestión era que, cuando estaban juntos, no podían tener las manos quietas.

Subió por la calle mayor hasta la plaza de la iglesia. La habían engalanado con farolillos de colores y tiras de banderitas. Sobre el escenario, la orquesta Maño Power interpretaba el repertorio de siempre. Salsa, merengue, pop, música *chochi*, pasodoble, bolero y otra vez salsa, merengue...

Javier echó un vistazo general, pero no vio a Susana por allí. En la fachada del mesón, la comisión de fiestas había improvisado un bar. Con las ganancias se cubrían gastos y se pagaba a los músicos. Le sorprendió ver detrás de la barra a Nico, que le hacía señas brazo en alto para que se acercara hasta allí.

A Javier le caía bien Nico. Días atrás habían cenado juntos para poder explicarle con calma la rocambolesca aventura bajo tierra del abuelo Cele y Rafa. Al principio, su actitud hacia el cocinero televisivo fue algo cortante, ya que no le hizo ni pizca de gracia ver tanto besuqueo entre Susana y el recién llegado. Nicolás debió de percatarse, puesto que no tardó ni diez minutos en decirle a las claras que podía estar tranquilo porque, aunque la quería muchísimo, su chica no le interesaba. En realidad, ninguna chica. Javier recibió aquella afirmación con una sonrisa de alivio y desde entonces se trataban como si se conociesen de toda la vida.

Fue hasta el bar improvisado. Detrás de la barra, Rafa, que formaba parte de la comisión de fiestas, llevaba la voz de mando. El guardia saludó al abuelo Cele, que también observaba el baile acodado en el mostrador.

— ¿Te han enganchado para trabajar? —preguntó Javier a Nico, que en ese momento servía un par de vasos altos.

— Me he ofrecido yo —aclaró—. Al menos me entretengo —dijo dejando claro que tampoco tenía ganas de baile.

— ¿Un cubatita? —le ofreció Rafa.

Javier sacó un billete de cinco euros y los dejó sobre el mostrador. El chico se apresuró a meterlo en la caja y a apuntar la consumición en una libreta donde llevaban la cuenta de la recaudación.

— Un gin-tónico —pidió tratando de localizar a Susana con la mirada—. Pero a mí me sacas la Beefeater que tenéis escondida.

Rafa rebuscó junto al fregadero, bastante acojonadillo al verse

descubierto. Tragando saliva, sacó la ginebra de debajo de la barra. Nico y el abuelo se quedaron mirándolo. Javier decidió aclarar la situación.

— Vamos a fingir que no me entero de nada —convino—. Y vamos a fingir también que no sé que, aquí nuestro amigo y sus colegas de la comisión de fiestas, llevan semanas rellenando botellas de marca con bebida de garrafón mediante el método del punzón y el embudo de farmacia.

No había olvidado el montón de botellas vacías arrimadas a la pared de la bodega de don José María y tampoco le costó sumar dos y dos.

— Oiga, que nosotros no...

— Ay, los listos, los listos —intervino el anciano—. Que a nuestro brigada no le han tocado los galones en una rifa.

— Lárgate a bailar un rato, espabilado —mandó Nico—. Más vale que te quites de en medio. Yo me encargo de la barra.

Rafa aceptó el ofrecimiento sin pensárselo dos veces. Nico, Javier y el abuelo lo vieron engancharse a un par de chicas que lucían unas falditas cortísimas. Un minuto después, se contoneaban los tres bien pegados al ritmo de la música; una delante, otra detrás y Rafa en medio.

— ¿Qué baile moderno es ese? —preguntó el abuelo Cele sin dejar de mirar al trío.

— Bachata —respondió Nico, al tiempo que servía ginebra libre de sospechas en un vaso de tubo.

— Pues aquí a eso se le ha llamado toda la vida «restregar la cebolleta» —opinó—. ¡Anda, mira mi nieta! Hay que ver qué guapa está con ese vestido cortico.

Javier giró la cabeza como un resorte en dirección a donde señalaba el abuelo. Susana bailaba en ese momento con un sujeto de camisa muy abierta, oro al cuello y pelo por los hombros; se daba un aire al de en medio de Los Chichos. Javier entornó los ojos porque, en efecto, el vestido era muy corto, y con aquellos tacones las piernas de su chica eran todo un espectáculo.

— Ese que está con ella, ¿no es el de la Caja Rural? —comentó el abuelo.

Javier agarró el vaso e hizo tintinear los cubitos de hielo sin quitarle ojo a Susana ni al de los oros. Vuelta va, vuelta viene, mano aquí... De un golpe se bebió la mitad del vaso.

La ginebra a palo seco le abrasó la garganta.

— Pero hombre, ¿espera a que te eche la tónica! —dijo Nico, viéndolo toser—. Dame; anda que...

El abuelo decidió echar más leña al fuego.

— ¿Vas a dejar que te la quiten en tus mismas narices? —le espetó.

Antes de que terminara la frase, Javier ya se abría camino entre la gente. Se plantó delante de Susana, e ignorando al banquero rumbero, la agarró por la cintura justo cuando la orquesta se arrancaba con una lenta de Sabina. Ella se aferró a su espalda y se dejó llevar muy pegada a él.

— ¿Dónde has aprendido a bailar tan bien? —preguntó mirándolo a los ojos.

— Por ahí.

— Con unas y con otras.

— Igual que tú con unos y con otros —contraatacó—. ¿O vas a decirme que aprendiste practicando delante de un espejo?

Ella echó la cabeza atrás y pestañeó con una sonrisa perezosa.

— Dicen que los hombres que bailan bien son dinamita en la cama — comentó con una risita—. Porque saben llevar el ritmo como nadie.

Javier le acarició la frente con los labios.

— ¿Cuánto has bebido, ojos de gata? —preguntó, en alusión a la estrofa que sonaba en ese momento.

— Solo un vodka con limón —confesó. Javier maldijo la bebida de garrafa y sus inesperados efectos—. Pero me encuentro perfectamente —lo tranquilizó—. Sé muy bien dónde estoy y con quién quiero...

No pudo terminar porque él se apoderó de su boca. Un largo minuto después, rompió el beso y la pegó aún más a su cuerpo.

— Nos están mirando —susurró Susana.

— Que miren.

— Pues eso, que miren.

Entrelazó los dedos detrás de su nuca. Lo obligó a bajar la cabeza y con la punta de la lengua inició un jugueteo erótico sobre sus labios antes de abrirse paso. Susana lo sorprendió con un beso que fue pólvora pura.

Cuando se separaron, Javier tenía la carne de gallina. Respiró hondo y la cogió de la mano.

— Vámonos de aquí —murmuró—. ¡Ya!

Desde la barra, Nico vio alejarse a la pareja. Javier, a zancada limpia, tiraba de Susana cuesta abajo, que lo seguía haciendo equilibrios con aquellas sandalias de tacón, por la calle Mayor.

El abuelo Cele, en cambio, lo observaba a él. Sabía secretos que Nico ni

siquiera sospechaba y por eso intuía la causa de su gesto pensativo.

— Pero ¿se puede saber a qué viene esa cara? —preguntó, a pesar de todo.

Nico negó con la cabeza y suspiró con la mirada perdida en un punto lejano.

— Estoy cansado de todo, de todos... De la vida en general.

— ¡Cansado de la vida a tu edad! ¿Cuántos años tienes? Treinta y tres como mi Celia, ¿no? Pues pronto empiezas.

Nico se encogió de hombros.

— Tú lo que necesitas son unas buenas vacaciones —decidió el anciano.

— A eso he venido.

— Me refiero a unas vacaciones de verdad —dijo, cavilando una idea—. Vamos a ver, ¿tú llegaste a conocer a un pariente mío que vino de la Argentina hace unos años, nieto de un primo de mi padre que emigró a Buenos Aires allá por los años veinte?

— Pues no, la verdad —respondió Nico, sin saber dónde quería ir a parar.

El abuelo carraspeó y, con mucha discreción, evitó mencionar que el argentino se presentó en el pueblo con unos pantalones lila y oliendo a perfume de mujer.

— Pues trabaja de recepcionista en un hotel de los buenos, en la playa —comentó, tomando sin permiso la libreta del mostrador para anotar una dirección y un nombre—. Ahí es donde tienes que marcharte de vacaciones.

Arrancó la hoja y se la tendió a Nico, que leyó las señas con una mueca escéptica.

— ¿Y qué voy a hacer allí solo?

— ¿Y qué piensas hacer aquí solo? Hazme caso, que soy más viejo que tú —dijo dándole un par de palmaditas en el antebrazo—. Anda, vete a casa y haz las maletas. Y tranquilo, que de la barra ya me encargo yo.

El abuelo estaba convencido de que el cambio de aires mejoraría el sombrío estado de ánimo del muchacho. Se veía a las claras que el ambiente festivo del pueblo lo ponía aún más melancólico.

— Muy bien —aceptó Nico, saliendo de detrás del mostrador mientras Cele entraba para ocupar su puesto—. Pero cuidado con la caja.

La advertencia hizo reír al abuelo.

— Así se hacen los millones, vigilando el cajón —dijo guiñándole un ojo—. ¡Cómo conoces el negocio, Nicolás!

Este elevó la comisura de la boca, como quien sabe que se merece el cumplido, y se marchó con las manos en los bolsillos.

Una vez solo, Cele centró toda su atención en una madurita de exuberante pechuga que bebía a sorbitos en una esquina de la barra. Se acodó en el mostrador y decidió matar el rato dándole palique.

— ¿Qué, maña, está buena *la cubata*?

Media hora después, como no tenía edad ni ganas de trasnochar tanto, Cele dejó el bar a cargo de los fiesteros y se marchó a su casa.

Calculó que la verbena, como era costumbre, acabaría más tarde de la hora convenida. Miró el reloj. Susana aún tardaría en llegar; él también había sido mozo y sabía lo que era escaparse de un baile. Además, estaba con el jefe de los guardias. No podía pasarle nada malo.

Se alegró de estar solo, lo prefería para llevar a cabo la tarea que tenía en mente. Fue hasta su dormitorio y extrajo del primer cajón de la cómoda un pliego de cuartillas holandesas de los de antes y un sobre algo amarillento. Objetos de otra época, ahora que la costumbre de escribir cartas a mano se había relegado al olvido.

Regresó al comedor pensando en qué decir. Esa noche más que nunca necesitaba encontrar las palabras adecuadas.

Se sentó a la mesa. Mientras meditaba sobre los hechos que solo él conocía, sacó el bolígrafo Parker, regalo de su nieta mayor, que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa junto al paquete de tabaco.

Tuvo una pizca de remordimiento. No estaba bien hurgar en cajones ajenos y mucho menos abrir la correspondencia dirigida a otra persona. Pero de no haber escudriñado en el escritorio del difunto primo José María... ¡Qué caramba! Tenía la conciencia muy tranquila; hizo bien leyendo aquel montoncillo de cartas que encontró en el fondo del cajón.

Alisó una holandesa rayada y, con esmero, comenzó a redactar.

Estimado Maxim:

Y permítame el atrevimiento, aunque no nos conocemos. Escribo con la esperanza de que esta carta llegue a sus manos y confío en que sepa disculpar la torpe letra de un viejo de pueblo...

Cuando concluyó la rúbrica, pensó en su primo el ricachón. De los muchos errores que cometió en vida, el peor sin duda alguna fue pretender

dirigir a su antojo la vida de los demás. Por culpa suya, Nicolás nunca recibió aquellas cartas que el tirano de su padrino se empeñó en esconderle. Una intromisión cuya consecuencia era la infelicidad del muchacho.

— No, no tenías razón, José María —dijo en voz alta al tiempo que negaba con la cabeza.

Nadie está en el derecho a encarrilar el destino de otra persona ni es quién para juzgar sentimientos ni actos ajenos. Mucho menos cuando éstos no hacen daño a nadie. Nicolás era como él quería ser. ¿Era así feliz? ¡Pues bien estaba!

Dobló el papel y lo metió en el sobre, convencido de estar haciendo lo correcto. Ahora su principal preocupación era que Maxim Dupres leyese sin falta esa carta. Decidió que al día siguiente telefonaría a Álvaro a Las Vegas, quizá él pudiera ayudarle.

Mientras pasaba la punta de la lengua por la solapa engomada del sobre, dirigió la vista hacia el aparador y contempló a su mujer, que parecía observar sus movimientos desde el retrato de boda. Qué guapa estaba vestida de novia; de negro riguroso, tal como se estilaba por aquellos años.

— Ya lo ves, Pilar —se excusó señalando el sobre—. Por algo me llamaron Celestino.

A la mañana siguiente, Susana caminaba con paso enérgico camino del cuartel. Al mismo tiempo, iba hablando por teléfono con su hermana Celia.

— En un Nissan Patrol —confesó de corrido—. ¡No te rías!

Al otro lado del Atlántico, a Celia le era imposible contener las carcajadas al saber que su hermanita se dedicaba a practicar sexo salvaje en un vehículo oficial de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado aparcado en una era.

— Pero lo peor no fue eso —añadió Susana—. La bruja cotilla de la Ricarda, la de la carnicería, se asomó al balcón. Vio una luz que se movía y no se le ocurrió otra cosa que llamar al cuartel diciendo que les estaban robando el todoterreno.

— Madre mía.

— Por su culpa, se presentó una pareja de guardiaciviles que nos pillaron con el mechero encendido buscando mi tanga. ¡Que, anda que no nos costó encontrarlo!

— Así que anoche volviste a casa con el tanguita en la mano. ¡Ay, qué guarrilla!

— Y los tacones en la otra para no despertar al abuelo.

— ¿Lo sabe ya?

— A estas horas debe de saberlo todo el pueblo.

Al pasar por el taller, Manolo la saludó según su costumbre.

— ¡Ole las rubias guapas que saben poner inyecciones!

— ¿Eso que he oído...? —preguntó Celia, porque gritó tanto que el piropro se escuchó hasta en Las Vegas—. ¡Estás que rompes, Susana!

— Manolo, el mecánico —aclaró, como si tal cosa—. Es lo que tiene vivir en el pueblo, que te pone la moral por las nubes.

— Aprovecha. A mí no me vendría nada mal una dosis de autoestima.

— Pues ya sabes, vente una temporadita y me voy yo a Las Vegas a ver si se olvidan de lo de anoche —apuntó, volviendo al asunto que le preocupaba—. Ay, Celia, que la gente no debe hablar de otra cosa en los corrillos.

— Tú no te preocupes por eso, que te quiten lo bailado. Y vamos a lo interesante —exigió Celia—. ¿Cómo es él?

— Increíble —suspiró—. Y no solo en el Patrol, ya me entiendes.

— Pues me alegro mucho por ti, cariño.

— ¿Sí? Pues yo no me alegro tanto. ¿Es normal que no haya dado señales de vida? Digo yo que podía haberme llamado esta mañana.

— No se habrá levantado aún, dale tiempo.

— Son las once pasadas —masculló Celia, mirando la hora de reajo.

— Pues llámalo tú.

— No, de eso nada. Ahora mismo estoy en la puerta del cuartel. A mí las cosas cara a cara.

— Tranquila, ¿me oyes? No vayas a decir nada de lo que luego puedas arrepentirte —la aconsejó, pensando en sus propios errores—. Te dejo, Susana, que yo también tengo asuntos que arreglar.

— ¿Con Álvaro?

— Sí, hemos discutido. Y esta vez toda la culpa es mía.

— Ya me contarás. Cuídate. Un beso.

Susana guardó el móvil. Justo cuando cruzaba el umbral de la casa cuartel fue recibida por Chispa, un cachorro de pointer que unos descerebrados lanzaron por la ventanilla de un coche en marcha. Una patrulla la encontró aullando entre las aliagas con una pata dislocada. Desde entonces era la mascota del acuartelamiento.

Antes de que pudiera decir nada, el cabo de guardia en portería le salió

al encuentro con una sonrisa malvada. Por lo visto, allí todo el mundo estaba al tanto del festejo erótico de la era. Susana deseó que se la tragara la tierra. Tras un breve saludo, la acompañó al despacho y anunció su llegada.

Javier estaba sentado ante el escritorio con cara de llevar varias horas trabajando, perfectamente afeitado y de correctísimo uniforme.

Susana dio las gracias al cabo y esperó a que cerrara la puerta. Una vez solos los dos, empezó a hablar a toda velocidad, gesticulando con las manos y formulando preguntas que ella misma se respondía sin darle a Javier la oportunidad de intervenir.

Él se levantó del sillón, rodeó el escritorio y se medio sentó en el tablero. Se cruzó de brazos y la escuchó con mucha paciencia.

— Yo no hago estas cosas, que te quede claro —aseveró ella, muy tajante. Y agitó las manos en el aire como dos molinillos—. Así que tan amigos. Tú por tu lado y yo por el mío. Cuando nos veamos por ahí, «Hola, ¿qué tal?». Por mí puedes estar tranquilo que no vengo a exigirte nada — aclaró. Él no movió ni un músculo—. Bueno, ¿qué?

Javier alargó el brazo para agarrarla de la muñeca y, de un tirón, se la colocó entre las piernas y le abrazó la cintura para impedir que se alejara de él ni un milímetro. Ella lo miró a los ojos.

— ¿No tienes nada que decir?

Él le puso el dedo índice en los labios para hacerla callar.

— Buenos días.

Y le dio un largo beso, el primero de la mañana.

CAPÍTULO 13: Valor y voluntad

Cuando Celia se levantó, Jack aún no había regresado de su noche loca. Y ella se alegró de su ausencia. Se duchó a toda prisa, porque no le apetecía lo más mínimo coincidir con él. Ya vería el momento de solucionar el problema de su voz grabada en la Blackberry.

En menos de un cuarto de hora estaba repiqueteando con los nudillos en la puerta de la suite que Álvaro compartía con Mariví. Después del desencuentro en la entrada del hotel, él intentó contactar con ella, pero Celia se negó a responder a sus llamadas. Por último recibió un mensaje suyo. Un botones le subió una nota manuscrita que decía

El arretrato tonto no te durará toda la vida. Puedo esperar.

Sin firma. Tampoco hacía falta, porque conocía de sobra su caligrafía de trazo enérgico y casi ilegible.

Con once palabras consiguió ponerla en su sitio. Álvaro no necesitó reproches ni discursos correctivos para hacerla avergonzarse de su comportamiento infantil. Él se desvivió por hacerle pasar un día inolvidable y ella se lo agradeció enfurruñándose como una niña mimada en cuanto dejó de ser el centro de atención. Celia no se consideraba especialmente lista, pero sí lo bastante honesta para rectificar y pedir perdón.

Fue Álvaro quien abrió la puerta y la invitó a entrar. Celia habría jurado que la brevísima sonrisa que le regaló a modo de saludo tenía mucho de triunfal, pero no le importó.

— ¿Has desayunado? —preguntó él, yendo hacia dentro.

Celia adivinó que acababa de ducharse, porque tenía el pelo húmedo. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta, pero iba descalzo.

— Esperaba que me invitaras —dijo ella mirando a su alrededor.

— Mariví no está —anunció Álvaro, adivinando a qué venía aquel escrutinio—. Salió temprano. Se iba con alguien a ver ese hotel que parece Venecia por dentro, creo que me dijo.

— Ah, qué bien.

Celia se dedicó a cotillear, ya sin reparos. La suite era más grande que la suya, tenía dos dormitorios gemelos y un salón común con una pared semicircular de cristal que ofrecía unas impresionantes vistas al lago. Imaginó la panorámica en plena noche del espectáculo de luz y sonido con

todas aquellas fuentes danzantes.

Era temprano, las ocho de la mañana. Las dos camas aún se veían deshechas. Eso de le dijo que Álvaro y Mariví no dormían juntos.

— ¿Desayunamos aquí o prefieres que bajemos? —sugirió él sin dejar de teclear en su ordenador.

— Como tú quieras. ¿Tienes mucho trabajo?

— Siempre. Y ahora más —la miró brevemente y giró un poco el portátil para mostrarle la pantalla—. Es una primicia, pero a ti puedo decírtelo. Chocolates Siurana acaba de abrirse un hueco en el mercado americano.

Celia se inclinó y dio un grito de alegría al ver la fotografía de Álvaro en una la portada *online* de un conocidísimo diario estadounidense del mundo de las finanzas. Emocionada, se abrazó a su cuello.

— ¡Enhorabuena!

— Esa era la llamada de ayer y el motivo por el que estuve un día entero desaparecido.

A Celia la vergüenza le resultó insoportable y escondió la cara en su cuello. ¿Cómo podía ser a veces tan egoísta? Era incapaz de ver más allá de su propia frustración. En lugar de celebrarlo con él, brindar por el éxito de Álvaro y compartir su alegría, lo dejó solo. Como amiga le había fallado.

— Perdóname.

— Venga, que no se trata de eso.

— ¡Sí! —insistió—. Desde que salimos de Madrid no he dejado de pensar que Mariví se comporta como una niña caprichosa, cuando yo soy igual o peor.

— La Celia que yo conozco nunca fue así. Confiemos en que se trate de un estado mental transitorio —bromeó dándole una palmada en el culo. Celia entendió que era su manera de olvidar la discusión.

Se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Llevaba años creyendo que Álvaro llevaba una existencia de fiestas continuas como sucesor de una empresa que simplemente debía mantener tal cual recibió de manos de su padre. Y no era así.

— ¿Cómo consigues abarcar tanto trabajo?

— Levantándome todos los días a las seis de la mañana.

Lo dijo con naturalidad, si darse una importancia inmerecida. A la mente de Celia acudieron momentos del pasado. Álvaro siempre estaba ahí. Así se lo dijo, y él no lo negó. La sentó en su muslo y aceptó sin aspavientos ni

achacarse méritos que siempre había sido —y era— el eterno protector. Paño de lágrimas de Nico cuando sufría los altibajos emocionales propios de un genio creativo. El universitario despreocupado que aterrizó en la vida real de la manera más dura y no dudó en ponerse al frente del negocio familiar. El mismo que se sobrepuso sin ayuda de nadie al durísimo golpe de perder a su padre de un modo tan absurdo y repentino. Luego estaba su madre, en apariencia una mujer simpática y vivaz; en el fondo una niña grande que se sentía perdida hasta para abrir una cuenta bancaria, porque el padre de Álvaro fue quien se ocupó siempre de todo, y que ahora reclamaba el apoyo del hijo hasta para descifrar el recibo de la luz.

— Bienvenida a mi vida —dijo para concluir—. No la he escogido, pero es la que tengo. Y soy feliz.

— Te envidio.

— No lo hagas. Si tu vida te disgusta, cámbiala.

El teléfono móvil de Álvaro vibró sobre la mesa. Él la obligó a levantarse de su pierna y respondió a la llamada en inglés, caminando arriba y abajo. Con gestos, Celia le pidió permiso para mirar el sitio web de Chocolates Siurana que aparecía minimizado en la pantalla. Agitando la mano, Álvaro la invitó a que curiosease cuanto quisiera. Celia abrió una página tras otra. Y se llevó los dedos a los labios por la emoción. En una fotografía se veía a Álvaro estrechando la mano de otro hombre con aspecto de ser alguien importante. Celia dedujo que era su despacho de director general; en la pared descubrió un dibujo hecho por ella del balneario de Brighton, que le había regalado muchos años atrás.

Álvaro se guardó el teléfono en el bolsillo y se acercó a ella.

— ¿Creías que lo había roto? —Celia se secó disimuladamente una lágrima; y dio gracias porque, estando a su espalda, Álvaro no pudiera verla—. Ahora ya sabes que mi madre no es la única que tiene fe en tu talento.

— Dos admiradores —bromeó—. No lo creerás, pero ya no me siento tan sola.

Él la obligó a girar la cabeza.

— Eres injusta —la reconvino—. Mucha gente te admira por el don que posees. Tus padres también, aunque no lo creas. Temen por tu futuro porque te quieren.

— Supongo que tienes razón —aceptó algo confusa—. Dicen que nadie entiende a los padres hasta que tiene sus propios hijos —respiró profundamente.

Álvaro percibió que no le apetecía ahondar en ese tema y cambió el rumbo de la conversación.

— Bueno, ¿qué hay de ese desayuno? Me muero de hambre.

— ¿Has terminado ya? —le preguntó Celia mirando su reloj. Había ido allí con un propósito y estaba deseando darle una sorpresa.

— Sí. Y tengo el resto del día entero para ti.

— ¡Gracias, alteza!

— No te burles, bruja malvada —exigió, dándole una patadita en su zapatilla de deporte.

— Vámonos y no perdamos más tiempo —dijo levantándose llena de ánimo—. Necesito un desayuno potente para lo que nos espera después.

— He mirado el mapa y no está muy lejos, yo creo que podemos ir andando —sugirió Celia después de desayunar; aunque se negaba a revelar a Álvaro adónde pensaba llevarlo.

— Ni soñarlo —contradijo—. Aquí es imposible ir a pie a ningún sitio. ¿No has visto la distancia que hay de un hotel a otro? A ojo, quinientos metros como mínimo. Y con este calor sería una locura.

Una llamada desde España llegó justo cuando Álvaro solicitaba en la recepción del hotel que pidiesen un taxi para ellos. Y se trataba de la persona que Celia menos habría imaginado: su abuelo. Ella le contó lo bien que se lo estaba pasando y él la hizo reír con sus recomendaciones. Celia disfrutó muchísimo con sus ocurrencias, feliz de escuchar su voz.

Lo que no esperaba es que, antes de despedirse, el abuelo Cele le pidiese que lo pasara con Álvaro porque necesitaba hablar con él.

Dijo hablar, no saludar. Y eso es lo que despertó una curiosidad en Celia muy parecida a la inquietud. Pero se mordió la lengua y, accediendo a los deseos de su abuelo, le pasó el móvil a Álvaro. Este, tras un primer saludo cordial, se alejó del mostrador. Celia lo observó sin perder detalle. Su cara pasó de la intriga inicial a una expresión seria y atenta.

Desde donde se encontraba no podía escuchar la conversación. Es más, estaba segura de que Álvaro había puesto distancia suficiente con toda intención. O quizá a sugerencia del abuelo.

¿Qué podía llevar a su abuelo a hablar con Álvaro con tanta reserva? La cabeza de Celia hizo unas cuantas suposiciones que de inmediato fueron descartadas. Era absurdo sentirse excluida, quizá fuese algo tocante a la casa familiar de los Siurana que Julia aún mantenía en el pueblo, aunque no la usaba desde hacía años. Algo referente a la contribución urbana, goteras

quizá. ¿Y para eso llamaba a Las Vegas? ¿Tan urgente era el asunto? No, algo mucho más importante se traía su abuelo entre manos. Lo que no entendía era qué podía tener que ver Álvaro en ello.

Cuando este finalizó la llamada, se acercó a ella y le devolvió el teléfono.

— Tu abuelo te envía un beso —dijo sin añadir ni una palabra más.

— Supongo que no ha llamado solo para saludar.

— Me ha hecho un encargo.

Ella mantuvo la boca cerrada. Álvaro se quedó mirándola bastante extrañado.

— ¿Sin preguntas?

A pesar de lo intrigada que estaba, Celia se limitó a sonreír.

— Sin preguntas.

Tomándolo de la mano, tiró de él hacia la puerta del hotel, donde en breve los recogería el taxi para llevarlos al lugar misterioso que ella había escogido. Decidió no darle vueltas a la conversación telefónica y sus pensamientos volaron hacia la aventura que había preparado. Álvaro iba a quedarse mudo de la sorpresa.

La primera regla de la confianza era justo esa: no exigir respuestas.

— Eres una campeona —reconoció Álvaro, casi a voz en grito para hacerse oír bajo el ruido de las aspas.

De la mano, corrieron hasta alejarse del rotor.

Estaba orgulloso de ella. Nunca imaginó que Celia sería capaz de sorprenderlo con una excursión en helicóptero al Gran Cañón, en el vecino estado de Arizona. Desde Las Vegas quedaba a solo tres horas de autocar o bien podrían haber alquilado un coche. Pero ella quiso demostrarse a sí misma que era capaz de subirse a aquel trasto.

— Ni yo misma me lo creo.

— Paso a paso se recorren los caminos más largos —le dijo él, pellizcándole las mejillas.

Ella sonrió satisfecha, aunque intuía que Álvaro debía de tener el brazo lleno de cardenales de los apretujones que le dio durante el vuelo.

— ¿Te ha gustado? —preguntó ilusionada.

— Mucho.

— Menos mal —opinó, con fingida preocupación—. Porque me he gastado en esta locura la paga extra de verano.

El guía los llamó para que se unieran al grupo, y juntos recorrieron la distancia que los separaba de la segunda sorpresa que Celia tenía preparada.

— Aún no has visto lo mejor.

Se encontraban en territorio de una reserva india. Álvaro se quedó atónito cuando se vio ante la entrada del mirador Skywalk. Él ni sabía que existía aquella herradura de dimensiones faraónicas, anclada en el aire a una altura cuatro veces superior a la de la torre Eiffel. Se trataba de una atracción turística gestionada por los propios indios Hualapi.

— Celia, déjalo. No tienes que demostrarme nada —decidió escamado al leer en los paneles explicativos del corredor de acceso que el suelo de la plataforma era de cristal.

— ¡Claro que no tengo que demostrarte nada! Ni a ti ni a nadie — asumió convencida—. Pero si no lo intento me quedará siempre la duda. Dijiste que contigo no tengo nada que temer.

Era cierto. Aunque en ese momento empezaba a arrepentirse de haberlo dicho.

— ¿Estás segura?

— Completamente.

— Mejor que uno de los dos lo esté —farfulló.

Álvaro maldijo para sus adentros. Aquello era una especie de balcón gigante solo apto para valientes. Los obligaron a calzarse unas zapatillas especiales que no rayaban la superficie pisable. Mientras se anudaba los cordones, Álvaro se reprochó a sí mismo su manía ejercer de héroe sin necesidad. Tuvo tiempo incluso de calcular los cambios extremos de temperatura que debía de sufrir el suelo de cristal en aquel desierto. Frío por la noche, sol abrasador de día, una grieta en el vidrio... Mierda, más le valía pensar en otra cosa.

Cuando el nativo de recepción les selló las entradas, Álvaro abrió camino sin bajar la vista ni por asomo hacia el lejanísimo suelo del cañón. Superado el pánico inicial, le tendió la mano a Celia para que se lanzase de una vez. Y ella lo hizo.

— No mires abajo —dijo Álvaro—. Solo a mí.

Por suerte, ese día no había demasiados visitantes, lo que les permitió tomarse el tiempo necesario. Álvaro tiró de ella pasito a pasito hasta el centro de la herradura. Solo entonces se atrevió a mirar hacia abajo. Con la primera ojeada experimentó una angustiosa contracción testicular. Soltó un exabrupto feroz porque le temblaban las rodillas. Hizo un esfuerzo mental y se repitió

cuarenta veces que aquel invento del diablo era seguro. Después empezó a disfrutar de la sensación de estar suspendido en el vacío. A fin de cuentas, allá al fondo no se veían esqueletos de turistas despachurrados.

Ya cómodo con la situación, cogió a Celia por las dos manos. Ella tenía los párpados apretados.

— Baja la vista despacio por la pared de piedra.

Obediente, primero recorrió la profundidad del cañón del río Colorado en vertical; luego, incluso se atrevió a mirar a su alrededor.

— Estoy bien —gimió emocionada.

— Ahora mírame a los ojos. Mírame —la apremió, ella lo hizo—. Baja la mirada por mi cuerpo, poco a poco —la frenó— y observa entre nuestros pies.

Celia bajó la mirada despacito y cuando vio el suelo tan lejos a través del hueco que quedaba entre las cuatro zapatillas gritó aterrorizada. Álvaro aprovechó su aturdimiento para agarrarla por las nalgas y levantarla en el aire. Celia dio un chillido aún más fuerte; por instinto, enroscó las piernas en su cintura y se sujetó con los brazos alrededor de su cuello, con la fuerza de un pulpo.

— Relájate, que vas a partirme en dos —a Celia le entró la risa—. ¿Eso es histeria?

Ella sacudió la cabeza sin dejar de reír. Qué misterios tenía la mente. Solo era capaz de pensar en un mes de agosto en Tarabán, muy lejano en el tiempo. La hermana mayor de Nico escuchaba en su radiocasette, a todas horas, una canción de Mecano que decía algo sobre estar entre el suelo y el cielo.

— Lo has conseguido —murmuró orgulloso de ella.

— Lo hemos conseguido —rectificó—. Juntos.

Y se estremeció de pensar que estaba suspendida en la atmósfera. Lo único que la unía al mundo era el cuerpo de Álvaro. Creyó que el corazón podía rompersele, incapaz de albergar tal cúmulo de emociones.

— Ninguna te besará entre el suelo y el cielo. Nunca en la vida. Solo yo —murmuró sobre sus labios—. Concédeme ese privilegio.

Sus bocas se buscaron con una codicia vibrante que iba más allá de la pasión. Y Celia supo entonces que para ella no existía ninguna persona en el mundo más importante que él.

Fue en el taxi que los llevaba de regreso al Bellagio donde quedaron

claras las intenciones de los dos. En el ascensor, las manos de Álvaro la recorrieron como si quisiesen cerciorarse de que estaba allí de nuevo; su Celia recobrada, la que sonreía a la vida. Tomó su boca y ella le dio la bienvenida. Álvaro preguntó con la mirada y halló la respuesta en sus ojos. Cuando las puertas se abrieron, la levantó en brazos y recorrió el pasillo dejando que ella cubriera su cuello de besos.

La depositó en el suelo para que abriese la suite, a Celia le temblaban las manos. A duras penas encontró la tarjeta; Álvaro se la arrebató y ahogó un gemido al sentir sus deditos juguetones que reptaban por debajo del polo y le acariciaban el estómago. Tres intentos fueron necesarios para abrir la puerta. Justo cuando cedió, ella acababa de desabrocharle el primer botón de los vaqueros.

La levantó en el aire, cerró con el pie y en cuatro zancadas se lanzó con ella en brazos sobre la cama. Con increíble facilidad le quitó la camiseta y el sujetador mientras Celia lo desnudaba a él. La tumbó de espaldas y cuando estuvieron piel contra piel, cubrió su boca con la suya.

Celia lo sintió jadear cuando introdujo la mano en sus calzoncillos y lo acarició como solo ella sabía. Rodaron uno sobre el otro. Cuando lo tuvo vencido boca arriba, hambrienta, lo recorrió entero con besos ardientes. Álvaro se sometió a la exquisita tortura. Cuando le atrapó el sexo con la boca se le aceleró la respiración al sentirse enterrado en aquel nirvana aterciopelado y cálido. La sensación de los labios resbalando arriba y abajo y los toques de locura que le daba con la lengua estuvieron a punto de hacerle perder el control.

A tientas, se liberaron de los pantalones del él y del tanga de Celia, necesitados de la caricia desnuda de del cuerpo del otro. Álvaro la tumbó de espaldas y la cubrió con su cuerpo sujetándole las manos. Atrapó un pecho en su boca con un gruñido. Celia se soltó de su agarre para acariciarle la espalda y se arqueó ofreciéndole un banquete cálido y fragante. Lo tentó con todo el cuerpo, lo atormentó con las manos. Le levantó la cabeza para verle la cara, en los ojos de Álvaro había fuego. Un brillo excitante e hipnótico. Y ella dejó que la consumieran sus llamas. Se rindió al tacto de los dedos sabios y generosos del hombre a que llevaba anhelando toda una vida.

Gozó de la presión de su cuerpo musculoso contra el suyo y lo abrazó enroscándose a él con la misma fiereza urgente con que sus bocas se buscaban. Y se sintió poderosa y femenina porque, en cada gemido de Álvaro, descubría el inmenso placer que ella le daba. Abrió las piernas para

él, entregada y ansiosa por acogerlo todo lo dentro que fuese posible. Y Álvaro la penetró hondo, con dureza. Celia le mordió el hombro cuando él la arrastró hasta la primera cima del éxtasis, disfrutando de su contacto húmedo y caliente, de su sabor. Sollozó uniéndose al ritmo frenético que le marcaba y estalló de placer al mismo tiempo que Álvaro gemía su nombre.

Se sentía laxa y etérea. Cada poco, su cuerpo se contraía con una suave sacudida. Álvaro respiraba calmado con la frente apoyada en el valle de sus senos. Ella lo despeinó con una caricia.

Él levantó la cabeza y la miró con una sonrisa extenuada. Tenía la certeza de que llevaba años buscando a Celia en otras mujeres sin poder hallarla.

— Nadie me ha dado lo que tú me das —murmuró.

— Ya no me conformo con esto, amor.

Celia sonrió al ver su cara de sorpresa.

— ¿Amor?

— Sí —le tomó la cara y le dio en los labios un beso sutil para disipar sus dudas—. No me basta con tu amistad. Por ese motivo te he mantenido a distancia durante tanto tiempo. Quiero más, lo quiero todo.

— Yo no he dejado de quererte ni un solo día.

La entendía más de lo que Celia podía imaginar, porque la necesidad de tenerla a su lado era tan poderosa que lo desazonaba a todas horas. En los primeros tiempos fueron unas ganas intensas de volver a verla, más tarde quería estar todo el tiempo con ella. Le acarició despacio el costado y la atrajo para pegarla completamente a él. Respiró profundamente y hundió el rostro en su cuello. Ya no necesitaba soñar, porque compartirlo todo con ella era el mejor de los sueños.

— Ahora sé que no puedo seguir con esto —murmuró Celia.

Álvaro giró el rostro y le acarició la mejilla con la nariz.

— ¿Qué quieres decir?

— Al cuerno el testamento y la herencia —continuó tapándose los ojos con la mano—. Una vez cometido un error, no se puede borrar y pretender que no ha sucedido. No voy a permitir que el recuerdo de una boda por interés empañe mis recuerdos felices de por vida.

Álvaro le apartó la mano y estudió la angustia que reflejaban sus ojos.

— Nadie podrá reprocharte nada —alegó—. Eres libre de hacerlo.

— Mi corazón nunca será libre.

— Dilo de una vez —susurró.

Celia le acarició la nuca con ambas manos.

— Te amo.

Y se unió a sus labios plena de esperanza. Los sentimientos que hacía veinte años florecieron con la inconsciencia de la juventud, se habían convertido en ese momento de sus vidas en la necesidad de una entrega voluntaria y deseada.

— A ti y solo a ti —repitió Celia, para él y para sí misma.

— No imaginas cuánto tiempo llevo esperando.

Álvaro se levantó de repente de la cama. Celia observó sorprendida cómo rebuscaba en el bolsillo de sus vaqueros. Al instante, lo tenía de nuevo tumbado a su lado. Incorporado sobre el antebrazo, le mostró en la palma de la mano dos alianzas de oro.

— Las he llevado conmigo a todas horas, por si surgía el momento — comentó con una sonrisa tímida que enterneció a Celia.

— Álvaro... —musitó acariciando los anillos con el dedo.

— Solo tienes que decir sí.

No pudo contestar porque una atronadora carcajada los dejó helados a los dos. Celia dio un tirón a la sábana para cubrir su desnudez. Álvaro se sentó en la cama poniéndose en guardia, tensó la mandíbula y se enfrentó con una mirada peligrosa al desconocido que apoyaba un hombro en el quicio de la puerta del dormitorio.

— Wouuu... *honey* —exclamó Jack con una risotada—. Eres una chica muy traviesa. ¡No me habías dicho que te iban los tríos!

Álvaro saltó de la cama y, sin importarle exhibirse desnudo ante aquel imbécil, se encaró con él y lo largó de la habitación con cuatro gritos. Jack, que era precavido y sabía que aparecer en una reunión de trabajo con un labio partido y un ojo morado no era nada conveniente, obedeció alzando los brazos en son de paz. Retrocedió hasta la antesala de la suite y se sirvió un whisky sin entender una palabra de la discusión en aquel idioma extraño que tenía lugar a sus espaldas. Se sentó en un sillón con el vaso en la mano y observó divertido que el español ultrajado abandonaba la suite vestido solo con los pantalones, calzándose a trompicones y con el resto de su ropa en la mano. Inmediatamente después, la vio salir a ella cubierta por una bata.

Celia corrió por el pasillo detrás de Álvaro, mientras lo veía meterse el polo por la cabeza a tirones. Logró alcanzarlo en la puerta del ascensor y lo

detuvo agarrándolo por la muñeca.

Álvaro se zafó de un tirón y la miró con verdadera furia.

— Ahora resulta que se aloja contigo. Qué callado te lo tenías — masculló apretando los dientes.

— Por favor...

Lo conocía muy bien. Celia sabía que no era capaz de razonar en tal estado de ofuscación. Él se abrochó los botones de la bragueta y sacudió la cabeza para hacerla callar.

— Nos hemos revolcado en una cama que tú deshaces con otro — concluyó.

Ella dio una palmada enérgica a la puerta del ascensor.

— ¡No es verdad!

Álvaro se inclinó tanto sobre su rostro que Celia tuvo que echar la cabeza atrás para poder verle los ojos.

— ¿Cómo ha entrado? ¿Por qué tiene su propia llave? ¡¿Qué coño hace ese tío en tu suite?! — gritó fuera de sí.

Celia no estaba dispuesta a aguantar más y lo apartó dándole un manotazo en el pecho.

— ¿Con qué derecho preguntas tú eso? Tú trajiste contigo a otra mujer. No te atrevas a juzgarme cuando tú tienes a otra deshaciendo también tu cama.

— ¿Quién empezó este juego estúpido de la boda falsa? ¡¿Quién?! — vociferó; Celia se encogió, sobresaltada.

El ascensor se abrió. Antes de entrar, Álvaro le lanzó una mirada de desdén. Ella sujetó las dos puertas con los brazos para impedir que se cerraran.

— Cuando te calmes, hablaremos de todo esto — propuso, tratando de sonar conciliadora.

— Tú y yo no tenemos nada que hablar. Estoy harto de escuchar tus lloriqueos de víctima. No me creo ya tus explicaciones.

— Fuiste tú quien minaste hace seis años mi confianza en ti con tantos secretos — se defendió.

Álvaro se enfureció todavía más al escucharla. Como de costumbre, Celia lo arreglaba echando la culpa de todos sus problemas a los demás.

— ¿Tantos secretos? ¿De qué estás hablando?

— ¿Por qué nunca quisiste decirme quién es Amelia?

Él se quedó sin palabras por la sorpresa. ¿A esas alturas le venía con

aquello? La pregunta lo hizo rebotar de indignación, estupor, rabia... Sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

— ¡Porque no es asunto tuyo! —vociferó.

Celia encogió los hombros sobresaltada, pero no apartó las manos de las puertas del ascensor.

— Por favor, baja la voz —pidió mirando por encima del hombro. Temía que alguna puerta se abriera al oír sus gritos.

Álvaro se pasó la mano por el pelo, apretó la mandíbula y se le encaró con los brazos en jarras.

— ¿Te he preguntado yo alguna vez qué te traes tú con Guillermo Andrade? —siseó, pero no porque ella se lo hubiese pedido. Celia percibió en aquel tono bajo más amenaza que en mil gritos que pudiera dar.

— Pero qué idiota eres —musitó apenada, por lo que sus palabras tenían de sospecha.

— Y tú demasiado lista.

Perpleja, se preguntaba cómo sabía Álvaro de las insistentes llamadas de aquel pesado. ¿Se lo habría dicho el mismo Guillermo? No se fiaba ni un pelo de él; no quería ni imaginar con qué clase de patrañas podía haberle calentado la cabeza.

— Guillermo no me deja en paz, pero no necesito tu ayuda para quitármelo de encima —le explicó, dolida porque la pregunta de Álvaro sugería algo sucio—. Y no veo por qué tengo que darte explicaciones.

— Entonces, ¿por qué te crees con derecho a hacerme preguntas sobre algo que no te concierne? —se reveló con toda lógica—. ¿Sabes cuál es tu problema, Celia? Que no confías en nadie porque no confías en ti misma —le espetó a voces—. Y las personas que no confían en sí mismas no son de fiar, hace un momento me lo has demostrado.

Celia aguantó el golpe verbal con entereza. Lo conocía bien y sabía que sus ofensas eran fruto de la ira.

Ella sacudió la cabeza a punto de darse por vencida.

— No sabes lo que dices.

— Suelta las puertas de una vez.

— Escúchame.

— No me da la gana.

— Lo que ha ocurrido en la suite... —añadió para apaciguarlo. Por mucho que le doliera, uno de los dos debía mantener la calma—. Nada de esto tiene sentido y lo sabes, Álvaro.

Quiso explicarle con ello que la presencia de Jack era inocente del todo, más de lo que imaginaba. Pero él lo interpretó a su modo.

— Tienes razón. Nada entre nosotros tiene sentido —anunció, apartándole las manos de los flancos del ascensor—. Y lo más triste es que he llegado a creerte cuando decías que me querías.

Sonó un timbrado musical, las puertas se unieron y Celia lo vio desaparecer.

CAPÍTULO 14: Del cielo al infierno

Celia se presionó los párpados con los dedos y se dijo que Álvaro entraría en razón tarde o temprano. No había enfado que cien años durara. ¿Era así el refrán? Daba igual. En cualquier caso, no pensaba correr suplicando detrás él.

De regreso al dormitorio, encaró toda su rabia hacia el culpable de aquel embrollo. Y agradeció no ser una mujer violenta. Porque cualquier otra en su lugar habría estrangulado a Jack con sus propias manos. Lo encontró tumbado en la cama deshecha, con las manos bajo la nuca y una sonrisa deslumbrante. Celia estuvo tentada de borrarla de un puñetazo.

— Gracias por destrozar mi vida —le espetó.

Jack no pareció percatarse del deje de odio con que lo dijo.

— ¡Oh! ¡Pues agradécemelo como tú sabes, mi amor! —sugirió con una risa canina.

Ella se revolvió como una cobra.

— Ni soy tu amor ni soy tuya. Fuera de aquí.

Tuvo que cerrar los ojos con aquel *mi amor* aún en los oídos. Álvaro nunca usaba apelativos cariñosos; si lo hacía, Celia sabía que estaba enfadado. Él siempre la llamaba por su nombre y no existía palabra más hermosa cuando la escuchaba de su boca.

— Sexo —silabeó Jack; su mirada se tornó peligrosa—. Quiero esa noche de bodas anticipada. La capilla, el ministro cantante y el disfraz de Elvis pueden esperar hasta mañana.

— Ni lo sueñes.

— Ah, sí que lo harás.

Y sacó su Blackberry del bolsillo. A esa distancia, apenas se distinguían las imágenes de la pantalla, pero el sonido no dejaba lugar a dudas. Los gemidos eran de Álvaro y de ella, los cuerpos desnudos que se adivinaban en aquella especie de mini película porno obviamente también. Celia hizo acopio de serenidad; solo tenía una posibilidad de escape: actuar rápido y con sensatez.

— ¿Cuánto rato llevabas espiándonos? —preguntó con un tono disimulado que no permitía entrever ninguna clase de emoción, ni miedo, ni enfado, ni sorpresa.

— El suficiente.

El pequeño ingenio electrónico continuaba reproduciendo jadeos y gemidos; en la pantallita, sus cuerpos en movimiento constituían un espectáculo solo para adultos, en pleno banquete sexual.

— Tengo fotos también, ¿quieres verlas?

Celia lo insultó con un desprecio feroz. Jack rio a carcajadas.

— Desnúdate para mí, *honey*. Rápido —exigió alzando una ceja—. Dijiste que eras profesora, ¿no?

— ¿A qué viene eso? —tanteó, aunque ya había asumido que el chantaje iba en serio.

— Ve quitándote la ropa despacio —ordenó—. A no ser que quieras que en ese colegio español donde trabajas reciban un vídeo tuyo muy ilustrativo —y chasqueó la lengua con falsa conmiseración—. No está bien que una maestra aparezca practicando sexo en Internet. Estas cosas van de mano en mano, de pantalla en pantalla, de e-mail en e-mail...

Celia hizo un cálculo rápido. A las siete de la tarde del día siguiente partía su vuelo de regreso a España. Tenía tiempo de sobra para intentar un cambio de billete.

— Atrévete y te denunciaré.

— Hazlo y serás la nueva estrella del porno *amateur* en Internet —amenazó.

No era tonta. Optó por el único modo de ganarle la mano a aquel depredador, así que dejó que se creyera él más listo adoptando el papel de conejita. El muy gilipollas era de los que caían en cualquier trampa mientras tuviese curvas arriba y abajo. Dio un resoplido de rendición y agitó los hombros para resaltar sus pechos.

— Parece que no tengo otra opción —asumió con morritos de enfado tentador y comenzó a desatarse el cinturón de la bata.

— Así me gusta —murmuró Jack, mientras se incorporaba sobre los codos para no perderse el espectáculo.

Celia echó el freno antes de que se le vieran los pezones.

— Así, en frío... —parpadeó pensativa con un gesto de disgusto que era puro teatro—. Necesitamos algo que suba la temperatura —dijo señalando con un dedito malicioso la pequeña barra de bar de la suite.

— Buena idea.

Jack hizo amago de incorporarse, pero ella lo detuvo sacudiendo el pelo despacio con los ojos entrecerrados. *Tienes saque, pero te voy a*

emborrachar, capullo.

Sorprendida de sus insospechadas dotes para la interpretación, le dio la espalda y sirvió un par de vasos de whisky poniendo especial cuidado en inclinarse mucho para darle una mejor perspectiva de su culo bajo la bata de seda. Miró de reojo y, sobre la barra, descubrió las compras que aún no había devuelto a Mariví. Con disimulo, hurgó en su interior y la idea destelló ante sus ojos. ¡¡*Gracias, Dios, gracias Dios, gracias Dios por existir...!!* Celia se agarró a aquella bolsita como si fuese un salvavidas. Dejó los vasos sobre el mostrador y giró de golpe hacia Jack.

— ¡Sorpresa! —dijo mostrándole una braguita con pompón de marabú en una mano y un camisoncito transparente en la otra.

Jack soltó un aullido digno de la final de la Super Bowl. Celia corrió a saltitos hacia el cuarto de baño y cerró la puerta. Se puso el conjuntito de lencería *porno queen* a toda prisa; la vergüenza le impedía mirarse en el espejo. E inmediatamente sacó un par de píldoras de Diazepam y las machacó sobre el mármol usando para ello una pesada botella de perfume. Susana había dicho que dos no eran peligrosas. Además, Jack debía de pesar al menos cien kilos, podía aguantar la dosis de un buey.

Regresó con las pastillas convertidas en polvo ocultas en el puño derecho, la bata abierta sobre el picardías de Mariví y la mano izquierda a la espalda, que ocultaba otra sorpresa muy distinta.

— ¿Invitamos también a mi amiguito?

Y le lanzó sin avisar el dildo vibratorio de Mariví. Jack lo atrapó en el aire con un silbido. Mientras él examinaba el juguete erótico entre exclamaciones de asombro, Celia aprovechó para ir al pequeño bar y echar el Diazepam en uno de los vasos. A toda prisa, removié el whisky con el dedo.

— Nena, qué bien lo vamos a pasar.

Jack estaba muy entretenido investigando las distintas velocidades de aquella enormidad. Celia le lanzó un beso al aire y dio un trago de su whisky para armarse de valor antes de acercarse a Jack con el otro vaso.

— Bebe y disfruta, tigre. ¡La noche es larga!

Agarró el dildo, lo paseó por su escote; luego sacó la lengua y lo lamió como un helado. Jack se bebió el whisky de un trago. Estiró el brazo para agarrarla, pero Celia fue más rápida. Dio un par de pasos hacia atrás, negando con el dedo y dejó caer la bata de seda.

Él dejó el vaso sobre la mesilla de noche y se puso cómodo para disfrutar del show. Celia, con ayuda del vibrador verde fosforescente, se bajó

los tirantes del camisón y continuó con la lentitud que el momento requería.

A Jack no tardaron en pesarle los párpados. Cuando Celia empezaba a mostrar el pubis, ya roncaba como una morsa. Ella se acercó a la cama, le levantó la mano y el brazo entero cayó sobre el colchón como un peso muerto. Le dio cuatro enérgicas bofetadas. Tampoco reaccionó.

Por fin Celia exhaló el aire retenido que amenazaba con explotarle los pulmones y se puso manos a la faena porque el tiempo corría en su contra. Fue hasta la cómoda y sacó unas tijeras diminutas del costurerito de viaje. Agarró de un tirón la sábana de caro algodón egipcio y recordó cómo las rasgaban en su pueblo para hacer trapos.

Por fin, desde el vestíbulo de la suite contempló satisfecha su obra. Había sacado unas cuantas fotografías de recuerdo; no estaba de más guardarse las espaldas. Se imaginó la cara que pondría la esposa de Jack, allí en Indiana, si algún día llegase a ver a su marido tal como estaba en ese momento. Desnudo, atado de pies y manos a las cuatro patas de la cama con tiras de sábana y un falo mecánico descomunal pegado al escroto con la punta enterrada entre los glúteos.

Antes de partir hacia el aeropuerto aún debía ejecutar su venganza final. Bajó hasta la planta baja y tiró de la maleta en dirección a la zona del lago artificial haciendo cálculos mentales. Desde la zona franca del aeropuerto llamaría al Bellagio para dar aviso de una avería en la cerradura de la suite. Con suerte, los empleados encontrarían a Jack aún dormido o medio atontado. Para entonces, ella ya estaría en pleno vuelo rumbo a Filadelfia.

Al llegar al borde del lago, sacó del bolso la Blackberry de Jack con la pantalla destrozada. Le costó lo suyo, pero veinte mazazos con el culo de la botella de whisky fueron suficientes para hacerla añicos. Por supuesto, antes de hacerla puré se aseguró de borrar todas las fotografías y grabaciones en las que aparecían ella y Álvaro. No entendía mucho de telefonía, pero por si acaso le quitó la tarjeta de memoria y se la guardó en el bolso.

— Mira, Jack —expresó de viva voz, lanzando el teléfono al lago con energía—. Mira lo que hago con tu puta Blackberry.

Y Celia la vio hundirse con un *chop* en el agua mientras las míticas fuentes del Bellagio ejecutaban su danza de luz y color al ritmo de una balada de Frank Sinatra.

No tuvo ningún problema para cambiar el billete. Pero ¿existía algo peor

que viajar sola en un país lejano y extraño?

A Celia su mitad sensata le repetía que había cosas en la vida muchísimo más ingratas; en tanto su otra mitad, la eterna descontenta con todo y con todos, le daba la razón.

A bordo ya del avión, cerró con un golpe seco y eficaz el compartimento donde acababa de guardar su equipaje de mano. Pidió a la azafata una almohada y se acomodó en la butaca de ventanilla de clase turista lo mejor que pudo. Por suerte fue de las primeras en embarcar y pudo sentarse sin necesidad de chocar ni pedir excusas a nadie.

Sacó el móvil del bolso. Los pasajeros todavía iban por los pasillos, aún faltaba un rato para que diesen la orden de apagar los aparatos electrónicos. Vio que tenía dos llamadas de Álvaro. Y siete mensajes *whatsapp*. No quiso leerlos. Antes de sucumbir a la tentación de arrastrar el pulgar por la pantalla, apagó el teléfono y lo guardó en el fondo del bolso. Bien al fondo.

Se acordó de su última discusión y le entraron unas ganas locas de llorar, pero se las tragó. Las lágrimas no solucionaban nada.

Dios, qué mal se sentía. ¡Tenía el ánimo hecho una auténtica piltrafa! No quería hablar con él. En caliente la boca suele ir más rápida que el cerebro y lo último que necesitaba era discutir de nuevo. Celia era consciente de que ambos pisaban terreno peligroso. Álvaro era una de las personas más importantes para ella y lo necesitaba en su vida.

Una sonriente azafata llegó con la almohada que había pedido. Con el ánimo por los suelos, Celia agradeció aquella sonrisa más de lo que la chica era capaz de imaginar.

Se abrochó el cinturón, ahuecó el almohadón y, como se sabía de memoria el ritual mudo de los auxiliares de cabina haciendo aspavientos, se dispuso a dormir hasta que el avión tomara pista en Filadelfia. Era una delicia apoyar la cabeza en aquella funda de algodón frío y recién planchado. Antes de cerrar los ojos, miró de reojo el asiento de al lado y suplicó en silencio que la butaca permaneciese vacía durante todo el vuelo.

— ¡Ay, mamáaaa!... ¡Ay, mamá que me voy a morir!

Y venga a quejarse. Y venga a llorar cogiéndose la barriga. Tanto le dolía, que me asusté y llamé al ambulatorio. Cuando llegó el médico a casa, la auscultó, torció el morro y me espetó con cajas destempladas:

— Esta niña lo que tiene es mucho cuento.

Yo no sabía dónde meterme. ¡Menudo bochorno!

Si es que Celia ha sido siempre así de protestona, desde bien pequeña.

En cambio, su hermana Susana... ¡Pobrecita mía! Que a lo mejor tenía unas anginas de caballo y me decía la pobre:

— Tú tranquila, mamá, que no es nada. Dame una aspirina infantil y verás cómo se me pasa.

Hay que ver. La mayor tan quejica y la pequeña tan sufrida...

...

Susana siempre conforme con todo...

Celia siempre protestando...

Susana tan aplicada y estudiosa...

Celia siempre con la cabeza en las nubes, con sus colorines y sus dibujos...

Es que Susana es muy madura...

Ay, pero Celia es tan soñadora...

...

La pequeña Susana, con una túnica y alas blancas de angelito celestial...

La pequeña Celia, con mayas rojas de diablilla, cuernecitos negros y rabo acabado en punta...

Susana mirando a mamá con una adorable sonrisa...

Celia mirando a Susana con cara de perrillo pequinés a punto de morder...

...Ay, hija, siempre protestando por todo...

...

Esto es Halloween,

esto es Halloween, la la lalala, la la lalala

Niña pesada, niña quejica

Jack Skeleton se burla de ti...

— No es verdad, no soy una quejicaaaa... —bisbeó en sueños.

Dio un respingo al notar que una mano le agarraba el antebrazo y abrió los párpados de golpe. Con ojos soñolientos miró el rostro de bigote entrecano que la observaba con una sonrisa afable y dedujo que pertenecía a su compañero de asiento.

— Tenía un pesadilla —dijo él en un español forzado.

Celia comprendió que había estado hablando en sueños, y se sonrojó. Pero la mirada del hombre era tranquilizadora. Debía de superar los sesenta años y sus ojos claros circundados de arrugas la observaban con una expresión bondadosa.

— Conozco poco su idioma, pero la mía español es mucho malo —se

excusó en un español, efectivamente, malísimo.

— En absoluto, lo habla usted muy bien —mintió.

El hombre le dio las gracias en inglés, consciente de que aquello era un halago piadoso.

Mientras se erguía y guardaba la almohada bajo la butaca, Celia aprovechó para estudiar de reojo a su compañero de viaje. El escandaloso anillo de diamantes y la corbata tejana sujeta con una cabeza de res de plata le dijeron de qué estado provenía esa cadencia que arrastraban sus palabras.

El hombre sacó un teléfono del bolsillo de la americana y se colocó un auricular en la oreja izquierda, la más lejana a Celia. Ella lo interpretó como un detalle de cortesía.

— No quiero parecer entrometido —se excusó, con los ojos y los dedos puestos en la pantalla del móvil—. Pero me puede la curiosidad. Nunca había oído esa palabra —alegó con una breve mirada—. ¿Qué significa *quijica*?

Celia se lo explicó, disimulando una sonrisa avergonzada.

— No es una actitud que me haga sentirme orgullosa —añadió a lo dicho; el hombre no dijo nada, pero su silencio comprensivo invitaba a seguir—. He decidido que se acabó el quejarme por todo. Nunca es tarde para cambiar —concluyo, como si pretendiese convencerse a sí misma.

— Hola optimismo, adiós autocompasión —enunció el tejano con una clarividencia asombrosa.

Ella asintió convencida. El hombre le devolvió una sonrisa de cortesía y retornó la atención a su teléfono.

Celia se quedó cavilosa. Tenía muy vívida la pesadilla. Esa era una anécdota que su madre disfrutaba contándole a todo el mundo. Pensándolo bien, resultaba una tontería. ¿Celos infantiles? ¡No podía ser! Ella adoraba a Susana, se negaba a creer que llevara una vida entera compadeciéndose de sí misma por culpa de... ¿Unos celos absurdos?

¡Y había llegado a pensar que sus padres la tenían en segundo lugar! Demasiado la querían para aguantarla. Porque menuda niña insoportable debió de ser quejándose por la comida. Porque no me gusta este juguete. Porque me aburro. Porque la *seño* me tiene manía. Porque no me apetece hacer los deberes. Porque no quiero llevar el uniforme de las monjas. Porque mi pelo no me gusta. Porque quiero una moto y papá no me la compra. Porque ese chico es un plasta y me gusta el novio de mi amiga. Porque llegar a casa a las diez es un rollo. Porque la ropa no me sienta bien. Porque Cartagena es un asco. Porque me marchó a Inglaterra y ahí os quedáis.

Porque vuelvo de Inglaterra pero me voy a vivir Madrid. ¿Por qué?, porque me da la gana y punto. Porque mi trabajo no me gusta. Porque mi vida es de pena... ¡Cuánta paciencia!

Sus padres eran un par de santos. La evidencia le dio tanta vergüenza que se puso roja como la grana. Caray, tenía treinta y tres años. Ya iba siendo hora de madurar.

Qué asco me doy.

¡Nooooooo! ¡Fuera pensamientos negativos!

Necesitaba sacarse una espina que la martirizaba. Se inclinó para buscar entre sus pies. Metió la mano en el bolso. Palpando, encontró el iPhone y, sin dudar, envió un mensaje.

Papá, Mamá, os quiero mucho, mucho, mucho.

Y no se saltó ni una letra, que ellos no entendían el lenguaje abreviado sin vocales. Lo apagó corriendo, porque no quería atender allí rodeada de gente la llamada amorosa y emocionada de su madre que con toda seguridad llegaría un segundo después de recibir el mensaje, y se quedó muy, pero que muy a gusto. Era un primer paso, tiempo tendría de decírselo en persona y de comérselos a besos.

Un océano la separaba de ellos. Eso le recordó lo sola que estaba en aquel avión. Solo le faltaba ponerse melancólica. Para distraerse, se dedicó a observar el teléfono que manipulaba su compañero de asiento. Era de un modelo de iPhone idéntico al suyo. Al hombre no le molestó su curiosidad descarada; al contrario, porque se lo acercó para que viese mejor.

Celia reconoció las imágenes que aparecían en la pantalla. Se trataba de un episodio de Lost. ¿Esa serie no iba de un avión que se estampaba en una isla? Y el tejano pensaba verla en pleno vuelo. ¡Horror!

El hombre curvó los labios en una sonrisa divertida al ver su mirada de espanto.

— No irá a quejarse —recalcó haciendo gala de un abrupto sentido del humor—. Lo ha prometido, nada de protestas.

— Por supuesto que no —aseveró.

Para demostrárselo Celia clavó los ojos en la pantallita. Aunque, mientras contemplaba como una valiente los restos del avión destrozado entre la vegetación selvática, supo que no iba a ser fácil dejar atrás el victimismo. Porque su vocecilla interior, la muy traidora, la atacó por sorpresa al murmurarle en la cabeza y de corrido *Diosmíoquelástimademi*.

La suerte no estuvo de parte de Celia en el segundo vuelo. Perdió la cuenta de las horas que pasó tirada de cualquier manera en el aeropuerto internacional de Filadelfia, ya que su avión sufrió un desesperante retraso debido a la huelga de controladores de vuelo españoles. Veinticuatro horas, entre unas cosas y otras, que aprovechó para derramar unas pocas lágrimas y tomar algunas decisiones.

Tuvo tiempo sobrado de llamar a Cartagena. Las palabras de su madre le hicieron soltar otras tantas lagrimitas de morriña y, aunque sus padres no se tomaron bien la noticia de que había dejado su empleo en el colegio, fueron comedidos a la hora de los reproches. Que los hubo, porque su padre le aseguró que aquello lo iba a tener sin dormir al menos durante una semana. Con todo, respetaba su decisión dado que era una mujer capaz de asumir sus propios errores. A Celia la entristeció que ni siquiera mencionase la posibilidad de que aquella decisión pudiese ser un acierto, pero su padre era así de precavido y no iba a cambiar a esas alturas de su vida.

Al fin estaba en Barajas. Poco le faltó para gritar de alegría cuando puso el pie en tierra conocida. La llenó de tristeza encontrar a tantas personas al otro lado de la puerta de salida aguardando la llegada de sus seres queridos. A ella no la esperaba nadie. Pasó de largo y con la vista en el suelo, para no ver aquel despliegue de besos y abrazos que la hacían sentirse tan sola.

Ya había atravesado la salida cuando vio a Álvaro. Vaya con las casualidades. A pesar de haber despegado horas antes que él, imaginó que el retraso de su vuelo y la puntualidad del de Álvaro eran la causa de que hubiesen coincidido en la hora de llegada.

La observaba fijamente, cerca de una cafetería, plantado junto a un carro de maletas. Celia imaginó que había ido hasta allí desesperado por un café en condiciones, harto de tragar ese brebaje negruzco que ofrecían en los aviones.

Estaba solo. Celia se acercó tirando del mango de su maleta.

— ¿Por qué te fuiste sin esperar? —le reprochó Álvaro, arrugando el ceño, cuando la tuvo delante.

— Necesitaba estar sola.

— ¿Sin una palabra? ¿Sin avisar? ¿Sin pensar ni una sola vez que hay quien se preocupa por ti?

Ella sacudió la cabeza. Las horas no habían logrado cambiar su estado de ánimo. Estaba mucho más enfadado que la última vez que se vieron en el ascensor del Bellagio. Iba a decirle que, dada su intransigencia, no merecía la pena permanecer ni un minuto en Las Vegas. Pero en lugar de ello, le tomó la

mano.

— Ya hablaremos, Álvaro. Ahora no, te lo suplico.

— Ya lo creo que vamos a hablar —ratificó con un deje de advertencia.

Ella hundió los hombros. Se sentía extenuada.

— Fue mejor que no nos casáramos en Las Vegas —se sinceró abatida—. No quiero un matrimonio corrompido por la sombra del dinero. No contigo, Álvaro —recalcó mirándolo a los ojos.

Celia esperó a que el dijese algo, se habría conformado con cualquier cosa. Pero no lo hizo, porque Mariví llegó a pasitos rápidos y con la alegría pintada en el rostro.

— ¿Cariño, le has enseñado el certificado? —preguntó colgándose del brazo de Álvaro, pero mirando a los ojos de Celia—. ¿A qué esperas para darnos la enhorabuena? ¡Soy una mujer casada!

Y extendió el brazo poniéndole la mano en las mismas narices para que admirara la esmeralda gigante que lucía en el dedo anular.

Celia soltó la mano de Álvaro como si quemase, pero él fue más rápido y la cogió por la muñeca.

— ¿Qué? ¿No fue idea tuya ir para esto a Las Vegas? —atacó a la defensiva.

— Suéltame —masculló librándose con rabia de su agarre.

Álvaro la vio marchar, pero no hizo nada por retenerla.

— ¿Lo he hecho bien? —preguntó Mariví, tironeándole del brazo para reclamar su atención.

— Estupendamente —ironizó sin dejar de mirar a Celia, que ya estaba a un paso de la parada de taxis.

Por la sonrisa que exhibió la chica, Álvaro constató que era incapaz de captar el doble sentido. Bajó el pesado maletón de Mariví del carro de equipajes. No perdió el tiempo pidiéndole que le devolviera la American Express. Tenía el crédito limitado y, además, anular la tarjeta fue la primera cosa que hizo en cuanto pisaron Barajas.

— ¡Qué bien lo hemos pasado! ¿A que sí?—dio un beso al aire y asió el mango de su maleta—. En fin, gracias por todo. Y ya sabes, si otra vez necesitas una actriz... —Álvaro abrió la boca, pero ella no le dio tiempo de decir una palabra—. Oye, ¿ese de ahí no es el futbolista que salía en las revistas con esa morena y se lio...? Ay, ahora no me acuerdo del nombre. Yo juraría que es él —exclamó abriendo mucho los ojos.

Y corrió hacia su nuevo descubrimiento con tanto entusiasmo que su

culito saltarín atrajo las miradas de muchos hombres.

Álvaro ni la vio marchar. Apretó los labios para retener un resentido «donde las dan, las toman» que amenazaba con escapársele de la boca, y se quedó contemplando el taxi en el que Celia se alejaba una vez más de su lado.

CAPÍTULO 15: Sin miedo a nada

A Álvaro le urgía ponerse al día de lo acontecido en la fábrica durante los días en que había estado ausente. Tal como esperaba, la producción marchaba al ritmo veraniego acostumbrado. Durante los meses de verano se ralentizaba la elaboración de bombones, que requerían una manipulación muy delicada, para dar prioridad al pastillaje, a los elaborados en polvo y a los suministros a granel para el sector de la confitería. Las chocolatinas Álvaro's no dejaban de fabricarse en todo el año, ya que eran el producto estrella en ventas, por precio y facilidad de distribución.

En su despacho le aguardaba, con una nota urgente, la carta remitida desde Tarabán por Cele. Estando en Las Vegas ya había hablado con el abuelo y sabía qué debía hacer con ella. Junto al sobre encontró un dossier de Carmina, su secretaria, que llevaba toda la vida en la empresa y que antes que asistente suya lo fue de su padre. El informe contenía tal lujo de detalles que parecía redactado por un detective. En él se le informaba de la dirección actual de Maxim Dupres. Álvaro respiró satisfecho por dos razones; porque Carmina era una joya y porque el destino de su próximo viaje no era un lugar tan lejano como en un principio supuso. Así que dado que Chocolates Siurana funcionaba muy bien sin él, tras almorzar con su madre y ponerla al día de sus andanzas en la ciudad de los casinos, decidió cumplir cuanto antes con la palabra dada.

Durmió toda la noche del tirón para estar despejado, porque prefería conducir temprano y aprovechar las horas de menos calor. Se puso en marcha cuando apenas había salido el sol. Casi seis horas después y con cerca de seiscientos kilómetros en el cuerpo, llegaba a su destino en el corazón de la comarca catalana del Penedés. Durante más de media hora condujo entre campos sembrados de hileras de viñas que se extendían hasta el infinito. Una mar de tierra rojiza solo roto por el color gris asfalto de las carreteras comarcales y por la verde fronda de la ribera que perfilaba el serpenteante curso del río Anoia.

Encontró la urbanización a fuerza de avanzar, equivocarse de camino, preguntar y retroceder. Cuando al fin tocó el timbre del adosado donde esperaba encontrar al destinatario de aquella carta, supo que ese sencillo gesto iba a cambiar dos vidas. Un chasquido le indicó que alguien había

accionado el sistema de apertura desde dentro de la casa. Empujó la puerta metálica y atravesó un corto sendero de losas grises. Se abrió la puerta de cuarterones. El hombre que lo recibió en el dintel con cara de asombro era el mismo que recordaba, pero había sustituido las gafas de montura metálica por otras con los cristales al aire y patillas tan finas que parecían invisibles. Llevaba el pelo negro muy corto, como siempre. Álvaro se felicitó. No cabía duda, el madrugón y las horas matadoras al volante habían merecido la pena.

Fue Max el primero en hablar.

— No me lo puedo creer —exclamó en inglés, a fuerza de la costumbre—. Pero tío, ¿de verdad eres tú?

Álvaro tomó nota mental de tranquilizar al abuelo de Celia en cuanto tuviese ocasión, no fuera que albergase algún tipo de remordimiento por haberse entrometido en vidas ajenas. El hombre no pudo haber tenido una idea mejor, a la vista de la prisa que se dio Max. Porque tras leer la carta tres veces seguidas, no tardó ni diez minutos en llenar un macuto deportivo con cuatro cosas y cargárselo al hombro. Álvaro se ofreció a llevarlo en su coche, porque el lugar a donde iban no quedaba lejos de allí y así aprovecharía para mantener algo parecido a una conversación consigo mismo que llevaba demorando desde hacía mucho.

Tomaron rumbo a la costa. Era cerca de la una del mediodía cuando Álvaro detuvo el coche a las puertas del hotel donde todo indicaba que Nico se hallaba alojado. Max sacó el macuto del maletero y se despidió de Álvaro a través de la ventanilla.

— Gracias por todo lo que has hecho por mí.

— No tienes por qué dárme las. Si hubieras estado en mi lugar, seguro que tú habrías hecho lo mismo.

— ¿No entras? —lo animó señalando con la cabeza hacia el hotel.

Álvaro alzó las cejas y rehusó agitando la mano.

— Ni soñarlo. Los dos sabemos que estaría de más.

Max se rascó la barbilla, reflexionando acerca del vuelco que acaba de dar su existencia en apenas una hora. En gran parte se lo debía al hombre que tenía delante. Miró a Álvaro a los ojos con infinita gratitud. Y no solo por entregarle aquella carta. Los dos estaban unidos por el afecto hacia una misma persona.

— Siempre he sabido lo importante que sois el uno para el otro.

— No tuve hermanos, pero tengo a Nico —reconoció Álvaro—. Aunque

a veces lo estrangularía.

Max se miró las manos. Le temblaban.

— ¿Puedes creer que estoy nervioso?

— Tranquilo, que todo irá bien.

— Eso espero.

Álvaro no pudo evitar sonreír al ver en su expresión tal grado de desasosiego. No era propio del Max impetuoso y firme que recordaba.

— Ya conoces a Nico —lo tranquilizó—, toda la fuerza se le va por la boca.

— Esta vez me va a escuchar, aunque tenga que atarlo a una silla.

— Lo hará, créeme —aseguró convencido.

Max dudó antes de preguntar.

— ¿Alguna vez habla de mí?

— Muy pocas. Evita mencionarte porque le duele.

— Pues no sabes cuánto me alegro —confesó soltando aire con alivio.

Que le doliese todavía era algo muy bueno.

Álvaro se pasó la mano por el pelo y se quedó observándolo, con la frente arrugada.

— ¿Sabes una cosa? No sé si me acostumbraré algún día a oírte hablar en castellano.

En el momento en que montó en el coche de Álvaro, quizá como detalle simbólico, Max decidió dejar atrás el inglés con el que se comunicaban en Brighton. Desde que llegó a Sant Sadurní hablaba en español. Así era su nueva vida y así debía ser la que esperaba tener a partir de ese día junto a Nico.

— Lo harás. A todo se acostumbra uno, ¿no te parece?

— Todo es cuestión de tiempo.

— Y de saber esperar.

A Álvaro le sorprendió; estaba al tanto de los desencuentros y arrebatos que habían tenido en el pasado Nico y él. Ninguno de los dos hombres destacaba por su aguante.

— Has cambiado, Max. Veo en ti una paciencia y una serenidad que a primera vista cuesta descubrir.

— Eso es porque soy como el vino tinto, que si me tomas en frío engaño y con los años me hago más listo.

Álvaro le hizo gracia que recurriera al vino para definirse a sí mismo, no en vano tenía ante sí a un enólogo. Y reconoció qué dos grandes verdades

encerraba aquella reflexión.

— Muy cierto —reconoció con admiración—. Un sabio el que dijo la frase.

Max alzó las cejas y sonrió.

— Es de Estopa

Álvaro tomó una comarcal en dirección a Valls. Con el imponente macizo del Garraf a su izquierda, rebasó las curvas que se elevaban sobre la playa del Aiguadolç, que fue dejando atrás hasta que encontró el lugar que andaba buscando. Detuvo el coche en el diminuto aparcamiento tras una rotonda. Apenas había espacio para ocho vehículos, suficiente para los curiosos que se acercaban hasta allí. Apagó el motor y antes de bajar se caló las gafas oscuras, imprescindibles bajo el sol, cegador a esa hora en pleno cenit. Anduvo por los vericuetos de tierra entre matorros de uña de gato y artemisa, la única vegetación que soportaba los rigores de la ventisca cargada de sal y la aridez de aquel terreno pedregoso.

Se detuvo al borde del acantilado. Contempló el agua cuya superficie hacía bailar los rayos del sol y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Miró hacia la derecha. La playa dibujaba una franja de color tostado casi blanco a lo largo de la línea de la costa hasta el puerto. Desde la altura donde él estaba, la orilla parecía un hormiguero de colores, y las olas, rizos diminutos de espuma que se intensificaban hasta desaparecer fundidos en la arena.

De nuevo centró su atención en el mar, a muchos metros por debajo de sus pies. No era la altura lo que le imponía respeto. Su reticencia a adentrarse en aquella profundidad oscura solo tenía un nombre: miedo. Él era un hombre acostumbrado a ejercer el control, marcaba los objetivos de su vida bajo la premisa de tenerlo todo sujeto y de correr los mínimos riesgos. Sospechaba que su temor irracional al mar respondía a su incapacidad para exponerse a una fuerza voluble de la naturaleza que ejercía el dominio absoluto sobre todos y todo cuanto se exponía a los caprichos de su tiránica voluntad.

Sí, tenía miedo. Miedo, se repitió. Pavor a lo que aquellas aguas encerraban de incierto, capaces de pasar de la quietud a la cólera en cuestión de minutos. Un gigante tan hermoso como embaucador, tan dulce y generoso como cruel. Y él no era un hombre que amara los riesgos si estos no estaban controlados. De ahí su pánico ante aquellas aguas que nada ni nadie logra someter.

Y si él recelaba de la inseguridad, ¿con qué derecho le reprochaba a

Celia su temor a la incertidumbre ante el éxito o el fracaso que podía suponer un cambio de vida sin sueldo fijo a final de mes? La juzgó de interesada, y ella solo pretendía cubrirse las espaldas, asegurarse un colchón económico que mitigase la caída en caso de que, como ilustradora, las cosas no le fuesen bien. ¿O es que en las finanzas él no actuaba con cautela?

Celia rechazó su ayuda económica. Y sabía que no lo había hecho por orgullo. Sencillamente quería afrontar sola el reto, sin el apoyo de nadie. Álvaro lo consideraba innecesario, pero intuía que necesitaba demostrarse a sí misma su valía. Celia nunca fue sobrada de amor propio. Y además, temía defraudar a sus padres. Ellos la habían cargado con sus miedos al inculcarle desde pequeña el temor ante todo aquello que sonase inseguro.

En cualquier caso, ¿no cargaba él también con fantasmas ajenos? Quiso borrar el mal hecho por su padre procurando su ayuda a Amelia Martínez. Y ese era el escollo sin resolver que se interpuso entre Celia y él sin venir a cuento. En parte por la insistencia de ella de saber y también por la suya de no querer que ella supiera.

Necesitaba reflexionar con calma para resolver el barullo de ideas cruzadas que tenía en la cabeza. Y para eso necesitaba apaciguar la rabia que aún arrastraba desde su última pelea en Las Vegas. *No hay rabia ni enfado que dure toda una vida*, se dijo. Pero con la cabeza caliente le iba a resultar imposible actuar con sensatez.

En cualquier caso, tenía muy claro que había sido injusto. Durante años había actuado como si él estuviese en posesión de la verdad absoluta sin dar a los argumentos de Celia la importancia que merecían. Tentado estuvo de llamarla en ese momento, pero desechó la idea. De poco servía arrepentirse, forzar las cosas tampoco era la solución. Haría caso a Max y tendría paciencia. Un día de estos los dos estarían en condiciones de escucharse el uno al otro. Cuando eso sucediese, la espera habría merecido la pena.

Hacía calor y tenía que regresar a Madrid. Con un último vistazo al Mediterráneo, dio la vuelta de regreso al Mercedes. Y mientras caminaba bajo el sol, pensó que su intransigencia en el pasado era un fallo al que iba a poner remedio. Celia y él no podían seguir perdiendo el tiempo, porque la vida pasa rápido y, al final, lo único que importa es con quién recorres el camino.

En Tarabán, Javier estaba de servicio, pero él y la guardia Vanesa acababan de parar en el mesón para un café rápido en la barra. Tomás

hurgaba con las pinzas en un bote de guindillas toreras. Coronó con una de ellas un platillo de aceitunas y lo plantó delante de un cliente que bebía una cerveza bien fría.

— Dame un número, por si las moscas —pidió este.

Tomás arrancó una papeleta de una rifa de la comisión de fiestas. El premio era modesto, un jamón de la tierra y un lote de vinos.

— Ya casi no quedan.

— Venga, dame uno a mí también —decidió Javier, dejando un billete para que se cobrase el boleto y los cafés.

El mesonero le retornó las monedas del cambio junto a la papeleta que acababa de pedir. Luego se puso a hablar con el otro cliente a la vez que pasaba la bayeta por el mostrador.

— Pues se han vendido casi todas a gente de paso. Ya se sabe, entran y al ver el talonario ahí colgado... Solo faltaría que se llevase el premio un forastero.

— A ver si hay suerte y se queda en casa —dijo el otro.

Javier, que estaba guardando la papeleta en la cartera, escuchó sin decir esta boca es mía. Tomás se dio cuenta de lo inoportuno del comentario.

— Lo de forastero no va por usted, mi brigada —intervino con un respeto por los galones algo pomposo—. Que usted es de los nuestros.

Javier se lo agradeció con una sonrisa sincera y salió del mesón satisfecho e inesperadamente contento.

En mitad de la plaza, su compañera ya lo esperaba al volante con el motor en marcha. Subió al Patrol y, mientras cerraba la puerta, algo le llamó la atención en el cielo.

— ¿Has visto, Vanesa?

Ella miró de refilón hacia arriba y emprendió la marcha.

— Águilas perdiceras. Están en peligro de extinción —Javier se quedó mirándola con la boca abierta—. Hace tiempo me eché un medio novio del SEPRONA —aclaró con una sonrisa presumida—. Quien tuvo, retuvo.

Javier se reclinó en el asiento sin dejar de contemplar a la pareja de águilas. Dos más que proteger. Se acordó entonces de una conversación que había mantenido días atrás con Susana. La pareja de águilas llegó sin hacer ruido y ahora su presencia era muy querida en aquellos parajes. Como ellos dos. Susana y él también eran importantes para aquella gente porque cuidaban de todos ellos. Recordó el comentario del Tomás y se sintió parte de allí. Él no ambicionaba riqueza o medallas. Eran otras cosas las que

necesitaba para darle gracias a la vida.

Tomó la decisión en un segundo.

— Vanesa, da la vuelta y llévame al cuartel.

Susana llegó cansada al acabar el turno. Desde la entrada se olía el aroma del caldo que hervía en la cocina, solo hacía falta echar los fideos. El abuelo se había encargado de ponerlo al fuego porque era de los que preferían un plato caliente todos los días del año, incluso en verano.

Cuando entró en el comedor, no esperaba encontrarse a Javier repantigado en el sofá. Cele y él veían *La ruleta de la fortuna*. Que si ahí es «casa», que no que es «cosa», que si ese es muy tonto y que si desde casa todos somos muy listos. Lo habitual.

— Qué sorpresa —dijo ella a modo de saludo.

Dejó el maletín sobre la mesa. Le guiñó un ojo a Javier pero no se acercó a darle un beso porque no estaban solos.

— ¿Qué haces así vestido a estas horas? —preguntó al verlo de paisano.

— Libro el resto del día.

— No me habías dicho nada.

— Te lo digo ahora.

— ¿Qué? ¿Mucho trabajo, maja? —preguntó el abuelo.

Pero Susana no contestó; estaba empezando a inquietarse al ver que Javier no le quitaba ojo.

— ¿Tienes por ahí papel y bolígrafo? —solicitó él, sin dejar de mirarla.

Muy solícito, el abuelo se levantó del sofá, abrió el aparador y le entregó un bolígrafo recuerdo de Salou y una libretita. Luego volvió a su sitio y se cruzó de brazos mientras Javier escribía un par de líneas. Susana también lo miraba sin entender nada de nada.

Arrancó la hoja y se la tendió. Susana lo leyó y se quedó petrificada. El abuelo aprovechó su confusión para quitársela de las manos, como si aquello fuese cosa de tres.

— «Vale por dos billetes de avión a Las Vegas» —leyó en voz alta—. ¿Qué? ¿Os ha entrado el gusanillo de seguir a Celia y Alvarito?

No obtuvo respuesta. A Susana le entró una prisa repentina por ordenar el maletín. Javier le dio medio minuto de margen y dejó que rebuscara como una loca antes de insistir.

— Tú decides —la apremió—. Puedes compartirlo conmigo o guardarlo hasta que aparezca otro mejor que yo.

— ¿Y vas a pagarle el viaje con otro? —se extrañó el abuelo—. ¡Coño! Sí que te has levantado rumboso esta mañana. Porque estos billetes deben de costar un montón de perras.

Susana y él lo miraron de reajo, pero ninguno de los dos se atrevió rogarle que cerrara la boca. Javier alzó una ceja a la espera de una respuesta.

— Sabes que no va a aparecer otro mejor. Ni quiero que aparezca — afirmó ella con tres cajas de vendas en la mano.

— Entonces, estoy esperando.

Susana sabía que estaba pidiéndole ese «Bésame...» que solo le diría a un hombre de entre todos los que pueblan la tierra. Las vendas se le cayeron al suelo.

— ¿Ves? Ya me has puesto nerviosa.

Se agachó a recogerlas. Javier se levantó del sofá, se las quitó de las manos y las lanzó sin miramiento al maletín.

— ¿De qué tienes miedo? —murmuró acariciándole la mejilla.

Su abuelo contestó por ella.

— Pues yo te lo diré —explicó—. A la chiquilla le preocupa que hagas como todos los forasteros, que se van y no vuelves a verlos.

— Oye, Cele, ¿por qué no te vas a comprar tabaco? —sugirió Javier sin dejar de mirar a Susana.

— Pues mira, no. Que es muy malo para la salud —replicó ofendidísimo porque lo largaran de allí cuando se avecinaba la parte más interesante.

— Abuelo, ¿por qué no te acercas a la Ricarda? —rogó Susana, con los ojos fijos en los de Javier—. Te traes media docena de huevos y te haré una tortillita a la francesa para después de los fideos.

Cómo iba a negarse si su nieta puso una carita de súplica que lo derritió por completo. Salió decidido a tardar más de la cuenta, había que darles tiempo para los achuchones. Huevos de la carnicería, apuntó mentalmente. Y una hogaza. De tortilla nada, pensaba festejar el amorío de los chicos con dos huevos fritos y pan para mojar.

Cuando Javier oyó que se cerraba la puerta de la calle, dio un paso adelante y arrinconó a Susana contra la mesa. Le alzó el rostro tomándole ambas mejillas entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos para alejar de una vez todos sus miedos.

— Yo no me voy a ninguna parte.

Y la besó sin esperar a que se lo pidiera.

A doscientos kilómetros de allí, en la piscina de un hotel de la costa, Nico tecleaba un mensaje *whatsapp* en su móvil.

El paraíso gay existe y se llama Sitges.

Esperó una respuesta graciosa, pero como Celia no daba señales de vida, apagó el teléfono y buscó una tumbona solitaria bajo una palmera.

Soplaba viento de Poniente, que equivalía a bandera roja. Como la playa en tales condiciones quedaba descartada, se dispuso a soportar a la sombra aquella mañana tórrida sin otra faena que devorar del tirón el libro que llevaba bajo el brazo. Lo compró de chiripa en una gasolinera porque le llamó la atención la portada, versión siniestra de un recetario de los años sesenta, y por el título, que aludía a vete a saber qué efectos de las pastillas de caldo instantáneo. En seguida constató que no iba la cosa ni de intriga gastronómica ni de asesinatos entre fogones. Pero la historia era un prodigio de ironía macabra que lo tenía pegado a las páginas.

Le encantaban los libros entretenidos, puesto que él leía para olvidar los problemas y pasarlo bien. Aún recordaba con inquina a uno con fama del sabio que cayó por el restaurante y quiso saber con qué lecturas enriquecía su mente tan afamado chef. Tampoco olvidaba cómo lo barrió con una mirada perdonavidas cuando le dijo que estaba leyendo *La isla del tesoro*. El tipo arrugó el hocico como si Stevenson fuera un mindundi y la narrativa de aventuras cosa de tontos, y se permitió aconsejarle dos o tres títulos más aburridos que el folleto de una ferretería. Nico sonrió como un perfecto gilipollas y en un aparte le dijo a Carolina: «Que no vuelva. Cuando este fantoche llame para reservar mesa, asegúrate de que para él no haya hueco nunca jamás». Y no volvió.

No había acabado de extender la toalla sobre la tumbona cuando se le acercó un camarero que dejó en la mesilla de al lado un combinado de color azul decorado con un lorito de cartulina y muchas plumas de colores.

— Invita aquel guapetón del fondo —indicó con una sonrisa pura miel.

«Pues qué bien», pensó Nico de mala gana. Lo último que le apetecía en ese momento era convertirse en el rey del mambo. Oteó con disimulo por encima de las gafas de sol, un guaperas con bigote y bañador minúsculo le decía hola con la mano.

— Dale las gracias de mi parte, y se lo devuelves.

— ¡Pero si está fresquito!

— Es que yo soy más de cazalla —mintió con aspereza.

— Machote.

Nico soltó una palabrota mental. El camarero sacudió melena y devolvió el combinado a la bandeja.

— «SUGUS PIÑA»—leyó en la camiseta de Nico—. ¿Es un garito de ambiente?

No pensaba explicarle su teoría sobre el lenguaje de las camisetas, ¿para qué? Se apresuró a quitársela. Y se arrepintió, porque el otro se relamió los labios al ver su torso desnudo.

— Yo podría enseñarte un montón de sitios —propuso, como si hablara con sus tetillas—. Si quieres te llevo esta noche a la calle del Pecado.

¿Calle del Pecado? ¡Wou!

— Mejor no —rechazó, desoyendo la vocecilla diabólica—. He venido a descansar.

— Te dejo que me rompas el corazón —concedió el chico; y suspiró como si fuese a morir—. Pero si dentro de un rato te apetece beber algo, promete que me lo dirás a mí y solo a mí.

— Prometido —volvió a mentir—. ¿Cómo te llamas?

El camarero se inclinó mucho y le enseñó la punta de la lengua.

— Para ti, Mariputa.

Jo... der, silabeó sin emitir sonido. *¡No des ideas!*, se amonestó, dándose una especie de colleja mental. Desvió la mirada y se entretuvo en doblar la camiseta. El camarero entendió el mensaje y desapareció de allí.

Nico se tumbó en la hamaca y abrió el libro. Estaba decidido a olvidarse de todos y de todo. Se abstraigo en el capítulo recién empezado. Pero la calma duró poco porque, un minuto después, alguien se plantó a sus pies y le hizo sombra.

¿Otro? Que duro es ser guapo y sexy, rumió para sus adentros.

— *My favorite is the blue Sugus forever* —dijo una voz grave e inconfundible.

A Nico se le pusieron de punta todos los pelos del cuerpo. No se atrevió a levantar la vista.

La voz continuó, esa vez en español.

— El único que encierra una dulce sorpresa, especial y diferente a todas las demás.

Nico se armó de valor. *¡Saca pecho, idiota, que estás haciendo el ridículo!*, gritaba su voz interior. Alzó la mirada despacio, línea a línea, hasta el margen superior de la página y por fin oteó hacia arriba. Tenía delante a un hombre de su edad, de su misma estatura e idéntico aspecto rematadamente

masculino. Llevaba el pelo rapado al dos y gafas con montura de titanio.

— Max...

El recién llegado le regaló una sonrisa que consiguió desbocarle el corazón.

— Aún te acuerdas de mí —murmuró con su adorable acento francés—. Yo tampoco he podido olvidarte.

Dos horas después un rayo de luz acariciaba dos cuerpos desnudos entre sábanas revueltas, vestigios de la entrega sin límites. En la penumbra del dormitorio, dos hombres se aferraban el uno al otro en el silencio lánguido que sucede al clímax.

Tumbado de lado, Nico se cobijaba en el abrazo del único hombre al que podía amar, con las caricias latentes aún en la piel, y los labios sensibles por cientos de besos anhelados durante años. Contuvo el aliento para sentir la respiración sosegada de Max que dormía pegado a su espalda. Ese era hombre con quien discutió hasta el punto de abandonar Francia sin escuchar sus ruegos. El mismo que se negó a oír sus súplicas y lo echó sin piedad el día en que regresó a Burdeos, humillado y arrepentido de su propia estupidez.

A Nico se le llenaron los ojos de lágrimas, porque ese era también el hombre extraordinario que, por él, tuvo el valor de dejarlo todo para reinventar su vida sin ayuda de nadie, en un país extraño, y aprender una lengua que no era la suya. Porque no hay distancias imposibles cuando el corazón sabe lo que quiere.

Arrepentido por haberlo echado de Burdeos a patadas, Max cruzó la frontera y diez cartas que no obtuvieron respuesta le rompieron las ilusiones. Pero se creció en la derrota. Ahora era un enólogo muy cotizado de una de las más importantes cavas de Sant Sadurní. Y todo por culpa del padrino, que retuvo aquellas cartas una tras otra y las ocultó para que su ahijado no se enterase jamás de su existencia. Al saberlo, Nico enfermó de ira y quiso destrozar a golpes cualquier cosa a su alcance. Pero no lo hizo, porque en los labios de Max halló la calma.

A veces es difícil salvar la barrera que imponen los propios sentimientos. A Max le costó confesarle que, durante tres años y medio, fueron muchas las ocasiones en que viajó hasta Madrid y permaneció durante horas plantado frente al restaurante sin atreverse a entrar. Nico cosechaba fama y aplausos, y era infeliz sin saber que tenía la felicidad tan cerca. Pero ¿por qué? ¿Por qué?, le preguntó.

— Diez cartas sin respuesta fueron muchas. No habría podido soportar otro rechazo —le confesó—. A veces me gustaría no ser tan orgulloso, pero no puedo evitarlo.

— Yo tengo un montón de defectos —alegó él—. Aprenderemos a vivir con ello.

— Tú no tienes ninguno —murmuró Max.

No era verdad, pero Nico creyó que subía al cielo y bajaba en ese momento.

Nadie podía sospechar qué fue lo que los alejó. No hubo terceros, siempre fueron honestos el uno con el otro. Y entre ellos nunca hubo disputas entre las sábanas, porque a los dos les excitaba por igual llevar el mando que dejarse dominar. Las peleas se sucedían porque Nico y Max eran dos *alfa* puros, y su relación, una eterna pelea de gallos. Pero ya no eran los mismos, el peso de la soledad y de los años les había enseñado que amar es escuchar y muchas, muchas veces, ceder.

Esa mañana habían hecho planes, un cambio insensato, una locura. De cualquier modo, saltarían juntos al vacío.

Nico se removió y escuchó un gruñido de Max, que lo apretó contra su pecho para que se estuviera quieto. Sonrió porque la mandíbula rasposa que tanto le gustaba besar le hacía cosquillas en el hombro. La barba cerrada daba al rostro de Max el punto canalla que restaba seriedad a sus gafas de intelectual. ¿Existía algo mejor que una siesta mañanera en brazos de su hombre? Entre sueños lo oyó murmurar *Je t'aime*.

Cerró los ojos y, mientras se dejaba vencer por la modorra, Nico pensó que la vida era buena.

CAPÍTULO 16: Una vida nueva

Celia durmió tanto tiempo cuanto le pidió el cuerpo.

Recuperadas las fuerzas y superado el inevitable *jet lag*, aunque tenía muchas ganas de abrazar a su familia, prefirió demorar una semana más su marcha a Tarabán a causa de la noticia imprevista que, caprichos del destino, iba a hacerle más llevadera su nueva e incierta situación laboral.

Quién iba a imaginar que el autor de libro con fines benéficos ilustrado por ella tendría tanta relación con los Cuentacuentos que trabajaban para el Ayuntamiento de la capital. Quién iba a suponer también que esos mismos habían mostrado la maqueta a los responsables de los talleres infantiles municipales. Y quién iba a imaginar, para colmo, que éstos iban a quedar tan gratamente impresionados por el trabajo de Celia. No podía creer aquel golpe de suerte.

Precisamente de la Concejalía de Juventud salía en ese momento. Acababa de mantener allí una reunión con los gestores de la empresa subcontratada para llevar a cabo las actividades de ocio infantiles y juveniles. De momento le habían propuesto dirigir un taller de iniciación a la ilustración para grupos de niños, como actividad itinerante por todos los centros culturales y juveniles de la ciudad durante todo el curso que estaba a punto de empezar. El comienzo de las actividades estaba previsto para el mes de octubre, previa oferta a los colegios y centros educativos. Por tanto, tenía tiempo sobrado para elaborar el proyecto, aunque le habían asegurado que se trataba de un mero trámite administrativo, puesto que contaban con ella en firme, y para planificar al detalle los contenidos.

Celia salió dando saltos de alegría de la reunión. Compró una botellita de agua helada para soportar el calor y bajó paseando por Ortega y Gasset hacia el barrio de Salamanca. Estaba muy contenta. No solo por lo inesperado de la propuesta, también porque esa actividad le reportaría unos ingresos seguros, aunque la cantidad no fuera para tirar cohetes y, además, le dejaba tiempo para dedicarse al dibujo y poder presentar su obra gráfica a las editoriales punteras en el campo del libro ilustrado.

Pero no acababan ahí las novedades. El mismo autor la había llamado un rato antes para informarla de que la presentación oficial del libro de cuentos estaba prevista para la siguiente semana. El acto, gracias a las gestiones de

este y de la asociación infantil beneficiaria de las ventas, tendría lugar en el Círculo de Bellas Artes. De ese modo se mataban dos pájaros de un tiro, al asegurarse un lleno seguro y la presencia de la prensa. Dado el carácter benéfico de la iniciativa era fundamental su difusión para de llegar al mayor número de compradores potenciales, aunque la noticia apareciese en los periódicos como una nota breve. Todos ganaban. También el Círculo, que llenaba así un hueco en su sucinto programa veraniego de eventos.

Tomó nota mental de llamar a su hermana y al abuelo en cuanto llegara a casa. Y a Cartagena. Sus padres se alegrarían muchísimo cuando los pusiese al día de las novedades. Paró ante una zapatería de la calle Lagasca. Se fijó en unas sandalias de cuña alta que, con el precio rebajado, parecían hacerle ojitos desde el otro lado del escaparate.

— Estas me las echo yo al cuerpo para celebrarlo —decidió empujando la puerta.

Y salió con ellas puestas. Mientras se remiraba reflejada en el cristal, encantada de lo bien que le quedaban, pensó en lo rápido que gira la ruleta del destino. Unas semanas antes, cuando solicitó la excedencia en el colegio, su futuro era más imprevisible que una tormenta. Y de pronto todo había cambiado para bien. Sus cavilaciones empezaban a desaparecer como los nubarrones que escampan y dejan paso al sol.

— Divinas —se felicitó mirándose las sandalias nuevas.

A su espalda, una voz masculina interrumpió su celebración privada.

— No sé cómo lo haces, Celia, pero cada día que pasa estás más guapa.

El piropo le sentó peor que mal. No aguantaba a los tíos cansinos, y por ese en particular, que reconoció por la voz, sentía verdadera aversión. Oteó por encima del hombro y se obligó a dar la vuelta por no resultar grosera.

— Cuánto tiempo, Guillermo —comentó con una sonrisa escueta y fría—. ¿Qué haces por aquí?

Su intención no era otra que despacharlo con cuatro frases sin sustancia y perderlo de vista cuanto antes.

— Vengo de ver a un cliente y regresaba al estudio —le explicó observándola con una insistencia que la hizo sentir incómoda—. Y tú qué, ¿de tiendas?

— Más o menos.

— ¿Vas hacia Serrano? Te acompaño —se ofreció acercando la mano a su brazo.

Con un movimiento rápido, ella lo esquivó. Si no era tonto, y no lo era,

debía bastar para que entendiese que no pensaba permitirle ningún tipo de contacto.

— Gracias, pero no. Estoy esperando a una amiga —mintió.

Guillermo elevó una comisura de la boca sin perder detalle de la incomodidad que Celia no se molestaba en disimular.

— ¿Qué tal en Las Vegas?

— Genial.

— ¿Álvaro y tú volvéis a estar juntos?

— Te tomas demasiadas confianzas.

— Si tú me dejaras aún me tomaría más.

— Me estás hartando, Guillermo.

Él se miró la punta de los zapatos. Alzó el rostro de nuevo y la miró a los ojos.

— ¿No te ha dicho que aún sigue ocupándose de ciertos gastos de Amelia?

Celia ni parpadeó. Los errores del pasado eran una escuela y ella pecó de inocente cuando empezaron las insinuaciones. Guillermo era de los que buscaban el flanco vulnerable de las personas para dárselas todas en el mismo lado. Nunca más cometería la equivocación de exteriorizar que le afectaban sus comentarios malintencionados. Y acertó, porque Guillermo decidió no seguir al no ver en ella la inquietud que esperaba.

— Mejor te iría conmigo que con él.

— ¿Ah, sí? No sé qué pensará tu mujer de todo esto.

Él avanzó un paso y acercó su cara a la de Celia a una distancia inquietante.

— Una palabra tuya y la mando a paseo para siempre.

A Celia le asqueó la falta de escrúpulos de aquel sinvergüenza. Le puso la mano en el pecho para apartarlo y dio un paso atrás para mantenerlo a distancia.

— ¿Sabes lo que más detesto, Guillermo? Lo insultante que resulta que me mires como a un objeto —se sinceró; algo que debía haber hecho mucho antes—. A ti te importo menos que un mueble. Me tienes en tu punto de mira porque me consideras una propiedad de Álvaro que te gustaría arrebatarme —le espetó sin amilanarse—. Te mueres de envidia y, sinceramente, das pena.

Sin permitirle una réplica, bajó a toda prisa de la acera y se plantó en la calzada con el brazo en alto para parar un taxi.

Media hora antes del comienzo, el público empezaba a congregarse en la sala de exposiciones del Círculo de Bellas Artes. Celia no paró de saludar a amigos, compañeros del colegio bilingüe que tuvieron el detalle de acudir y otros muchos conocidos. El director de la asociación infantil a la cual iba destinado el proyecto le había presentado a tanta gente que tenía que hacer un esfuerzo por recordar sus nombres. Los organizadores no se extrañaban de ver la sala llena. Pero el escritor y Celia, novatos en asuntos de promoción literaria, estaban asombrados.

La editorial se había portado de maravilla, había encargado unos expositores a todo color, de dos metros por uno, que reproducían el dragón cocinero que dominaba la portada del libro, con una composición muy acertada de fragmentos del texto y detalles de algunas ilustraciones. Al mismo tiempo que les hacían fotos para el periódico, el autor y ella contestaron una entrevista brevísima que el redactor se encargaría de embellecer. En ello estaba cuando, al mirar hacia el fondo, se llevó una alegría inmensa. Julia, la madre de Álvaro, se acercaba hacia ella con los brazos abiertos.

— ¡Artista! —exclamó dándole dos sonoros besos—. Mejor dicho, artistas. Los dos.

Y se presentó a sí misma. Al autor le impactó la simpatía de aquella mujer que le hablaba embelesada como si acabara de conocer al mismísimo Hans Christian Andersen.

— ¡Abogado penalista! —comentó cuando el otro se excusó porque lo reclamaban unos conocidos—. Y escribe cuentos para niños, fíjate.

— Y poesía, aunque no lo parezca —aceptó Celia; viéndolo con aquellos vaqueros gastados y zapatillas Converse, nadie podría adivinar su verdadera profesión.

Julia la cogió por ambos brazos, con cariño.

— ¿Estás nerviosa?

— La verdad es que no.

Celia agradeció la discreción de Julia, que no hizo preguntas al no ver allí ni a Nicolás ni a su hijo. El primero no estaba en Madrid cuando ella lo llamó por teléfono. En realidad no pudo hacerse con él. Desde que le envió el último mensaje diciéndole que estaba en Sitges, parecía que se lo había tragado la tierra.

La decisión de no decirle nada a Álvaro fue suya. Estaba tan dolida con él y tan decepcionada desde la discusión en Las Vegas y la noticia de su boda

con Mariví al llegar a Barajas, que en un arrebato decidió no invitarlo. Y ahora le dolía no verlo allí. Le habría gustado contar con la presencia de su familia y sus amigos del alma en un momento tan especial.

— Pero bueno, ¿y tú cómo te has enterado? —preguntó cogiendo a Julia de la mano—. Tienes que perdonarme, de verdad. Con tanto lío se me pasó llamarte.

— Tranquila, hija —le quitó importancia—. Bastantes cosas tenías estos días en la cabeza como para acordarte. Además, ya sabes que yo me entero de todo.

A Celia le chocó que dijera aquello con cierto misterio. Pero no tuvo ocasión de preguntar, porque Julia era parlanchina por naturaleza.

— Pero qué preciosidad —reconoció, contemplando con admiración el panel que anunciaba el acto—. Qué artista es mi niña. Un dragón igualito que este y así de grande quiero yo para mi cocina. Cómo me alegraría la vida cada mañana mientras me tomo el primer café.

Celia rio la ocurrencia. Se quedó mirando esa figura enorme que ella había creado. Le tenía especial cariño a ese dragón verde con su delantal hasta el suelo.

— ¡Sorpresa! —exclamó Julia, que la cogió del antebrazo—. Mira quién acaba de llegar.

Celia miró con curiosidad hacia la puerta y se llevó la mano a la boca para contener la emoción. Eran sus padres. Días atrás les comentó solo de pasada que iba a presentar el libro, pero no les dijo ni qué día, ya que no albergaba esperanzas de que viajasen desde Cartagena para asistir. ¡Y allí los tenía!

— ¿Los has avisado tú? —preguntó al tiempo que Julia y ella acudían a su encuentro.

La mujer chasqueó la lengua y la regañó con una mirada de madre.

— No, cielo. Fueron ellos los que me avisaron a mí. ¿Cómo iban a perderselo?

Fue un éxito rotundo, que celebraron los más allegados yéndose de tapas por el barrio de La Latina. Para pasmo de Celia, a su padre le pareció la mar de divertido un tascorro donde los hicieron bajar a un semisótano y en el que cada cual se sentó como pudo en el poyete de una ventana o en un barril de cerveza.

La mañana del día siguiente acompañó a su madre de compras hasta que

la tarjeta de crédito empezó a echar humo, como ocurría cada vez que iba Madrid a visitarla, mientras su padre las dejó solas para poder perderse a gusto en el Museo Naval, su lugar preferido. Aunque se lo sabía de memoria, le encantaba pasar las horas muertas en aquellas salas llenas de episodios de la historia, que para eso presumía con orgullo de pertenecer a la Infantería de Marina más antigua del mundo.

Después de comer, su madre prefirió quedarse en casa, agotada tras la caminata matinal. Con la excusa de comprar unas galletas de naranja que Celia les llevaba siempre que iba a Cartagena porque en casa les encantaban a todos, ella y su padre marcharon a dar una vuelta por los alrededores de la plaza Mayor.

Al salir de la confitería, dieron un paseo entre las estatuas humanas y los turistas que poblaban la plaza.

— ¿Por qué tenéis que marcharos tan pronto? Para una vez que venís... —protestó Celia, cogida del brazo de su padre.

— Porque pasado mañana tu madre tiene cita con el oculista —informó, ofreciéndole una galleta—. Y además, mi cuerpo ya no resiste dormir en un sofá cama. Lo que tienes que hacer es venirte tú a casa unos días.

— Ahora mismo no puedo, papá. Quiero redactar el proyecto del taller infantil para el Ayuntamiento. Cuanto antes me lo quite de encima, mejor.

El hombre hizo una mueca conformista a la fuerza. Con lo que le gustaban a él su querida Cartagena y su mar. Pero las niñas le habían salido de secano, como el abuelo, que escapaba tierra adentro en cuanto tenía ocasión, cansado de ver marineritos de uniforme y de contar los barcos que entraban y salían del puerto.

— Nos veremos entonces en el pueblo, ¿no?

— Claro.

Su padre la emprendió con otra galleta.

— Tu hermana comentó que tiene que contarnos algo importante —hizo una mueca divertida—. Se ha echado novio y parece que va en serio. Pero tu madre y yo como si no supiéramos nada.

— Se suponía que era una sorpresa, por eso yo he guardado el secreto.

— Ya, pero a tu abuelo le faltó tiempo para llamarnos por teléfono.

Abrió la caja de galletas y se la acercó a Celia para que cogiese otra. Se sentaron en un banco y se comieron un par más.

— ¿Cómo es que Nico y Álvaro no estaban anoche allí en lo del libro? Celia, incómoda, se apartó el pelo de la cara.

— Lo último que sé de Nico es que estaba de vacaciones en la playa.

— ¿Y Álvaro por qué no fue?

— Porque no.

Ni él preguntó ni ella parecía dispuesta a dar más explicaciones. Aunque lo sorprendió con una duda que a Celia se le escapó de la boca.

— Papá ¿te suena el nombre de Amelia?

— ¿No era una cantante portuguesa? Tu madre aún guarda un disco suyo que compró cuando vivíamos en Ferrol.

— Esa es Amalia.

— Pues no me suena —confirmó, sin perder detalle de la expresión de su hija—. ¿Y esto a qué viene? ¡No tendrá algo que ver con Álvaro!

— Yo qué sé —murmuró echándose el pelo hacia atrás con las manos.

Su padre la observó con un montón de preguntas en la punta de la lengua.

— Álvaro es un buen chico —alegó.

— Yo también soy una buena chica. Que de momento no ha matado a nadie.

La respuesta pilló desprevenido a su padre, que rio por debajo del bigote. Otra cosa no, pero genio sí tenía su primogénita.

— ¿Te vas a enfadar si te pregunto por qué no lo pensaste mejor antes de despedirte del colegio?

— Papá, he pedido una excedencia —le corrigió.

— No me vengas con cuentos, que no tienes intención de volver.

— ¿Nunca en tu vida te has planteado la posibilidad de cambiar de trabajo?

— No.

— ¿Por qué? —preguntó mirándolo a los ojos.

— Porque hago lo que me gusta.

— Pues yo me di cuenta que de dar clases de dibujo técnico no me gustaba nada de nada.

Su padre se levantó y le ofreció el brazo para continuar el paseo. Quiso ser discreto, pero no fue capaz de callar. Así pues, con sutileza pero sin tregua, le soltó uno de sus discursos sobre la importancia de la cotización, los ahorros, la seguridad social, la pensión y la vejez a los que Celia ya estaba acostumbrada.

— Acuérdate de la cigarra y la hormiga.

— Sí, papá —admitió—. Pero piensa en lo feliz que fue la cigarra

mientras se dedicó a tocar el violín.

De nuevo se quedó mirándola, esta vez más admirado que sorprendido. Su hija no solo poseía carácter, sino que además mostraba una firmeza que muchos querrían para sí. Lo tranquilizó pensar que Celia no tenía una hipoteca que pagar ni debía nada a nadie. Además era prudente, sensata, previsora y muy organizada. Y joven, suspiró con añoranza dando otro mordisco.

— Papá, deja ya las galletas que te vas a poner...

— ¿Me voy a poner cómo? Si estoy hecho un chaval —protestó metiendo barriga; cogió una galletita y se la ofreció a Celia—. Tú come y calla. ¿No dicen los médicos que no hay que saltarse ninguna comida? Pues esto es la merienda.

— Cualquiera discute contigo.

El comentario le recordó un detalle vital. Observó la caja que llevaba en la mano. Se le veía el fondo.

— Demos la vuelta —decidió.

— ¿Adónde te apetece ir ahora?

— Volvamos a esa confitería francesa. Como lleguemos a casa con la caja vacía, a tu madre habrá que oírla.

CAPÍTULO 17: Secretos del pasado

Acababan de marcharse y ya los echaba de menos. Con añoranza, Celia leyó la nota que estaba enganchada con un imán a la puerta de la nevera, con instrucciones para que guardase las albóndigas en raciones, que si se meten todas juntas luego no se pueden volver a congelar. Su madre solo había estado tres días en Madrid y había tenido tiempo para dejarle una cazuela aún caliente en la encimera. Sus padres regresaron a Cartagena dejando tras de sí un vacío silencioso y un entrañable aroma a comida casera.

Sonó el timbre y su sorpresa fue descubrir que era la madre de Álvaro quien llamaba a su puerta.

— Hola, Julia —dijo franqueándole la entrada de par en par—. Qué sorpresa. Pasa. ¿Ocurre algo?

Celia la miró casi con envidia. Estaba guapa de verdad, vestida con un pantalón Capri muy juvenil, un bolso de colores y en los ojos su eterna raya negra para alargar la línea de las pestañas.

— Solo un minuto. Cálzate y coge las llaves del coche, que hoy conduces tú.

A Celia le extrañó, ya que su jardinero y chófer era quien la llevaba siempre a todas partes, aunque pensó que a lo mejor el matrimonio de servicio que vivía con ella estaría de vacaciones.

La madre de Álvaro debió de adivinarle el pensamiento porque no tardó en darle un pequeño adelanto del motivo de su visita imprevista.

— Esto ya ha durado demasiado. Mi hijo o está desaparecido o arrastra un humor de perros. Y a ti ya me he cansado de verte con esa cara de muerta viviente.

— Pero ¿no vas a decirme adónde vamos?

— Le pregunté a mi hijo y a regañadientes se lo sonsaqué —Celia no tenía la menor idea de qué podía haberle dicho Álvaro de las muchas cosas que podría contarle sobre ellos y su borrascosa situación—. Tú quieres saber quién es Amelia, ¿no?

— Julia, yo no sé si esto es una buena idea.

A pesar de no estar muy segura, Celia claudicó al verla tan dispuesta a llevar a cabo la misión que la había llevado hasta allí. Se arregló en un santiamén, cogió el bolso y acompañó a la madre de Álvaro, sin rechistar ni

hacer más preguntas que las indispensables para conocer la dirección que debían tomar.

Condujo por las calles de Madrid hablando de nimiedades, pero con la inquietud en mente a cerca de lo que iba a conocer y que en el fondo no quería saber si no era por boca de Álvaro. Toda aquella idea que Julia se traía entre manos le parecía poco menos que una deslealtad hacia él.

Tomaron la carretera de la Coruña en dirección a la Sierra. Al llegar a Cercedilla, Julia fue dándole las indicaciones precisas hasta que le pidió que parase ante la doble puerta metálica del cementerio. Un escalofrío recorrió a Celia de arriba abajo.

— No quiero entrar ahí. Vámonos, por favor —rogó sin apartar las manos del volante.

Julia la tomó del antebrazo.

— Ven conmigo. Ya es hora de que conozcas la verdad.

Bajaron del coche y, como una autómatas, anduvo tras ella. La vio saludar con familiaridad a un empleado que arrancaba matojos de malas hierbas. Por lo acostumbrado que parecía aquel hombre a ver a Julia, dedujo que no era la primera vez que pisaba aquel lugar. Cuando se detuvo frente a un bloque de nichos, le señaló justo el que quedaba a la altura de sus ojos. Al ver que el retrato de la lápida correspondía a una mujer madura, a Celia se le hizo un nudo en el estómago porque sospechaba que Julia tenía intención de revelarles una antigua infidelidad cometida por su marido.

— Esta lápida es el último gasto que costeó mi hijo. No hubo ni habrá más. Y esto que ves aquí es cuanto queda de Amelia Martínez Espín —dijo acariciando el retrato ovalado de una mujer de edad similar a la suya—. Una fotografía y unas letras doradas sobre mármol pulido.

Celia leyó la inscripción. Llevaba enterrada menos de un año.

— ¿Quién era? —preguntó con un hilo de voz.

— Mi mejor amiga —reveló—. Hasta que dejó de serlo. O mejor dicho, hasta que yo traicioné nuestra amistad.

— ¿Qué pasó?

Julia la miró de frente.

— Le robé al hombre al que amaba.

Celia se quedó sin habla. Aquella revelación daba un giro rotundo a sus sospechas. Cerró los ojos intentando adivinar la relación entre la mujer que yacía allí enterrada con el hecho de que Álvaro llevase años haciéndose cargo económicamente de sus gastos. Por lo que había llegado a deducir de las

insinuaciones de Guillermo, si no de todos sus gastos, sí de una buena parte.

— No sé si quiero saber más de todo esto.

— Estate tranquila, que no hay nada escabroso en esta historia.

Celia miro a su alrededor. Sobre las tapias descollaba la silueta bellísima de los Siete Picos coronando la sierra de Guadarrama. Allí todo era calma, solo se oía el trino de los gorriones que buscaban la sombra en las copas de los cipreses. Hay quien opina que en los cementerios se respira paz. Para Celia, en cambio, solo era un lugar que encerraba tristeza, dolor y soledad.

— Pues cuéntamela si quieres. O no me la cuentes, da lo mismo —opinó cogiendo a Julia del antebrazo—. Pero te lo ruego, vámonos de aquí.

De nuevo fue Julia quien decidió el lugar. Celia condujo de regreso. Pararon en El Escorial y se sentaron en la terraza de una heladería. Fue en una mesa apartada, ante dos granizados de limón como únicos testigos, donde la madre de Álvaro se sintió cómoda para iniciar por fin el relato de unos hechos que sentía la necesidad de confesarle a Celia, aunque no tenía por qué hacerlo.

— Amelia y yo fuimos juntas al colegio. Cuando yo empecé a estudiar Secretariado, dejamos de vernos con tanta frecuencia, aunque nunca perdimos el contacto. Nos enviábamos una tarjeta de felicitación cada cumpleaños y postales en Navidad —bajó la vista y sonrió—. Detalles que ahora parecen pasados de moda.

Celia no se atrevió a interrumpir. Se dejó llevar de la mano por aquel viaje hacia el pasado y conoció, a través de los recuerdos de Julia, a esas princesas que dedicaban canciones en la radio, leían fotonovelas y crecieron soñando con un mágico mundo de colores que solo podían ver en una tele en blanco y negro.

— Eran los años setenta, y nosotros, muy jóvenes. Todo nos parecía posible —resumió jugueteando con la cucharilla—. Una tarde Amelia me llamó muy ilusionada. Quería presentarme a su novio. Quedamos para el sábado, él llevaría un amigo. Ya sabes, para que fuese mi pareja. Ese día conocí a Alberto.

A Celia no le hizo falta preguntar. Por lo que le había adelantado en el cementerio, supo que el que luego sería su marido y padre de Álvaro no era aquel chico con el que la emparejaron aquella tarde por compromiso, sino el novio de su amiga.

— Los chicos nos llevaron a la discoteca Jota Jota, que entonces estaba

muy de moda, en Callao. No se me olvida.

Entre sorbos de granizado, las dos se metieron en la espiral de la psicodelia. Celia los vio bailar los ritmos *pop* bajo los destellos de una bola de espejos. Ellas con botas de charol, minifalda y collares largos. Ellos con pantalón de campana y camisas de estampados imposibles. Juegos de miradas descaradas y risas disimuladas, de sí pero no, de besos con sabor a naranja y Licor 43.

— La cita con Miguel fue un fracaso. Aquel chico no estaba por mí, la que de verdad le gustaba, y mucho, era Amelia —continuó Julia—. Ella fue a saludar a unas amigas y Alberto aprovechó para bailar conmigo. «Esta tarde he conocido a la mujer de mi vida», me dijo. Y era verdad.

Le contó que a ella no le importó romper ese pacto de oro que dicta que el novio de una amiga es intocable. Durante un mes, Alberto y ella alternaron los remordimientos con las citas furtivas, las promesas selladas con los besos y las caricias a escondidas, hasta que él rompió con Amelia.

— Ella dejó de hablarme, pero meses después me perdonó e hicimos las paces —admitió—. No lo querría tanto, digo yo.

Celia empezaba a sacar conclusiones. Sobre el relato de Julia planeaba la sombra de la mala conciencia.

— Perdóname si la pregunta te parece indiscreta, pero ¿qué tiene que ver Álvaro en todo esto, si ni siquiera había nacido?

— Con nuestra riña de amigas, nada en absoluto —afirmó—. Lo entenderás cuando te cuente todo lo que ocurrió después. Por aquel entonces Álvaro y Miguel se habían asociado, con el respaldo económico de mi suegro. La fábrica no era ni mucho menos lo que es ahora, pero salían adelante muy bien. No sé si Miguel lo hizo con intención de ganarse la admiración de Amelia, el caso es que le dijo a mi marido que quería establecerse por su cuenta. Alberto le compró su parte de la sociedad, y con ese dinero Miguel alquiló una nave y la maquinaria para poder empezar a fabricar. He de decirte que mi marido no lo lamentó. Cuando nos casamos, me confesó que tenían una visión tan distinta de lo que era llevar un negocio y que, de haber continuado con la sociedad a medias, habrían acabado mal.

— ¿Y lo consiguió? La admiración de Amelia —aclaró Celia.

Julia asintió despacio.

— Y tanto que lo consiguió. Amelia empezó a verlo con otros ojos. Se enamoró de él y me consta que se quisieron con todo el corazón. En cuanto a Miguel, cometió un error que mi marido no le perdonó nunca. Se llevó la

cartera de clientes e inició una competencia sucia basada en hablar mal de él y en reventar los precios —pensativa, removió el granizado con la pajita y dio un par de sorbos antes de continuar—. ¿Tú sabes qué distingue un chocolate de otro?

— No sé, ¿el sabor? —aventuró.

Julia premió su acierto dándole un par de afectuosas palmaditas en la mano.

— El sabor —enfaticó para recalcar la importancia del concepto—. Y este depende de la fórmula y la calidad. Entonces los reyes del mercado eran Nestlé y Elgorriaga. Los pequeños solo tienen un modo de dejarse ver entre los grandes y ganarse la fidelidad del consumidor: distinguirse de todos los demás mediante una buena imagen de marca y un producto de calidad, no buena, sino excelente —y al decirlo, se sonrojó. No pretendía dárselas de entendida, por eso se apresuró a justificarse ante Celia—. Desde que Alberto murió voy poco por la fábrica, pero no he olvidado lo que aprendí a fuerza de escucharlo a él.

Celia lamentó el velo de tristeza que empañó la mirada de Julia al recordar esas vivencias compartidas con su marido.

— Os quisisteis hasta el final, ¿verdad?

— No hay final —murmuró.

Fue una manera de decir que sus sentimientos eran los mismos aunque él ya no estuviera. Respiró profundamente y dio un nuevo sorbito al limón helado que empezaba a licuarse por culpa del calor.

— Lo que quiero que entiendas es que Miguel no obró con visión de futuro. Al bajar los precios se vio obligado a bajar la calidad. Eso funciona al principio, hasta que el cliente deja de hacer pedidos porque el gusto del consumidor es el que manda.

— El precio es importante.

— ¿Nunca has oído el dicho «lo barato es caro»?

— Mi madre lo dice continuamente.

— La gente prueba las gangas, pero después de un tiempo acaba comprando lo que de verdad satisface sus gustos. En el sector de la alimentación es donde la clientela es más fiel y donde las imitaciones rara vez funcionan, porque es difícilísimo engañar al paladar.

Celia tuvo que reconocer cuánta verdad había en esa teoría. El chocolate, más que un alimento, es un premio. Una forma de placer. Y como en todo capricho, nos dejamos llevar por los sentidos y no por el bolsillo.

— Entonces, ¿a Miguel no le fue bien? —dedujo de las palabras de Julia.

— Con el paso de los años, la fábrica de mi marido crecía y se consolidaba en el mercado con la misma rapidez con que la suya se iba a pique por un mal enfoque y una peor gestión. Nosotros ya estábamos casados, ellos lo hicieron poco después. Ni ellos vinieron a nuestra boda ni nos invitaron a la suya. Fue pasando el tiempo y ellos no tuvieron hijos. Debía tener Álvaro unos doce años cuando Miguel se presentó una mañana en el despacho de Alberto. Los bancos no le daban crédito y estaba ahogado por las deudas. Mi marido le prestó la suma que necesitaba, que era bastante dinero.

— Un bonito gesto.

Julia se puso repentinamente seria y alzó la barbilla, preparada para recibir una muestra de censura por parte de Celia.

— No lo fue. Mi marido se limitó a darle cuerda para que se ahorcara él solo.

Se hacía tarde. Celia propuso regresar a Madrid, ya que no quería demorar la redacción del proyecto del taller. Como poco, planeaba tener un borrador antes de marcharse a Tarabán, viaje que no podía aplazar, ya que debía acudir por fuerza a la reunión con el notario. Si Julia no tenía inconveniente, por el camino podía seguir con la historia de Amelia, porque lo cierto es que todavía no veía la relación entre Álvaro y los hechos que su madre acababa de revelar.

— Ya puedes imaginar qué ocurrió. Miguel y Amelia vieron todos sus bienes embargados, incluso la casa y los dos coches. Y mi marido no solo no hizo nada para impedirlo, sino que se quedó con la fábrica de Miguel. Lo dejó sin nada.

— Me cuesta creerlo.

Julia elevó los hombros.

— Mira, Celia, antes de juzgar debes saber que en los negocios las decisiones se toman con la cabeza fría. Si dejas que el corazón te gane la mano, mal asunto —alegó para defender la memoria de su marido—. Aunque no te voy a negar que a Alberto esa decisión le pesó toda su vida, porque el negocio no justificaba lo que hizo. El dinero no le hacía falta, ni aquella fábrica pequeña y hundida que acabó desmantelando y vendiendo a piezas. Saberse culpable de la ruina de otra persona fue una espina que nunca dejó de

dolerle. Entre otras cosas, porque Miguel murió de un infarto pocos meses después de que todo esto sucediera.

— La mala gestión fue el motivo de su ruina. Y ante un ataque al corazón es absurdo buscar culpables.

Julia se miró las uñas. Bien lo sabía porque, bromas del destino, así había perdido también a su marido.

— Amelia se quedó en la calle, con una pensión que no le alcanzaba ni para pagar un alquiler. Imagina las agallas que se necesitan para presentarte en el despacho del «enemigo» y pedir auxilio.

Tal como le fue contando, Celia pudo imaginar a aquella mujer que todo lo había perdido, cómo rehusaba sentarse y con la cabeza alta le exigía al hombre al que un día amó y que consideraba responsable de toda su desgracia, que tuviese un gesto, si no de decencia, de humanidad. Julia concluyó el relato diciéndole que su marido, mientras vivió, se hizo cargo del alquiler de un piso en Cercedilla y de todos los gastos corrientes de Amelia.

— Cuando Alberto nos dejó tan de repente, Álvaro, como puedes imaginar tuvo que ponerse al día de todo. Andrade le explicó a qué obedecían aquellos gastos periódicos. Y mi hijo, como es natural, vino a pedirme explicaciones, dado que este, por discreción, se negó a decirle más.

Celia supo que el Andrade que acababa de mencionar era el contable de los Siurana de toda la vida, el padre de Guillermo. Y reflexionó sobre lo distintos que eran el uno del otro, dada la muestra de fidelidad de aquel con el que fuera su jefe, a pesar de que había fallecido.

— Y le conté a mi hijo esta historia tal como acabo de contártela a ti — dijo para finalizar—. Álvaro no podía creerlo, se enfadó muchísimo al enterarse de todo de un modo tal brusco y no de boca de su padre, a quien ya no podía pedir explicaciones. Avergonzado por unos hechos en los que no tenía arte ni parte, dio orden de continuar con los pagos. Y siguió haciéndose cargo de los gastos de Amelia, hasta que ella murió hace unos meses.

— No entiendo por qué no me lo dijo.

— Mi hijo descubrió que su padre no era el héroe al que admiraba — alegó con un suspiro—. No es fácil confesar, por mucha confianza que haya, que alguien a quien quieres tanto en un momento de su vida no se comportó como el caballero y el hombre honesto que era.

Durante el resto del camino apenas hablaron. Celia condujo inmersa en sus propios pensamientos, y Julia no quiso molestarla. Ya en Somosaguas, cuando la dejó en aquella casa enorme y la vio tan sola, se le ocurrió la idea.

— Julia, el lunes me marchó a Tarabán. ¿Por qué no te vienes conmigo?
Ella sacudió las manos para que no insistiese.

— Uf, hija, quita, quita... —rehusó—. Hace años que no abro la casa de la plaza y para unos pocos días no me apetece nada ponerlo todo patas arriba.

No era esa la idea de Celia, no pretendía que se alojase en el caserón familiar que desde la muerte de su marido se utilizaba muy de tarde en tarde.

— Quédate con nosotros —le ofreció, animándola—. Tenemos dormitorios de sobra. Además, a Susana y al abuelo les encantará tenernos a las dos allí, con lo aburridos que deben de estar de verse las caras todos los días.

Julia le dio un beso en la mejilla, agradeciéndole la invitación con infinito cariño.

— Sin mi marido ya no es lo mismo. Son tantos los buenos recuerdos y él era tan feliz cada vez que volvíamos a su tierra que, ahora que ya no está, es en Tarabán donde más lo echo de menos —confesó con tristeza.

Antes de despedirse, Julia le aseguró que a lo mejor una mañana cambiaba de idea y se presentaba en el pueblo por sorpresa.

Celia se fue más tranquila al verla recobrar el alegre optimismo de siempre. Condujo hasta Madrid con la cabeza confusa. Entendía que Álvaro hubiese cargado con el legado de reparar el daño, pero consideraba absurdo que se avergonzase de una decisión que él no había tomado. Por muchas vueltas que le dio, solo llegó a la conclusión de que habría preferido continuar ignorando toda aquella historia. Sentirse una fisgona era una sensación odiosa.

CAPÍTULO 18: No es fácil decir «lo siento»

Celia se encerró durante cuatro días, dedicada en cuerpo y alma a la redacción del proyecto. Y pasado el fin de semana, con el nuevo día, al pensar en la historia de Amelia Martínez que Julia le había contado, vio las cosas de otro color. Ese lunes saltó de la cama convencida de la inutilidad de lamentarse por algo que no tenía remedio y se dijo que el «síndrome de la preguntona arrepentida» se le pasaría con el tiempo. Durante la ducha matinal se prometió que a partir de entonces viviría el momento presente. Ya había perdido seis años indecisa por miedo al futuro y con la rémora en la cabeza de unos hechos que pertenecían al pasado.

Bajó a la cafetería de la esquina, necesitada de café calentito y bollos recién hechos. Desayunó con calma y se dio un homenaje con un segundo bollo de azúcar mientras ojeaba el periódico de la casa. Pasó rápido las páginas de política, leyó por encima el resto de los titulares y se entretuvo con una columna de opinión que hablaba de una montaña rusa, una llamita optimista entre tanta negrura de noticias deprimentes. Aquellos cinco párrafos le devolvieron la sonrisa al evocarle el día en que Álvaro la montó por las buenas en aquella atracción demencial de la torre Stratosphere de Las Vegas. Celia alzó su taza y brindó con café con leche por aquel periodista o lo que fuera, porque con su artículo había conseguido alegrarle el día.

Ya en la calle, caminó hacia el garaje con la sensación de haber hecho las paces consigo misma. Metió la mano en el bolso para sacar las llaves del coche y, al palpar el móvil, sintió la necesidad de disculparse con Nico. En Las Vegas no hizo otra cosa que despotricar contra él, sin tener en cuenta ni una vez el importante regalo que le había hecho con aquel viaje. Lo llamó pero no obtuvo respuesta. Hacía días que no contestaba a sus llamadas. Le envió un *whatsapp*.

Nico: ¿Se te ha tragado la tierra? ¡Llámame! Y no olvides que te quiero, ¿vale? Kiss.

Se hizo a un lado para que no la atropellara una bicicleta y, cuando la rebasó, observó divertida el juego que se traía el ciclista con una chica. Debían de tener la edad de sus alumnos. Pensó que las cosas no habían cambiado tanto, porque se vio a sí misma con catorce años aquel verano en que unos franceses alquilaron una casa en Tarabán. Ella y las amigas se

dedicaban a pasear calle arriba y abajo con los chicos nuevos pegados a los talones. Ellos hacían esos con las bicis para ir a su paso y les decían cosas en francés que sonaban muy picantes, mientras los chavales nativos y veraneantes del terreno vigilaban desde lejos con cara de cabreo.

Miró el reloj y apretó el paso. Ya había cargado la maleta en el coche, pero no pensaba marchar de Madrid sin reconciliarse con Álvaro, y eso era algo que no podía hacer por teléfono.

Cuando Carmina, la secretaria de Álvaro, le indicó que pasase al despacho, Celia pensó que allí tenían demasiado fuerte el aire acondicionado. Al ver a Álvaro con camisa de manga larga y corbata, no le extrañó. Ella, en cambio, con el vestido de tirantes casi estaba tiritando.

Al verla no se levantó, pero con un gesto le indicó las butacas del otro lado del escritorio, invitándola a sentarse.

— Llegas en mal momento —avisó.

Ante semejante recibimiento, optó por quedarse de pie. Le dolía su frialdad, pero aún le resultaba más duro tener que fingir que no le afectaba.

— Solo será un segundo —dijo, obligándose a no perder el aplomo—. ¿Sabes algo de Nico? Es como si hubiese desaparecido del mapa.

— No ha desaparecido del mapa.

Celia comprendió que Álvaro sí sabía de él, pero que no tenía intención de revelarle su paradero.

— No entiendo por qué no coge el teléfono.

— Si no da señales de vida, sus motivos tendrá. ¿No se te ha ocurrido pensar que necesita alejarse, desconectar de todo y estar solo?

Celia desvió la mirada.

— Me cuesta creer que necesite algo así. La soledad es un asco.

Sí, lo era. En ese momento habría deseado que Álvaro la invitase a sentarse en sus rodillas y la envolviese en sus brazos. Pero él se limitó a tabletear con el bolígrafo sobre el escritorio.

— Mira, Celia, ahora mismo estoy muy ocupado. Si te parece, esta noche cenamos y hablamos tranquilamente.

— No. Tengo la maleta en el coche y no voy a retrasar el viaje —informó, decepcionada pero sin perder la calma—. Pero no puedo marcharme a Tarabán sin decirte que lo siento

Por primera vez, Álvaro le dedicó toda su atención.

— ¿Qué sientes?

— Lo siento todo.

— Ya.

— Siento haber dudado de ti, siento todas las estupideces que nos dijimos en Las Vegas y, sobre todo, siento haber sacado conclusiones equivocadas desde que escuché por primera vez el nombre de Amelia. Porque ahora que conozco la historia, preferiría no haber hecho preguntas.

La mención de aquel nombre maldito aumentó el enfado de Álvaro.

— ¿Quién te lo ha contado?

— Tu madre, pero por favor, ni se te ocurra echarle nada en cara.

Observó en la pared que quedaba a espaldas de él la acuarela que ella misma le regaló. De refilón estudió su expresión distante; qué lejanos parecían en ese momento los días de Brighton.

— Mi madre intentando arreglarle la vida a alguien, qué cosa más rara —ironizó.

Celia miró el reloj y decidió no perder más tiempo. Si tenía el día antipático, no ganaba nada enfadándose ella también.

— No te molesto más. Adiós, Álvaro.

— Espera, ¿te marchas al pueblo ya mismo?

Le extrañó que lo dijese con el ceño arrugado y los ojos fijos en sus pies. No supo si desaprobaba sus sandalias nuevas o el color de la laca de uñas.

— En cuanto salga de aquí. Mis padres acudirán allí en un par de semanas y tengo ganas de estar con los míos.

— Los tuyos —meditó—. ¿Y yo qué soy?

Celia no tenía el cuerpo para escenas románticas. Álvaro sabía a tan bien como ella que no se deja de amar de un día para otro.

— Odio la idea de quedarme en Madrid con este bochorno —alegó en lugar de contestar—. Además, tú estás muy ocupado y ahora mismo no soporto estar sola.

En vista de que ella no lo hacía, Álvaro se encargó de responder a su propia pregunta.

— ¿Por qué no me invitaste a la presentación de tu libro?

Ella no dijo nada. Los dos sabían por qué estaba entonces tan enfadada con él, sobraba nombrar a Mariví y la boda de marras. Aun así, Álvaro continuó.

— Tuve que enterarme por mi madre cuando ya había pasado —la increpó. Celia dejó que la sermoneara—. Tu primer acto importante, un momento tan especial para ti y que no volverá a repetirse. Y yo me lo he

perdido.

— Si te consuela saberlo, la más perjudicada soy yo. Porque te necesitaba a mi lado y te eché tanto de menos esa tarde que nunca me perdonaré el no habértelo dicho.

A Celia le habría gustado escuchar alguna palabra amable, pero era evidente que Álvaro no estaba para ternuras ese día.

— Antes de que te vayas necesito saber una cosa. ¿Cómo te enteraste de la existencia de Amelia?

— Se acabó el remover en el pasado.

— ¿Fue Guillermo?

— ¿Y qué más da ya?

— ¿Fue él?

Celia no se achantó. Había empezado la jornada con una sonrisa y no iba a permitir que el mal humor de Álvaro le amargara el día.

— Se me hace tarde. Si quieres algo de mí, ya sabes dónde encontrarme.

— Cuidado con la carretera. Y llámame cuando llegues a Tarabán.

El hecho de que se despidiera dando órdenes la hizo sonreír.

— ¿Y eso por qué?

— Porque me preocupo por ti.

Menos era nada. Si era su manera de decirle que la amaba, de momento se conformaba con tan poco.

Álvaro tenía la sensación de que Celia lo había creído solo a medias. Y le molestaba, porque era verdad que ese día estaba muy ocupado.

A parte de la irritación que le produjo al refrescarle el asunto de Amelia, que el ya daba por cerrado y relegado al rincón más remoto de su memoria, no se le había pasado el disgusto por lo de la presentación del libro. Ni se le pasaría, porque de momento esa era una afrenta que no dejaba de dolerle, aunque reconocía que le había dado motivos para que no quisiera saber de él con la estúpida venganza de la falsa boda.

Enfadados o no, Celia no sospechaba la verdadera razón de su incomodidad al verla entrar en el despacho. Estaba esperando al nuevo creativo con el que acababa de contratar las campañas publicitarias y por poco no coincidió con él. Álvaro no quería que Celia descubriese algo importante que tenía que ver con ella y que todavía no quería revelar.

Prestó atención al interfono.

— Don Álvaro, ya ha llegado Raúl Sales.

— Gracias, Carmina. Hazlo pasar.

Se levantó para recibirlo y lo invitó a sentarse en torno a la mesa redonda del rincón. Se trataba de Raúl, un publicista que le había recomendado precisamente Carmina, sobrino de una amiga. Solo hacía dos años que había acabado los estudios, pero empezaba a despuntar gracias a la campaña televisiva realizada para una empresa heladera alicantina que apostó por su talento cuando aún era un estudiante, empresa que además era cliente de Chocolates Siurana, ya que ellos les suministraban la cobertura y las cremas de cacao. Álvaro se había reunido con él nuevo publicista una semana atrás. Le pareció muy joven, pero quedó tan gratamente impresionado por el espíritu emprendedor y la ilusión que le ponía a su trabajo que decidió contratar sus servicios de inmediato.

— ¿Has traído aquello que me comentaste?

Raúl señaló una caja que había dejado sobre la mesa. Y Álvaro lo apremió con la mano, deseoso de ver el resultado.

— Estoy seguro de que va a ser un éxito. Ya te dije que se me ocurrió porque mi abuela aún guarda las cosas de la costura en una caja de metal de... —titubeó, con toda la intención—. Aquellas que regalaban con ese cacao soluble. Y ya ves si han pasado años.

Álvaro disimuló la sonrisa por el detalle. Era joven pero aprendía pronto. A lo mejor venía advertido por Carmina, pero le sorprendió muy gratamente que cumpliera con la regla de oro que imperaba allí —manía que Álvaro había heredado de su padre— de no pronunciar nunca el nombre de la competencia.

— Este tipo de objetos que el cliente considera un regalo son la mejor publicidad para una marca —añadió, abriendo la caja de cartón.

— A la gente le da pena tirarlas y en seguida le dan otro uso —opinó Álvaro, mientras Raúl extraía el contenido.

— Exacto. Y durante años y años, cada vez que abran el armario, ¿qué verán?

Le puso delante la respuesta. Una caja metálica rectangular del tamaño idóneo para contener seiscientos gramos de bombones. Álvaro contempló el dibujo del balneario al pie del cual habían incluido el rótulo con una historiadada letra cursiva. Incluso se distinguía el puesto donde Nico, Celia y él compraban las barras de caramelo Brighton Rock que a ella le encantaban porque, por mucho que chuparas, nunca dejabas de leer el nombre en su interior.

— El nombre de Chocolates Siurana —respondió orgulloso a la pregunta de Raúl, ya que la decisión de utilizar ese dibujo tan especial y no otro había sido suya.

— ¿Qué te parece?

— Me gusta. Me gusta mucho —reconoció.

Recorrió con el dedo la especie de cinta que, haciendo volutas, subía por los laterales y enmarcaba el dibujo central. El diseño, a imitación de las cajas antiguas, combinaba las letras y la acuarela de Celia con un gusto soberbio.

— Entonces, ¿seguimos con la idea de una colección de cuatro?

Dejando a un lado el sentimentalismo, Álvaro lo miró a los ojos para retornar a la crudeza materialista del mundo de las ventas.

— ¿Tú qué opinas?

— Ya te lo dije. Septiembre y octubre son la época de los coleccionables. Si no se encaprichan de todas, al menos de una seguro que sí.

— Que sean cuatro.

— ¿Has decidido algo sobre el diseño de las otras tres?

Álvaro hizo un cálculo mental. Hasta dentro de varios días no vería a Celia, y ese era un encargo que quería proponerle en persona.

— ¿Puedes esperar unas semanas?

— Sí, claro. No vamos a lanzarlas todas a un tiempo. Lo primordial es que estén las cuatro en el mercado para la campaña de Navidad.

Álvaro estuvo de acuerdo. Era uno de los periodos fuertes del año para la venta de bombones.

— Perfecto.

Álvaro almorzó poco y a la fuerza. El escollo que aún le quedaba por sortear ese día era tan sencillo como desagradable. Hacía tres horas que Celia se había marchado, tiempo suficiente para aclararse las ideas. Solo cuatro personas, además de él, estaban al tanto de los pagos realizados en vida de Amelia Martínez. Su madre había guardado silencio hasta hacía pocos días. Por la discreción de Carmina pondría la mano en el fuego. Y de la fidelidad de Andrade, recién jubilado, no albergaba dudas.

Pero la negativa de Celia a responder no hizo sino confirmar su sospecha de que había sido Guillermo quien le llenó la cabeza de chismes. Todo encajaba; un tipo que tenía interés en ella, que la llamaba por teléfono —había podido comprobarlo con sus propios ojos— y que tenía acceso a los documentos que su padre, con el celo de un empleado de los que ya no

quedan, se llevaba a casa para adelantar trabajo. Además no era de extrañar que al bueno de Andrade se le escapase algún comentario sin mala intención y que su hijo lo cazara al vuelo para usarlo en beneficio propio. A partir de ahí debió de escudriñar en los documentos que le quedaban a mano.

Álvaro no era su padre, pero había heredado buena parte de su carácter. Y si en algo coincidía con este era en que no perdonaba la deslealtad. Cuando regresó a la oficina, Guillermo ya llevaba un cuarto de hora en el sofá de las visitas de la antesala.

— Siento haberte hecho esperar —se disculpó, aunque en esa ocasión no lamentaba su impuntualidad.

— Tranquilo, he aprovechado para poner al día el correo.

Entraron al despacho y Álvaro se sentó en su sillón antes de revelar el motivo de su presencia en la fábrica. Quería hablar con él frente a frente. Guillermo también tomó asiento, al otro lado del escritorio.

— Si me has hecho venir, es porque tienes clara la campaña de Navidad —aventuró contento, haciendo conjeturas ante aquella cita cuyo porqué Álvaro no había querido adelantarle—. ¿Me equivoco?

— No te equivocas —concedió, con una sonrisa breve y fría—. De hecho, has dado en el clavo. Tengo absolutamente clara la campaña navideña.

Álvaro notó que el tono tajante de su aseveración, que anulaba cualquier sugerencia creativa por parte de Guillermo, no fue del agrado de este.

— Pero no es de eso de lo que quería hablar contigo —se apresuró a añadir antes de que la conversación derivara hacia propuestas publicitarias que no le interesaba escuchar.

— Tú dirás.

Álvaro lo observó durante una brevísima pausa que logró poner nervioso a Guillermo, aunque era de los que disimulaban bien.

— ¿Y tu mujer?

— Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo con una risa incrédula—. ¿Me has traído para hablar de Blanca?

— Era una pregunta de cortesía, hace mucho que no la veo.

— Está en Cullera, con sus padres —informó; e, incómodo, se pasó la mano por la nuca.

Álvaro imaginó que el veraneo a distancia suponía una tregua como pareja, puesto que sus intermitentes peloterías eran un secreto a voces.

— Tengo entendido que últimamente te interesas mucho por Celia.

Se abstuvo de decirle que sabía a ciencia cierta que ese interés duraba ya

varios años. Del lenguaje corporal de Guillermo dedujo que acababa de ponerse en guardia.

— Es una mujer libre, ¿no?

— Pero tú no.

— Libre a medias —puntualizó—. De todos modos, no entiendo tu interés, cuando hace años que Celia no tiene nada que ver contigo.

— Curiosidad.

Guillermo debió de tomárselo como una derrota por parte de Álvaro, porque este lo vio enderezar la espalda como si se creciese.

— Tampoco creas que he tenido que insistir demasiado —aclaró—. No es por presumir, pero a ella parece que también le intereso yo.

Sucia, sucia, sucia mentira. Si de algo estaba seguro era de la honestidad de Celia. Y ella no se molestaba en ocultar la tirria que le tenía a Guillermo Andrade.

— ¿Le hablaste tú de Amelia? —preguntó, harto ya de dar rodeos.

— ¿Amelia? No creo —dudó mirando al techo—, ese nombre no me suena de nada.

Álvaro contuvo las ganas de saltar por encima de la mesa y trincarlo por el cuello cuando vio su sonrisa desafiante. Se repantigó mejor en el sillón y, con la vista fija en el tarro de los lápices, trató de encontrar las palabras adecuadas para poner fin a aquella pantomima.

— Tengo la sensación de que me ves como a una especie de tonto.

— Me ofendes si piensas eso —lo contradijo al instante—. Siempre te he considerado un tipo listo.

— No es para tanto —objetó—. Vamos, Guillermo, me interesa mucho la opinión que tienes de mí. Mírame bien y dime qué ves.

Y disfrutó al ver su cara de sorpresa.

— Veo a mi mejor cliente —confesó, inquieto.

Una vez que escuchó las palabras que quería oír, Álvaro disparó a matar.

— Pues acabas de perderlo.

Celia se marchó a Tarabán con ganas de que la mimaran, y sus deseos se vieron cumplidos de la peor manera. Algún tipo de virus estomacal debió de incubarse porque en cuanto llegó no pudo hacer otra cosa que meterse en cama, con fiebre, vomitonas e incapaz de tolerar alimento sólido. Susana cuidó de ella y tuvo que batallar con el abuelo para mantenerlo alejado del dormitorio de la nieta enferma, ya que por nada del mundo quería que se contagiara.

A pesar de lo mal que se encontraba, a Celia la llenó de alegría saber que Susana iba a casarse. Su futuro cuñado le pareció una excelente persona y, viendo que hacía feliz a su hermana, le cogió cariño desde el primer minuto.

Durante las muchas horas que pasó en aquella cama, Susana le explicó que Javier tenía espíritu de estratega. Para presentar formalmente a sus respectivos padres, planeó un encuentro de matrimonios baturros a mitad de camino entre Huesca y Cartagena. Y para ello contrató alojamiento para seis en un hotel del parque temático Port Aventura durante el fin de semana anterior. A Celia por poco se le salen los ojos de las órbitas al ver las fotos de su padre, mano a mano con su futuro consuegro, montados los dos en el espeluznante Dragón Khan. Susana le explicó que las dos madres simpatizaron de inmediato, ya que ambas sabían los sacrificios que suponía estar casadas con hombres de uniforme. Celia creyó que Susana bromeaba cuando le dijo que la madre de Javier le había enseñado a la de ellas a usar el *whatsapp*. Y que, como su teléfono era una castaña desfasada, fueron juntas a comprar uno de última generación y desde entonces se pasaban la vida pegadas al móvil planeando la boda, para tranquilidad de sus maridos, que las veían entretenidas sin sufrir por la factura.

Delante de su hermana a Celia se le saltaban las lágrimas de alegría al verla feliz. Cuando se quedaba sola, se dejaba dominar por su innata tendencia al drama, hundía el rostro en la almohada y lloraba de rabia por culpa de aquel virus que la hacía sentirse desdichada a más no poder.

— Celia, el teléfono. Es Álvaro —la avisó Susana; ella levantó la cabeza, somnolienta—. ¿Quieres que le diga que llame más tarde?

— No, no, trae —pidió alargando el brazo.

Se tumbó de nuevo boca arriba y se lo acercó a la oreja. Vio que Susana se iba y le pidió con gestos que cerrara la puerta.

— Hola, Álvaro.

— Aún estoy esperando una llamada tuya.

— ¿Cómo?

— Podía haberte pasado cualquier cosa.

Con lo mal que se encontraba, malditas las ganas que tenía de peleas telefónicas.

— He hecho veinte veces o más el mismo camino, ¿qué iba pasarme?

— Las sandalias —indicó en tono acusador—. Esas cuñas de medio metro que llevas no son el calzado más adecuado para conducir.

Celia se llevó la mano a la frente al borde de la desesperación.

— No puedo creer que me salgas con semejante chorrada, Álvaro.

— Podías haberme llamado.

— Sí, podía. Pero se me pasó. ¿Has llamado para discutir? Porque si es así, te cuelgo ahora mismo.

— No cuelgues. De acuerdo, reconozco que el otro día cuando viniste a mi despacho no estuve demasiado simpático.

¡Milagro! ¡Una disculpa!

— Fuiste muy antipático —corrigió ella.

— ¿Qué pasa? ¿Tienes el día torcido?

Ella se prohibió decirle nada del virus, no fuera encima a soltarle que era uno de sus dramas.

— El otro día lo tenías tú, hoy lo tengo yo. Así son las cosas.

— Estaba muy liado, ya te lo dije —hubo un silencio incómodo—. Me ha llamado tu abuelo.

— Sí, ya lo sé. A Nico no ha habido manera de localizarlo, le hemos dejado a Carolina el recado del notario para que lo avise en cuanto dé señales de vida. ¿Vendrás unos días antes?

— No, tengo que ultimar antes unas cosas en la fábrica. Llegaré el mismo viernes.

— Pues nos veremos entonces.

— Quiero decirte algo importante, así que, por favor, escúchame.

— ¿Sí?

— Respecto a lo que pasó en mi despacho, quiero que sepas cuánto te admiro por ello. Se necesita mucho valor para pedir perdón.

— Cosa que tú haces tarde, mal y nunca.

— Muchas gracias, es justo lo que necesitaba oír.

Celia no tenía su mejor día. No estaba para sutilezas ni para retener dentro un asunto que le revolvía la bilis de tanto callárselo.

— Aún estoy esperando que te disculpes por lo mal que me hiciste sentir en el aeropuerto cuando supe lo de tu boda y ni siquiera tuviste el valor de decírmelo —soltó con inquina.

— ¿Tengo que recordarte una vez más quién empezó con esta estupidez de la boda en Las Vegas?

— No, Álvaro, no hace falta. Ya me acuerdo yo sola. Hala, adiós.

— Eh, espera que no he acabado...

Celia colgó.

Tres días tardó en recuperarse a medias. Susana la animó a salir un rato para que le diera el aire y juntas pasearon hasta las viñas que fueron del difunto padrino.

— En el fondo me alegro de que este asunto de la herencia acabe de esta manera. Se ha casado, así que todo será para él —comentó Celia contemplando las hileras de cepas—. Pero conozco a Álvaro, sé que no lo venderá.

— Y al final el pueblo se quedará tranquilo y todos estaremos contentos —añadió Susana—. Todos menos tú.

— No creas. He tomado una decisión. Ilustrar esa antología de cuentos ha sido el primer paso. Ahora solo tengo que armarme de paciencia, tantear a cientos de editoriales y cruzar los dedos.

— Lo lograrás, seguro.

— Puede que suene presuntuoso, pero estoy convencida de que sí —afirmó con sinceridad—. Pensé en el dinero como en un salvavidas de seguridad que me permitiera despedirme del colegio.

— Papá puede echarte una mano.

Ella sacudió la cabeza, desechando la idea de pedir ayuda a sus padres.

— Tengo algo ahorrado y he pedido una excedencia larga. Ya va a siendo hora de que me lance al vacío sin red —alegó—. Voy a intentarlo, Susana. Por un lado tengo la tranquilidad de que cobraré por el taller de ilustración, menos es nada. Y si las cosas se tuercen, siempre podré volver a la enseñanza. Llevo demasiado tiempo fingiendo ser lo que no soy por miedo a defraudar a papá y a mamá. A ti te ha sido siempre más fácil tenerlos contentos.

Susana se encogió de hombros con una sonrisa.

— Cuando creces heredando la ropa de tu hermana mayor, las muñecas, el chándal del colegio, los zapatos y mil cosas más sin rechistar porque eres la pequeña, aprendes a conformarte, y hasta una bicicleta vieja con la pintura pelada te parece el mejor premio del mundo —evidenció como algo natural—. He aprendido a ser feliz sin pedirle grandes cosas a la vida.

Llegaron al arranque del sendero que conducía a la Casa Grande. Susana se sentó en el tronco de un plátano de sombra abatido por un rayo el invierno anterior y la invitó a hacerlo a su lado.

Celia arrancó varias ramitas de espliego. Pensativa, se entretuvo en confeccionar un atadillo como los que hacía la abuela Pilar para perfumar el arca de la ropa blanca.

— Pero a ti te tienen en un pedestal —argumentó, saliendo de su mutismo.

— ¿Y crees que a ti no? —objetó Susana—. Te quieren tanto que solo desean verte amparada por la seguridad de un sueldo fijo. Pero están orgullosísimos de ti. Tendrías que escucharlos. Durante el viaje a Salou no pararon de presumir del talento de su hija mayor ante los padres de Javier.

— ¿De verdad?

— Pero bueno —la regañó su hermana—. ¡Si medio Huesca y todo Cartagena deben de haber comprado ya ese libro de cuentos de tanta publicidad como te han hecho! Por cierto, papá me dijo que ha encargado una caja a la distribuidora y que, en cuanto llegue a Tarabán, no va a parar hasta que lo pongan bien a la vista en el escaparate del super —dijo refiriéndose al ultramarinos del pueblo, que vendía igual café torrefacto que cepillos de escoba que novelas de Harlequin.

Celia no pudo evitar una lágrima al recordar la alegría que se llevó cuando los vio llegar por sorpresa a la presentación del libro, sin importarles los cerca de quinientos kilómetros que tuvieron que recorrer. Tenerlos a los dos esa tarde allí junto a ella fue el mejor de los regalos. Susana le rodeó los hombros con el brazo.

— ¿Sabes que Álvaro tiene un dibujo mío enmarcado en su despacho? —lloriqueó.

— Pues no, no lo sabía. Pero no me extraña —dijo secándole ella misma la mejilla con un pañuelo de papel—. ¿Has vuelto a hablar con él?

Negó sorbiendo por la nariz.

— Tengo miedo de que las cosas aún se pongan peor.

— El miedo es incompatible con el amor —dijo Susana, sacudiéndola para que se dejara de una vez de pesimismo—. Voy a contarte una cosa.

Le explicó cierta preocupación que tuvo en vilo a Javier. Las dos conocían por experiencia propia que un hombre sometido a la disciplina militar no siempre es dueño de su futuro. Una palabra de Susana bastó para que entendiese que, si por fuerza mayor tenía que abandonar el puesto de Tarabán, ella lo seguiría sin dudar.

— Así que, si él te dice ven, lo dejas todo. Como en el bolero —resumió Celia.

— Cojo el maletín y la bata, y a levantar la tienda de campaña en otra parte. Así de sencillo.

Celia aspiró el aroma del espliego y se puso de pie, aún se encontraba

algo cansada después de dos días y medio a base de zumos, y tenía ganas de volver a casa.

— Me ha costado entender a Álvaro, ¿sabes? —confesó, emprendiendo el camino de regreso—. Cuando le conté que quería abrirme camino como ilustradora, me ofreció ayuda económica para que dejase mi empleo y pudiera tener tiempo para dibujar.

— No es que la necesites, que tampoco estás en la indigencia.

— Ya lo sé, y él también. Pero no solo fue un gesto de amistad. Ahora entiendo que lo hizo por sí mismo más que por mí. Con ello estaba pidiéndome que dejase el trabajo porque, con una ocupación flexible, yo podría adaptarme mejor a su horario demencial y dedicarle más tiempo a él.

— Suena propio de Álvaro. No es de los que confiesan en voz alta una debilidad.

— He sido muy egoísta —reconoció por primera vez—. Cuando volvimos de Brighton solo me centré en mis propias necesidades, en encontrar un piso de alquiler, en mi búsqueda de empleo, en mi soledad, en mi aburrimiento... En mí y solo en mí.

— ¿Y?

Había tenido tiempo de sobra para reflexionar y comprender que es más fácil odiar que amar, es más sencillo esconder la cabeza bajo la almohada que lidiar con los problemas y es más cómodo quejarse que ponerse en la piel del otro.

— Que no supe ver cuánto me necesitaba él a mí en el peor momento de su vida. Justo cuando aterrizó en las responsabilidades de adulto, con su padre muerto, su madre hecha un guiñapo y una fábrica con muchos puestos de trabajo que dependían de él —lamentó con pesar—. Y yo siempre le he echado la culpa de que lo nuestro no funcionara.

Susana la miró alzando las cejas, en un gesto de muda invitación a que actuara en lugar de lamentarse por hechos pasados.

— No seas tonta y deja de perder el tiempo, que el orgullo no te hará feliz. De eso estate segura.

CAPÍTULO 19: La dichosa herencia

Por fin llegó el viernes tan esperado.

Álvaro acababa de llegar desde Madrid. Atravesó el sendero que pasaba por detrás de la Casa Grande mirando su reloj, el notario y Celia ya debían de estar aguardando. No vio el coche de Nico por ningún lado, por lo que supuso que se retrasaría, como era habitual en él.

Al doblar la esquina se topó con el cura del pueblo.

— ¿Qué hay, mosén Silvino? —lo saludó tendiéndole la mano.

El hombre se la estrechó.

— Ya ves, dando un paseo. A veces me gusta acercarme por aquí, aunque don José María ya no esté.

Por lo que Álvaro sabía, el párroco era una de las pocas personas bien recibidas en la casa, por respeto y nada más.

— No era un mal hombre —dijo el cura, como si adivinase los pensamientos de Álvaro.

— Pero a hurraño y raro no le ganaba nadie.

El clérigo chasqueó la lengua en señal de reproche y le mostró con el dedo una de las piedras del zócalo del edificio en la que se leía una inscripción en latín.

— ¿Te has fijado en esto? Es una lápida romana.

Álvaro la había visto miles de veces, pero nunca se había preguntado qué significaba. Sí sabía que en tiempos pasados era habitual utilizar en la construcción cualquier piedra que quedara a mano. Entonces no se daba mayor valor a los restos arqueológicos ni estaba regulada su preservación.

— Parte de una estela funeraria —añadió el cura.

— Ah.

Empezó a impacientarse, llevaba prisa y aquel hombre había escogido el peor momento para explayarse con sus conocimientos de historia clásica.

— Hace un par de años, de casualidad, tu padrino me preguntó qué querían decir estas siglas de STTL

[2]

Y sin que pudiera evitarlo, se puso a explicarle que el epitafio romano deseaba al difunto que la tierra que echaban sobre su cuerpo fuese una carga

ligera, ya que por fuerza yacería bajo ese peso toda la eternidad. Y que Don José María, al saberlo, juró que a él no le echarían encima peso alguno, ni un puñado ni medio.

Álvaro echó un vistazo disimulado al reloj. Odiaba llegar a las citas con retraso.

— Así que por eso decidió descansar sobre la tierra y no debajo — apostilló el párroco.

— Entiendo, por eso el numerito del petardo y las cenizas.

— Con esto quiero decirte que antes de juzgar los actos de los demás hay que tratar de entender sus motivos. El pobre don José María no era tan raro como la gente cree —concluyó; Álvaro se abstuvo de expresar su desacuerdo por no alargar más la charla—. Y perdona la lección de latinajos. Se me olvidaba que en el Bachiller de los de tu edad el latín aún se consideraba importante, no como ahora. Y cosa bien aprendida nunca se olvida.

Álvaro se vio en la obligación de quedar bien. Pero al rebuscar entre sus recuerdos académicos, constató que la suya era un ejemplo de memoria selectiva, porque de la asignatura de latín solo retuvo lo indispensable: *curriculum vitae, fellatio, cunnilingus...* Agradeció que el curilla aquel careciese del poder de leer la mente y optó por la salida más digna: la huída.

— Le dejo, mosén, que hace rato que me esperan ahí dentro.

Celia ya aguardaba en el comedor de la Casa Grande. Justo enfrente de ella, al otro lado de la mesa, el notario no dejaba de mirar su reloj con una impaciencia irritante. De Nico no había ni rastro. Álvaro emitió un brevísimo saludo de disculpa por la tardanza y se sentó al lado de Celia.

— ¿Empezamos? —sugirió el notario.

— Falta Nicolás Román —señaló Álvaro.

El hombre torció la boca.

— Esperaremos un poco —aceptó muy poco contento.

Se puso a sacar papelotes de su maletín. Álvaro aprovechó para mirar a Celia de reajo.

— ¿Qué te pasa? ¿Has perdido peso? —preguntó frunciendo el ceño.

Sin pedir permiso, le sujetó la barbilla con los dedos para estudiar sus pómulos, más afilados que de costumbre.

— Por culpa de un virus he perdido tres kilos.

— ¿Por qué no me lo dijiste el otro día cuando hablamos por teléfono?

—indagó con una mirada inquisidora.

— Porque no eres médico —zanjó Celia.

Le cogió la mano para apartársela y fue entonces cuando reparó en el apósito que le cubría la parte inferior del pulgar hasta la muñeca.

— ¿Qué te ha pasado? —preguntó alarmada.

— No es nada, un accidente.

Ella tragó saliva con cara de pavor.

— ¿Qué clase de accidente? ¿Te has dado un golpe con el coche?

— Joder, Celia, que solo me he cortado abriendo una lata de berberechos —aclaró, mirando con disimulo al notario—. Me han dado cuatro puntos y ya está.

Ella le cogió la mano entre las suyas.

— ¿Te duele?

— Si aprietas, sí —protestó.

Ella aflojó la presión, pero en lugar de soltarlo se dedicó a acariciarle el dorso con el pulgar.

— ¿Por qué no me dijiste nada?

Álvaro la miró sin pestañear y, despacio, apartó la mano.

— Porque no eres médico.

Celia disimuló una sonrisa. Allí estaban ellos dos como si un golpe de viento hubiese revolado hacia atrás las hojas del calendario. El niño que le tiraba de las coletas y la niña que se defendía a patada limpia. Los mismos dos adolescentes que mataban las horas riñendo por tonterías o arrancándose la ropa hambrientos de besos. Podrían pasar mil años, pero entre ellos las cosas siempre seguirían igual. Y, en silencio, dio gracias por ello.

El notario carraspeó.

— Yo tengo que volver a Alcañiz —dijo volviendo a mirar la hora—. ¿Qué les parece si vamos adelantando?

— A día de hoy, yo no me he casado ni tengo intención de hacerlo, si es lo que quiere saber —anunció Celia.

Álvaro decidió que ya era hora de poner fin a aquel embrollo absurdo en el que se habían visto envueltos sin haberlo pedido.

— Yo tampoco —dijo alto y claro.

Yo... Tampoco... Dos palabras que resonaron en los oídos de Celia como golpes de aldabón. Sacudió la cabeza con un vuelo de melena a derecha e izquierda y giró el rostro hasta que sus ojos quedaron alineados con los de Álvaro.

— ¿Qué significa eso de «yo tampoco»? —inquirió con gesto bravío.

— Creo que está bastante claro.

— Pues yo creo que no.

Quería una explicación, y la quería ya.

Él le aguantó la mirada y, para su propio deleite, prolongó unos segundos la lucha visual.

— Significa que *yo no me caso por dinero* —recalcó con énfasis—. Significa también que me importan un carajo el testamento, la herencia y la viña. Y significa, en definitiva, que la única guerra que me interesa ganar consiste en importar cacao, convertirlo en chocolate del mejor y que los clientes me lo quiten de las manos. ¿Queda claro?

Nadie se puso en pie. Tampoco hubo aplausos. No es que Álvaro esperase una ovación, pero constató que su discurso no hizo mella en el granítico corazón del jurista, que lo miraba inmutable, ni logró cerrarle la boca a la mitad femenina de su auditorio.

Celia insistió con genio tozudo.

— Mariví habló de un certificado. Y yo misma vi en su mano aquella horterada de anillo.

El notario empezó a perder la paciencia.

— No es por meterles prisa —apuntó, tamborileando con los dedos sobre la mesa—, pero si tiene algo más que decir, señor Siurana, no veo mejor momento.

Con una parsimonia desesperante, Álvaro extrajo del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros un papelote que le entregó a Celia.

— Te lo iba a enseñar de todos modos. No era necesario involucrar a terceros en un asunto que no va a ninguna parte —dijo señalando con los ojos al notario.

Celia leyó el documento y le entró tanta risa que el papel se le resbaló de las manos.

— ¿Me crees tan estúpido como para casarme por culpa de un ataque de cuernos?

— Cuernos infundados, bobo —matizó recobrando la compostura.

— No sigas por ahí, Celia, porque no tengo nada claro quién de los dos acumula más idioteces en su haber —arguyó.

Como el notario parecía interesadísimo en leer al revés el texto del certificado matrimonial que reposaba sobre la mesa, Álvaro se lo tendió.

— Aquí dice... Humm... Esto está expedido en Las Vegas, Nevada,

Estados Unidos de América. ¿Lo ha validado ya? —preguntó examinando la hoja por delante y por detrás.

— Haga el favor de leerlo —atajó Álvaro.

— Se certifica el matrimonio entre una tal María Vicenta Gómez y un tal Mariano Raj... es una broma, ¿no?

— Naturalmente que es una broma —aclaró Álvaro arrancándole el certificado de las manos—. ¿Lo quieres de recuerdo? —le ofreció a Celia.

— ¿Cómo...? —y señaló con una mirada disimulada el papel que Álvaro doblaba en cuatro.

Él se inclinó para guardárselo de nuevo en el bolsillo y, con disimulo, se acercó al oído de Celia.

— En la capilla aquella estaba borracho hasta el reverendo, ¿crees que nos pidieron los pasaportes? Yo dije un nombre y un tipo lo apuntó.

— ¿Y Mariví?

— Seis tequilas la dejaron fuera de juego.

Celia sintió un batir de alas en el centro del pecho. Era el Álvaro de siempre, incapaz de defraudarla, aquel al que amaba y admiraba. Qué tonta había sido al pensar que él podía cometer semejante tontería por dinero o por despecho.

— ¿Eso significa que no eres un hombre casado? —afirmó más que preguntó. La boca de Álvaro se curvó en una sonrisa de chico malo.

El notario prefería no mirar, de tan incómodo, y se entretuvo en alinear sus documentos sobre la mesa con precisión milimétrica. Por suerte para él, se oyeron pasos veloces por el corredor.

— ¡Pero yo sí! —exclamó una voz de sobra familiar.

Todos giraron hacia la puerta. El notario con una ceja levantada, Álvaro mirando a Nico con una mueca, harto de su acostumbrada impuntualidad, y Celia con la boca abierta.

— ¿Te has casado? —preguntó ella, sin creérselo del todo—. ¡¿Tú?!

Él se llevó la mano al pecho, tratando de recuperar el resuello.

— Perdón, perdón y otra vez perdón por el retraso —jadeó—. No consigo llegar nunca puntual, y mira que lo intento.

— ¿Vas a explicarnos a qué viene este golpe de efecto? —sondeó Álvaro.

— ¡Pero si no tienes pareja! —insistió Celia.

Nico alzó la mano y mostró muy orgulloso a todos los presentes la

alianza de oro que relucía en su dedo anular. Álvaro, que ya intuía por dónde iban los tiros, intervino en su favor.

— Deja que se explique.

Unos nudillos repiquetearon en la puerta abierta.

— Perdón, no sé si debo —dijo una voz con un marcado acento francés—. ¿Puedo pasar? Tal vez así se entienda mejor...

— ¡Max!

Celia se levantó de la silla y corrió a colgarse de su cuello. Él la alzó en vilo, sonriendo ante aquella muestra de afecto tan impetuosa. Álvaro se levantó también y fue a darle un abrazo de enhorabuena.

— Es Maxim Dupres, mi marido —le aclaró Nico al notario—. ¿Tiene algún inconveniente en que esté presente en la reunión?

El hombre indicó con la mano que se sentasen, pero en vista de que nadie le hacía el menor caso, optó por guardar de nuevo sus papeles en el maletín y dio por finalizada la reunión.

— Si me disculpan, ya saben que hoy precisamente no voy sobrado de tiempo —los miró a los cuatro y detuvo la vista en Nico—. Todo indica que el viñedo pasará finalmente a manos tuyas, si todos están de acuerdo. Prefiero que se persone usted en mi despacho para hablar del testamento con más calma. Yo le llamaré.

El hombre se despidió, y Álvaro se ofreció a acompañarlo hasta su coche.

— ¡Ay, Max, cuántos años! —dijo Celia cogiéndolo por los brazos para verlo bien—. Estás fantástico.

— Está mejor que eso —atestiguó Nico, sin dejar de mirar a su flamante marido.

— Tienes que contarme qué ha sido de ti durante todo este tiempo —pidió ella.

— Poco a poco —rio Max.

— ¡Nunca sospeché que eras gay! —soltó; Y se tapó la cara con las manos, avergonzada—. Ay, no tendría que haber dicho eso. Pero es que en Brighton tenías locas a todas las chicas de mi clase. Hasta yo estuve una temporadita medio enamorada de ti.

Y era cierto. Del equipo de fútbol de la Universidad en el que jugaban los tres, el francés marcaba todos los goles en lo tocante a corazones femeninos. Celia siempre imaginó que Max guardaba el suyo a buen recaudo para un amor que dejó en Burdeos y que por eso nunca se le veía

acompañado de ninguna chica. ¡Qué equivocada había estado!

Max tomó la mano de Nico y lo miró de frente.

— Lo sabía quien lo tenía que saber.

Nico le guiñó un ojo. Y Celia se emocionó al vislumbrar el amor escrito con letras mayúsculas en los rostros de ambos.

— Medio enamorada de Max —dijo Álvaro entrando por la puerta—. De lo que se entera uno a estas alturas.

— Fue un atontamiento de cría —se excusó, agitando la mano para restarle importancia al asunto.

Cuando se unió al grupo, Max estrechó la mano de Álvaro tomándola entre las dos suyas.

— Gracias. Por muchas veces que te las dé, nunca serán bastantes.

— No tienes por qué dármelas. Yo solo puse una carta en tus manos.

Álvaro no se lo había dicho a nadie, atendiendo al ruego que el abuelo Cele le hizo. Nadie como él para guardar un secreto.

— ¿Tú también estabas al tanto de lo que había entre ellos? —inquirió Celia, cada vez más escamada.

— Y tu abuelo —dijo Nico—. Cuánto debemos agradecerle al bueno de Cele.

— Me llamó a Las Vegas, ya lo sabes —le recordó Álvaro con una mirada significativa.

— Así que era por eso. Dios mío —Celia iba de sorpresa en sorpresa.

— Esa parte ya te la contaré más tarde —dijo Álvaro.

— No hace falta —dijo algo apurada, los tiempos de los interrogatorios indiscretos no se repetirían más.

Álvaro le acarició levemente la mejilla para agradecerle el detalle.

Los interrogatorios puede, pero la curiosidad no desaparecía así por las buenas. Celia entrecerró los ojos y lo señaló con un dedo acusador. Luego apuntó el índice hacia Nico.

— Pero estoy un poco enfadada contigo y contigo. ¿Desde cuándo tenéis secretos entre vosotros que no me contáis a mí?

Ellos dos intercambiaron una mirada cómplice.

— Hay cosas que un hombre solo le cuenta a otro hombre —declaró Nico.

Álvaro reafirmó su amistad agarrándolo por los hombros.

— Eso suena muy de machitos —opinó molesta.

— Deja de quejarte, reina del drama —le espetó Nico—. Yo sí tengo

motivos para estar enfadado con vosotros. Me gasto una fortuna en enviaros a Las Vegas a ver si por fin os dais cuenta de que no podéis vivir el uno sin el otro y ¿para qué? —hizo una pausa escénica y clavó una mirada severa en Álvaro—. Y tú, ¿qué pasó con las alianzas que te regalé?

— ¿Tú hiciste todo eso? —preguntó Max, sorprendido.

Nico miró al techo. Tuvo que reconocerlo de mala gana.

— Ya ves. Al final va a resultar que tengo corazón.

— Sí lo tienes —aseveró Max—. Yo lo sé bien, porque es mío.

Poco le faltó a Nico para derretirse y acabar convertido en un charco almibarado en el suelo del comedor. Celia los miraba emocionada. Pero a Max no le pasó desapercibida la cara de cachondeo de Álvaro.

— ¿Ha sonado muy nenaza? —le preguntó.

— Bastante.

Max rio algo avergonzado y se encogió de hombros.

— *L'amour* —dijo a modo de excusa.

— No me defraudes, Max, que siempre te tuve por el más sensato del equipo.

— Ya caerás, campeón —intervino Nico en defensa de su marido.

— Cualquiera día te pillaré en *une amoureuse glissade* y te recordaré tus propias palabras —vaticinó Max con una sonrisa desafiante.

Álvaro le dio un amistoso puñetazo en el hombro para que cerrara la boca. Pero Nico, que no era de los que callaban así como así, aprovechó para darle un poco más de caña.

— Te veo con monovolumen familiar, sillita de bebé en el asiento trasero, casa con jardín...

— Y me compraré un perro y lo llamaré Nico.

— No te atrevas.

Max miró a Celia, sorprendido y divertido a la vez.

— ¿Siempre están así?

— A ratos. Te acostumbrarás en seguida.

Nicolás los miró de soslayo y de nuevo se encaró con Álvaro.

— Aún estoy esperando que me cuentes qué hiciste con las alianzas —recordó.

— Estuve a punto de usarlas, pero se lió la cosa —confesó, incómodo.

Celia salió en su defensa.

— Y yo lo estropeé todo —completó—. Mejor dicho, lo estropeó Jack. Aunque tú no te quedaste corto obligándome a aguantar a Mariví.

— Eh, ¿qué me he perdido? ¿Conozco a alguna Mariví? ¿Y quién es Jack? —investigó Nico.

Max tiró de su manga, porque no era el momento de un arrebato cotilla. Con el pretexto de que le enseñara la casa, aprovechó para sacarlo de allí y dejarlos solos.

— ¿Sirve de algo si te digo que no hubo nada entre ella y yo?

— Pero le pusiste en el dedo una esmeralda más grande que un caramelo de menta.

— A ver si te crees que soy idiota —atajó desafiante—. Ese anillo me costó veinte dólares en una tienda de regalos del hotel.

Celia estalló en carcajadas y él se contagió de su risa.

— Somos un par de tontos —murmuró ella.

— Tú más —replicó Álvaro, como cuando eran pequeños. Pero esa vez lo dijo con mucha ternura.

Nico asomó la cabeza por la puerta.

— A ver, pareja, me ha llamado Susana hace un minuto. Dice que ha encargado una paella en el mesón y Manuela acaba de echar el arroz para comer a las dos —relató—. Vámonos, que nos esperan en casa de tu abuelo.

Celia cogió su bolso y se lo colgó al hombro.

— Quiere presentarte a Javier, se van a casar —le explicó a Álvaro—. Te caerá bien.

— Así que nuestra ratita empollona se casa.

— Y es muy feliz.

Álvaro la detuvo antes de salir del comedor.

— ¿Y tú?

— Casi —sonrió—. Estoy en ello.

Nico tocó el claxon, apremiándolos.

— No los hagamos esperar —decidió Álvaro, acariciándole el pómulo con los nudillos—. Pero tú y yo tenemos una conversación pendiente.

A Manuela le salió una paella de reverencia y aplausos.

Susana le encargó a Nico y a Max el banquete y ellos comenzaron a hacer planes en voz alta, con idea de aprovechar la boda de la pequeña de las hermanas Vega para mostrar al mundo la reapertura de la bodega. Nico aseguró que el evento sería sonado y que echaría mano de sus contactos para que se hicieran eco hasta en las revistas del corazón.

Y hablando de contactos, por fin confesó los hilos —incluso

ministeriales— que tuvo que estirar para que su propio matrimonio civil se celebrara en un tiempo récord. Su fama televisiva, su encanto y su cabezonería contribuyeron a abrirle las puertas que hizo falta.

Aunque Javier no estaba por la labor, Susana contó el numerito de caballero andante que su chico representó en Port Aventura. Durante el registro en el hotel, pidió con mucha ceremonia y haciéndose oír habitaciones separadas para él y su novia. Táctica más que estudiada, porque a su futuro suegro le dio por presumir de padre moderno y rectificó por él pidiendo un dormitorio doble para la pareja, que para eso eran jóvenes. Las madres de ambos sonrieron arrobadas, y el padre de Javier estuvo absolutamente de acuerdo, faltaría más. Así que, esa noche, ellos dos reinventaron el Kamasutra con los papás de uno y de otra a un tabique de distancia. Todos alzaron sus copas y brindaron por la astuta inteligencia del brigada Javier Parrondo. Incluido el abuelo, puesto que a su edad le daba igual tres que treinta y tres.

— ¿Y el viaje de novios ya lo habéis planeado? —preguntó Álvaro.

Javier y Susana se cogieron de la mano e intercambiaron una sonrisa.

— A Las Vegas —dijo él.

— El beso venía con los billetes incluidos —aclaró la novia, recordando el vale manuscrito que Javier había puesto en sus manos y que ella guardaba con la ilusión de una niña el día de Reyes.

El abuelo metió baza, cómo no, y sus nietas se escandalizaron al escuchar cómo decía que la ciudad estrella de sus fantasías románticas juveniles debía de ser algo parecido a Benidorm pero con cuatro casinos.

Celia no tuvo pudor en decir en voz alta que, si algún día se casaba — todos miraron a Álvaro. Él la miró a ella—, quería una boda con vestido de cola y a su padre llevándola del brazo, a su madre con el collar de perlas y llorando de emoción, y a su abuelo en primera fila, peinado y oliendo a Barón Dandy. El abuelo Cele anunció solemnemente que esa misma tarde compraría en el super una botella de colonia de litro.

Nico le prometió a Álvaro que tiraría de contactos para que los sacaran bien guapos en el *Hola*, y él le dio una patada por debajo de la mesa.

A los postres, Max quiso estudiar a fondo las posibilidades de la bodega. Ya no llegaban a tiempo, porque la vendimia estaba al caer. Pero tenían un año por delante antes de pensar la uva de la siguiente cosecha para revisar las instalaciones, adecuar la bodega con maquinaria moderna y revisar los tanques de acero que aseguraran una correcta fermentación en frío. Max ya

sabía de Rafa porque Nico le había hablado de él. Y habían decidido contratarlo de inmediato; un ingeniero resultaba imprescindible en una explotación agrícola como aquella como mano derecha del enólogo.

Nico quería mostrarle también a Max el que era ya su hogar y explicarle con todo detalle su proyecto de reconvertir parte de la mansión. Juntos empezaban una vida nueva. Iban a explotar la bodega y a poner en marcha un restaurante con encanto, con visitas guiadas a las ruinas romanas y las viñas, catas y quincenas temáticas. Y como los humanos solemos asociar las emociones con objetos o lugares, un truco de la mente que ayuda a no olvidar los momentos felices, Nicolás pensaba sacar partido de ello. Les explicó que pretendía convertir la Casa Grande en un lugar especial de los que se recuerdan con alegría y el deseo de volver.

— Se acude a la gastronomía para negociar, celebrar, disfrutar o seducir —declaró, con la experiencia de años observando a sus clientes—. Ganan los asuntos sentimentales, tres contra uno.

— Lo que Nico quiere decir —intervino Max, dirigiéndose al resto— es que los sentimientos son fuente de negocio seguro.

Aunque sonaba prosaico, en ese punto, todos estuvieron de acuerdo.

— Y si no, que se lo digan a los que venden trajes de novia —apuntó Susana, sonriéndole a su hermana.

— Y a los publicistas —añadió Álvaro.

— Y a los tatuadores —agregó Javier.

— Y a las funerarias —se sumó Cele.

— Abuelo, cómo eres —lo regañó Celia.

— ¿Pero es verdad o no? —alegó él.

Todos le dieron la razón.

Nicolás continuó explicándoles el proyecto. Él se encargaría de la cocina y de la imagen. De la vinicultura y viticultura se harían cargo Max y Rafa, expertos cada cual en su materia. Por ese motivo Nico no pensaba dejar la televisión, ya que la productora pagaba muy bien y las ganancias iban a financiar el proyecto. Pero los próximos programas de cocina se grabarían en allí, en la finca, puesto que toda publicidad era bienvenida. Todo el mundo sabía ya que el local de Madrid lo dejaba en las excelentes manos de Carolina y Paco.

Después de los cafés y dos rondas de chupitos, se marcharon hacia las viñas, con el abuelo a la cabeza, que quería narrarles el hallazgo del mosaico. Todos excepto Celia.

Álvaro tampoco lo hizo, porque encontró debajo de su taza una notita como cuando tenían quince años.

«A las seis, ya sabes dónde».

CAPÍTULO 20: El futuro empieza hoy

— Este CD lo han dejado para ti, Alvarito —avisó Tomás, cuando ya salía por la puerta del mesón.

Acostumbrado al formal «don Álvaro», sonrió despacio invadido por un sentimiento familiar, como el de un marinero cuando avista la bocana del puerto. Hacía años que nadie lo llamaba Alvarito. En Tarabán todo era sencillo y natural. Allí no lo trataban como al empresario de éxito de Madrid, para aquella gente siempre sería el chiquillo que se pelaba las rodillas todos los veranos.

Retrocedió hasta la barra y observó el disco compacto que el mesonero sostenía en la mano con gesto de curiosidad.

— Un clásico de los que envejecen bien —explicó Tomás, tendiéndoselo.

Oyeron a Manuela que desde la cocina alzó la voz para hacerse oír sobre el entrechocar de platos.

— Como Manolo Escobar —opinó mientras cargaba el lavavajillas.

Su marido, viejo rockero de gustos musicales mucho más salvajes que los de su parienta, lanzó una mirada matadora por encima del hombro, farfullando pestes.

— Ni caso —bisbeó dirigiéndose a Álvaro.

— ¿Kansas? —preguntó, leyendo el nombre del grupo.

Abrió la caja del CD y examinó la lista de canciones de la solapa del interior. Una de ellas aparecía subrayada con rotulador verde fosforescente.

— Tú aún no habías nacido cuando triunfaban éstos.

— ¿Quién lo ha dejado? —preguntó escrutando la cara del mesonero.

Tomás disimuló con una ligera tosecilla.

— ¿Hace falta que te lo diga?

Álvaro se resignó con una mueca conformista. Todo el mundo parecía estar al tanto de lo que había entre Celia y él.

Oyeron canturrear a Manuela una canción ochentera del grupo Locomía. Álvaro alzó las cejas y Tomás, que llevaba tatuado «AC/DC» en el pecho a la altura del corazón, reaccionó como cabía esperar: poniendo cara de asesino en serie.

— A esos de los abanicos los ponía yo de teloneros de Leño en el Viña

Rock —fantaseó en voz baja, para que no lo oyese su mujer—. El escenario bajito, ya me entiendes... ¿Quieres otro café?

Álvaro rehusó con la cabeza, riéndose solo de imaginar la masacre heavy-metalera que podía materializarse si llegaba a cumplirse el deseo de Tomás.

— Gracias, tengo algo importante que resolver.

Tomás aguzó la mirada.

— ¿Y ese algo tiene que ver con el papelico misterioso que te han puesto debajo del café y con la música de los Kansas?

— No se te escapa ni una.

— Pues venga, fuerza y honor —dijo guiñándole un ojo.

Salió del mesón y fue directo al coche. En cuanto lo puso en marcha, metió el disco compacto en el reproductor y pulsó la tecla de avance hasta que empezó a sonar *Dust in the wind*, la canción que Celia había subrayado con rotulador. Giró el volante y tomó el camino de las citas secretas de su juventud.

Al escuchar la última estrofa sonrió, inmensamente feliz. Ahí tenía la señal que necesitaba, Celia lo había entendido y no podía decírselo más claro. *Todo tu dinero no comprará otro minuto*. Pisó el acelerador y corrió dispuesto a aferrarse a esos valiosos instantes que les quedaba por vivir juntos. Miles de minutos fugaces como polvo al viento. Y en lo que le restara de vida no pensaba desperdiciar ni uno solo.

Celia escuchó el motor del coche y alzó la vista. Ella había optado por acercarse hasta allí dando un paseo y hacía ya veinte minutos que aguardaba sentada en el hueco del Pozo de las Ánimas.

Álvaro se apeó del Mercedes y se acercó rebuscando calderilla en el bolsillo. Cuando estuvo junto a Celia, le dio una moneda.

— Dos —pidió ella.

Él le entregó otros diez céntimos. Tras un breve silencio, las tres monedas se perdieron en la oscuridad del agujero.

— ¿Qué has pedido? —curioseó Álvaro, y se sentó a su lado.

— Inspiración para dibujar y valor para aceptar un no por respuesta — dijo lo último pensando en el imprevisible y reñido mundo editorial—. ¿Y tú?

— Que se cumplan los tuyos —murmuró acariciándole la mejilla.

Celia notó que se le humedecían los ojos.

— Álvaro, no me hagas esto ahora que necesito estar serena —rogó

pasándose los pulgares por las pestañas.

Él se aguantó las ganas de abrazarla y le dio ese gusto. Cruzado de brazos, escuchó con atención mientras ella le contaba su nuevo proyecto de vida de dedicarse por entero a la ilustración. Le explicó muy ilusionada la propuesta del taller para niños que tenía muchas posibilidades de convertirse en una actividad itinerante por muchos centros culturales de la ciudad. Ocupaciones todas ellas tan bonitas y gratificantes como mal pagadas.

— Seguramente me moriré de hambre —concluyó.

— Seguramente —los dos se echaron a reír—. Claro que, a lo mejor, se me ha ocurrido una idea que puede evitarlo. Espera aquí.

Se acercó al coche. Celia lo vio abrir la puerta del copiloto y sacar un objeto rectangular. Un instante después lo tenía de regreso. Álvaro se sentó de nuevo junto a ella.

— Aunque me cuesta pedir perdón y a veces me dejo llevar por el mal humor...

Celia le puso los dedos en los labios para impedir que siguiera.

— Estás mejorando mucho.

— ¿Sabes? He pensado en ello y creo que nuestro problema fue que todo nos lo guardábamos dentro. Nunca discutimos.

— ¿Ah, no? Yo recuerdo tantas peleas desde que teníamos cuatro años que ya he perdido la cuenta.

— Me refiero a discusiones serias.

— Si la solución consiste discutir, en el último mes hemos recuperado el tiempo perdido —reconoció riéndose de la situación.

Pero Álvaro no se reía. Le cogió la mano y le besó la palma.

— No me gusta.

— ¿Pelearnos? A mí tampoco. Lo odio.

Entonces Álvaro sí sonrió. Sacó el contenido de la bolsa que acaba de traer del coche y le puso en el regazo una caja metálica vacía.

— Es el prototipo. ¿Qué te parece? Yo creo que ha quedado genial.

— Pero esto... ¡Es mi dibujo! —lo miró a los ojos, emocionada—. ¿Lo has hecho por mí?

Tenía en las manos una preciosa caja de bombones al estilo de aquellos antiguos galleteros *art déco* pero con un aire actual. La tapa reproducía la misma imagen, de factura elegante y muy personal, que desde hacía años ocupaba, sin que ella lo supiese, un lugar de honor en el despacho de Álvaro.

— Sí y no. La idea fue mía, pero no di el visto bueno al proyecto hasta

que Raúl, nuestro nuevo publicista, no me convenció de que la campaña será un éxito seguro.

Aunque ella no preguntó, Álvaro le explicó que Guillermo Andrade y su agencia de publicidad ya no tenían nada que ver ni con él ni con su empresa, noticia que Celia recibió con secreta alegría.

— ¿Y yo cuánto me llevo de todo esto? —indagó, aunque se contentaba con la satisfacción personal.

— Nada.

Divertida y algo perpleja al verlo en su faceta financiera, decidió continuar con el juego. Ella carecía de espíritu empresarial, pero sabía muy bien que el objetivo de todo negocio consiste obtener beneficios.

— ¿Y qué hay de los derechos por mi dibujo?

— El dibujo *es mío* —recalcó—, no te equivoques.

Apretó la caja de metal contra su pecho, fingiéndose escandalizada.

— ¿Pero qué clase de mercader sin corazón eres tú?

Sin hacer el menor caso de sus quejas, Álvaro le explicó el proyecto de la serie limitada de envases metálicos, una colección de cajas *vintage* decoradas con ilustraciones que ella debía dibujar sobre lugares con encanto.

— Solo si quieres hacerlo.

— Por supuesto que quiero —dijo con la ilusión pintada en el rostro.

— Entonces, la primera ya la tenemos: el balneario de Brighton. Las otras tres que completan la colección elígelas tú, ya te pondrás de acuerdo con Raúl. Lo dejo en tus manos —anunció, contento de delegar en su criterio y, de paso, quitarse obligaciones de encima.

— Trabajo que no cobraré.

Él estudió sus ojos durante un par de segundos, tratando de averiguar hasta qué punto lo decía con ironía.

— Ya hablaremos de ello.

Celia adivinó que no la había entendido. Le acarició el pelo y negó con firmeza.

— No aceptaré ni un solo euro. Ayudarte, colaborar contigo y compartir este proyecto es en sí un privilegio.

Esa declaración de intenciones logró que Álvaro se sintiese muy orgulloso de ella, su mirada no dejaba lugar a dudas.

— A cambio puedes coger de la fábrica todas las chokolatinas que quieras. Para que no te mueras de hambre como dibujante, ya sabes.

Celia captó el significado oculto en aquella broma. Sin decirlo a las

claras, Álvaro de nuevo le estaba brindando su protección económica y con ello la posibilidad de dedicarse a lo que más le gustaba. Álvaro le regalaba con ello dos de las cosas más valiosas que podía pedirle a la vida: tiempo y libertad. Celia alzó los ojos al cielo, dio gracias y se echó a reír, convencida de que no se podía ser más afortunada.

— ¿De qué te ríes?

Ella acarició aquel dibujo, que tantos y tan buenos recuerdos evocaba, y que gracias a Álvaro siempre luciría inmortalizado en miles de cajas de bombones.

— No sé —meditó con un involuntario sube y baja de hombros—. Los últimos años han sido aburridos y, en fin, bastante asquerosos. Y ahora que por fin tengo el valor de darle un vuelco a mi vida, las cosas cambian para bien. Todo esto que me está pasando es tan bueno que me siento tocada por algún tipo de magia.

— Me gusta verte feliz —añadió al ver el cambio que había experimentado; hacía mucho que no la veía tan segura de sí misma y tan contenta.

Pero la expresión dichosa de Celia se vio ensombrecida por un atisbo de tristeza.

— Pero no lo soy.

— ¿No?

Dejó la cajita a un lado y se sentó a horcajadas en el regazo de Álvaro. Él la rodeó con los brazos y entrelazó los dedos a su espalda para retenerla cerca.

— Te necesito a ti para ser feliz —confesó—. Este proyecto juntos es un reto —añadió señalando la caja de bombones—. Y me hace mucha ilusión, pero no me basta. Quiero compartir contigo cada paso que dé, cada triunfo y cada decepción.

— Eres lo bastante fuerte para dar sola tus propios pasos —murmuró.

— Pero te quiero a ti —añadió tomándole el rostro con ambas manos—. Quiero tiempo libre para poder estar a tu lado; y ahora lo tengo. Quiero celebrar cada éxito tuyo, pero quiero ser también quien te escuche, quien te anime a luchar si se complican las cosas. Quiero demostrarte cada día que no estás solo —le cogió la mano con fuerza—. Déjame ser tu puerto seguro.

Álvaro se quedó sin aliento. La última frase no la dijo por casualidad. Dejaba claro que Celia sabía su secreto más íntimo, el miedo al mar. Tan bien lo conocía que había adivinado sin necesidad de palabras la única debilidad

que jamás había confesado a nadie.

— ¿Cómo sabes...?

Celia lo silenció poniendo sus labios sobre los de él. Quería que entendiese que contaba con ella para enfrentarse a cualquier dificultad.

— Tú me diste la mano para vencer el miedo. Ahora soy yo quien te lo pide. Agárrate a mí y no me sueltes nunca, Álvaro.

Él la atrajo por la nuca y la besó con una pasión impetuosa. Se dijeron muchas cosas y sellaron mil promesas con otros tantos besos. Habían compartido mucho en el pasado, pero les quedaba la vida entera y lo mejor estaba por llegar. Ante ellos se abría un largo camino y lo recorrerían juntos, disfrutando de cada paso.

— ¿No vas a pedirme *ese* beso? —preguntó Álvaro, recordando el famoso «Bésame» que tanto tiempo llevaba esperando escuchar.

Celia le regaló una sonrisa luminosa. Sonaba a promesa de quinceañeros, pero le daba igual, llevaba una vida entera soñando con decir esas cuatro palabras.

— Bésame y vente conmigo, siempre, siempre, siempre...

Y Álvaro lo hizo, y con ello le regaló una sensación de íntima complicidad que Celia no olvidaría nunca.

— Mmmm... Ahora supongo que tenemos que volver a Las Vegas, eso decías en tu diario.

— Olvídate de Las Vegas —rio.

Aunque no tenía intención de olvidar la ciudad que más de un momento feliz le traía a la memoria. Ni el viaje loco en el que había aprendido tantas cosas; entre ellas, a reencontrarse a sí misma.

— No voy a conformarme con un hijo —la avisó.

Aunque la advertencia sobraba, porque eso era algo que Celia tenía más que claro, en vista de que llevaba quejándose toda la vida por el hecho de no haber tenido hermanos.

— Más de uno, prometido.

— ¿Empezamos ahora mismo?

Y comenzó a acariciarla desde la cintura hacia arriba.

— Nada de comerse la tarta antes de la boda.

— A mí el orden me trae sin cuidado.

Cuando sus dedos ya rozaban territorio caliente, Celia, con cuidado de no hacerle daño en la mano herida, lo frenó atrapándole las dos.

— ¿Y los anillos?

— No los he traído.

— Pues muy mal —lo riñó.

A él le hizo gracia verla con aquellos ojillos rigurosos de maestra, y se echó a reír. Ella lo reprendió con un pellizquito. Álvaro evitó un segundo ataque mediante el romántico truco de cogerle la mano y llevársela a la boca.

— Oye, eso de la boda por todo lo alto no lo decías en serio, ¿verdad? —tanteó, acariciándole los nudillos con los labios.

— Muy en serio.

Aunque no era partidario de las celebraciones multitudinarias, Álvaro no pensaba discutir por eso. Si Celia quería celebrarlo a lo grande, pues adelante con la fiesta. Habría hecho cualquier cosa con tal de no robarle la ilusión.

Ella quería más. Ladeó la cabeza exigiendo su boca y se recreó en besarle durante un largo rato.

— Y ahora, ¿adónde nos vamos? —preguntó Álvaro cuando paró para tomar aire—. Tengo unos días de vacaciones y no me apetece tener alrededor a nadie más que a ti.

— ¿Solo a mí?

— Solo a ti.

— Qué bien suena eso —sonrió—. Menos a Madrid, llévame adonde quieras.

— ¿París? —ella negó—, ¿Cerdeña? —volvió a negar; él la inclinó hacia atrás para verle bien la cara—. Elige tú, entonces. ¿Qué te apetece hacer?

— Quiero llevarte a una playa, tumbarte en la arena y besarte durante horas.

Álvaro recordó una muy especial para los dos a la que le apetecía regresar. En los ojos de Celia leyó que ella deseaba volver a ese mismo lugar, tanto o más que él.

— La playa de Brighton está muy lejos —le recordó bajando la voz.

— ¿Tú tienes prisa?

Álvaro le acarició la mejilla y ensanchó la sonrisa.

— Ninguna.

Con toda mi gratitud...

El mundo está lleno de buena gente. Yo tengo la fortuna de poder decir que muchos de ellos me leen. Gracias, siempre gracias por vuestro cariño, fidelidad y entusiasmo; por seguirme en el blog y las redes sociales, por tantas palabras de aliento y por cada mensaje en que me decís que uno de mis libros os ha hecho disfrutar de un rato feliz. Por lectores como vosotros, merece la pena escribir novelas.

Y con esta en particular, he encontrado a personas estupendas que no han dudado en sacarme de varios atolladeros documentales:

Gracias a Miguel, que se echará las manos a la cabeza cuando vea las libertades que me he tomado para narrar el día a día de la Casa Cuartel imaginaria de un pueblo que nadie encontrará en los mapas.

Gracias a Ana María por sus indagaciones vía Cartagena acerca del escalafón de la Infantería de Marina Española. Y por prestarme sus recuerdos de una niñez itinerante.

Gracias a Paola, enóloga con cinco premios a la excelencia de sus vinos de la D. O. Utiel-Requena, por abrirme los ojos a una profesión que me era casi desconocida.

Gracias a Juan, uno de mis escritores favoritos, que estuvo al quite para resolver mis dudas y evitarme errores en lo que se refiere a testamentos y sucesiones.

Gracias a Pilar que, además de asesorarme sobre las distintas variedades de uva e iniciarme en el proceso de elaboración del vino, me ha enseñado cuánto significa el apego a la tierra y a la viña; agradecimiento que hago extensivo a la Bodega Clos Montblanc, con D. O. Conca del Barberá, por compartir en la red todas esas imágenes y comentarios que, pese a la distancia, nos han permitido vivir el júbilo de la vendimia 2012, con mi deseo de que sigan deleitándonos con excelentes añadas. Que así sea.



notes

- [1] Soy muy puta
- [2] SIT TIVI TERRA LEVIS, que la tierra te sea ligera.